

La guerra de
LAS BRUJAS

EL DESIERTO DE HIELO

MAITE CARRANZA

Lectulandia

La profecía se ha cumplido y los clanes de brujas Omar esperan que Anaid, la elegida del cabello de fuego que posee el centro de poder, acabe con las sanguinarias brujas Odish. Pero Anadi tiene quince años, está enamorada y es mas vulnerable que nunca a los peligros que la acechan y que la obligan a huir en compañía de su madre. A lo largo de ese viaje desesperado, Anadi desentrañara la leyenda negra que se forjo en torno a Selene, durante su juventud alocada y rebelde, y conocerá su origen: forjada en la dureza de los hielos, hija de la nieve, hermana de la osa.

Lectulandia

Maite Carranza

El desierto de Hielo

La guerra de las brujas 02

ePUB v1.0

Nievesla 10.01.12

más libros en lectulandia.com

Título original: El desierto de hielo

Autora:Maite Carranza

© edebé, 2006

Paseo de San Juan Bosco 62

08017 Barcelona

www.edebe.com

ww.laguerradelasbrujas.com

Dirección editorial: Reina Duarte

Primera edición, Junio 2006

Fecha de publicación: 2006

ISBN:84-236-7851-2

Editorial: Edebe

Nº Páginas:384

Impreso en España

PROFECÍA DE OM

*Verá la luz en el infierno helado,
donde los mares se confunde con el firmamento,
y crecerá en el espinazo de la tierra,
donde las cumbres rozan los astros.*

*Se alimentará de la fuerza de la osa,
crecerá bajo el manto cálido de la foca
impregnándose de la sabiduría de la loba
y al fin se deberá a la astucia de la zorra.*

*La elegida, hija de la tierra, surgirá de la tierra
que la amará y acogerá en su seno.
Prisionera de su tibieza, permanecerá ciega y sorda,
acunada por las madres oscuras
y arrojada en sus dulces mentiras.*

Capítulo 1: La noche de Imbolc

Anaíd dormía despreocupadamente con los brazos extendidos y el semblante plácido sin importarle la luz que se colaba por los postigos de su ventana.

A su alrededor, en la habitación de techos altísimos y paredes encaladas una y mil veces, se respiraba la atmósfera que precede a las migraciones estacionales. Ropa apilada, libros diseminados, zapatos en hilera, todo dispuesto para ser trasladado a la enorme maleta que, aún vacía, aguardaba su turno a los pies de la cama.

Selene, con el cabello revuelto y una taza de café humeante en la mano, entró sigilosamente seguida de una figura abrigada con una pelliza de lana. Con ojos picaros se inclinó sobre Anaíd soplándole levemente el oído.

—Buenos días.

Anaíd, en sueños, lanzó un manotazo sobre su oreja y Selene sonrió. Era su juego de siempre.

Volvió a soplar con suavidad sobre el lóbulo provocando que su hija, con un movimiento brusco, girase sobre sí misma y se destapara. La contempló con una mezcla de melancolía y orgullo. Su pequeña había crecido demasiado deprisa. Así dormida, con la punta de los dedos rozando los labios entreabiertos, aún conservaba el gesto de niña desvalida; pero esas largas piernas, inacabables, las caderas redondeadas, la curva del pecho que se movía al ritmo de su respiración y esa piel tersa, elástica, acabada de estrenar, pertenecían al cuerpo de una joven.

Selene susurró al oído de Anaíd:

—Despierta, bella durmiente.

—Déjame —se oyó por toda respuesta—. No estoy.

Y para corroborarlo, se tapó la cabeza con la funda nórdica.

Pero su madre continuó incordiándola a su manera.

—Ha venido tu príncipe a despertarte.

—Vete a la porra.

Entonces le hizo cosquillas sin piedad y con el dedo índice indicó a la silenciosa figura que se acercase.

—Prepárate —advirtió Selene—. Vas a recibir un beso de amor.

Y sobre su cara se posaron unos labios juguetones que fueron besuqueando su barbilla, su nariz, sus mejillas y, justo en el momento en que se acercaban a su boca, Anaíd abrió los ojos y se incorporó de un salto con una expresión sincera de alegría.

—¡¡¡Clodia!!!

En efecto, la intrusa cariñosa no era otra que la amiga siciliana de Anaíd. La simpática Clodia, ligona, enrollada y discotequera. Quince años como ella. Una bruja Omar como ella. Una joven del clan del delfín que le debía la vida, y con la que compartió un gran peligro, allá en Taormina, bajo la lava del Etna, cuando las dos

quedaron prisioneras de la bruja Odish Salma.

Selene se retiró prudentemente y las dejó solas, abrazándose y celebrando su reencuentro.

Luego se ocuparían de la maleta.

Anaíd todavía digería la sorpresa.

—Selene me dijo que no podías venir.

—¿Y perderme tu primera fiesta de cumpleaños? Ni loca.

—Me dijo que estabas liada con las clases —murmuró mientras mostraba su ropa nueva a Clodia.

Clodia estaba entusiasmada con las compras de Anaíd y se encaprichó de una falda corta.

—Ha sido una excusa muy buena. Me he saltado mi examen de Mates. Te quiero, Anaíd. Y esta falda me encanta, me la voy a probar.

Y se quitó los pantalones en un abrir y cerrar de ojos.

—O sea, que has venido aquí para saltarte tu asqueroso examen y para gorronearme mi ropa.

—Eso mismo... ¿O te creías que venía a tu fiesta porque era tu amiga?

—¿Y quién degollará al conejo para leer sus vísceras?

—Yo, por supuesto. Pero eso será después.

—¿Después de qué?

—De probarme todos tus modelitos super fashion y darte tu última clase de maquillaje. ¿Cómo quieres ligar con esa cara?

—Si es que me acabo de despertar...

—Por eso. Si acabada de despertar tienes cara de sueño, ¿qué cara vas a tener a las doce de la noche?

—¡Eres imposible!

—Ven aquí que te pinte la raya en su sitio.

—Ven tú primero y te enseñaré una cosa.

Anaíd abrió la ventana de par en par y el frío aire del Pirineo se coló como un torbellino arrastrando consigo una finísima lluvia de hojarasca y polvillo que hizo estornudar a Clodia.

—¡Esto es terrorismo! No puedes abrir la ventana de esta nevera montañesa a una siciliana de sangre mediterránea.

—Calla y mira.

Y Anaíd, con su mano, le mostró la imponente cordillera pirenaica con las cimas pintadas de blanco. Las dos contemplaron el paisaje durante unos instantes en los que el único sonido fue el crujir de las ramas movidas por el viento. Pero Clodia no podía estarse callada más allá de medio segundo.

—Parece una postal. Una postal congelada.

—Shhhhhiiii.

—Eso blanco... ¿no será nieve?

—Pues claro.

—¡Qué horror! ¡Tan cerca!

—Es preciosa. Fíjate en cómo resplandece.

Clodia cerró la ventana tiritando y se encaró con Anaíd.

—Ahora entiendo por qué tu madre está tan bien conservada. A esta temperatura... cualquiera.

Y las dos se lanzaron sobre la cama peleando por una camiseta azul.

Aún desgredada y somnolienta, Selene regresó a la hogareña cocina de su casa de Urt, puso una nueva cafetera en el fuego y sirvió un plato más en la mesa cubierta de hule amarillo donde en esos momentos desayunaban Valeria, Karen y Elena.

Acababan de presentarse las tres juntas, por sorpresa, y ese desayuno en cierta manera significaba un reencuentro y una despedida.

Karen, que era médico rural y conocía al dedillo las angostas carreteras pirenaicas, había recogido en la estación de Jaca a Valeria, bióloga y matriarca del clan del delfín, y a su hija Clodia. Las dos brujas sicilianas se sumaban así a la fiesta de despedida que Anaíd y Selene celebrarían esa noche antes de su partida.

—Anda, prueba la coca de piñones, está recién salida del horno —la tentó la oronda Elena, la bibliotecaria, que con sus ocho hijos y sus muchos kilos de más era la denta favorita de la panadería del pueblo.

Valeria, hambrienta tras el largo viaje, se chupaba con glotonería los dedos cubiertos de azúcar.

—Si me hubieras dicho que en tu tierra horneabais delicias como ésta, Clodia y yo hubiésemos venido más a menudo.

Selene le sonrió, pellizcó un piñón con desgana, sorbió su café, se estremeció y se sentó junto a Karen, su mejor amiga, que tal vez por deformación profesional de una rápida ojeada aventuró su diagnóstico.

—Estás asustada.

Selene asintió. Valeria, toda energía, oprimió su mano con fuerza.

—Cuenta con nosotras.

Selene suspiró.

—Nadie podrá saber nuestro paradero. Ni siquiera vosotras.

—¿Cuándo os vais?

—Mañana por la mañana.

—¿Anaíd ya lo sabe?

Selene chasqueó la lengua.

—Evito que sepa demasiadas cosas. Todavía es muy joven, puede creer que nuestra situación no es desesperada, que se trata de una simple aventura y que puede

explicársela a las amigas. Eso sería fatal.

Nadie puso en duda que la situación de Selene fuese desesperada, pero Elena objetó:

—Anaíd es muy madura para su edad.

—«Su edad», tú lo has dicho. En cualquier momento puede reaccionar como lo que es, una chica de quince años —respondió Selene.

—¿Quieres decir que aún no está preparada para utilizar el cetro de poder?

Selene se sorprendió ante la ingenuidad de Karen.

—Claro que no. Fue iniciada hace tan sólo varias semanas. Supo que era una bruja hace unos meses...

Y era cierto. Habían sucedido demasiadas cosas en poco tiempo. La muerte de Deméter, la gran matriarca y madre de Selene, hacía un año a manos de brujas Odish. La desaparición de la pelirroja Selene unos meses después. Su búsqueda, la transformación de Anaíd en bruja, su iniciación y luego la gran revelación: Anaíd —y no su madre, Selene— era la elegida de la profecía, la del cabello de fuego y grandes poderes que las brujas Odish y Omar habían esperado durante milenios para que decantara la balanza de su lucha, definitivamente.

Hacía apenas unas semanas que se había producido la gran conjunción astral que anunciaba el inicio del reinado de la elegida. Y Anaíd, con su cetro de poder que surgió de las entrañas de la tierra, debía huir, esconderse y fortalecerse hasta sentirse capacitada para empuñarlo con criterio y luego emprender la difícil tarea que profetizaban los libros antiguos: restaurar la paz definitiva exterminando a las brujas Odish, inmortales, sanguinarias y enemigas ancestrales de las Omar, a las que desangraban de niñas y jóvenes para perpetuar su juventud y su belleza.

Karen sentía gran admiración por Anaíd.

—Pero Anaíd, en sólo ese tiempo, ha conseguido aprender todo lo que una bruja aprende a lo largo de una vida. ¿Cuál de nosotras ha sido capaz de efectuar un conjuro de vuelo sin haberlo ensayado jamás? ¿Quién ha podido transformarse en delfín y surcar los mares, sumergirse en un lago helado bajo la apariencia de una carpa, sobrevolar los Apeninos y los Alpes con los brazos alados y las plumas de águila?

Las tres mujeres, anonadadas, asintieron. Valeria añadió:

—Y cabalgó el sol, y regresó del mundo opaco contigo tras derrotar a Salma. Anaíd es muy poderosa.

Selene lo admitió.

—Eso es cierto, sus poderes nos superan. Por algo es la elegida de la profecía.

—Quizás está preparada —aventuró Karen.

Selene negó con convicción.

—No es suficiente.

—¿Qué más debe aprender?

Selene chasqueó la lengua.

—No se trata de aprender, no se trata de memorizar conocimientos o practicar técnicas. Se trata de hallar un equilibrio entre su mente, su cuerpo y sus poderes. Anaíd aún está creciendo, aún se está conociendo a sí misma y no se quiere lo suficiente.

—Es preciosa.

—Inteligente.

—Y lista.

Selene negó.

—Ha crecido demasiado deprisa. La dejé siendo un patito feo y ahora ya es un cisne y sabe volar, pero aún no sabe orientarse en medio de una tormenta y... —suspiró— no conoce el Camino de Om.

La sola mención de ese nombre provocó escalofríos.

—¿Y tú, Selene? ¿Lo conoces acaso? ¿Lo has hecho? ¿Has hecho tú el Camino de Om? —la increpó Karen—. Ninguna bruja Omar ha hecho jamás el Camino de Om, que comunica con el mundo de los muertos. Todo son rumores y leyendas.

Selene era muy hermosa, regalaba poderío y respiraba el aire a borbotones, puras ansias de vivir. Sin embargo, cuando revivía su pasado, sus ojos verdes, aparentemente alocados y dispersos, se precipitaban como las aguas del lago y se tornaban viejos y sabios.

—No es ninguna leyenda. Yo lo hice, y Anaíd deberá hacerlo. Ésa es nuestra tarea más difícil.

Las tres mujeres callaron abrumadas por la revelación de Selene.

—Hice el Camino de Om hace muchos años. Era casi tan joven como Anaíd y no tenía a nadie que me guiara.

A ninguna de ellas se le hubiera ocurrido que la loca pelirroja, de risa estentórea y actitudes provocativas, hubiese penetrado en el reinado de la muerte.

En torno a Selene se había tejido una leyenda negra sobre los años en que desapareció del control de las Omar. En su juventud, Selene, rebelde y contestataria, desapareció por completo. Nadie, excepto ella y su difunta madre, Deméter, sabían qué había sucedido durante ese tiempo. Los rumores eran muchos. Se hablaba de pactos con las Odish, de traiciones, de adquisición de poderes ocultos, de ambiciones cumplidas. Selene acababa de desvelar uno de sus secretos. Su viaje por el Camino de Om, que conduce hasta la muerte.

—¿Cómo pudiste hacer el Camino de Om y sobrevivir? —exclamó Valeria exorcizando el mismo nombre que se había pronunciado.

—Entonces tenía un motivo. Y quizás ocurrió así para poder guiar a mi hija de nuevo, para que se cumpla la profecía y pueda asir el cetro con mano firme.

—¿Y es necesario que recorra el Camino de Om?

Selene parpadeó y dio una explicación plausible. Había hablado demasiado. Su don no era precisamente la discreción.

—Hasta ahora la muerte ha sido el territorio de las Odish. Las Omar lo hemos eludido, pero la elegida no podrá vencer a las Odish si antes no ha realizado el Camino que hizo Om cuando desapareció en la cueva con su hija Orna para protegerla de Od. Y además...

—¿Además qué?

—Hay otro motivo de peso, pero no puedo decíroslo.

Se hizo un silencio leve que sólo interrumpió el lento masticar de sus bocas.

—Dolz y Glabutz han escrito mucho acerca del viaje —apostilló Elena, una fuente de primera mano para conseguir información.

—Lo sé. Deméter y yo estuvimos leyendo y preparando juntas este difícil momento. Aunque nunca se me ocurrió que Deméter no estaría. Tendré que acompañarla sola.

—¿Cuándo?

—Lo antes posible. El tiempo urge, nos están acechando.

Elena untó una nueva tostada con mantequilla y la decoró con enormes cucharadas de mermelada.

—Anaíd parece tranquila y confiada. Estuvo repartiendo las invitaciones de su fiesta por Urt. Ella misma ha alquilado la sala de baile, ha comprado las bebidas y, junto con Roc, han hecho acopio de música para bailar un año seguido. Me ha pedido que la ayude con los bocadillos.

—A mí también —añadió Selene—. Esta fiesta le hace mucha ilusión. Ante ella finjo seguridad, pero hemos atrasado demasiado nuestra marcha. Esta noche cumple quince años. Tendríamos que haber marchado antes.

—¿Presientes algo?

Selene afirmó.

—He formulado cada noche el conjuro de protección de Dido, el más completo, y lo he reforzado con un pentáculo de malaquita, y a pesar de ello siento una presencia hostil.

Valeria extendió las manos con aprensión y cerró los ojos. Sus brazos nervudos se tensaron, tembló unos instantes y luego se relajó inmediatamente de su corto trance. Sin mediar palabra removió con la cucharilla su vaso de café, lo bebió de un sorbo y luego contempló el poso del fondo.

—Efectivamente, Selene tiene razón.

No era un buen presagio que la oráculo etrusca confirmara la interferencia de una posible Odish. Creó mal ambiente.

Pero Elena, la buena de Elena, se zampó su última tostada con mantequilla y

mermelada y palmeó.

—¿Os habéis propuesto fastidiarme el desayuno? Pues no lo conseguiréis. Si no lo consiguen mis ocho hijos ni mi marido, no podrá ni la mismísima condesa o la dama negra revivida, por mucha presencia hostil que tenga.

Selene rió.

—Y que la condesa te conserve el apetito por muchos años. Ni en su presencia dejarías de comer.

—Faltaría más... Si no, mi pobre Rosario ¿qué leche mamaría?

El nombre de su nuevo bebé las hizo partir de risa.

—Eres consumadamente retorcida. Rosario es nombre de niña.

Elena tenía ocho chicos y ansiaba una niña.

—Por eso se lo puse.

—Prometiste que le llamarías Ros.

—Pero Rosario es más completo. Cuando sea mayor me lo agradecerá.

Y Elena consiguió lo que se proponía, restaurar el buen humor y el optimismo. Se limpió delicadamente los labios y las manos y anunció con picardía:

—Tengo muy buenas noticias. He encontrado el conjuro del camaleón, el que nos dijeron que se había perdido definitivamente en la quema de la biblioteca de Alejandría.

—¿De verdad?

—He estado practicando y funciona de maravilla.

Apartó con cuidado su plato de tostadas y de su enorme maleta sacó un grueso volumen, apolillado y amarillento, encuadernado en cuero. Con una agilidad sorprendente, sus dedos regordetes fueron pasando las páginas de papel de cebolla hasta dar con lo que buscaba. Con un gesto triunfal lo mostró al auditorio.

—Se puede formular a distancia y no importa dónde esté la bruja en peligro.

Selene sonrió adelantándose a su siguiente explicación.

—¿Quieres decir que me podréis hacer desaparecer esté donde esté?

Elena sonrió.

—Efectivamente. Tras una llamada tuya nuestra reacción será inmediata.

Selene se lanzó al cuello de Elena para besarla, pero tropezó con su maleta. Del golpe vertió la taza de café, que se derramó sobre la mesa. Al acto, Valeria, perteneciente a la tribu etrusca y con grandes poderes adivinatorios, oscureció su mirada y todas callaron. Al darse cuenta de la expectación, intentó quitar hierro al asunto.

—No pasa nada. No tiene importancia.

—Sí que la tiene —musitó Selene con los ojos fijos en la mancha negruzca que se extendía informe sobre el mantel amarillo—. Dinos qué ves.

—No puedo leerlo —insistió Valeria muy nerviosa.

—¿Aviso a Clodia? —la amenazó Selene.

Valeria negó y con un gesto rápido tomó la bayeta y recogió el café.

—Sólo era café derramado. Nada más.

Todas sabían que no era cierto.

Anaíd estaba eufórica. Todos sus compañeros habían aceptado su invitación. Había conseguido el local de sus sueños. Tenía megafonía, luces, bebida a mogollón, y su madre y las amigas de su madre la ayudaban con los bocadillos.

Aunque lo mejor de todo había sido la sorpresa de la llegada de Clodia.

Todo eso y la inminente marcha justificaban en parte su nerviosismo, sus ganas de gritar y de reír, su impaciencia para que llegase la noche de una vez y las luces intermitentes de la sala disimulasen su excitación.

No habría hora de cierre —ése era el trato con Selene—, ni tampoco habría vigilantes molestos. Estarían solos y podrían bailar, armar ruido y hacer el burro hasta la madrugada, hasta que saliese el sol si así lo querían. Anaíd estaba dispuesta a pasar la mejor noche de su vida. Clodia también lo tenía clarísimo.

—Y esta noche te ligas a Roc.

Anaíd se sonrojó.

—¿Cómo? No sé cómo se liga, no he ligado nunca.

—Eres una bruja, ¿no? Pues sigue tu instinto. Mi instinto me dice que Roc está loco por ti.

—No seas pesada.

—Pesada no, obsesiva. No me voy de aquí si no te dejo colocada y con novio.

Roc era el hijo mayor de Elena. Moreno, socarrón, de ojos negros, piercing en la oreja, moto y vaqueros ajustados. De niños, él y Anaíd se habían bañado juntos en la poza del río. Luego Roc —durante el tiempo en que fue novio de la chica más guapa de la clase, Marion— fingió no conocerla. Pero desde su regreso Anaíd había crecido tanto que podía mirarlo casi cara a cara, y Roc redescubrió a la amiga y compañera de la infancia. Pasaban más tiempo juntos que separados y se llamaban constantemente. Primero Roc le pidió ayuda para presentarse a un examen de recuperación. Anaíd era la mejor en Matemáticas y, aunque era dos años más joven, no tuvo ningún problema en enseñarle a resolver las ecuaciones y ayudarlo a preparar su examen. Se acostumbraron a pasar horas sentados el uno junto al otro. Anaíd no le dio importancia hasta que lo encontró con Marion una tarde en la ciudad saliendo del cine. Iban cogidos de la mano y Roc, al verla, la soltó enseguida. Pero fue suficiente. Anaíd sintió una punzada que le atravesó una parte de su anatomía que no conocía. ¿El hígado? ¿El bazo? ¿Los pulmones? ¿O tal vez el corazón? En cualquier caso su cuerpo confirmó que la complicidad que sentía junto a Roc iba más allá del afecto a un simple compañero de estudios. Y desde entonces lo pasó fatal. Sobre todo la tarde

siguiente en la que Roc quedó con ella y le estuvo explicando que ya no salía con Marion pero que aún eran buenos amigos. No supo qué hacer, ni dónde mirar. Se avergonzaba de su sentimiento. Por novedoso, por extraño, por aparatoso.

Desde que fue consciente de que Roc le gustaba no pudo evitar enrojecer en su presencia. Y cualquier broma, un golpecito afectuoso, una llamada suya le provocaban un ardor en las mejillas que la delataba.

Esos últimos días su apuro era constante, puesto que se veían a todas horas ultimando los preparativos de la fiesta. Juntos limpiaron el local, colgaron cables, acarrearón bailes y trasladaron sillas y mesas hasta altas horas de la noche. Anaíd se estremecía cada vez que se rozaban sus manos o sus pies coincidían en el mismo lugar. Era un estremecimiento dulce, un cosquilleo, un calor súbito que le hacía desear prolongar el contacto y que, a veces, le hacía buscarlo fingiendo una casualidad.

Pero no se hacía ilusiones.

Lo previsible era que Roc simplemente la considerase una buena amiga.

Lo peor era que esa noche de la fiesta se presentase con Marion.

Lo más dramático era que ni por un momento se le pasaba por la cabeza la posibilidad de gustarle a Roc.

Lo más triste era que tenía que marcharse con su madre. Pronto. Muy pronto.

Lo más grave era que no podía utilizar ninguno de sus poderes para sus fines.

Lo más absurdo era que ella, esa chica tímida, era la que las profecías designaban como la elegida.

Y Clodia aún lo estaba digiriendo.

—Cuando mi madre me dijo que eras la elegida me sentí rarísima. Me dio por rebobinar todas las cosas que había dicho en tu presencia, como si pudieras reprochármelas. Ya sabes, seguro que hice el ridículo.

—No llevaba la grabadora encima.

Clodia insistió.

—Es como si un buen día pones la tele y descubres que tu compañera de pupitre es una actriz famosa que sale en todas las pelis. Te sientes fatal.

Anaíd la cogió de las manos.

—Mírame bien, soy la misma que cuando me conociste. Pero más asustada.

—¿Asustada tú?

Anaíd nunca comprendería el buen concepto que Clodia tenía de ella.

—Me pesa un montón.

—¿El cetro?

—La responsabilidad, boba.

—¿Dónde está el cetro de poder?

—Escondido.

—¿Me dejas verlo?

Anaíd se quedó dudosa.

—Mierda. Ahora mismo no sé si debo enseñártelo o no. No sé si mostrarte el cetro a ti compromete el futuro de las Omar. Estoy hecha un lío y no me siento para nada a la altura de todo lo que dicen las profecías.

—A mí me pasaría lo mismo. Pero, peor, vaya, seguro que mucho peor.

Sin embargo Anaíd se puso en pie. Abrió su armario, sacó una caja de zapatos y se la mostró a Clodia. Ahí, disimulado entre papeles arrugados, resplandecía el mítico cetro de la elegida. Estaba labrado en oro y era hermoso, pero lo que más imponía era su leyenda. Según la leyenda, la mismísima madre O lo empuñó y luego lo lanzó a las profundidades de la tierra para evitar que su hija Od se apropiase de él. Clodia estaba francamente impresionada.

—¿Y dices que cuando conjuraste el Etna para provocar la erupción lo escupió la tierra?

—Y Salma se apropió de él. Luego lo recuperó mi madre. Ahora es mío.

Clodia se acercó ensimismada con la mano extendida dispuesta a acariciarlo, pero Anaíd retiró la caja con rapidez.

—No, no lo toques.

—¿Por qué?

—Es muy poderoso y puede torcer la voluntad de quien lo posea.

Clodia se lo quedó mirando fijamente.

—La profecía de Trébora.

Anaíd recitó:

—Oro noble de sabias palabras labrado, destinado a las manos que aún no han nacido, triste exiliado del mundo por la madre O.

Clodia se sumó a los versos:

—Ella así lo quiso. Ella así lo decidió. Permanecerás, pues, oculto en las profundidades de la tierra, hasta que los cielos refuljan y los astros inicien su camino celeste. Entonces, sólo entonces, la tierra te escupirá de sus entrañas, acudirás obediente a su mano blanca y la ungirás de rojo.

Anaíd finalizó:

—Fuego y sangre, inseparables, en el cetro de poder de la madre O. Fuego y sangre para la elegida que poseerá el cetro. Fuego y sangre para la elegida que será poseída por el cetro.

Anaíd no pudo evitar un escalofrío. Clodia pronunció el último verso:

—El cetro de O gobernará a las descendientes de O.

Y se echó a reír.

—No te lo tomes muy en serio. Cuando te pones seria pareces mayor.

Pero Anaíd estaba seria.

—Se ha cumplido todo. En el momento en que se produjo la conjunción tomé el cetro y destruí a Salma. Me ensucié las manos de sangre.

Clodia la abrazó.

—Olvídalo y diviértete, esta noche diviértete mucho y olvida todo lo que has pasado.

Anaíd se repuso. Guardó la caja, cerró el armario con cuidado y se dio cuenta de que Clodia se había dejado caer en la cama muerta de sueño.

—Despiértame a las diez. No me quiero perder la fiesta —suspiró antes de quedarse frita.

Anaíd la cubrió con la colcha y salió de puntillas hacia la sala.

En la sala, Anaíd cortaba panecillos barajando todas las posibilidades sobre lo que podría suceder durante la fiesta. ¿Se pasaría la noche sentada en una silla comiéndose las uñas? ¿Se pasaría la noche sirviendo bebidas y bocatas y poniendo música en plan Cenicienta sin importarle un pepino a nadie? ¿Se pasaría la noche charlando con Roc en plan amigos de la infancia sin rozarse ni un milímetro de la piel? ¿Se pasaría la noche muerta de celos, cotilleando con Clodia sobre los magreos de Roc y Marion? ¿Se pasaría la noche intentando bailar sin dar pena? ¿Se pasaría la noche suspirando por un beso de amor sin conseguirlo?

Y tanto barajar situaciones estresantes acabó por ponerse tan nerviosa que se cortó un dedo. Selene acudió enseguida a su lado y la ayudó a vendarse y a detener la hemorragia.

—Dame el cuchillo. Será mejor que tú sólo untes el tomate en el pan.

Selene acarreó el cesto con tomates y se colocó junto a Anaíd trabajando codo con codo como en una cadena de montaje. Selene cortaba el pan a rebanadas, Anaíd lo untaba de tomate y luego lo aliñaba con aceite y sal, como le había enseñado su madre desde niña para hacer más sabrosos los bocadillos. Por último, lo colocaba sobre la bandeja.

—¿Estoy guapa? —se atrevió a preguntar Anaíd de pronto.

—Te veo diferente.

—Me he pintado. Mejor dicho, me ha pintado Clodia, pero me siento rarísima con esta raya negra y los párpados brillantes.

—Pues quítatelo.

—¿No te gusta entonces?

—A ti no te tiene que importar lo que me guste a mí o no. Eres tú quien tienes que gustarte a ti misma. Los demás descubrirán tu belleza aunque no vayas pintada.

—No es fácil.

—Ya lo sé. Se trata de ir probando.

Anaíd, siempre tan conformista, se sublevó con la familiaridad con que su madre

trataba su problema. Era algo así como subestimarlos.

—Por favor, mamá, tú no tienes ni idea.

—¿De qué?

—De lo que siento, de mi nerviosismo.

—¿Por el cetro?

—Sssí.

—Ya lo sé, la responsabilidad es muy grande, pero yo no te dejaré sola.

—¿Dónde iremos?

—No te lo puedo decir. Empezaremos un camino las dos y no sé cuánto tiempo nos llevará.

—Pero yo querría quedarme aquí, con mis amigos. ¿De verdad tenemos que irnos? ¿No bastaría con un conjuro de protección del valle?

Selene calló. La frase de Anaíd le reportaba un doloroso recuerdo.

—Entiendo lo que te pasa. Entiendo que te cueste aceptar que a tu edad tienes que sacrificar tus intereses por el bien de la comunidad.

Anaíd asintió. Lo había resumido perfectamente.

—Y no sólo es eso. Esta noche es una noche muy importante y tengo miedo a hacer el ridículo.

—¡Bah! —minimizó Selene—. Menuda tontería.

—¿Tontería? —se ofendió Anaíd—. No sabes lo que es tener quince años y debutar en la vida social.

Selene se puso en jarras. Era espléndida y muy joven para ser madre de Anaíd.

—¿Te crees que siempre he tenido treinta y tres años?

Y Anaíd cayó en la cuenta de que estaba diciendo una sandez.

—Perdona. Quería decir que yo he sido siempre una chica rara, diferente.

—Yo también lo fui.

Anaíd no daba crédito. Selene era atrevida, lanzada, seductora, segura de sí misma. No podía meterse en su mismo saco.

—¿Tú? Eso sí que no.

—Pues claro, todas las brujas Omar hemos tenido una infancia vigilada, una adolescencia traumática y una juventud difícil. No hemos sido mortales libres.

Anaíd quitó mentalmente un puñado de años a su madre y, sin costarle excesivamente, la vio joven, inconsciente y atrevida.

—Somos muy diferentes tú y yo.

—Puede, pero eso no quiere decir que yo no sepa lo que es enamorarse, odiar a una madre, sentir miedo por la responsabilidad, desear no ser una bruja o querer morir de pena. Siempre soñé con ser una mortal.

Anaíd, de pronto, sintió una gran curiosidad por esa Selene que no conoció nunca, pero que podía intuir e imaginar.

—¿Querías ser una mortal libre?

—Ése fue mi drama... o mi suerte.

—Mamá, y ¿cuándo fue tu primera fiesta?

Selene se mordió los labios.

—Hace mucho tiempo, pero me acuerdo como si fuese ayer.

—¿Fue importante para ti?

Selene se restregó los ojos con la manga de la camisa, levemente. Había sentido un escozor repentino.

—Ahí empezó todo, con esa fiesta se decidieron muchas cosas importantes y trascendentes para mi vida.

—¿Cuántos años tenías?

—Tenía diecisiete años y había empezado a vivir sola en la ciudad y a estudiar Periodismo.

—¡Jo! Hay muchas cosas que no sé de ti.

—Las sabrás todas, tengo intención de explicártelas.

—¿Cuándo?

—Durante este viaje. Tendremos mucho tiempo para hablar.

—Empieza ahora, por favor.

—¿Ahora?

—Por favor, tenemos tiempo, Clodia está durmiendo y Roc está ayudando a su padre.

Selene dudó unos instantes. Miró su reloj y accedió. Había tiempo de sobras hasta la noche.

—¿Por dónde quieres que empiece?

—Por esa fiesta.

Selene parpadeó levemente y se limpió las manos en el delantal.

—¿Estás dispuesta realmente a escuchar nuestra historia? ¿La tuya y la mía?

—Sí. Estoy segurísima.

—A lo mejor hay muchas cosas que te sorprenderán, otras que te dolerán, otras que habrías querido no llegar a saber nunca... Porque te lo advierto, no te ahorraré ningún detalle. O todo o nada. Ésa es mi propuesta.

Anaíd no podía dar crédito a lo que oía.

—¿En serio?

—Estoy hablando completamente en serio —aseveró Selene.

—¿No me ocultarás nada? —insistió Anaíd.

—Nada.

—¿Me dirás quién es mi padre?

Selene no dudó ni un instante.

—Sí.

Anaíd se llevó las manos al pecho. Nunca se había atrevido a formular esa pregunta a su madre y ahora Selene estaba dispuesta a iluminar su origen, su pasado, su propia semilla.

* * *

TODO empezó una tarde de febrero. Me acuerdo perfectamente porque hacía mucho frío y no teníamos calefacción. Vivía en Barcelona en un piso pequeño con viejos balcones de postigos de madera, olor a sofritos y carcoma en las puertas. Ninguna maravilla, pero a los diecisiete años me parecía un palacio.

Compartía el piso con Carla, Meritxell y Lola.

Carla, una estudiante de Bioquímica algo rellenita, marchosa y bastante mandona, era más aficionada a preparar comida china y a bailar salsa cubana que a estudiar combinaciones de sodio. Meritxell, una andorrana frágil y hermosa, algo lánguida, de melena pajiza y ojos color de miel, estudiaba Bellas Artes y nos decoraba los techos con estrellas fugaces fosforescentes y las paredes con chorretones de lluvia. Lola, una bolita de algodón mimosa y ronroneante, vivía a su aire en la habitación de Meritxell, su ama, sin escaparse ni alejarse nunca más allá de un radio de diez metros de su acogedora jaula siempre con lechuga verde y fresca, siempre con serrín limpio. Lola era la hámster de Meritxell y todas la malcriábamos y la consentíamos como a una niña. Era nuestra mascota.

Yo estudiaba Periodismo y contribuía a las necesidades del piso encargándome de la ambientación nocturna y de las bebidas. Tenía fascinadas a mis compañeras con mis velas, mis tisanas, mis filtros y mi estilo excéntrico. Entonces, lo reconozco, era bastante presumida y procuraba sacar partido a mis piernas largas, a mi melena rizada, jaspeada de irisaciones rojizas, y a mis ojos verdes. Me gustaba vestir con un estilo extravagante y descarado, con lo cual casi todos los chicos querían ligar conmigo, pero no se enamoraban de mí, y las chicas, en general, me rehuían y evitaban ser mis amigas. Excepto Carla y Meritxell, dos mortales maravillosas.

Por las mañanas me pasaba por la facultad, pero me distraía hasta con el vuelo de una mosca y siempre tenía una excusa para no asistir a clase. No era difícil hacer campana. Era mucho más interesante el bar atestado de estudiantes que leíamos la prensa con avidez, inventábamos reportajes imposibles y arreglábamos el mundo.

Durante esos meses me entusiasmé con tantos escándalos y concebí tantos reportajes que unos cuantos profesores, abrumados, me aseguraron con antelación que estaba archiaprobadada. A lo mejor fue una medida disuasoria para que dejara de marearlos. Los compadezco. Era pesadísima y no callaba. Mi especialidad era poner al mundo boca arriba, boca abajo y zarandearlo. Y luego, con la misma pasión, me

dedicaba a preparar festejos.

Fui yo, lo recuerdo muy bien, quien apuntó a Carla y Meritxell a participar en el concurso de disfraces que organizábamos los estudiantes de Periodismo la noche de la fiesta de Carnaval. Al principio se negaron las dos en redondo por motivos diferentes. Carla decía que estaba tan gorda que hundiría la pasarela y que no se le ocurría otro disfraz que el de queso de bola. Meritxell, en cambio, confesó que se moriría de vergüenza desfilando ante miles de desconocidos, que la mirarían y la harían sentir desnuda. Pero fui venciendo su resistencia, con tozudez, hasta que acabaron por ceder del todo y se animaron casi tanto como yo con la idea.

Y esa tarde de invierno de un mes de febrero, Carla, Meritxell y yo, muertas de frío, nos decidimos por fin a coger aguja e hilo y a coser nuestros disfraces para tenerlos listos antes de la semana de exámenes. Estábamos insólitamente atareadas cosiendo botones y dobladillos e hilvanando cremalleras. No teníamos dinero —nos lo habíamos gastado— y nos sobraba entusiasmo, pero se nos entumecían los dedos y cada vez que nos pinchábamos con la aguja, cosa que nos pasaba muy a menudo, aullábamos de dolor.

Estábamos las tres riéndonos por todo, con esa risa tonta que me daba a los diecisiete años cuando cosía un buñuelo y no sabía cómo demonios deshacerlo, y entonces Carla decía una sandez del estilo «parece una margarita frita» y nos reíamos tanto que se nos caían las lágrimas y nos daba el hipo.

Hasta que repararon en mi disfraz.

¿Por qué escogí ese disfraz?

Aún hoy no tengo una respuesta clara a mi pregunta. Sólo sé que ese disfraz polémico trajo consigo la desgracia.

Su misma naturaleza intrigó a mis amigas. Ninguna de las dos conseguía adivinar de qué se trataba.

—Una pista, danos una pista.

No pensaba decírselo. Para mí, cualquier nombre de la diosa era impronunciable. Mi madre, Deméter, me lo había prohibido porque era una forma de invocarla. Y tenía muchos nombres con los que había sido designada. Lo único que quería disfrazándome de ella era demostrarme a mí misma que no tenía miedo a las supersticiones que el clan de la loba, mi clan, me había impuesto desde niña. Pero me equivocaba. Me daban escalofríos sólo de pensar en su maldad.

—Una mujer poderosa.

—¿Cómo de poderosa?

—Como el hierro.

—¡Margaret Thatcher!

Carla tenía salidas de ese tipo. ¿Cómo se le podía pasar por la cabeza que asistiese a una fiesta de Carnaval disfrazada de ex Primera Ministra inglesa? Vale que

yo era excéntrica, pero no tanto. ¿Me estaba tomando el pelo? Tratándose de Carla, era lo más probable.

—Una dama sangrienta —añadí.

—¡Una carnicera! —gritó Carla.

—¡Una asesina! —se sumó Meritxell.

Y ninguna de las dos iba desencaminada. La diosa era eso y mucho más. La diosa exigía sacrificios humanos y bebía la sangre de sus víctimas. Pero no pronunciaría su nombre. Me vestí con la túnica bordada con una serpiente y el tocado de plumas y les dejé acariciar el puñal de doble filo —mi atame— que nunca debería haberles mostrado y que por pura rebeldía había incorporado a mi atuendo.

—Soy una diosa.

Carla y Meritxell estaban excitadas, eran curiosas y yo llevaba unos meses jugando con ellas, intrigándolas con mis adivinaciones nocturnas y mis filtros. No era una artista, como Meritxell, ni una graciosa, como Carla. Yo era misteriosa y alimentaba ese lado oscuro que la brujería potenciaba y que hacía las delicias de mis compañeras. Pero querían más. Y así empezó todo, como un juego. Se arrodillaron a mis pies reverenciándome.

—Demuéstranos tu poder, gran diosa.

—¡Oh, Selene!, te invocamos.

—Estamos a tus pies y nos congelamos las rodillas. Concédenos el don de calentar nuestras manos.

—¡Oh, sí, gran Selene! Instálanos la calefacción.

—Así sea.

Fue un impulso tan repentino que no me dio tiempo a pensarlo. De un rápido movimiento de mi vara, surgió una chispa que prendió las paredes que Meritxell había decorado con lluvia y las gotas de lluvia se transformaron en minúsculos racimos de fuego. Fue un embrujo delicioso. La sala, que estaba como un témpano, se encendió como una hoguera y comenzó a calentarse, irradiando luz y bienestar desde todos y cada uno de sus rincones.

Meritxell abrió los ojos, fascinada, sin plantearse el fenómeno más que desde la belleza, y comenzó a bailar a la luz temblorosa de las gotas de fuego. Por el contrario, Carla se asustó, quizá porque era bioquímica, quizá porque era cocinera, quizá porque era racional. Recuerdo que gritó y, al gritar, me hizo darme cuenta de la barbaridad que acababa de cometer.

Enseguida detuve el hechizo y pretendí que nada había sucedido, pero ya era demasiado tarde. La simpatía de Carla se quebró. Desde entonces me miró con sospecha y nunca más creyó en mi palabra.

—Ha sido una ilusión, un truco que aprendí de niña —insistí una y otra vez.

Sin embargo Carla palpó con desconfianza las pinceladas de lluvia, aún calientes,

y comprobó con estupor que la temperatura de la sala había subido hasta veinticinco grados. Maldito cientifismo.

—No ha sido un truco, ha sido real. Has desatado una fuente de energía lumínica y calórica.

Por suerte Meritxell estaba fascinada.

—Ha sido precioso, tenemos que repetirlo. ¿Cómo lo has hecho?

Carla incorporó un retintín desconfiado a su tono de voz:

—Eso, ¿cómo lo has hecho?

Fui incapaz de inventar una excusa convincente y farfullé alguna incoherencia. Comenzaba a darme cuenta de que había jugado con fuego. Nunca mejor dicho.

Esa misma noche se presentó Deméter en casa.

Mis amigas no conocían a Deméter. Ése era el trato. Nos citábamos a solas y no interfería en mi vida siempre y cuando yo no pusiese en peligro a la comunidad. Ella respetó su pacto hasta que yo lo rompí.

Carla y Meritxell no daban crédito. Si yo les había resultado curiosa, Deméter las dejó sin aliento. Tendrías que haber conocido a tu abuela entonces. Había una sola palabra que la definía: «imponente». Deméter era alta, pero su altura era lo de menos. Imponían la fiereza de sus ojos grises, el peso de su cabello rubio ceniza que llevaba trenzado hasta la cintura, el movimiento envolvente de sus manos y el tono firme y autoritario de su voz. Aunque llegué a sobrepasarla unos centímetros en altura, siempre me sentí pequeña a su lado. Era un sentimiento de impotencia, de debilidad. Deméter era muy fuerte.

Se presentó en mi piso sin avisar y en cuanto la vi supe que llegaba dispuesta a llevarme con ella. No tenía ni idea de cómo demonios se había enterado de mi imprudencia, pero por algo era una bruja.

Y supe también que, esa vez, no se saldría con la suya.

Deméter, mi madre, husmeó la habitación como una verdadera loba. Buscaba la presencia, por remota que fuese, de alguna bruja Odish. Por fin se sentó frente a mí, cara a cara.

—No había ninguna necesidad, Selene.

—Ya lo sé, ya lo sé. Me he equivocado, lo siento.

—No es suficiente con decir «lo siento». El mal ya está hecho.

—No es posible que las Odish me localicen sólo por provocar un poco de calor en una sala gélida. Tía Criselda prepara los pasteles sin horno. ¿Lo sabías?

—Pero tú no eres tía Criselda. ¿Lo sabías?

Ése era el problema. Yo era especial. Yo era una niña marcada, yo había sido señalada por la pitonisa como alguien peligroso. Yo había sido atacada por una Odish al cumplir siete años y desde entonces había vivido protegida, vigilada y prisionera

de todas las Omar. Estaba harta de sentirme controlada. Ansiaba la libertad, el anonimato, considerarme una mortal y basta.

—No lo haré más, te lo juro.

—Ya no puede ser, Selene. Lo has estropeado.

—Mamá, por favor... —supliqué.

Deméter era inflexible. Le había prometido no hacer ningún uso de la magia sin la supervisión de otra Omar. Vivía voluntariamente desvinculada del clan de las hormigas, que se reunían en la ciudad. Rechacé asistir a sus reuniones y convencí a Deméter de la conveniencia de permanecer de incógnito. Quería ser una chica normal que estudiaba la carrera que quería y vivía con otras chicas normales. Deméter me había apoyado con reparos. Y ahora, por una estupidez, se había acabado todo. Mi libertad había durado apenas unos meses. Deméter daba marcha atrás y pretendía que volviese a ser una bruja vinculada a la comunidad, dedicada en cuerpo y alma al clan, pendiente de la tribu, de los sabbaths y los esbaths, de las rencillas entre las matriarcas y de las persecuciones de las Odish.

—Vendrás conmigo la noche de Imbolc. Nos reunimos en Cadaqués.

Y sentí que se me hundía el mundo bajo los pies. Deméter me ordenaba que renunciase a lo único que me ilusionaba en aquellos momentos.

—No puedo, es la fiesta de Carnaval.

—Ya es hora de que participes en un sabbath de fraternidad.

Conocía los relatos maravillosos del sabbath de fraternidad de las lupercales que se celebraban en las escarpadas costas del cabo de Creus. Hasta allí, en un promontorio barrido por el frío viento del Norte, la Tramontana, y batido por la espuma de las olas, volaban brujas del clan de la loba, la paloma, el águila, la hormiga, la salamandra y la carpa. Deméter, que además de mi madre era la gran matriarca de la Península, estaba en pugna con la matriarca gala del clan del águila y quizás en ese sabbath se dirimiría el liderazgo de la tribu. No me importaba. Durante muchos años había soportado sus rencillas y sus peleas y estaba harta de sus historias. Me importaban un bledo.

Me levanté y la reté.

—No iré. Ya he cosido mi disfraz.

—¿Qué disfraz?

—Mi disfraz...

A lo mejor me tembló la voz; seguramente dije la palabra «disfraz» con miedo, porque inmediatamente recordé el sacrilegio que había cometido disfrazándome de la diosa y se me ocurrió que tal vez su influjo maligno había levantado mi mano para que efectuase el embrujo. Esperé en vano que Deméter no se diese cuenta de mi apuro. Pero Deméter era una bruja y no era cualquier bruja. Deméter podía interpretar mis angustias y leer mi azoramiento.

Enseguida lo supo. Buscó el disfraz hasta dar con él y, sorprendentemente, al tomarlo en sus manos no se mostró airada ni irritada. La palabra que mejor podía definir el parpadeo de sus ojos, el rictus de su boca y ese leve temblor de sus manos era «miedo». ¿Deméter estaba asustada?

En ocasiones las hijas creemos que las madres son infalibles, que no se arredran por nada, que no sienten miedo ante nadie. Cuando vi que Deméter temía a la diosa, me crecí. Fueron unos instantes, pero fueron suficientes.

—¿Cómo ha ocurrido, Selene?

—¿El qué?

—¿De dónde te ha surgido la idea de vestirte como Baalat?

Y entonces descubrí que no temía a la diosa, ya que se atrevía a pronunciar su primer nombre; lo que temía era que yo hubiese caído bajo el influjo de su poder.

—No creo en ella. Por eso lo he hecho.

Deméter se derrumbó.

—Sabes su historia. Sabes que Baalat, la gran Odish de Biblos, reinaba entre los antiguos fenicios y exigía sacrificios humanos.

—Lo sé.

—Y que era en realidad la cara de Baal, el dios carnicero sin voluntad que ella suplantó.

—Lo sé.

—Y que fue conocida como la Gran Hechicera, puesto que su belleza era comparable a la de Venus y Afrodita.

Lo sabía, claro que lo sabía, no había oído otra cosa desde que era una niña.

—Conozco su leyenda. Sé que enloquecía a los hombres y los alejaba de sus esposas. Que provocaba el hambre, marchitaba las plantas y traía consigo la muerte. Que invocaba a los muertos. Que fue el azote de las brujas Omar. La que más doncellas Omar degolló antes que la Condesa Erzebeth. La que más bebés Omar devoró, la que destruyó al clan de las ciervas, las jirafas y las escorpiones.

—No es ninguna leyenda. ¿Por qué la provocas convocándola?

—Porque no me da miedo. No creo en Astarté.

Y entonces Deméter perdió los estribos y me cruzó la cara con un sonoro bofetón.

—¿Cómo te atreves tú a pronunciar uno de sus nombres?

Se me encendió la mejilla, pero no lloré. Notaba las lágrimas calientes que pugnaban por salir y hacían que me escocieran los ojos. Pero no lloré. Yo era orgullosa y no quería que Deméter me viese llorar. Al revés. Levanté la cabeza con altanería y la reté por segunda vez:

—No iré contigo a celebrar la noche de Imbolc.

—Dame tu vara —me exigió mi madre por toda respuesta.

Y al entregársela, le entregué una parte de mí. La que supuestamente yo

rechazaba, la única que había conocido hasta aquel momento. Retirar la vara a una bruja significaba un gran castigo. Y un peligro. Tal vez no sepas que sin nuestra vara las brujas Omar quedamos desasistidas, a merced de cualquier ataque de una bruja Odish. Por eso Deméter me desconcertó. Si era mi madre, ¿cómo podía abandonarme a mi suerte?

—¿Quieres que las Odish acaben conmigo?

Deméter me dejó fría con su respuesta.

—¿Las Odish? Para ti no existen las Odish. La dama de Biblos no ha existido nunca.

Era una prueba. Deméter me estaba poniendo a prueba. Así pues le seguí la corriente y le entregué mi vara. Sabía que ceñiría mi cinturón aún con más fuerza y que antes de marcharse formularía un conjuro de protección para mí. Pero me equivoqué. Sentí que el calor del escudo protector que oprimía mi vientre, y al que estaba acostumbrada desde muy niña, se diluía hasta desaparecer.

—¿Qué haces? —murmuré asustada.

—Te privo de tus cadenas. Eres libre.

Sentí pánico. La libertad puede producir auténtico pánico si no estás acostumbrada.

Agitó su propia vara y musitó unas palabras mortecinas, como su mirada. Noté un enorme vacío que me produjo vértigo. Deméter había hecho desaparecer la protección que siempre me había envuelto.

—Ahora eres libre. Libre de pronunciar el nombre de la diosa si quieres.

Y se fue dejándome desnuda e indefensa.

Quería darme una lección. Estaba convencida de que yo me moriría de miedo y de que acudiría a ella inmediatamente, llorando, para rogarle que me protegiese y accediendo a todas sus condiciones. Y lo hacía a sabiendas de que realmente me exponía a un peligro real. Y lo hacía consciente de que estaba retando al destino y a la pitonisa de mi profecía.

Deméter era dura como el pedernal. Lo malo es que me había educado en la dureza y yo, le pesase o no, era su hija. A cual más tozuda.

Esa noche, nada más salir mi madre por la puerta, penetró una corriente de aire gélido en la casa y un súbito escalofrío me recorrió el espinazo. Al cruzar mi mirada con Carla, tuve que bajar los ojos. Me sentía débil. Me sentía mal.

¿Así se sentían las mortales?

Creo que en el momento en que invoqué el nombre de la diosa el hálito del mal se coló en mi vida. Y ahí comenzó mi historia. Mejor dicho: nuestra historia.

Aún faltaba una semana para la fiesta y estábamos de exámenes. Una combinación terrorífica. Frío, mal rollo, desconfianzas y aburridísimos apuntes

cazados a última hora y fotocopiados de cualquier manera.

Se había abierto la primera fisura entre Deméter y yo y no tenía ninguna intención de repararla, porque entonces no sabía que las fisuras, si no se reparan a tiempo, se van resquebrajando hasta transformarse en grietas. Yo era muy joven y estaba dispuesta a llegar hasta el final. Aunque no supiera exactamente dónde estaba el final.

Lo que sí sabía es que en aquellas circunstancias era incapaz de aprobar ni un examen. Me ocurría una cosa muy extraña. Me sentía tan desnuda y desprotegida que temblaba como una hoja y apenas podía dar dos pasos seguidos por la calle sin detenerme y darme la vuelta angustiada por las miradas que sentía a través de mi ropa. Bajo ninguna circunstancia podía sentarme ofreciendo mi espalda a la mirada de otros. Los ojos ajenos no sólo me incomodaban; me producían picor, arañazos, hasta dolor. Algunas miradas eran fieras como flechas envenenadas. Siempre, durante toda mi vida, había vivido protegida del mal de ojo y ahora mi madre me dejaba desvalida y expuesta a todos los peligros del mundo. No podía comprender cómo Carla o Meritxell andaban tan frescas a mi lado sin preocuparse de quién o quiénes caminaban tras ellas ni de quién o quiénes clavaban sus miradas en ellas. Llegué a parecer una loca, y el día que me obligaron a sentarme en primera fila en el aula donde se convocaba el examen de Historia Contemporánea tuve que levantarme a los pocos minutos con la hoja en blanco, sin haber tenido tiempo de responder ni a una sola pregunta. Fue una lástima. Era un examen que había estudiado y seguro, segurísimo, un examen en el que podría haberme lucido y haber sacado una buena nota. Me sabía todas las preguntas, así que salí hecha una furia. No hay nada que produzca más rabia que no poder cumplir con tus expectativas cuando están ahí mismo.

Se me ocurrió que era una venganza de Deméter por haberme negado a estudiar Medicina. Mi madre quería que siguiese la tradición familiar y que me dedicase a la Obstetricia. Mejor que comadrona, médico. El árbol genealógico de las Tsinoulis estaba atestado de comadronas y yo me había pasado la vida rodeada de partos, parteras, llantos de bebés recién nacidos, toallas empapadas en sangre y placentas palpitantes. Estaba muy acostumbrada a todo eso y sabía ayudar a controlar la respiración de una contracción, a cortar un cordón umbilical o a palpar la posición de un bebé encajado. Ya tenía asumido que de mayor yo también traería niños al mundo y ayudaría a parir a sus madres. Todas las brujas Omar lo creían: mi tía Criselda lo creía, mi prima Leto lo creía y mi madre Deméter también lo creía.

Hasta que ocurrió la desgracia de Leto y yo la presencié.

Todavía hoy me siento incapaz de recordarlo. Me costó mucho olvidar aquella escena tan terrible. Un día te lo explicaré, ahora no puedo. Sólo sé que tras el parto de Leto me pasé noches y noches llorando desconsoladamente. No podía asumir la angustia de convertirme en comadrona y traer al mundo criaturas monstruosas. No

podría dedicarme a ese oficio imaginando, parto tras parto, que algún día asistiría a una madre desconsolada, a un hijo deforme, a una muerte inevitable, a la impotencia de no poder ayudar a ninguno de los dos. Por eso, sin decírselo a nadie, decidí que no sería comadrona ni médico. Que no asistiría a parteras y que me dedicaría a viajar y a escribir. Por eso me matriculé en la facultad de Periodismo y tuve mi primer enfrentamiento con Deméter.

De eso hacía ya algunos meses y de nuestra primera discusión salí muy bien parada. Deméter era innovadora y aceptó que durante mis estudios viviera sola en la ciudad, acompañada de muchachas mortales, sin involucrarme excesivamente en las tareas del clan y procurando pasar lo más inadvertida posible.

Los tiempos estaban revueltos. Nuestras astrónomas vaticinaban que la llegada de la elegida estaba próxima y las Odish, que habían permanecido ocultas e inmóviles durante años, comenzaban a dar signos de vida. Si era cierto, si la elegida llegaba, la guerra de las brujas se recrudecería. Y Deméter tenía demasiado trabajo dirigiendo la tribu como para además tener que ocuparse de mí.

Me encerré en casa al salir del examen y me metí en cama. Suerte tuve de contar con la dulce Meritxell. Enseguida se dio cuenta de mi angustia y me hizo compañía dibujando a mi lado, ofreciéndome su lápiz para que me distrajera, enseñándome a garabatear siluetas y ahuyentando mis miedos. Y lo consiguió.

Hasta ese momento pensaba que Meritxell era una buena compañera de piso que aparecía los domingos por la noche trayendo bajo el brazo leche, mantequilla y tostadoras de oferta, y que nos llenaba las paredes de estrellas y lluvia. Pero esa semana descubrí que además era paciente, cariñosa y que podía ser una buena amiga. No tenía prisa y ahí radicaba la magia de su compañía. De ese tiempo junto a Meritxell aprendí que una verdadera amiga no debe tener nunca prisa. Con el primer rayo de sol, Meritxell se sentaba junto a mi cama, con sus carpetas de dibujo, y me traía leche con galletas. Se disculpaba por no saber cocinar, pero era un detallazo. Me consolaban más su conversación, su risa y sus dibujos que toda la comida del mundo.

Meritxell estaba en un momento estupendo. Había sacado muy buenas notas en sus exámenes y su padre le acababa de anunciar su regalo de fin de curso: un recio Nissan Patrol verdiazul, 120 caballos, cinco cilindros y ruedas de 250 mm. Un pequeño tanque para escalar cimas, cruzar ríos y emprender aventuras de anuncio televisivo. No era un vehículo demasiado acorde con la dulzura de Meritxell, pero lo cierto es que ella se mostraba entusiasmada y llevaba la fotografía de su Nissan en la cartera y la mostraba a todo el mundo, como si fuera un sobrino o un perrito recién incorporados a la familia. Meritxell irradiaba felicidad, le brillaban los ojos, tenía las mejillas encendidas y la sonrisa a flor de piel. Pronto me contagié sus ganas de vivir. Pero me confundí. Su felicidad no provenía de su todoterreno por estrenar. Una mañana, medio avergonzada, me sacó de mi error.

—Tengo novio.

Me quedé patidifusa. Meritxell estaba enamorada. Era fantástico.

—Anda, háblame de él.

Se sonrojó.

—Es un secreto.

—¿Por qué es un secreto?

Y se sonrió.

—Siempre que he hablado de mi novio antes de tiempo ha salido mal, pero esta vez va en serio.

Y aún me dejó más pasmada. Yo no cazaba lo de «ir en serio».

—¿Te quieres casar con él?

Meritxell se rió.

—Estás chalada.

—Entonces, cuando dices que va en serio..., ¿a qué te refieres?

Meritxell me guiñó un ojo con picardía.

—Pues que..., ya sabes..., nos hemos acostado juntos.

Me quedé a cuadros. La lánguida Meritxell que volaba etérea como sus gotas de lluvia se acostaba con un chico sin que yo me enterase y se enamoraba perdidamente en pocos minutos. ¿Y yo? Yo era exigente, tan exigente que todavía no había encontrado a ningún chico que me interesase más allá de los primeros diez segundos. Con mi mirada de bruja experta en adivinar los recovecos de sus miedos e inseguridades, detectaba sus problemas y sus infantilismos al primer vistazo. Y dejaban de interesarme. ¿Me enamoraría algún día? ¿Encontraría a alguien como había encontrado Meritxell? Meritxell malinterpretó mi silencio.

—Perdona, ya sé que tú no tienes secretos para mí.

Y entonces fui yo quien me avergoncé. Si Meritxell hubiera sabido todos los secretos que yo guardaba, me hubiera obligado a devolverle las galletas de chocolate que me había hecho comer. La despojé de su remordimiento sin fingir lo más mínimo. No me costó, porque estaba realmente contenta por ella. Meritxell era encantadora y se merecía todo el amor del mundo.

—Es fantástico. ¿Me lo presentarás?

—En la fiesta de Carnaval.

Supongo que hice un mohín de disgusto.

—No sé si podré ir a la fiesta.

—Seguro que sí, seguro que te habrás recuperado.

No me sentía con ánimos para superar mi angustia de vivir en un mundo sin escudo, sin protección, sin vara. Y tampoco pensaba dar mi brazo a torcer ante Deméter. Aguantaría en cama lo que hiciese falta.

—¿Es por tu madre?

Me asusté. ¿Intuía Meritxell algo anómalo?

Ella misma me sacó de dudas:

—Os oí discutir la noche que vino. Sé que te lo tomaste a mal y creo que estás enferma desde entonces. ¿Por qué no te reconcilias con ella?

Negué con la cabeza.

—Mi madre es muy cabezota.

—Seguro que te quiere un montón.

—Y un cuerno.

Ella no tenía ni idea de lo que era convivir con Deméter.

Entonces Meritxell me hizo la segunda confesión de su vida.

—Yo no tengo madre. No sabes la suerte que tienes de tener una madre.

Sólo pude cogerle las manos y apretárselas muy fuerte. Hay momentos en los que las palabras sobran.

Supongo que fue por ese gesto, pero Meritxell hizo algo que nadie se había atrevido a hacer antes por mí. Espontáneamente medió entre mi madre y yo.

Deméter se presentó en casa preocupada. Meritxell la había avisado de mi estado y sin decir palabra me obligó a desnudarme y me revisó el cuerpo milímetro a milímetro. Se sentía muy culpable por haberme dejado indefensa y a merced de cualquier Odish, sólo por pura altanería.

—¿Tienes dificultades al respirar?

—No.

—¿Sientes ahogos, pinchazos, dolores?

—No.

—¿Sueños recurrentes?

—No.

—¿Escalofríos?

—A veces.

—¿Calores súbitos en tu espalda?

—Eso sí. Cada vez que me miraban. No pude soportarlo.

Deméter pasó su mano por mi frente y me tomó el pulso. Luego me abrazó.

—Pobrecilla.

Me sentí aliviada. Meritxell tenía razón. Mi madre se preocupaba por mí y yo era afortunada de tenerla. Sacó mi vara del maletín y me la entregó.

—Ahora ya sabes lo que es vivir fuera del clan. Las que así lo han querido han tenido que convivir por siempre con esa angustia.

—¿Ha habido brujas Omar que se han alejado de la tribu?

—Algunas.

—¿Y sobrevivieron?

—Algunas.

Deméter no era muy explícita. Tampoco quise interrogarla sobre los motivos que indujeron a esas mujeres a abjurar de su condición de brujas ni sobre lo que les ocurrió a las que no sobrevivieron...

—Formas parte del clan, no lo olvides.

Y me devolvió mi escudo protector, que ciñó mi vientre. Al segundo sentí el bienestar de vivir de nuevo bajo el conjuro benefactor de su protección.

Distribuyó cinco velas aromáticas en los rincones propicios de la habitación que formaban un perfecto pentágono, las encendió, me preparó una reconfortante poción y luego me entregó una piedra de malaquita. La apreté fuerte, contra mi corazón, y noté cómo mi respiración se acompasaba y la sangre fluía libremente por mis venas. Mis miedos se iban desvaneciendo y comenzaba a sentirme segura con mi escudo, con mi piedra, protegida por el pentágono de luz y la fuerza benefactora de mi madre.

Deméter creyó que había aprendido la lección. Qué poco me conocía.

—El viernes debes estar preparada. Pasaré a buscarte para ir juntas a la fiesta de Imbolc.

—No pienso ir.

Era cierto, pero era más cierto que me sentía todavía débil y dependiente. Creo que en aquel momento Deméter podría haberme convencido de regresar al rebaño. Pero lo estropeó tontamente.

—Selene, es muy importante para mí que vengas al sabath.

—¿Ah, sí? —me hice de rogar—. ¿Por qué?

Creí que me hablaría del orgullo de presentarme en público, de la ilusión por compartir nuestros momentos... Sin embargo Deméter no tuvo la sensibilidad para meterse en la piel de una chica de diecisiete años.

—Habrà una votación para elegir a la jefa de tribu. Tu voto suma, y Claudina y yo estamos casi empatadas.

Fue peor que una bofetada. Para ella yo era eso, un voto más, una ayuda para sus ambiciones personales.

—No iré. No quiero participar en vuestras peleas estúpidas.

—No son estúpidas, Selene. La política es fundamental.

—No me gusta la política, me hace vomitar vuestra política.

Intentó razonar conmigo. Inútil.

—Si no te gusta nuestra política, tendrás que involucrarte para cambiarla.

—Ni hablar.

—Las leyes de las brujas Omar las dictamos nosotras, no son ninguna entelequia.

—Yo no quiero ser una bruja Omar.

—¿Qué estás diciendo? Lo eres y basta.

—¿Me lo preguntaste cuando nací? ¿Me dejaste escoger?

Deméter se sintió desconcertada.

—¿Quién te ha dicho que sea posible elegir?

Y la desconcerté más aún cuando le devolví la vara.

—Ten.

—¿Estás loca?

No estaba loca. Estaba probando hasta dónde podía llegar.

—Si has venido a chantajearme, prefiero continuar en cama o arriesgarme a morir.

Esta vez Deméter no me abofeteó ni me privó de mi vara, pero la indignación podía con ella.

—Cuando tengas problemas, no me vengas pidiendo ayuda.

—Ni tú a mí. No te pienso ayudar a conseguir el poder ni a pelear con esas brujas chillonas.

Por toda respuesta Deméter, de un golpe de vara efectivo, desintegró mi disfraz de Baalat.

—Me da igual. Me haré otro —grité enfadada.

Deméter abrió la puerta y salió.

La grieta había estado a punto de cerrarse, pero yo me había empeñado en hurgar y hurgar en ella hasta ahondarla.

Al cabo de unos minutos Meritxell entró de puntillas y me miró consternada.

—¿Os habéis vuelto a pelear?

Le agradecí su interés con un abrazo. Luego me levanté de la cama y miré por la ventana. Los días fríos y secos en los países mediterráneos son luminosos. Cuando el viento barre las nubes, los cielos despejados resplandecen como si fuese verano. Engañan. Inducen a pensar que el sol es cálido y la temperatura agradable, pero en realidad, bajo esa apariencia amable, el frío muerde la piel. Pensaba en Deméter, en su aspecto maternal y protector. Su trenza suave, sus manos hábiles y envolventes. Pero era y sería siempre una bruja fría, una bruja que, antes que comprender a su hija, gobernaría los destinos de otras mujeres. Mi madre había elegido la política y en aquellos momentos yo sentía un odio visceral hacia la tribu. Cogí una toalla y me dirigí hacia el baño.

—¿Vas a salir? —me preguntó Meritxell.

—Tengo muchas cosas que hacer antes de la fiesta —le respondí.

—¿Vendrás a la fiesta de Carnaval? —exclamó palmeando.

—Sí, pero tengo un problema.

—¿Cuál?

Y en su pregunta estaba implícito el deseo de ayudarme.

—No tengo disfraz. Mi madre se lo ha llevado.

Meritxell respiró aliviada.

—No importa. Te ayudaré a coserlo de nuevo. Me encantó esa serpiente.

La miré asombrada. La diosa de la sangre, la hechicera del amor había seducido a la dulce Meritxell.

Y ella, sin saberlo, decidió fatalmente su destino y el mío.

Capítulo 2: Odín, dios de los vikingos

Y volví a coser el disfraz de Baalat. Si la primera vez fue un acto de rebeldía ingenua, esa vez lo hice aposta. Cosía y cosía deseando con todas mis fuerzas que Deméter se enterara de mi sacrilegio y de que las Omar le echasen en cara mi provocación.

Provocar es eso: buscar el escándalo, la polémica y, sobre todo, convertirse en el centro de las miradas y los comentarios. Y lo conseguí. ¡Vaya si lo conseguí!

No soy discreta ahora y entonces, con diecisiete años, lo era aún menos. Me encantaba llamar la atención. Llevaba el pelo larguísimo y rizado, y ese invierno tan frío me aficioné a las faldas cortas, las mallas, las botas altas y los escotes de vértigo en suéteres de cachemira de colores fríos. En las rebajas me había comprado una capa oscura con capucha que recordaba vagamente a una capa élfica, y poco antes de la fiesta me encerré en los lavabos de la facultad con Shahida, una amiga paquistaní, y le pedí por favor que me enseñara a maquillarme los ojos como lo hacía ella. Desde entonces uso surma negra.

—Hello, Miss Cool —me saludó Carla esa misma noche.

Y me regaló un tornillo oxidado que encontró por el suelo y un calcetín desaparejado.

—Seguro que les sacas partido.

Y no sé si para complacerla o para demostrar que no me arredraba, la sorprendí a la hora de la cena con el tornillo colgando en la oreja como un pendiente y el calcetín agujereado en mi mano derecha a guisa de mitón.

Pura apariencia.

Pero estaba claro que prefería ser la protagonista en lugar de mirar la película desde la sala de proyecciones.

Y la noche de Carnaval fui de protagonista. ¡Vaya si lo fui! Sólo te diré que Carla —que iba de sandunguera, con un tocado que no pasaba por la puerta, y pintada de mulata— se negó a ir conmigo.

—Es que no quiero ser transparente.

—¿Con esos colores? Si pareces el arco iris.

—Por eso. Los chicos primero me mirarán a mí, rebotarán, se mearán de risa y se quedarán contigo.

—¿Una carambola?

—Yo más bien lo llamo tongo. No se puede tener amigas que estén tan buenorras como tú.

Carla era graciosa y muy clara. Decía lo que pensaba y a mí me reprochaba siempre que, al pasar por delante de cualquier obra, me llevase las miradas y los silbidos de los albañiles. Tuviese razón o no, me dejó plantada y no tuve más remedio

que ir sola a la fiesta.

Sola es un decir. La sala de la facultad de ingenieros estaba llena a rebosar, de pelmazos incluidos, y enseguida me vi literalmente aplastada por todo tipo de especímenes disfrazados que me invitaban a copas y me pedían rollo. Lo intentaron un hobbit, un romano, un Spiderman y hasta un Dark Vader. Pero yo me escaqueaba bailando.

Enseguida localicé a mis amigos de la facultad y me quedé con mi grupo armando bulla hasta la hora del desfile. Todos me animaron al subir por las escalerillas de madera, pero no hacía falta; curiosamente estaba muy segura de mí misma, de mi ropa, de mis movimientos, de mi aura; era como si una fuerza ajena me guiara. Y triunfé. A cada paso que daba por la estrecha pasarela me metía al público en el bolsillo. Me aplaudían a rabiar, me silbaban, pateaban, y yo, consciente de ser el punto de mira de miles de ojos, en lugar de sentirme turbada o coaccionada, me sentía crecida por el éxito. Me di cuenta de que las multitudes emborrachan y de lo placentero que resulta proyectar la propia imagen y recibir aprobación a cambio. Comprendí la vanidad de actores y famosos.

Hasta que empezó el jaleo.

Al bajar de la pasarela me asaltaron un montón de babosos, entre ellos uno particularmente insistente que no supe cómo quitarme de encima. Era un fantasma — literal, con sábana y todo— que se encaprichó de mí. Estaba bebido y se le metió en la cabeza que teníamos que ir a dar una vuelta en su coche. Le respondí que no, pero se hizo el loco y me cogió de la mano a la fuerza. No le veía la cara porque iba cubierto por la sábana y arrastraba una pesada cadena. Ésas son las pegas y las gracias del Carnaval, nadie es lo que parece y todos se amparan en su disfraz y su apariencia. O tal vez sea al contrario: a lo mejor buscamos aquel disfraz que mejor nos define. El caso es que el fantasma me quería secuestrar y yo me defendí como pude. Peleé, forcejeé y hasta creo que le mordí la mano, pero sin ningún resultado. El fantasma medía casi dos metros y pesaba casi cien kilos. A punto estuve de utilizar mi vara, pero antes de llegar al extremo de recurrir en público a la magia —algo absolutamente vetado a las Omar—, decidí pedir ayuda y grité con desespero.

Nadie respondió por mí, aunque pronto se formó un corro de mirones a nuestro alrededor. No podía creerlo: nadie me defendía, nadie se atrevía a encararse con el fantasma, que me arrastraba literalmente hacia la salida.

Nadie excepto el vikingo.

—Déjala, no quiere ir contigo.

Me fascinó. Tenía el porte de un príncipe y la majestad de un dios. Alto, piel curtida, ojos acerados. Iba armado con su escudo y su espada, y sobre sus rubios cabellos se alzaban fieros los cuernos de su casco.

De un gesto contundente apartó al fantasma de mi lado y, al resistírsele, de un

puñetazo lo lanzó fuera del círculo de curiosos. Luego me miró a los ojos y me ofreció una mano. Me temblaron las piernas. No me había ocurrido nunca. El guerrero vikingo tenía luz propia y me había hipnotizado.

Y en el preciso instante en que tendí mi mano hacia la suya sentí un dolor caliente y agudo en la sien. Como si me hubiese alcanzado un rayo. Entonces el tiempo se ralentizó, los movimientos se sincoparon, y me aturdieron las luces y la música. Me sentí flaquear y las piernas dejaron de sostenerme.

Fue un momento doloroso y mágico, lo reconozco. Sonaban compases de música celta y, arropada por violines y extrañamente débil, me sentí aislada del bullicio, del resto de los rostros sudorosos que me rodeaban mientras la sala se iba difuminando y quedaba sumida en un sucio humo.

Excepto el rostro del vikingo.

Y de pronto fluté en la nada y noté sus manos sosteniéndome la cintura y levantándome en volandas.

Ahí estaba yo, en los brazos del guerrero vikingo y con un enorme chichón en la cabeza que me había causado el ofendido fantasma, que me atacó a traición por la espalda. Pero yo no lo sabía, yo sólo tenía ojos para el vikingo. Lo vi en su esbelta nave con un dragón como mascarón de proa. Lo vi remontando un río amparado en el silencio de la noche. Lo vi asaltar una fortaleza inexpugnable lanzando antorchas de fuego desde las almenas de sus murallas.

Lo cierto es que él me llevaba en sus brazos, huyendo a la carrera, corriendo bajo las luces titilantes y yo sonreía tontamente. ¿Eran las estrellas? ¿Era la noche? ¿Me raptaba? El guerrero vikingo había llegado amparado en las sombras para llevarme con él a su nave.

Me pareció que me decía algo, que me preguntaba algo. Le oía murmurar. No lo comprendía porque su voz se confundía con los sonidos graves de la orquesta y las voces de las miles de personas que nos rodeaban. Entreabrí los labios para decirle mi nombre y entonces, entonces creo que me besó. Pero en el momento en que sentí el contacto cálido de sus labios sobre los míos, el mundo se fundió como una bombilla.

Me desperté con la convicción de haber sufrido una alucinación. La alucinación más real que había tenido en toda mi vida.

Sin embargo al despertarme lo primero que vi fueron sus ojos azules, penetrantes, clavados en mí.

Cerré los ojos y los volví a abrir inmediatamente.

No era ninguna alucinación. Yo estaba en sus brazos y él me llevaba como si fuese una pluma, abriéndose paso entre la multitud.

Me había desmayado como una idiota y mi vikingo estaba intentando sacarme de aquel infierno.

Le sonreí. Me sonrió.

—¿Cómo estás? —pronunció con claridad, voz grave y un leve acento extranjero.

Lo entendí. Poco a poco me iba retornando el sentido. Me estremecí de placer. Notaba sus manos sujetándome la cintura, sosteniéndome las piernas. Seguramente podría haberme puesto en pie, pero preferí disfrutar unos segundos más de esa maravillosa sensación.

—En la gloria.

—¿La gloria para la diosa Istar son mis brazos?

Indescriptible mi sorpresa.

—¿Me has reconocido?

Nadie hasta el momento había relacionado mi provocador disfraz con la deidad fenicia. Y eso a pesar de mis manos teñidas de rojo, mi atame colgado a mi cintura y mi serpiente bordada en la túnica púnica.

Mi vikingo me guiñó un ojo.

—En cambio tú a mí no.

Admito que me picó la curiosidad.

—¿No eres un guerrero vikingo?

—¿Un berseker? —negó con la cabeza.

—Pues llevas armas, escudo, casco —insistí yo.

—¿Sabes cómo luchaban los bersekers?

—¿Cómo?

—Desnudos y en trance. Ingerían hongos alucinógenos y se lanzaban a la batalla ofreciendo su pecho a la espada enemiga.

—¿Entonces qué eres?

—El dios de dioses. Odín para los vikingos, Wotan para los germanos, Woden para los ingleses. Su nombre en las tres lenguas significa «Furia».

—Un dios furioso.

Me corrigió:

—Arrebatado. Concedo la inspiración a los skald, los poetas, el ingenio a los vitkis, los maestros de runas, y la fuerza a los bersekers, los guerreros.

Señalé su ojo tapado.

—¿Un dios pirata, acaso?

Mi vikingo se echó a reír mientras esquivaba a unos y otros.

—Odín perdió un ojo en el manantial de Mimir a cambio de la sabiduría. Pero sus cuervos, Hugin y Munin, le acompañaban siempre y veían todo aquello que los humanos escondían a la vista de su dios.

Vinieron a mi memoria con nostalgia las maravillosas sagas que Deméter me explicaba de niña y de pronto recordé:

—Y también le acompañaban lobos.

Me contempló con admiración.

—Efectivamente, sus fieles Geri y Freki, leales y valientes. Y su caballo Sleipnir, de ocho patas, sobre el que cabalgaba en sus largos viajes por los nueve mundos.

Su voz era como una caricia. Quería oírlo relatar las hazañas de Odín, quería que las historias de su dios me envolviesen como un arrullo. Me complació sin necesidad de pedírselo.

—Odín, a lomos de Sleipnir, encabezaba la cacería salvaje que se repetía año tras año durante la celebración de Jolblot. La noche del solsticio de invierno —su voz se fue haciendo ronca como un murmullo— Odín dirigía una horda de espíritus humanos, perros y caballos que salían a la caza de las almas de los muertos. Pero ¡ay! de los vivos que contemplasen ese espectáculo.

Me impresionó.

—¿Era peligroso?

—Podían volverse locos o incluso morir.

—¿Y para qué quería Odín las almas de los muertos?

—Para renovar las fuerzas espirituales de la tierra, que de otro modo estarían negativamente afectadas por los espíritus que vagaban sin rumbo.

—Un ritual de fertilidad —apunté.

Volvió a mirarme con admiración. Ya habíamos salido de la sala. Una brisa suave me refrescó el rostro. Mi vikingo me depositó sobre el césped del campus, bajo las ramas de un castaño. Me sostuvo la cabeza con suavidad y tanteó mi cráneo, palpando con pericia el lugar del impacto y provocándome un grito involuntario.

—¡Ay!

—No hay fisura, pero te ha pegado un buen porrazo.

Entonces me enteré de lo que me había sucedido.

—¿Quién?

—El fantasma. Te ha dado con la cadena... ¿No te habías dado cuenta?

Relacioné el dolor súbito con la agresión y la debilidad, pero me pareció decepcionante. Era mucho más romántico creer que me había desvanecido de amor al verlo a él. Y así me lo explico a mí misma alguna vez. Lo cierto es que me enamoré desde el primer momento en que lo vi. Y eso no me había ocurrido nunca.

—Y ahora háblame de tu diosa fenicia.

Me acobardé. ¿Cómo podía comparar su heroico Odín con la aborrecible dama de Biblos?

—Los fenicios no pronunciaban su nombre. Temían invocarla.

Él mismo me sacó del apuro.

—Su belleza era tal que deslumbraba a cuantos la contemplaban.

La identificaba con la diosa Tanit, una versión de Venus. Aproveché su error para no asustarlo.

—Peligrosa para los hombres. Era mejor no contemplarla.

—¿Y esas manos teñidas de sangre?

Me inventé rápidamente una excusa. Me avergonzaba de la crueldad de la diosa.

—La fatalidad.

Mi vikingo me contempló largamente.

—Ciertamente, la fatalidad siempre acompaña a la belleza. Lo debes de saber bien.

¿Me estaba diciendo que era bella? No acabé de asimilarlo. Su mirada me envolvía como sus palabras. Volvía a sentirme muy mareada.

—¿Tu nombre? —le pregunté acercando mi cara a la suya.

—Gunnar.

—¿Qué significa?

—Guerrero de la batalla.

—¿De dónde vienes, Gunnar? ¿De dónde has venido para raptarme en plena noche?

—De muy lejos, de la tierra de los hielos, Iceland.

Un islandés. Gunnar, mi dios vikingo, era un hijo del hielo y la bruma. Me estremecí. Vivía una alucinación.

—Yo soy Selene —murmuré—. Mi nombre en griego significa luna. Mi familia proviene del Peloponeso.

Gunnar me acarició pausadamente con su mirada.

—La luna, cambiante, antojadiza. ¿Sales por las noches para embrujar a los dioses?

Nos miramos con intensidad. Y le besé. Para mí fue tan natural como si hubiese nacido en sus brazos. Creo que aquella noche, desde mi desmayo, volví a nacer y desperté en sus brazos. Desde entonces nunca más fui la misma.

Nos besamos durante tanto rato que perdí el aliento y la noción del tiempo. Hasta que Gunnar me detuvo.

—Es una locura.

Evidentemente lo era. Nunca me había sucedido nada igual. Era una locura tan deliciosa que no quería ni perder el tiempo pensando en ella. Era posible que si pensaba todo se desvaneciese. Y eso fue precisamente lo que pasó.

Gunnar se levantó, me acarició el pelo, me miró a los ojos con ternura y me susurró unas palabras horribles:

—Olvida esto, Selene. No puede ser.

—¿Por qué?

—No está bien.

¿No estaba bien besarse? ¿No estaba bien caer rendidamente enamorada? ¿No estaba bien sentirme en la gloria? ¿Qué era lo que no estaba bien?

Enseguida lo supe.

En cuanto entramos de nuevo en la sala, Meritxell, disfrazada de violeta silvestre, corrió hacia nosotros agitando un frasquito en su mano.

—¡Selene! ¡Selene! ¿Dónde estabas?

Señalé vagamente.

—He salido fuera, para tomar el aire.

Me ofreció el frasco.

—¡Ten, huele esto!

Me dejé ayudar por mi amiga y accedí a aspirar una y otra vez el aroma de colonia de lavanda que me ofrecía con una sonrisa.

Luego el mundo se hundió bajo mis pies. Meritxell tomó a Gunnar de la mano y lo acercó a mí.

—Bueno, creo que ya os conocéis. Ha sido providencial que Gunnar y yo llegásemos cuando ese tipo se te llevaba. Iba a presentártelo.

Gunnar se inclinó sobre mí y me besó en las mejillas, castamente, primero un beso, luego otro. Y yo me convertí en piedra. Me quedé insensible, helada e inmóvil.

Y muda.

Gunnar tampoco dijo nada.

Meritxell habló por los dos.

—Aún no estabas recuperada del todo. Ha sido una imprudencia que vinieses esta noche. Será mejor que vayas a descansar.

Y mis piernas se movieron una tras otra sin que yo colaborase especialmente. No quería ir a ninguna parte, no quería despedirme de Gunnar, no quería que Meritxell existiese.

Pero Meritxell existía y, además de mi mejor amiga, era, por definición, una buena amiga y como tal velaba por mí y por mi felicidad, tenía confianza en mí. Meritxell me arrastró hasta el guardarropa, recuperó mi abrigo y me ofreció un casco.

—Gunnar te acompañará con la moto. ¿Verdad, Gunnar?

Sentí su incomodidad tan notoria como la mía. Sentí que a Gunnar le pasaba exactamente lo mismo que a mí. Yo deseaba que aceptase y al mismo tiempo sabía que, si aceptaba acompañarme, sucedería algo inevitable de lo que luego me arrepentiría.

Lo que son las cosas. Creía en la fatalidad, pero la deseaba.

Y la deseé tanto que la fatalidad entró en mi vida.

—A lo mejor la moto no le va bien —se excusó Gunnar—. Selene está mareada, ¿verdad, Selene?

Gunnar me dejaba y yo no me resigné.

—Me irá bien tomar el aire —murmuré mirando fijamente a Gunnar—. Preferiría que me acompañases.

Estoy segura de que moví mi vara y de que mis labios pronunciaron un embrujo.

Aunque, si lo hice, lo olvidé, puesto que no debería haberlo hecho.

Esa noche Gunnar y yo nos amamos a pesar de la amistad que me unía con Meritxell y a pesar de la culpa que me embargaba.

No pudimos luchar contra la atracción que sentíamos el uno por el otro. Y si él lo intentó, yo no se lo permití. Le di a beber un filtro de amor que me enseñó a preparar de niñas la prima Leto a escondidas de nuestras madres, como una travesura. Un filtro que acabó de rendir su voluntad y dejar a un lado sus principios.

Y fue una locura.

Gunnar fue tierno, complaciente y apasionado, y a pesar de mi inexperiencia supo despertar mi sensualidad.

Me enamoré con locura porque no hay nada más excitante que un amor prohibido.

Deméter estaba en lo cierto. La diosa me había poseído.

Al día siguiente creí haberlo soñado.

—Lo siento. ¿Te he despertado?

Apenas si era mediodía, no había dormido más de cinco o seis horas y tenía el cuerpo entumecido, la boca seca y la conciencia chamuscada. Meritxell se había recostado a mi lado acurrucando su cabeza en el hueco de mi brazo. Buscando mi calor. Tenía los ojos enrojecidos y su voz temblaba ligeramente.

—¿Qué te ha parecido?

Me asustó. Meritxell me interrogaba y yo aún no había tenido tiempo de asimilar mi culpa, admitirla y digerirla.

—¿El qué?

Y lo dije asustada. No estaba segura de si todo lo que había sucedido esa noche había sido un sueño.

—Gunnar, mi novio. ¿Te gusta?

Quise llorar. ¿Si me gustaba? ¿Cómo era posible que Meritxell no se diese cuenta de que me había enamorado de él?

—Es fantástico —respondí sin mentir lo más mínimo.

Meritxell sonrió con tristeza.

—Entonces, ¿a ti también te lo parece?

Asentí sin palabras. La ingenuidad de mi amiga me conmovía y me afectaba.

—Creía que me lo había inventado —confesó Meritxell.

—¿A Gunnar?

—Es tan maravilloso que no podía ser real. Por eso no os lo presentaba, por si acaso se desvanecía, como un sueño.

Eso era exactamente lo mismo que me sucedía a mí. Meritxell continuó con su soliloquio.

—Y a lo mejor lo ha sido. ¿Existe? Tú lo conociste. Dime: ¿existe Gunnar?

Estaba atónita ante las revelaciones de mi amiga. Estaba expresando en palabras todo lo que yo sentía.

Me disculpé como pude, necesitaba aclararme.

—No sé, Meritxell, casi no lo conozco, fue un momento...

Me interrumpió.

—Gunnar es islandés, de una familia muy rica, creo. Está doctorándose en Filología y es un experto en sagas vikingas, por eso quiso sorprenderme con su disfraz de Odín. ¿Sabes quién es Odín?

—¿Un dios? —aventuré vacilante.

No sabía cuál era el juego de Meritxell y estaba a la defensiva.

—Su nombre significa Odio.

—Furia —la corregí con rapidez.

—¿Furia? —preguntó sorprendida—. ¿Cómo lo sabes?

En ese momento podría haber sido valiente y haber confesado a mi amiga que me lo había explicado Gunnar, y que nos habíamos besado, y que habíamos hecho el amor, y que luego él desapareció y ahora no sabía a ciencia cierta qué pasaría. Pero no lo hice. Sentía una secreta complacencia por saber que Gunnar me había dado más claves a mí que a ella para comprender la metáfora del poder de su Odín. Y decidí mantener el secreto.

—Por la traducción. Es algo así como arrebatado o inspiración. Odín imprime luz y fuerza a los actos heroicos, como la poesía, la guerra y la sabiduría.

—Qué envidia me das.

—¿Yo?

—Me gustaría haber leído tanto como tú.

—¿Por qué?

—Para poder explicarle historias a Gunnar.

Meritxell me confiaba sus temores, sus inseguridades. Podría haberme negado a escucharlos, pero sus flaquezas eran mis privilegios. O eso pensaba yo en aquel momento. Me estaba comportando como una miserable araña atrayendo a mi red a la pobre mariposa para aprisionarla.

—¿Le gustan las historias?

—Se sabe muchas. A veces a su lado me siento un poco estúpida. Yo sólo sé dibujar.

Meritxell se arrebujó a mi lado como una niña pequeña. La abracé.

—¿Le quieres mucho?

—Si Gunnar me dejara, me moriría.

Me asustó su convicción.

—No seas trágica.

Meritxell me miró con sus ojos moteados de amarillo, como una florecilla.

—Me moriría de pena.

La imaginé exánime, blanca como el papel, desangrándose de tristeza.

—No digas tonterías.

—No digo ninguna tontería. Cuando murió mi madre, comencé a adelgazar, a adelgazar hasta quedar convertida en un esqueleto. Estuve a punto de morir, me tuvieron que internar y alimentar por sonda. Continué viviendo por obligación, hasta que conocí a Gunnar. Con él recuperé las ganas de vivir.

La imagen me golpeó con más fuerza que todas sus palabras anteriores y surgió de dentro de mí esa absurda actitud proteccionista hacia los más débiles. En aquellos instantes me sentía muy unida a la pena de Meritxell e inconmensurablemente más fuerte que ella para enfrentarme a la adversidad. Yo, una bruja iniciada, era más capaz que la tierna Meritxell de superar la ausencia de Gunnar. Yo había sido educada para sobrevivir sin la compañía de un hombre, como mi madre, como mi tía, como tantas y tantas Omar. Yo no moriría de pena. Yo sentiría rabia y gritaría, pero no me abandonaría hasta morir.

Y me comprometí:

—No te dejará.

—¿Cómo lo sabes?

—Yo no le permitiré que te deje.

Meritxell estaba admirada.

—Eres muy capaz. Eres valiente y atrevida.

Y no me di cuenta de que acababa de comprometer mi palabra con mi rival. Me tomó de las manos.

—¿Hablarías con él?

Entonces comencé a comprender.

—¿Quieres que hable con Gunnar?

Meritxell asintió y me abrazó.

—Anoche regresó muy tarde a la fiesta y estaba distante...

Me quedé helada. ¿Intuía algo Meritxell de lo que había sucedido entre Gunnar y yo? ¿Me estaba tendiendo una trampa? ¿Me pedía realmente que intercediese entre su amor y ella? ¿A mí, a la persona que se había interpuesto?

—¿Te dijo algo?

Meritxell afirmó.

—Que había estado dando un largo paseo, que había pensado mucho y que quizá nos habíamos precipitado.

Me llevé la mano al corazón. Palpitaba con tanta intensidad que a la fuerza Meritxell tenía que oírlo. Retumbaba. Golpeaba mis costillas, se me quería salir por la boca.

Gunnar me prefería a mí, y me quería.

Pero... ¿y yo? ¿Qué haría yo sabiendo que estaba privando a mi amiga de lo único que la había hecho revivir tras la muerte de su madre?

Me debatía entre el deber y el deseo. Pero también me aliviaba pensar que el destino, a través de Meritxell, me ofrecía una segunda oportunidad para actuar como una Omar y restituir mi falta. No tendría que haber intervenido con mi vara torciendo la voluntad de Gunnar. No tendría que haberle ofrecido mi filtro. Jugué sucio y conseguí su amor con malas artes. Y de pronto lo vi todo fácil, sencillo. Había vivido una maravillosa noche de amor, pero había sido una noche robada. Le pertenecía a Meritxell. Se la devolvería y así yo recuperaría la paz, y ella, la estabilidad.

Con la connivencia de Meritxell, telefoneé a Gunnar y quedamos para vernos en un lugar tranquilo y charlar. Gunnar me invitó a su casa.

Sin embargo las cosas nunca son tan sencillas como las planeamos.

Gunnar vivía solo, en un loft cálido con suelos de madera de abedul y paredes cubiertas de estanterías repletas de libros.

Me abrió vestido despreocupadamente con unos vaqueros, unas sandalias y una camisa de cuadros sin abotonar, con las mangas dobladas por encima del codo, los brazos robustos, cubiertos de un vello rubio. Me rodeó la cintura con su mano derecha y me atrajo hacia él con firmeza mientras con la izquierda cerraba la puerta tras de mí. Me flaquearon las piernas y se me nubló la vista. Todos los propósitos que me había hecho de devolverlo a los brazos de Meritxell se esfumaron. Sin mediar palabra nos besamos. Sólo le oí murmurar, mientras me cogía en brazos, que era un hombre con hamindje por haberme conocido. Luego supe que quería decir suerte.

¿Suerte?

Gunnar se consideraba afortunado por haberse enamorado de mí. Meritxell se creía afortunada por ser mi amiga. Y yo los quería a los dos y me negaba a renunciar al uno o al otro. Deméter lo hubiera considerado codicia. Tía Criselda lo hubiera bautizado como gula. La prima Leto lo hubiera llamado capricho. Yo sabía que era un dilema.

Cuántas equivocaciones cometemos. A cuántos infelices arrollamos en nuestra loca carrera por sobrevivir.

Me veía obligada a atropellar a uno o a otro. Y lo peor, lo más complicado era que tenía que resolverlo yo sola. No podía contar con Deméter ni con el clan. Las había traicionado. El uso indebido de la magia estaba duramente castigado.

De momento decidí parchear la situación.

Al salir de casa de Gunnar le rogué que no le dijese nada a Meritxell sobre lo nuestro, que lo mantuviéramos en secreto hasta que Meritxell estuviese preparada para asimilarlo.

Gunnar mordisqueó mi cuello. Me tomó la cara con sus grandes manos y me

obligó a mirarlo.

—No me gusta mentir.

Sus ojos azules centelleaban. Me hizo sentir mal.

—No te pido que mientas, sólo te pido que no le digas la verdad.

Gunnar chasqueó la lengua.

—La verdad es necesaria siempre. En mi tierra no se admite la traición.

Me sentí peor que un gusano, pero mi miedo a enfrentarme con el dolor de Meritxell me obligó a insistir.

—No te pido que seas traidor, te pido que no digas nada. Déjame que hable con ella y...

—Y prolongues su sufrimiento —sentenció Gunnar con acierto.

Yo sabía que no iba errado, pero también que a veces la verdad hiere como un cuchillo y en cambio el tiempo ayuda a diluir el dolor. Por eso insistí.

—Ahora Meritxell respira a través de tu amor. Si se lo quitas de golpe quedará sin oxígeno. Se tiene que ir acostumbrando poco a poco a prescindir de ti.

Gunnar era tozudo.

—Duele menos una mano cortada que una espada bailando sobre tu mano eternamente.

Sus metáforas guerreras me asustaban. Mi vikingo era impetuoso y leal, pero si blandía la espada de la verdad con la furia de un berseker despedazaría el corazón de la pobre Meritxell.

—Por favor te lo pido, hazlo por mí. Mantén en secreto mi nombre. Aléjate lentamente de Meritxell.

Y accedió.

A Meritxell le planteé que Gunnar tenía una crisis de nostalgia por su tierra y que dudaba entre echar raíces en el Mediterráneo o regresar a las brumas del Norte y al hielo de donde procedía; que quería tomar una decisión pronto y que no quería involucrar a nadie.

Meritxell parpadeó asombrada.

—¿Y por qué no me lo dijo?

—Para no preocuparte.

—Es absurdo.

—Los hombres son bastante absurdos.

Meritxell sonrió.

—Si quiere volver a Islandia, le acompañaré.

Me quedé de una pieza.

—¿Estás loca? Ese viento gélido, el largo invierno, la noche eterna...

—¿Y qué?

—Te marchitarías como un lirio en la nevera. No puedes trasplantarte a otra latitud, a otro clima.

—Te equivocas. Nací en los valles de Ordino, mi tierra es el Pirineo.

Y aunque Meritxell parecía delicada como una flor de invernadero, era cierto. Había crecido entre montañas, nieve y temperaturas extremas. Seguramente aprendió a esquiar sin apenas saber caminar y jugó con el trineo en el patio de la escuela.

—¿Y la lengua? Jamás te acostumbrarías a su lengua.

—¿Es muy difícil?

—Difícilísima: escandinava con influencias germanas y sajonas.

Meritxell palideció. Había encontrado su talón de Aquiles.

—Soy negada para las lenguas.

La vi dudar e insistí en el punto que me parecía más frágil.

—¿Y la luz? Durante seis meses no verías la luz.

Meritxell, pintora y amante de la luz, perdió pie.

—¿Cuánto tiempo?

Fui yo quien no comprendí la pregunta.

—¿El qué?

—¿Cuánto tiempo necesita Gunnar para pensar?

—Un mes —respondí sin titubear.

Meritxell asintió.

—Está bien.

Me asombré de mi capacidad de mentir, de mi aplomo para resolver un problema que había creado yo misma.

Tenía un mes para decidir qué hacía con mi amor y mi amiga. Y, estúpida de mí, creí que era la única que tenía la voluntad para decidir. No concebía que los demás tomaran decisiones por su cuenta.

* * *

Selene calló y Anaíd se dio cuenta de que había oscurecido y de que Clodia, con los brazos en jarras y un estilo muy siciliano, las había interrumpido.

—Mamma mia! ¿Aún estás así?

Selene miró su reloj y se quedó atónita.

—Es tardísimo.

Anaíd se angustió. Faltaban unos minutos para la fiesta. Pronto comenzaría a llegar la gente. Los bocadillos estaban acabados y el local a punto, pero ella no se había cambiado.

Y mientras corría de la mano de Clodia hacia su casa para embutirse a toda prisa

un top y unos pantalones de licra, iba degustando lentamente la historia de amor imposible que le estaba explicando Selene.

—Si tú te enamorases de mi novio sin saberlo, ¿qué harías? —le preguntó a Clodia a bocajarro.

—Ya me ha pasado.

Anaíd palideció.

—¿Qué dices?

Clodia le señaló una figura que descendía de una moto y las saludaba con la mano.

—Me acabo de colgar de ese chico. Está como un queso.

Anaíd enrojeció como un tomate.

—Me parece... que es Roc, ¿no? —añadió Clodia guiñándole un ojo.

Era Roc.

—¡Y si no te lo ligas rápido, me lo quedo yo!

Pero Anaíd no era rápida ligando. Estaba tan nerviosa en su fiesta, en su primera fiesta, que se veía obligada a charlar todo el rato, a servir, a hacer de anfitriona, a moverse de aquí para allá y a tener las manos ocupadas. Eludía las sombras y los silencios y apenas salía a la pista de baile.

La fiesta era un éxito. Había marcha, buena música, mogollón de bebidas y buen rollo. La gente bebía, reía, bailaba y algunas parejas comenzaban a perderse por los rincones. Clodia fue a incordiarla.

—¿Ésa de los pantalones piratas es Marion?

—Sí.

—Pues no le quita el ojo de encima a tu Roc.

—¿Y a mí, qué?

Anaíd estaba arreglando una fuente de canapés y manoseaba compulsivamente los de foie—gras y queso.

—Lo tuyo es patológico —le susurró Clodia al oído—. Los has cambiado de orden cinco veces. Deja de marear los bocatas y vete con Roc.

Anaíd lo miró a hurtadillas. Como siempre, estaba rodeado de chicas y de amigos. Explicaban algo divertido, reían.

—Está ocupado, ¿no lo ves?

Clodia tomó a Anaíd de la mano y la llevó hasta el rincón donde estaba instalado el equipo de música. Allí, entre los bailes, el sintonizador y centenares de discos, se parapetaba un pringado con tendencias autistas y aparato corrector en los dientes, que miraba la fiesta de lejos.

—¿Cómo te llamas? —le entró Clodia.

—Jonatan.

—Es un nombre muy bíblico, muy majo. Oye, Jonatan, ¿me podrías llenar un vaso con naranjada y una pizquita de vodka y esperarme ahí, junto al foco?

Jonatan, hipnotizado, fue incapaz de asentir. Simplemente salió volando a cumplir los deseos de Clodia.

—Has ido a saco —se admiró Anaíd.

Pero entonces Clodia, de un manotazo, lanzó todos los compact discs al suelo. Anaíd se enfadó.

—¿Tú estás tonta? ¿Por qué los tiras?

—Para que te entretengas con algo. Es tu castigo por no saber divertirte.

Y desapareció riéndose y dejando a Anaíd confusa y desconcertada. ¿Se había vuelto loca Clodia? ¿Había bebido alguna poción extraña?

Se agachó con ganas de estrujar el cuello a su amiga y maldijo la hora en que la invitó a su fiesta. Lo único que había podido comprobar es que Clodia continuaba tan simpática y sociable como cuando la conoció, mientras que ella aún miraba la vida desde la barrera, sin atreverse a dar el salto. ¿De dónde sacó las fuerzas para enfrentarse a los peligros de las brujas Odish y liberar a su madre del mundo opaco si luego era incapaz de enfrentarse a ese pánico escénico que sentía en presencia de un chico?

Arrodillada, ofuscada y tanteando el suelo con las manos, buscaba inútilmente el disco de Lorena MacKennit que tocaba pinchar enseguida cuando el timbre grave de una voz conocida la paralizó.

—Clodia me ha dicho que estás en apuros.

Anaíd levantó la cabeza lentamente y se le fundieron los plomos: a pocos centímetros de su cara, los ojos negros de Roc la inspeccionaban desde la oscuridad. Podía notar su aliento, oía su respiración.

—¿Qué ha pasado?

Afortunadamente estaba muy oscuro y Roc no pudo darse cuenta de su apuro.

Iba a inventarse alguna excusa convincente pero no hizo falta. Roc se agachó a su lado y comenzó a ayudarla.

—Menudo follón.

—Ha sido un accidente —murmuró Anaíd avergonzándose de su poca imaginación y de lo absurdo que era calificar de «accidente» la caída aparatosa de un centenar de compact disc perfectamente ordenados.

—Un accidente afortunado —pronunció lentamente Roc.

—¿Afortunado? —repitió tontamente Anaíd sintiéndose doblemente tonta por no entender la indirecta a la primera y por no sentirse lo suficientemente interesante como para ser considerada causa de esa «fortuna».

—Estaba intentando buscar una excusa para estar a solas contigo y... por casualidad... ya la tengo.

Anaíd pensó que Roc estaba hablando con otra persona. Era imposible que Roc hubiese estado urdiendo una estrategia para encontrarse a solas con ella. ¿Por qué? ¿Para qué?

—¿Y por qué? —preguntó sin caer en la cuenta de que la pregunta en sí entrañaba una cierta dosis de ingenuidad perversa.

Su desconcierto era tan sincero y tan falto de coquetería que Roc lo recibió como un jarro de agua fría.

Anaíd se dio cuenta de que había equivocado el tono y el estilo inmediatamente.

—Quería decirte que te estoy muy agradecido por las clases de Matemáticas —dejó caer Roc con un tono extrañamente formal y protocolario, con frialdad, como si su voz llegase a través de un hilo telefónico.

Se alejó unos centímetros de ella y sus manos ya no se encontraron más.

Anaíd quiso recuperar la intimidad perdida. Esa magia que se truncó por una respuesta equivocada, por esa maldita falta de autoestima suya que invalidaba sus impulsos.

—Me gustó darte clases, lo pasé bien. Me gusta... enseñar... Matemáticas.

Se hubiese pegado una bofetada. Le gustaba Roc. ¿Por qué no se lo decía en lugar de divagar? A la de una, a la de dos... Pero Roc se levantó del suelo y se sacudió las rodilleras de los pantalones. Ahora era imposible decirle nada. Anaíd también se puso en pie. Se quedaron los dos frente a frente, hieráticos, cortados, secos.

—Gracias de todas formas. ¿Cuándo te vas?

—No lo sé.

—¿Dónde irás?

—Pues... está por decidir.

Anaíd se desesperó. No podía darle ninguna dirección, ninguna fecha, ningún dato. Ni siquiera sabía si lo volvería a ver.

—¿Qué vas a hacer con el curso?

Anaíd no pudo responder siquiera a esa pregunta tan lógica.

—Lo haré a distancia —improvisó.

—¿Por Internet? —se interesó Roc.

Anaíd creyó que no comprometía su futuro inmediato si aventuraba esa posibilidad.

—Sí.

Roc sacó un papel de su bolsillo.

—Cuando te conectes para tus ejercicios..., escíbeme y así podré contestarte.

Apuntó su e—mail y se lo entregó.

Anaíd lo recogió de sus manos y lo guardó en su bolsillo. Se encogió de hombros, apurada.

—Te puedo dar mi dirección —balbuceó Anaíd haciendo memoria sobre si era

Anaiid14, o 14Anaiid. La usaba tan poco...

—No hace falta. Ya me escribirás.

—Pues yo no tengo nada que darte.

—Yo creo que sí.

Anaíd hizo memoria.

—No tengo móvil, ya lo sabes.

Roc dio un paso hacia ella y Anaíd, esa vez, no se movió. Las piernas no la sostenían, y los ojos de Roc, fijos en los suyos, le impedían moverse.

—¿Me das un beso de despedida?

La fracción de segundo durante la cual Anaíd estuvo pensando sobre lo que debía hacer o decir fue la más larga de su vida.

Pero en ese mismísimo momento, para bien o para mal, un zumbido insistente en su cabeza la hizo reaccionar con una rapidez sorprendente, dar un salto alejándose de Roc y salir corriendo hacia la puerta al tiempo que agitaba la mano disculpándose.

—Hasta luego, ciao, me tengo que ir, te escribiré. Estaba recibiendo una llamada telepática urgente de Selene. Algo sucedía.

Llegó a casa sudorosa y excitada. Los semblantes graves de las mujeres que la esperaban no admitían dilación. Entre Karen, Elena y Valeria la metieron en el coche, le entregaron su vara, su atame y su pentáculo, y duplicaron la protección de su escudo. Selene arrancó inmediatamente.

—¿Y Apolo?

—No podemos llevárnoslo, Karen cuidará de tu gato.

Partían, se iban, no vería más a Roc ni a Clodia. No había podido despedirse correctamente, ni siquiera había podido besar a Roc, y eso que había estado a punto. Se sentía muy desgraciada. Si ése era su sino, a lo mejor no estaba a la altura de las circunstancias.

Tras ellas, las tres brujas pronunciaron un ensalmo de ocultación y Anaíd se percató de que gracias a eso una niebla las ocultaba a los ojos de los mortales y un poderoso embrujo las protegía de ataques Odish. Luego, tendrían que apañárselas solas.

—¿Qué ha pasado?

Selene asía el volante con fuerza y le hizo una sola pregunta.

—¿Has abierto la caja del cetro?

Anaíd se llevó la mano al pecho.

—Se lo he enseñado a Clodia.

Selene la advirtió.

—Nunca más lo enseñes a nadie. Nos han descubierto.

—¿Quién?

—No lo sé. Sólo sé que han intentado arrebatárnoslo.

—¿Cómo?

—La caja estaba abierta y el cetro junto a la ventana.

Anaíd se estremeció y se arrebujó en el coche. Selene encendió la calefacción.

—¿Quieres oír música?

—Haga lo que haga está mal, ¿no?

—No necesariamente.

—Me siento culpable.

Selene no la consoló.

—Te sientas como te sientas, una Odish ha intentado arrebatarnos el cetro. Ni tan siquiera se ha manifestado. No sabemos quién es, pero al abrir la caja del cetro y mostrárselo a Clodia descubriste el secreto a la Odish... ¿Sabes lo que quiere decir eso?

—Sí, que soy una inconsciente, una boba, una estúpida, que sólo pienso en mi fiesta y mis amigos y no tengo para nada en cuenta a las Omar que dependen de mí...

Y definitivamente Anaíd se echó a llorar.

Selene se conmovió y le ofreció un pañuelo de papel.

—Suénate.

Selene dejó que se tranquilizase. Cuando notó que su respiración se había acompasado, susurró:

—Lo siento. No quiero hacerte sentir mal. Pero es muy difícil corregir un comportamiento sin crear culpabilidad. Deméter me hacía sentir siempre fatal. Era su estilo y yo me juré que nunca lo repetiría con una hija mía.

—No me compares —protestó Anaíd—. Tú no te podías sentir mal, no estabas agobiada por la responsabilidad que yo tengo, no tenías un cetro de poder.

—Te equivocas en algunas cosas. Yo sí tenía una gran responsabilidad que entonces desconocía y sí que me sentí mal, muy mal, porque por mi culpa murieron muchas inocentes.

Anaíd se quedó sin respiración.

—¿Cómo dices?

Y Selene comenzó a hablar de nuevo.

—Continuaré mi historia justo donde la habíamos dejado. Al día siguiente de la fiesta de Carnaval. Después de que yo me enamorase de Gunnar, me enterase de que era el novio de mi mejor amiga e intentase renunciar a él sin conseguirlo.

Capítulo 3: El regreso de Baalat

Esa misma tarde Deméter me citó con muchas prisas. Utilizó la llamada telepática, la que utilizamos las brujas Omar en casos de urgencia y que no admite dilaciones. Puede ser inoportuna, azarosa y hasta problemática. Ya lo sabes, acabas de recibirla y no te has podido negar a acudir a mí. Tía Criselda exigió una vez el aterrizaje del avión en el que viajaba rumbo a Nueva York; aunque claro está, no le hicieron el más mínimo caso.

Al telefonarla noté que Deméter estaba muy agitada. Me ordenó que me reuniera con ella en media hora y que tomase precauciones de marcha.

La obedecí a regañadientes. La orden y la premura no auguraban nada bueno, porque además de ser mi madre, Deméter era la jefa del clan de la loba, de la tribu escita, de la confederación de tribus de la Península y muy posiblemente, si su estrategia había surtido efecto —que no me importaba lo más mínimo—, la matriarca de las tribus de Occidente. No podía, bajo ningún concepto, desobedecer una cadena de mando de esa índole.

Las precauciones de marcha consistían ni más ni menos que en purificarme a conciencia, protegerme con el conjuro de vuelo, tomar lo necesario en una bolsa para desaparecer un par de días sin llamar la atención y cambiar de taxi hasta tres veces para acudir a la Estación del Norte de Barcelona.

La antigua estación de ferrocarriles, un enorme hangar repleto de autobuses que continuamente anunciaban desde los altavoces sus inmediatas salidas a todos los puntos de España era, en medio del caos, uno de los lugares más seguros para intercambiar información, documentos y viajar sin problemas a puntos distantes. Allí, de momento, teníamos nuestras citas secretas. La estación suplía a las antiguas y ya obsoletas encrucijadas de caminos donde antiguamente se reunían las brujas emisarias de tribus de los cuatro puntos cardinales.

Me pareció adecuada mi capa élfica y aparecí embozada en la cafetería de la estación, amparada en un cierto aire fugitivo.

Tal y como me temía, Deméter me lo reprochó.

—Quítate esa capa, Selene. No es ningún juego, no estamos jugando a elfos y princesas.

—Está de moda.

—Las Omar pasamos inadvertidas, somos discretas.

—Tu trenza no lo es —le reproché—. Y mi cabello tampoco. Las mortales no llevan el pelo tan largo.

—Lo sé y lo hablamos en un coven no hace mucho. Decidimos disimularlo con recogidos y eximir a algunas jóvenes, pero no es hora de nimiedades. Te necesitamos para una misión muy importante.

Me dio un vuelco el corazón. Había ayudado en algunos partos y había llevado un mensaje urgente, pero una misión era otra cosa.

—Se trata de la muerte de un bebé... en un pueblecito.

Se me erizaron los cabellos de la nuca. No hay nada más horrendo para una Omar que atender el dolor de una madre que ha perdido a su bebé.

—¿Y tengo que consolarla yo?

Deméter se puso muy seria.

—No vas a consolarla, para eso están sus familiares próximas.

—Pues yo no entiendo de muertos.

—De certificar la muerte se ocupará la doctora Bauman.

—¿Entonces?

—No es un caso rutinario. Nos ha sorprendido lo extraño del ritual. Puede coincidir con otros.

—¿Una Odish con métodos propios?

—Eso parece.

—¿Y qué tengo que hacer yo?

Calló. Estaba preocupada.

—Un reportaje. ¿No estudias Periodismo? Pues necesitamos una explicación plausible y oficial para difundir y otra verídica que nos abra una vía de investigación.

Me sorprendió.

—¿Me estás pidiendo que me invente una mentira piadosa para las Omar y que sólo cuente la verdad a las matriarcas?

Deméter asintió.

—Eres lista.

Apenas había pisado la facultad durante tres meses, pero si había algo sobre lo que nos habían machacado desde el primer día era precisamente el uso indebido del periodismo.

—La ética periodística me lo impide. La verdad es una y mi deber es informar.

—¿Tu deber? ¡¿Tu deber?!

Deméter se encendió.

—No tienes ni idea de lo que significa esa palabra. Mientras tú celebrabas tu noche de Carnaval, se produjo la carnicería de brujas Omar más terrible de los últimos doscientos cincuenta años.

No repliqué. No sabía nada. Nadie me había informado. Deméter se calmó y tomó aire para tener el valor de explicarme lo sucedido.

—Las Odish aprovecharon nuestra ausencia de la noche de Imbolc para hacerse con docenas de bebés y muchachas. Treinta y siete víctimas, y me temo que habrá más. Ése es el recuento hasta el momento. Todavía estamos conmocionadas.

Me quedé muda de horror. La noche más feliz de mi vida había sido una noche de

muerte y desolación. Era injusto. Hasta la memoria me jugaba una mala pasada. En el calendario de las Omar mi noche de amor sería una fecha fatídica, una fecha negra con multitud de nombres de inocentes que invocar, en la que se celebrarían ritos de purificación y embrujos de reposo.

Sin embargo había algo extraño. Si esa noche había sido peligrosa para todas las Omar que no estaban en el sabbath, ¿por qué Deméter no me llamó inmediatamente para saber si estaba viva? ¿No se preocupaba por mí?

Mi madre leyó mis pensamientos. Podía hacerlo estando yo presente y cercana a ella.

—Me puse en contacto con tu casa y hablé con Carla. Ella me tranquilizó, me dijo que estabas bien, que las tres estabais bien.

Respiré aliviada. Por un momento había creído que mi madre pasaba de mí. Deméter me tendió un billete de autobús.

—Ahora escúchame, irás a este pueblo: Urt. Interrogarás a la madre del bebé, una loba llamada Elena que es bibliotecaria. Te alojarás en esta dirección y te pondrás en contacto con cuantas Omar pudieron tener relación con el asesinato de la pequeña. Rastrearás todo aquello que consideres importante. ¿De acuerdo?

—De acuerdo —murmuré impresionada por la responsabilidad que me confería.

—Ve pensando en la versión que daremos. No interesa que cunda el pánico en la comunidad.

Sentí miedo. Una noche de cuchillos largos no auguraba nada bueno. No era gratuita.

—¿Qué pasa? ¿Qué está pasando?

Deméter suspiró.

—Las profecías se están cumpliendo. Las Odish salen a la luz y se preparan para la guerra.

—¿Qué guerra?

—La guerra que auguró Om en su profecía. La guerra de las brujas, que se iniciará con la llegada de la elegida.

Se me puso la piel de gallina. Nunca había dado la menor importancia a las profecías. Era cierto que se hablaba de la llegada de la elegida, pero siempre me había parecido una leyenda brumosa y lejana.

—¿Quién es la nueva matriarca de Occidente? —pregunté sin mucho interés.

—Yo —respondió Deméter sin pizca de asomo de satisfacción.

No la felicité, no quise que la noticia del nuevo cargo de mi madre me impresionase lo más mínimo. Con el transcurso de los años se había ido alejando de mí y, si bien lo agradecía, también me dolía.

Deméter me dio dinero y me hizo una última advertencia.

—Piensa una coartada convincente. Recuerda que deberás hablar con mortales.

No me besó, no me despidió agitando la mano a través de la ventanilla. Simplemente desapareció.

Así era Deméter y así había sido mi vida con ella. Cambiábamos de ciudad, de casa, de amigos, de escuela, sin echar raíces en ninguna parte. Siempre huyendo, siempre protegiéndonos de supuestos peligros que nos acechaban. Deméter aparecía y desaparecía y yo me había acostumbrado a crecer junto a una madre fantasma que nunca me demostró su afecto con besos ni caricias. No tenía tiempo.

Me senté en el asiento del autocar y me quedé embobada mirando a través de la ventanilla. Viajé durante horas y horas hacia el norte, hacia las montañas, hacia los picos y los lagos cubiertos de nieve y hielo. El frío se iba haciendo más patente a medida que anochecía. Se colaba por los resquicios de la ventanilla mal cerrada. El viejo autobús renqueaba en las cuestas y derrapaba peligrosamente en los arcenes salpicados de placas de hielo.

Era noche cerrada. Tras haber cambiado de autobús en Jaca, y tomado tan sólo un triste bocadillo y un café con leche, llegué a un sitio llamado Urt, un lugar remoto donde el tiempo se medía por las campanadas de la torre de la iglesia y donde aún no había aparecido ni el teléfono.

Entonces me pareció el fin del mundo. Y lo era. Sin pistas de esquí ni turismo de aventura, nadie se animaba a perderse en aquel pueblecito de casas de piedra y tejados de pizarra donde cuatro viejos conservaban sus vacas y sus ovejas y los jóvenes, menos aún, vagaban a lomos de su tractor como vaqueros solitarios.

¿Una bibliotecaria en aquel lugar?, me pregunté asombrada. Sin embargo, por las chimeneas de las casas habitadas salía un humo de leña acogedor que olía a encina y a tomillo e invitaba a calentarse las manos al abrigo de la lumbre. ¿Cuántos fuegos arderían en Urt? Y mientras bajaba del autocar y recogía mi ligerísimo equipaje, me entretuve en una tarea curiosa: contar los vecinos como se había hecho siempre, por sus fuegos. Las familias eran eso, un fuego crepitante y unas manos extendidas a su alrededor. Lo que se llamaba un hogar. Una olla colgada sobre la lumbre y muchas horas por delante, un largo invierno a veces, para contar historias, leyendas, cuentos, canciones. Sentí nostalgia de lo que nunca había tenido. Un hogar. Una familia. Una casa. A pesar de las apariencias, Urt me sorprendió. Había niños, había vida y el futuro palpitaba en cada una de las piedras milenarias que guardaban los secretos de las invasiones que a lo largo de los siglos habían penetrado en la Península a través de esos puertos pirenaicos.

Las otras Omar que acudieron al entierro y yo misma nos alojamos en un antiguo caserón que había sido residencia de paso del vizconde de la comarca en sus cacerías

veraniegas. Su escudo de armas y un pesado portón de madera honraban su ilustre apellido. La casa era hermosa, recia, de altísimos techos, multitud de habitaciones y una enorme cocina decorada con preciosos azulejos, alrededor de cuya mesa nos reunimos la doctora Bauman, su hija Karen, estudiante de Medicina, y una docena de familiares y amigas de Elena que fueron llegando a lo largo de la noche. Todas estábamos desoladas por la pérdida de la niña.

Allí me enteré de las circunstancias del asesinato de la pequeña Diana. Era hija de Elena —a quien yo aún no conocía— y del herrero del pueblo, un joven recio, de anchos hombros y ojos negros como el carbón, con fama de bromista y cariñoso.

Diana acababa de cumplir un mes y Elena estaba loca de alegría con su pequeña, porque una oráculo etrusca le había vaticinado que sólo concebiría niños. Pero al regresar del coven de la noche de Imbolc, encontró a su bebé desangrado y con graves quemaduras, depositado en el mármol de la cocina. El horno de carbón todavía ardía y su hijo mayor, con los ojos abiertos y llenos de horror, velaba a su hermanita en silencio. Era el único testigo del crimen, tenía sólo un año y medio y se llamaba Roc.

La muerte de Diana estaba presente en todas las conversaciones. En otras circunstancias me hubiera derrumbado, pero estaba demasiado enamorada. A medida que me había ido alejando de Gunnar, en lugar de olvidarlo, palpaba su ausencia con tanta intensidad que le echaba de menos en cada bocanada de aire que me llegaba a los pulmones. Me faltaba el oxígeno de sus manos, de sus labios, del susurro de su voz en mi oído, del tacto de su piel en mi piel. Nunca me había sucedido nada igual. Por eso actué con diligencia y procuré cumplir con mi cometido lo antes posible, para poder regresar enseguida junto a Gunnar. Ni siquiera podía telefonarle para decirle que le quería, que me esperase; que cuando regresase me fundiría en un abrazo con él y no me separaría nunca más. Ojalá lo hubiera hecho. Aunque tampoco sé si hubiera podido evitar lo inevitable.

La distancia me había confirmado algo que yo no sabía cuando intercedí por mi amiga. No podía vivir sin Gunnar. Meritxell y la amistad pasaban a un segundo término. Le quería para mí sola.

Hablé con todas las Omar que pude y de todas obtuve el mismo testimonio. Elena, una loba joven —por entonces Elena tenía veintisiete años— vivía casi voluntariamente aislada en las montañas. Había un motivo que yo podía entender: se había enamorado de su marido, el herrero, y se había propuesto afincarse en ese pueblo hubiese o no hubiese otras Omar en las cercanías, libros en la biblioteca ni niños suficientes para leerlos. Ella, entrada en carnes, alegre, rebotante de vida y energía, ya se ocuparía de todo lo demás, incluso de llenar la escuela con sus propios hijos si era necesario. Y así lo hizo. O al menos, entonces comenzó a hacerlo.

Karen fue mi mejor informante. Políglota, viajera, impresionable y de mi edad,

estudiaba primero de Medicina y Diana había sido su primer caso de estudio. Karen mostraba un gran interés por la ciencia médica y por las tradiciones de las Omar. Enseguida se me ocurrió que hubiera sido una hija perfecta para mi madre. Era obediente, discreta, estudiosa y sobre todo una bruja militante. Se quedó horrorizada al saber que yo había preferido ir de fiesta de Carnaval antes que celebrar la noche de Imbolc con los clanes.

Esa noche, en la habitación que compartíamos, tomé libreta y bolígrafo y la interrogué. Me relató con pelos y señales todo el proceso que vivió a su llegada a la casa un día antes. Al parecer, la misma Elena, antes de sufrir una crisis nerviosa, tuvo el valor y la sangre fría suficientes para tomar a la pequeña Diana en brazos, meterla en su cuna, cubrirla con la sábana y formular un conjuro de sueño para su marido. Bajo ningún concepto un mortal podía ver a la pequeña deformada. Pero su ofuscación le hizo olvidar al niño, a su hijo Roc.

Cuando Karen llegó con su madre, la doctora Bauman, encontraron al pequeño en el suelo de la cocina, muerto de frío, mirando fijamente el horno y repitiendo una y otra vez: «Mala, mala».

—Yo misma —me explicó Karen— lo envolví en una manta, le di una taza de caldo caliente y lo arrullé para que se durmiese, pero estaba tieso como un palo y me miraba fijamente con sus ojos negros, como si quisiese taladrarme. Repetía: «Mala, mala».

Me impresionó mucho esa reacción del pequeño y me prometí hablar con él al día siguiente.

Karen continuó con sus explicaciones y así me enteré de cómo actuaban las médicas Omar para borrar los indicios de la intervención de una Odish, antes de que los cadáveres se hincharan horriblemente y se llenasen de llagas purulentas. Bauman y Karen maquillaron a la pequeña y se la mostraron al padre, que creyó ciertamente que había fallecido por muerte súbita, durante el sueño. Luego, tras el papeleo, se la llevaron. Karen me confirmó que, además de desangrada, tenía quemaduras en la cabecita, como si el cráneo hubiese sido introducido en el horno. Algo realmente espeluznante. Karen murmuró un detalle al que intenté restar importancia:

—Mi madre dijo que ése era el ritual fenicio del sacrificio de bebés. Los introducían en un horno antes de desangrarlos.

Tomé nota de su comentario con manos temblorosas y Karen continuó su relato.

Parece ser que Elena, la madre, aguantó y aguantó estoicamente limpiando la casa para recibir a las visitas y preparando comida para agasajarlas. La fortaleza de Elena llegó al límite y, cuando estaba ya cercana al derrumbamiento, llegó su hermana y le preparó el brebaje que la hizo dormir durante más de diez horas seguidas. Despertó sin recordar a Diana. Su hijita había desaparecido de sus recuerdos. La hermana de Elena rogó a su marido que no volviese a nombrarla, ya que el olvido, para la madre,

era una forma de sobrevivir y que Elena juraría y juraría que nunca había tenido una hija. El marido accedió y Elena pasó página en su vida de madre, como tantas y tantas Omar que perdieron a sus bebés. Ni siquiera acudiría al entierro.

—Entonces Elena no me podrá ayudar.

—Ni se te ocurra interrogarla.

—¿Y el hermanito? ¿Y el pequeño Roc? —pregunté.

Karen se compadeció.

—Nadie le dio el brebaje, nadie le hizo demasiado caso. Ni siquiera su madre. Es muy chiquitín y a esa edad no hablan todavía, ni comprenden.

—Pero —deduje— es el único que sabe qué ocurrió.

Me propuse hablar con el niño al día siguiente y conocer a esa madre tan valiente, que había perdido a su hija, pero no había perdido la entereza.

Quise ir a dormir y soñar con Gunnar, pero Karen era muy charlatana y estaba encantada de conocer a otra loba de su misma edad y, para más honor, hija de la gran Deméter, la nueva jefa de la confederación de tribus de Occidente. ¡Y pensar que a mí me era del todo indiferente el cargo de mi madre!...

Karen me distrajo de mis recuerdos de Gunnar explicándome infinidad de anécdotas sobre su vida junto a su madre. Me habló de los muchos lugares donde había vivido. Claro que yo no me quedaba a la zaga. Nací en Olimpia, me crecieron los dientes en Heraklion, pasé mi infancia en Pompeya, crecí en Taormina, me hice mujer en Granada e inicié mis estudios en Barcelona. Teníamos muchos rasgos en común en nuestra biografía. La gran diferencia entre ambas era que Karen recordaba su infancia como algo único, irrepetible, feliz. Estaba orgullosa de ser una Omar y quería continuar siéndolo y vivir como su madre, de origen germano, que también había recorrido media Europa itinerante, nómada, aunque siempre vinculada a las montañas donde aullaban las lobas las noches de luna llena. Como en Ordino, un pueblecito de Andorra, donde pasó la adolescencia y de donde guardaba sus mejores recuerdos.

Lo que son las casualidades: Ordino era el pueblo de Meritxell. Le pregunté, pero la respuesta de Karen me dejó atónita.

—¿Meritxell Salas dices? No, no la conozco.

Creí que me tomaba el pelo.

—Es delgada, rubia, ojos cambiantes, irisados, muy dulce. Pinta y está estudiando Bellas Artes.

—No, no la conozco —insistió Karen.

—Ha vivido siempre ahí, en Ordino. Su padre es viudo y muy rico. Tiene una gasolinera y una tienda de electrodomésticos.

—Imposible. Vuelvo a menudo porque dejé buenos amigos. El dueño de la única gasolinera de la zona se llama Camps y tiene setenta y nueve años y tres hijos

solteros. Y en Ordino no hay ninguna tienda de electrodomésticos.

Callé por si acaso. A lo mejor me había confundido de pueblo, aunque estaba segura de haber oído ese nombre en boca de Meritxell.

Antes de dormirnos Karen me hizo una confesión:

—¿Sabes? Me falta algo.

—¿El qué?

—Una amiga que comparta mis secretos conmigo. Una loba de mi edad que sepa lo complicado que es ser bruja.

—Ya, te entiendo. A mí también me pasa.

Y era cierto. Pero mi deseo no era tener una amiga. Mi deseo era amar a Gunnar siempre.

—¿Te puedo pedir algo?

—¿Qué?

—Ser tu amiga.

No respondí de inmediato. Últimamente las amistades me comprometían demasiado. Pero Karen era muy sincera y temí ofenderla si no respondía.

—Vivimos demasiado lejos, estudiamos carreras diferentes.

—Da lo mismo. Podemos compartir un sueño.

—¿Cuál?

—Reunimos de mayores aquí, en Urt, en esta casa.

Me hizo gracia.

—¿En esta casa?

—Está en venta, y a buen precio. ¿No te parece preciosa?

Me lo parecía, pero me reí.

—¿Piensas comprarla?

—¿Por qué no?

A lo mejor era cierto, a lo mejor necesitaba una amiga loba que compartiese conmigo mis cuitas.

—Por qué no —respondí.

Y nos dormimos. Creo recordar que soñé que Gunnar y yo vivíamos en la morada del vizconde, porque nos calentábamos las manos en la lumbre del hogar y yo acurrucaba mi cabeza sobre su hombro y le escuchaba contarme la historia de una sangrienta saga islandesa en la que una valerosa mujer vengaba a su padre y a sus hermanos sacrificando a su propio hijo por cobarde. Recuerdo también que en una cuna, junto a nosotros, había una niña llamada Diana. Y lo más sorprendente era que la pequeña Diana era nuestra hija, de Gunnar y mía, y aún estaba viva. Me desperté llorando.

El pequeño Roc tenía en efecto unos ojos grandes, negros y ardientes como las

brasas de un carbón encendido. Me miraba con fascinación. Me escuchaba preguntarle una y otra vez qué había pasado con su hermanita. Pero el niño me tocaba el pelo con las manos gordezuelas y callaba.

Decidí reproducir la situación. Le tomé de la mano y lo conduje hasta la cocina. No quería entrar. Se quedó clavado en la puerta negando con su cabecita. Me dio mucha pena, pero tenía que hacerlo. Le cogí en brazos y entré con él. La expresión de su cara al mirar dentro fue indescriptible. Luego, al ver el mármol vacío, señaló con su dedito al horno.

—Mala, mala, vete, mala —gritó valientemente.

Me sorprendió su contundencia y aproveché para acribillarlo a preguntas:

—¿Quién cogió a tu hermanita?

—Mala.

—¿La conocías?

—Mala.

—¿Era una mujer, verdad?

—Mala.

Imposible. El pequeño Roc señalaba sin cesar el horno. Estaba alterado y nervioso. Se debatía en mis brazos y tuve que dejarlo en el suelo. Pero al soltarlo tuvo una reacción inesperada. Se precipitó hacia el horno, abrió la puerta de hierro e introdujo su manita dentro, y cuando iba a reprenderlo, me quedé sin habla. Roc había sacado una serpiente de dentro del horno. Estaba atontada, pero viva, y el niño, súbitamente envalentonado y con una inconsciencia propia de su edad, golpeó la serpiente contra el suelo.

Le salvé por décimas de segundo. Fui rápida en mis reflejos y lo agarré a tiempo de evitar que la víbora, súbitamente resucitada, le hincase el diente en la manita. Sin dudarle un instante y con Roc a un lado y a salvo, me armé con el atizador y la golpeé con saña. Una vez, dos, tres, hasta que le aplasté la cabeza y su cuerpo sinuoso comenzó a agitarse en los estertores de la muerte.

Entonces sucedió algo angustiante.

La serpiente se retorció y se desplazaba dejando tras ella un reguero de sangre. Pretendía llegar a la puerta, quizás huir. Sin pensarlo dos veces, cogí el enorme cuchillo que había sobre el mármol y de un tajo certero le corté la cabeza. Roc se echó a llorar y señaló con su dedito el rastro de la serpiente. Lo que aparentaban gotas de sangre eran en realidad extrañas inscripciones que resaltaban en el terrazo oscuro del suelo. Eran signos de un alfabeto. Se me erizaron todos los cabellos de la nuca. Aquel ser repugnante había trazado unas palabras antes de morir. La serpiente no era simplemente una víbora, era algo más.

Tomé la cámara de fotografiar y saqué un par de fotos instantáneas. Cuando me aseguré de que los signos se apreciaban con toda claridad, borré las huellas con la

bayeta y avisé a las otras Omar. Deméter me había pedido discreción y actué discretamente.

Roc aún lloraba cuando la doctora Bauman entró en la cocina y de una rápida ojeada se hizo cargo de lo sucedido. El niño lloroso y abrazado a mis piernas, la serpiente decapitada y el cuchillo manchado de sangre.

Me convertí en la heroína de la velada. Y preferí callar, puesto que la revelación que acababa de tener era demasiado impactante para ser compartida y las fotos que guardaba celosamente en mi bolsillo me quemaban de curiosidad.

Copié cuidadosamente uno de los signos y lo mostré a la oronda y por fin sonriente Elena, que tomaba café con leche.

—Fenicio —afirmó tras echarle una ojeada sin dejar lugar a dudas.

Copié otro signo y el resultado fue el mismo. Tuve que mentirle con la excusa de un trabajo de investigación para la facultad. Ella misma me acomodó en su biblioteca para poder hacer las consultas que deseara.

Elena, a diferencia de mí y de Deméter, había conservado celosamente todos los libros de su familia y había constituido una hermosa biblioteca. La mesa y las estanterías eran de roble macizo y estaban atestadas de tratados milenarios, recopilaciones proféticas y gruesos volúmenes de herboristería, medicina, astronomía, astrología e historia antigua.

Me temblaba la mano al reconocer la palabra que había escrito la serpiente. No podía creerlo, pero ahí estaba: «Baalat».

Así pues, no era ninguna invención mía, ninguna concesión al pesimismo. El ritual del asesinato de la niña y la posesión de la serpiente por una fuerza superior que le dictaba las palabras del nombre de la diosa conducían al mismo punto: Baalat no había desaparecido.

Asustada e inquieta comencé a buscar entre los libros. Deseché unos y otros por incurrir en tópicos, por eludir el problema, por abundar en metáforas..., hasta que finalmente di con el libro adecuado. El tratado de Ingrid, que tomaba como fuentes los estudios de Min sobre las antiguas Odish que se encarnaron como diosas y fueron veneradas como tales, me abrió los ojos a la verdad.

Harto conocidos son los desmanes sangrientos de la temible Odish Baalat, venerada por los fenicios como la diosa Istar. Y sin embargo, lo son menos sus maquinaciones nigrománticas y la profecía acerca de su regreso. (...)

La perversa Baalat llevó sus conocimientos de hechicería a los confines del universo de los espíritus. Durante su dilatado reinado en Biblos, Tiro y Cartago, muchos son los testimonios que hablan de su poder para revivir a los muertos y convertirlos en seres sin voluntad y a su servicio. Ellos eran sus oráculos y sus fieles servidores de carnes descompuestas que no temían a la muerte, puesto que estaban

muertos. Se cuenta que Baalat visitaba los campos de batalla y allí sus servidores recolectaban las vísceras de los muertos para fabricar sus poderosas pócimas con las que seducía a reyes y mercaderes. Baalat comerciaba con antídotos de ponzoñas mordeduras de serpientes y escorpiones y con remedios de devastadoras enfermedades. Así consiguió huir de Tiro y refugiarse en las murallas de la joven Cartago tras el embate del poderoso Alejandro Magno, pero los romanos no fueron propicios a sus artes, puesto que rechazaban los sacrificios humanos. Ésa fue la perdición de Baalat, que pereció bajo la espada impiadosa de Escipión —a título de escarmiento—, para luego ser quemada y sus cenizas esparcidas por la ciudad devastada.

Antes de ser decapitada, Baalat, muy debilitada por el acoso y abandonada por su gente, pronunció las palabras que recogería un centurión de Escipión, el poeta Marcelo: «Regresaré de entre los muertos para concebir a la elegida y mi voluntad triunfará sobre los auspicios y los destinos ajenos».

Nunca más fue vista ni su nombre invocado. (...)

Tras la exhumación de la necrópolis de Cartago y a la luz del estudio de diferentes documentos y testimonios contemporáneos, me atrevo a vaticinar que Baalat no fue correctamente destruida y que puede, con su poder nigromántico, retornar al mundo de los vivos, con voluntad propia, encarnada en animal, niño o difunto, tres formas que no presentan voluntad y que Baalat puede poseer fácilmente.

El poder de la diosa aumentará con la fuerza y la energía de aquellos que la contemplen, acepten su entidad y proyecten sus deseos en ella.

Baalat, la gran Odish nigromante, extraía su fuerza de la sangre de los sacrificios y de la proyección de su imagen en festividades y ceremonias. Su poder se multiplicaba con la contemplación de su rostro y la simple evocación de su nombre materializaba su espíritu. Los ciudadanos de Tiro y Biblos, acobardados por su crueldad, evitaban pronunciar su nombre para no aumentar sus desmanes.

La leyenda de su regreso, diluida en el tiempo, ha sido considerada improbable por diversas Omar, pero a la luz de diversas evidencias disiento de su juicio. Baalat, la gran hechicera, puede regresar al mundo de los vivos en el momento en que las profecías vaticinen la inminencia de la llegada de la elegida.

No pude leer más. Salí de la biblioteca temblando como una hoja e incapaz de responder a las muestras de afecto de las otras Omar. Me encontraba bajo un shock emocional demasiado fuerte. Karen me felicitó y me confesó que ella hubiese sido incapaz de matar a la víbora y que yo tenía mucho valor.

No contesté. ¡Qué equivocadas estaban todas! Yo no era valiente, yo era una pobre estúpida que había jugado con fuego y había causado la muerte de muchos inocentes. Tenía un nudo en el estómago que no me dejaba respirar. Me sentía

miserable por haberme disfrazado de la diosa, por haberlo hecho dos veces sucesivas, por haber dado vida a su forma, a su cuerpo, a sus símbolos y haberlos mostrado a miles de personas durante esa noche de Carnaval. Todos aquellos que me miraron vieron a Baalat y le dieron energía con su aquiescencia, y Baalat consiguió reunir la fuerza necesaria para materializar su espíritu y convocar su regreso.

Era una revelación tan tremenda como increíble.

Yo estaba en el ojo del huracán. Había sido el inicio de todo y, desgraciadamente, había sido también testigo de su existencia. En aquellos momentos los únicos seres que compartíamos el secreto del retorno de Baalat éramos el pequeño Roc y yo.

Baalat, la Odish que adoraron los fenicios y que según las crónicas fue decapitada, quemada y destruida en Cartago, junto con la ciudad, por orden de Escipión, había reunido fuerzas para regresar.

No podía borrarle de la cabeza esa frase cargada de amenazas: «Regresaré para concebir a la elegida».

La elegida de la profecía que esperaban ansiosamente las Omar..., ¿podría ser una hija de Baalat? ¿Podría Baalat concebir y dar a luz a una hija?

Me estremecí de miedo. Nadie más conocía los propósitos de Baalat y yo tendría que informar exhaustivamente a Deméter sobre el caso. ¿Me había enviado por ese motivo y castigó mi imprudencia convirtiéndome en testigo de ese suceso terrible...? Pero aún no sabía la sanción que me impondría por haber actuado tan irresponsablemente... Y eso que mi madre ni siquiera sabía que, vestida con la túnica de Baalat, embrujé a Gunnar y le di a beber un filtro de amor.

Y entonces lo comprendí. Actué como lo hice bajo el signo de la diosa. ¡Mi amor por Gunnar estaba maldito!

Lloré de rabia y tuve miedo. Mi instinto me avisaba de que las desgracias que yo desataba sólo habían comenzado.

¿Por qué? ¿Por qué no podía ser simplemente una estudiante enamorada?

Mi condición de bruja me pesaba como una losa. Mis obligaciones con la tribu y el clan me parecían condenas eternas. Porque yo era, y lo sé, diferente a muchas otras. Yo era caprichosa e inmediata, y la magia que me confería el poder de la brujería era mala compañera para mi egoísmo. No, yo no tenía madera de mártir ni quería sacrificarme. Si ser bruja significaba eso, prefería ser una mortal sin poderes.

Me ocupé personalmente de atravesar el corazón de la serpiente, trocear su cuerpo, pronunciar un conjuro de purificación y quemarlo. Cuando de la víbora no quedaron más que cenizas, Elena, maternal, cariñosa y agradecida, me obligó a comer un enorme plato de cocido. Fue el plato de comida más amargo que probé en mi vida. El plato que me ofrecía una madre cuya hija había muerto por mi culpa. Me prometí que si tenía una hija honraría a la buena de Elena dándole el nombre de su niñita.

Y luego yo misma, sin decírselo a nadie, preparé el brebaje del olvido y se lo di a

beber al pequeño Roc para aliviar sus recuerdos. Fueran cuales fueran sus pesadillas, se desvanecieron.

Tras el triste entierro, regresé a Barcelona con la libreta repleta de notas y el corazón encogido por la culpa.

No quería ver a Deméter. Lo único que quería era olvidarlo todo y refugiarme en brazos de Gunnar.

Odiaba ser una Omar. Aborrecía el dolor de las Omar, su sacrificio, su sufrimiento y solamente aspiraba a ser una mujer de carne y hueso, con amor, con trabajo, con casa, con hijos y sin miedo a perderlos.

* * *

Selene se detuvo en una gasolinera a repostar y aprovecharon para ir al baño y tomar un café. Anaíd, impresionada, no podía digerir toda la información que su madre le acababa de dar y estaba impaciente por acribillarla a preguntas.

—¿Elena tuvo una hija?

—Eso acabo de explicarte.

—Pero ella dice que no puede tener niñas, que está incapacitada, que sólo concibe niños.

—No recuerda nada. Su hermana le dio la poción del olvido. Es la única forma de que las madres Omar superen el pánico a perder sus bebés.

—Tiene que ser horrible.

—Sí, es lo peor que le puede suceder a una bruja Omar.

Anaíd no lograba quitarse de la cabeza a Roc, sus ojos negros, ardientes.

—¿Y Roc vio cómo asesinaban a su hermanita?

—Eso supongo. También lo olvidó.

—¿Cómo era?

—¿Diana?

—No, Roc.

—Era precioso, un muñequito regordete con el pelo ensortijado y muy negro y unos ojos oscuros e inteligentes. De todos los hijos de Elena, siempre he pensado que es el más guapo. Se parece a su padre.

Anaíd enrojeció súbitamente y Selene se percató.

—¿He dicho algo que no tenía que decir?

Anaíd, muy apurada, fingió que el café con leche quemaba.

—No, sigue, es que está muy caliente.

Pero Selene no se dejaba engatusar.

—Me parece que me estás escondiendo algo.

—¿Yo?

—¿Qué hay entre tú y Roc?

—Nada —negó con contundencia Anaíd, en absoluto dispuesta a compartir sus penas de amor con su madre.

Selene se retiró de la contienda.

—Vale, vale, no he dicho nada.

—Entonces —continuó Anaíd— fuiste a vivir a Urt porque se lo prometiste a Karen. ¿Es eso?

—Pues sí. Karen tuvo la idea y yo la recogí un tiempo después. Compré la casa yo sola y..., bueno, ahora es toda nuestra; ya no pagamos hipoteca.

—Me alegro.

—¿De qué?

—De que Karen te diera esa idea. Es mi casa, tengo un sitio donde volver y me parece que no podría vivir sin respirar el oxígeno de mi valle y sin ver mis montañas cada mañana.

—Ahora tendrás que acostumbrarte a cambiar de paisaje más a menudo.

Anaíd se sintió de pronto muy agradecida a Selene y compadeció su infancia itinerante, desenraizada.

—Yo sí que tengo una casa y un pueblo. Y una familia.

Selene se emocionó.

—Eso es justo lo que quería darte.

—Aunque cuando murió la abuela todo cambió.

Selene se entristeció.

—Cierto. El lugar que ocupaba ha quedado vacío. Yo también la echo mucho de menos.

—Y a tía Criselda.

Anaíd removi6 en su taza.

—¿Y Dem6ter era tan seria y tan estricta cuando era joven?

Selene sonri6.

—M6s de lo que te imaginas.

Anaíd estaba francamente llena de curiosidad.

—¿Y cu6ndo fuiste a vivir a Urt? ¿Cu6ndo y d6nde nac6 yo? ¿Gunnar fue mi padre?

Selene detuvo su impaciencia.

—Un momento. Antes de que t6 nacieras, pasaron muchas, muchas cosas. D6jame pagar y te explico.

Capítulo 4: El destino y el deber

En cuanto regresé de Urt, lo primero que hice fue ir a ver a Gunnar. Lo encontré trabajando la madera con determinación. Sus manos fuertes trataban con una delicadeza extremada la talla de un caballito que se iba perfilando poco a poco. Hablaba con la mirada fija en su tarea, sin distraerse; esquivando el cara a cara conmigo, procurando mantener la distancia de los cuerpos, con la mesa de abedul mediando entre los dos. Su voz denotaba una profunda tristeza mientras me explicaba lo que había sucedido en mi ausencia.

—Merixell se presentó con una maleta. Me dijo que lo tenía todo preparado para irnos juntos a Islandia, que dejaría los estudios, que no le importaba la dificultad de la lengua, que no añoraría la luz, que no sentiría nostalgia del sol ni del verano.

Yo estaba sin aliento. Mientras yo estaba en Urt constatando el mal de Baalat que yo misma había desencadenado, Merixell se presentaba en casa de Gunnar dispuesta a acompañarlo al fin del mundo.

—¿Qué le dijiste?

Gunnar pulió el caballito con esmero. En dos ocasiones estuvo a punto de hablar, pero calló. Yo no me mostré impulsiva, reprimí mi curiosidad, le dejé que buscara las palabras y, aunque no las tenía todas conmigo, me mordí la lengua. Finalmente Gunnar habló:

—Le dije que no la quería.

Suspiré aliviada. Por un momento había imaginado que Gunnar, compadecido por su desesperación, había vuelto con Merixell. Sin embargo, él no estaba aliviado como yo. Levantó la vista de su trabajo y me reprochó con dureza:

—Ella sabe que hay alguien más.

Quise acercarme a Gunnar y saltar por encima de la mesa, si hacía falta, para consolarlo de su aflicción, pero me detuvo con un gesto de su mano.

—No me gusta, Selene.

—¿El qué?

Estaba asustada.

—Nosotros... No sé qué me has hecho, Selene. ¿Qué me has hecho?

—¿Yo?

—¿Me has embrujado?

Era algo así como una acusación y me sentí como debían de sentirse las brujas, mis antepasadas, ante un tribunal de la Inquisición.

—¿Por qué lo dices?

—Yo tenía las cosas claras: mis planes, mi futuro, mis obligaciones. Quería a Merixell y de pronto... apareciste tú.

Gunnar estaba tenso y la distancia no hacía más que acrecentar su recelo. Rodeé

la mesa y me senté en sus rodillas. Sentí cómo Gunnar temblaba al contacto con mi piel. Igual que yo. No podíamos evitarlo. Y volvimos a besarnos con desespero. Lo había echado tanto de menos... Y a cada nuevo abrazo, la sangre fluía con más fuerza.

No hablamos durante largo rato. Dejamos que hablasen nuestros cuerpos. Hasta que al fin, exhaustos, nos miramos como se miran dos amantes. Con ternura.

—¿Por qué no puedo dejar de pensar en ti? —confesó.

—Yo tampoco puedo —admití—, pero eso no es malo; eso es el amor, supongo.

Gunnar era mayor que yo. ¿Veinticinco años quizá? Pero tenía mucha más experiencia. Chasqueó la lengua y me acarició.

—A veces el amor ofusca. Y eso es lo que nos pasa. No podemos pensar, sólo podemos sentir.

A mí continuaba sin parecerme nada reprochable. Excepto por la tristeza de Meritxell, los dos éramos jóvenes, libres y estábamos enamorados. Gunnar intentó explicarse:

—Has sido un strandhögg en mi vida.

—¿Un qué?

—Un strandhögg, un ataque sorpresa. Así es como llamaban los vikingos a sus incursiones tierra adentro. Atacaban sin avisar, por eso eran rápidos, efectivos y devastadores.

Gunnar se levantó de la cama y al poco regresó con una botella de licor y dos copas. Sirvió y me ofreció la extraña bebida.

—Es hidromiel, la bebida de los dioses.

Bebí el hidromiel y apuré la copa. Tenía muchas dudas y curiosidades. No me acababa de satisfacer su comparación.

—O sea, que he saqueado tu vida. ¿Yo soy tu strandhögg?

—No te esperaba, Selene. Me has pillado desprevenido.

Me ofendió.

—Yo tampoco te buscaba. ¡Nuestros caminos se cruzaron!

Gunnar suspiró.

—Es cierto, pero a lo mejor nuestros caminos no deberían haberse cruzado.

No me gustaban los enigmas.

—¿Me quieres explicar algo? Habla claro.

Gunnar me llenó otra vez la copa y me invitó a tenderme junto a él. Nos cubrimos con una manta.

—Te explicaré una historia. Forma parte de la saga islandesa de Voslund y habla del destino de una mujer que fue escrito antes de que ella naciera. La bella Signy que nació para perpetuar el linaje de Voslund y vengar a los suyos.

Y me dejé arrullar por la voz de Gunnar.

«Hace muchos, muchos años, en un lugar llamado Branstock, vivía el viejo Voslund en su casa familiar junto con sus tres hijos y su única hija, Signy, la más querida.

»Signy cuidaba de sus padres y sus hermanos y amaba especialmente a Sigmund, su hermano mellizo, porque habían compartido el vientre de su madre, eran muy parecidos y podían entenderse sin palabras. Signy y Sigmund perdieron a su madre al nacer y una seidkona —una adivina— mató un ganso para conocer el futuro de la familia y predestinó que la pequeña Signy sería la que perpetuaría su nombre y su honor.

»Pero el viejo Voslund no dio importancia a los augurios. Cuando creyó llegado el momento de casar a su hija, escogió al mejor candidato de todos, al noble Siggeir de Gotland, y celebró una gran fiesta de esponsales. Muchos fueron los regalos de los esposos, pero el que más expectación levantó fue el de un viejo de barba blanca y rostro oculto por un sombrero, que presentó una hermosa espada diciendo: "Regalo esta espléndida espada forjada por los enanos a quien sea capaz de sacarla"; dicho lo cual, la clavó hasta la empuñadura en un viejo roble.

»Siggeir de Gotland deseó que la espada fuera suya y fue el primero que intentó arrancarla, pero la espada estaba encantada y no cedió a su fuerza ni a sus manos. Signy no estaba enamorada de su esposo, pero en aquel momento supo además con certeza que sería muy infeliz a su lado. Siggeir era codicioso, envidioso y vengativo. Y Signy compadeció a aquel que lograra arrancar la espada, porque se granjearía para siempre el odio de Siggeir, su esposo.

»Lo intentaron los nobles de uno y otro bando, los mejores guerreros, todos los invitados, y finalmente, cuando todos desistieron y se emborracharon, el joven Sigmund, el mellizo de Signy, acarició la bella empuñadura y la espada se deslizó en su mano mágicamente.

»Siggeir, que codiciaba la espada, le ofreció oro a cambio de ella, pero Sigmund no aceptó venderla. Entonces la ira de Siggeir fue tanta que tomó a su esposa, sus regalos y sus naves, y regresó con sus guerreros a Gotland, su tierra. No obstante, antes de partir consiguió arrancar al viejo Voslund la promesa de visitarlo junto con sus hijos.

»Signy hubiera preferido no volver a ver nunca más a su padre y a sus hermanos para así evitar una tragedia, y rogó y rogó a los dioses para que no fueran nunca a Gotland a visitarlos. Mas su padre Voslund era un hombre valiente y de palabra, por lo que pasado un tiempo, cuando ya la joven Signy tenía un hijo de su esposo Siggeir, dirigió sus naves rumbo a Gotland para visitar a su hija y a su yerno y conocer a su nieto.

»Signy, al divisar las naves de su familia, corrió a avisarlos para que no se acercaran a la fortaleza de su marido, porque éste les había preparado una emboscada.

Pero los hombres la desoyeron y se precipitaron a la muerte. Efectivamente Siggeir mató al viejo Voslund y a sus hombres en el campo de batalla, consiguió hacerse con la espada de Sigmund y tomó prisioneros a los hermanos de Signy. Los ató a un árbol y los condenó a un suplicio aún peor que la muerte. Por la noche un lobo devoró al primer hermano. La noche siguiente el mismo lobo devoró al segundo hermano. Cuando sólo quedaba Sigmund, su hermana Signy pidió visitarlo para despedirse de él. Así lo hizo y, mientras le besaba, le untó la cara con miel. Cuando esa noche el lobo acudió a su cita para devorar a Sigmund, le lamió la cara e introdujo la lengua en la boca de Sigmund. Éste cerró la mandíbula con fuerza y atrapó la lengua con sus dientes; la mordió con tanta fuerza que aguantó las sacudidas de la bestia al morir, y fueron tan intensas que consiguieron desatar sus cuerdas.

»Sigmund huyó y regresó a su tierra. Signy se quedó junto a su marido y su hijo, pero juró vengar el honor de su familia. Esa idea fija corroía a Signy y le impedía ser feliz. Y esperó unos años hasta que su hijo pudo navegar...

»Entonces, aprovechando que su esposo Siggeir estaba guerreando contra los Svear, tomó un barco con su hijo y regresó a su tierra natal, a la casa de los Voslund. Allí se reunió con su hermano Sigmund y le comunicó su decisión. No descansaría tranquila hasta vengar la afrenta cometida contra su padre y sus hermanos.

»En primer lugar deseaba que Sigmund calificara si su hijo era un digno Voslund, con el valor de los Voslund, para vengar la afrenta de los Voslund. Y Sigmund así lo hizo. Le indicó al muchacho que preparase un pan de un saco de harina en el que había escondido una serpiente mientras él y Signy iban al bosque a recoger leña. Al regresar el pan estaba sin cocer y el hijo de Signy reconoció que tuvo miedo al meter la mano en el saco, puesto que dentro había una serpiente. Llena de dolor, Signy mató a su propio hijo por su cobardía.

»Signy supo que sólo un hijo de Sigmund y ella heredaría el valor de los Voslund. Para conseguir un hijo de su propio hermano, cambió su aspecto con el de una joven bruja. Y así Signy concibió un hijo de Sigmund y regresó a su tierra con él. Se llamaba Sinfjotle.

»Sinfjotle era un muchacho fuerte y noble, pero una vez más Signy temía que no estuviese a la altura del deber que le correspondía. Así pues, cuando tuvo la edad suficiente, lo llevó de nuevo ante su hermano Sigmund para que lo sometiese a la prueba de su valor. Tras indicarle el saco de harina con la serpiente, Sigmund y Signy marcharon de la casa. Al regresar, el pan estaba cocido. Sinfjotle dijo que dentro del saco de harina había encontrado una serpiente pero no tuvo miedo y obedeció las órdenes de su madre y su tío. Signy se alegró. Su hijo Sinfjotle era un digno sucesor de los Voslund y por sus venas corría su sangre doblemente. Así pues él vengaría la afrenta de su abuelo y sus tíos.

»Signy regresó a las tierras de Gotland, junto a su esposo, y dejó a su hijo

adiestrándose en las artes guerreras junto a Sigmund. Pasado el tiempo, Sigmund y Sinfjotle se presentaron ante la fortaleza de Siggeir, dispuestos a luchar. Pero cayeron en una trampa que les tendió Siggeir y fueron capturados prisioneros. Siggeir ordenó que los enterrasen vivos a los dos, en una fosa cubierta por una enorme piedra rúnica. Por suerte, antes de que taparan la fosa, Signy, confundida con las sombras de la noche, dejó caer la espada mágica en la fosa y desapareció. Durante toda la noche Sigmund y Sinfjotle se turnaron con la espada hasta conseguir horadar la piedra. Luego no les fue difícil matar a los vigías, puesto que estaban borrachos celebrando su victoria. Padre e hijo reunieron leña suficiente, prendieron fuego a la casa de Siggeir y remataron a todo aquel que se atrevía a huir.

»Gritaron a Signy que saliera para salvarse, pero Signy se negó. Les explicó que Siggeir por fin había muerto y ella podía descansar: había cumplido su misión de vengar la afrenta de su familia. De joven no la dejaron elegir y la obligaron a casarse, y ahora que podía elegir, elegía la muerte. Abrazó a su hermano y su hijo para despedirse, tras lo cual entró en la casa, cerró las ventanas y se entregó a las llamas que pronto la devoraron.»

Cuando Gunnar acabó de explicar aquella historia, me invadió una gran tristeza: por la pobre Signy, a quien obligaron a casarse con su enemigo; por su triste final, devorada por las llamas; por su terrible deber con el honor, sacrificando a su hijo. Me pareció demasiado trágico y contundente. Además, no sabía adónde quería ir a parar Gunnar.

—¿Quieres que me lance a las llamas para purificarme? —pregunté con sorna.

—¡Ni lo sueñes!

—¿Entonces? ¿Por qué me has explicado esta historia?

Gunnar dudó.

—La vida de Signy es como la vida de mis antepasados, tuvieron que luchar, que pelear, y todos tenían su destino escrito.

—¿Crees en el destino? —pregunté incrédula.

—¿Tú no? —me espetó Gunnar.

Recordé que una vez, de niña, una oráculo etrusca visitó a mi madre y leyó mi destino. Nunca quisieron explicarme qué vio en las vísceras del cordero que la asustó tanto. Yo pregunté, pero como única respuesta Deméter me dijo que los destinos no eran inamovibles, que podíamos modificarlos. Eso quería decir que mi destino no auguraba nada bueno. ¿Era eso?

—Yo creo que todos escribimos las páginas de nuestro propio libro, que antes de eso las páginas están en blanco.

Gunnar me miró admirado.

—Eres voluntariosa.

—Lámalo así; mi madre diría que soy rebelde.

—No te va a gustar lo que te voy a decir.

Yo estaba en ascuas. Desde el primer momento en que le vi, sabía que había alguna cosa que quería decirme y no sabía cómo. Ese no mirarme a los ojos, esa saga islandesa tan extraña..., todo era una dilación para confesar algo turbio.

—Meritxell está embarazada.

De todas las posibilidades que se me habían pasado por la cabeza, ésa era la única que no se me había ocurrido.

—Y quiere tener a su hijo —añadió.

Me hubiera gustado llorar, pero no pude. Me hubiera gustado sentir rabia, pero no pude. Sólo me quedé desconcertada. Mientras yo creía que tenía la potestad de decidir sobre la vida de los demás, los demás escribían su propia historia. Me temblaban las manos cuando le pregunté con un hilillo de voz:

—¿Y qué vas a hacer?

Gunnar no se atrevió a mirarme a los ojos.

—A veces no podemos decidir sobre lo que deseáramos ni está en nuestras manos optar por la felicidad.

Era una forma como otra de decirme que se sentía responsable de esa criatura. Me pareció loable, pero hacía tan sólo una hora había confesado que no quería a Meritxell.

—¿Así pues tu destino es tu deber...?

Al fin había entendido la moraleja de la saga. Me la explicó para justificar su propia decisión.

—No puedo dejar a Meritxell sola.

Me levanté y me marché con la cabeza retumbando como un millar de tambores. La felicidad había pasado rozándome, pero se alejaba de mí. Yo no podía ser feliz.

Meritxell tampoco. Estaba pálida, triste y muy desmejorada. Me compadecí de ella. Hubiera tenido que alejarme de su lado, y en verdad regresé dispuesta a cambiar de piso y a perderla de vista, pero no pude.

—Este fin de semana no ha querido ir a Andorra —me susurró Carla preocupada.

Entonces me acordé de la extraña revelación de Karen y la comenté, pero Carla se rió de mí y me mostró la dirección de Ordino que constaba en los documentos de Meritxell, las cartas enviadas por su padre y algunas fotos que hizo ella misma una vez que la acompañó de fin de semana. Decidí no dar importancia a esa confusión. Meritxell parecía tan indefensa, tan frágil, que me sentí en la obligación de ayudarla igual que ella me había ayudado a mí. Supongo que me hice trampas a mí misma. Esperaba oírle confesar una frase:

—Gunnar no me quiere.

Me la dijo una noche, después de vomitar la cena. Hacía días que el estómago no le admitía nada y yo la protegía para que Carla no la pusiese en un brete, pero no pude evitar que nuestra cocinera se molestase por el desaire de tantos platillos rechazados con un mohín de disgusto. Natural. Carla se había pasado horas cocinando un exquisito plato de verduras salteadas en una sartén china llamada wok, regalo de un amigo, y estaba expectante para que valorásemos su exquisitez. Sin embargo, en cuanto nos sentamos a la mesa, la reacción de Meritxell fue olerlo y comenzar con sus arcadas.

—Anda, prueba, y no hagas el numerito de cada día —exclamó Carla mientras le servía.

—¿No ves que no se encuentra bien? —dije defendiéndola.

—Yo también sé fingir.

—No finge, está destrozada.

Meritxell me pidió neutralidad.

—Selene, no hace falta que me defiendas.

Y retiró su plato. Entonces Carla se lo volvió a colocar delante.

—Vas a probar mis verduras salteadas.

Meritxell palideció.

—No tengo hambre.

—No pienso permitirte que dejes de comer porque te haya dejado tu novio.

—No es eso —sollozó Meritxell, retirando el plato.

—Claro que es eso —respondió Carla con despecho volviendo a colocarle el plato delante—. ¿Tienes dignidad? Pues no la pierdas consumiéndote de anorexia por un borde que está como un queso y que te ha dejado por otra.

Yo palidecí. ¿Había tirado a matar adrede o había sido a voleo?

—Estoy fatal —musitó Meritxell.

—De amor no muere nadie. Anda, come —atacó Carla con determinación.

Y a pesar de la advertencia de Meritxell, intervine para evitar que Carla fuese indiscreta.

—¿Lo has probado acaso?

—¿La verdura? Está riquísima.

—El amor, burra, el amor.

Carla calló en seco y entendí que toda su agresividad hacia Meritxell seguramente provenía de algún chasco que se había llevado últimamente. Antes la llamaba siempre un tal Joaquín y desde hacía un tiempo el teléfono había dejado de sonar. Me pareció tristísimo. Tres chicas peleadas y al borde del suicidio por culpa del amor.

—A Joaquín le faltaba un poco de sal y pimienta, lo que le sobraba al vikingo macizo de Meritxell —confesó Carla degustando los espárragos trigueros.

—Deja en paz a Gunnar —suplicó Meritxell con un hilillo de voz a punto de

romperse.

Yo no pude evitar un estremecimiento al oír el nombre de Gunnar. Hacía tan sólo una semana que no lo veía, pero a cada segundo tenía que reprimir el deseo de coger la puerta y lanzarme corriendo a sus brazos.

—Pues come o pronto vas a parecer una radiografía —insistió Carla.

Carla estaba extrañamente agresiva y me erigí en la defensora de Meritxell.

—No te metas más con ella.

No podía añadir que estaba sola y enamorada, esperando un bebé, que sus hormonas habían cambiado, que se encontraba alterada emocionalmente y que la causante de todo aquel embrollo era yo porque el padre de su hijo me quería a mí y no a ella.

Pero Carla, por toda respuesta, cogió el tenedor, ensartó unas verduras y las introdujo en la boca de Meritxell, que se defendió escupiendo y sacudiendo la cabeza como una niña pequeña. Luego se levantó precipitadamente y se encerró en el baño. Desde el pasillo podíamos oír sus sollozos y sus vómitos convulsos.

Carla estaba atónita.

—Está vomitando.

—Ya —le respondí con resignación.

Meritxell se había encerrado a cal y canto y yo no podía ni ayudarla a sostener la cabeza.

—¿Tan malo era mi revuelto de verduras?

—No es eso. ¿No te has dado cuenta?

Me refería al embarazo de Meritxell, pero Carla interpretó otra cosa.

—¡Anorexia!

Intenté disuadirla dándole razones.

—Sólo tiene el estómago revuelto.

Pero Carla estaba sacando sus propias conclusiones.

—¡Qué ciega he sido! Todo lo que come lo vomita, por eso se está quedando en los huesos. Claro, anorexia.

Para Carla, cualquier chica que no tuviese el grosor de una foca estaba en los huesos. Yo, por ejemplo.

—Meritxell no vomita todo lo que come. Simplemente es delgada y come poco.

Carla golpeó la puerta del lavabo repetidamente, para obligarla a salir, y volvió a sorprenderme.

—Meritxell, cariño, perdona por todo lo que te he dicho antes. Anda, sal. Ese disgusto con tu novio te está haciendo polvo, lo entendemos.

—Yo no quiero vuestra compasión.

Nos lo dejó bien claro al abrir la puerta.

—No quiero la compasión de nadie.

Y se puso a llorar abrazándose a mí.

—No quiero que Gunnar me compadezca —explotó finalmente una vez que ella y yo estuvimos a solas en mi habitación.

Y entonces me confió su problema:

—Estoy embarazada.

La abracé para que no notase mi apuro ni se diese cuenta de que yo ya lo sabía. Algo más reconfortada, acabó por explicármelo todo.

—Gunnar ya no me quiere, pero me ha pedido que vuelva con él, por el bebé.

No dije nada porque no era neutral. Meritxell continuó:

—No sé qué hacer. No sé si tendré valor para criar a un bebé sola, pero no quiero la compasión de Gunnar.

Le acaricié el pelo con cariño. La entendía perfectamente. Meritxell estaba angustiada al hablar de Gunnar.

—Es como si no fuera él, como si lo hubiesen cambiado. ¿No será que se ha enamorado de otra persona?

Creo que le di un estirón involuntario al pelo.

—¿Tú qué crees? —insistió con su mirada límpida.

Llegado a este límite tuve que ser honrada.

—Quizá, pero si él te ha dicho que se quedará contigo, eres quien tiene la capacidad para decidir.

Afortunadamente Meritxell estaba muy cansada para continuar charlando. Se llevó la mano a la boca.

—¡Lola! Me he olvidado totalmente de ella.

Yo misma fui a buscarla y entre las dos le dimos de beber y comer y limpiamos su jaula. Ronroneante y mimosa, la pequeña hámster se durmió en las manos de Meritxell, y yo me tendí junto a ellas, vigilante. No quería dormirme, los sueños me traicionaban cada noche y en ellos Gunnar venía a visitarme de hurtadillas y su boca murmuraba palabras de amor, lo mismo que sus manos y su mirada acariciadora.

No quería que Meritxell me oyese nombrarlo en sueños.

Pero, para olvidarlo, tendría que destruir todas y cada una de las células de mi cuerpo.

Capítulo 5: El juicio de las matriarcas

En cuanto mi madre Deméter recibió los informes de mi investigación en Urt, su respuesta no se hizo esperar. Me convocó urgentemente y tuve que preparar mi bolsa a toda prisa para viajar al fin del mundo. Conmigo llevaba la carpeta con las fotografías que había tomado en casa de Elena y las copias del doble informe sobre la muerte de la pequeña Diana, uno destinado a ser divulgado y otro para ser debatido por las matriarcas. Estaba asustada por su reacción ante mi descubrimiento acerca del retorno de Baal. No había escatimado ninguna prueba ni había ocultado ningún dato. Hacerlo hubiera sido un disparate; Deméter tenía mil formas de averiguarlo y tarde o temprano hubiera sacado la verdad a la luz. Era mejor aceptar mi error y asumir mis responsabilidades. ¿La elección de mi disfraz no había sido casual? Evidentemente. Y las consecuencias de ese acto habían sido terribles.

Por desgracia, yo me sentía muy desamparada. Sin el amor de Gunnar, sin la amistad sincera de Meritxell, sin nadie en quien poder confiar, necesitaba algo así como el afecto de una madre. Pero Deméter, reunida de incógnito en una aldea de la Bucovina Moldava, no estaba enterada de los avatares de mi vida sentimental ni le importaban. Estrenaba su cargo de nueva matriarca de Occidente de las tribus Omar y, tras convocarme por telepatía, tuvimos una larga charla telefónica que me tranquilizó. Su tono era cordial y me felicitó por la rigurosidad de mi informe. No parecía enfadada y en ningún momento manifestó disgusto o preocupación por mi relación con el disfraz de Baalat. Al revés. Insistió en que acudiese a la aldea lo más pronto posible, las matriarcas estaban impacientes por escuchar de mis propios labios el relato de mis investigaciones.

Y me dirigí hacia la Bucovina, una zona limítrofe con Ucrania, cercana a la inquietante Transilvania húngara, flanqueada por los altos Cárpatos y dominio indiscutible de la milenaria y otrora todopoderosa Odish la condesa húngara Erzebeth Bathory. Allí se había producido el mayor número de víctimas Omar la noche de Imbolc. Dieciséis muertes de las treinta y nueve computadas. Tampoco resultaba tan extraño. Los bosques de los Cárpatos, frondosos y recónditos, habían sido a lo largo de los siglos refugio de osas, lobas, águilas y cabras, y uno de los lugares preferidos por los clanes de brujas Omar.

El viaje me ocupó cerca de dos días y llegué a la aldea exhausta y deseando una cama en la que poder dormir; en lugar de eso, Deméter me ofreció un café amargo y una tarta de manzana espesa y crujiente y me llevó con ella a la sala contigua, donde ocho mujeres me esperaban ansiosas alrededor de una mesa cuadrangular repleta de mapas, papeles y atames.

Ahí estaban sentadas ante mí brujas míticas de las que había oído hablar de niña, como la anciana serpiente Lucrecia, la intrépida cabra Ludmila, la grulla novelista Lil o la docta salamandra Ingrid. Sólo había otra muchacha joven que sustituía a su madre en la representación del clan del delfín, una joven bióloga marina de unos veinticinco años, morena, de complexión atlética y con un nombre que la alumbraba proféticamente: Valeria. Era la encarnación de la valentía, nada ni nadie se interponía ante la decisión de sus ojos negros y fieros. Fue ella quien abrió fuego.

—Ha sido la dama de Biblos, Baalat, quien ha atacado durante la noche de Imbolc.

Un murmullo de inquietud siguió a sus palabras y Valeria, con un gesto, pidió silencio para continuar.

—Las delfines mediterráneas hemos vivido en costas asiáticas, europeas y africanas, pero la mayoría tuvimos que acabar refugiándonos en las islas, puesto que las que se afincaron en Asia Menor, la antigua Numidia, en los alrededores de la vieja Cartago y las costas ibéricas fueron destruidas sistemáticamente por la dama de Biblos. Por eso hemos conservado muchas tradiciones orales para educar a nuestras hijas acerca de cómo defenderse de la sanguinaria Baalat. Nuestras canciones y nuestros juegos advierten del peligro de la dama. Y las brujas del clan del delfín estamos seguras de que Baalat ha regresado. La muerte en Trapani de la joven Nicoletta y en Herculano del bebé Sofía coinciden con el mismo ritual de fuego y sangre que practicaba la Odish que se hacía pasar por diosa de los fenicios.

—¿Creéis que su ataque responde a alguna estrategia concreta? —inquirió Deméter en su calidad de moderadora.

—Creemos que la dama de Biblos, con esta ofensiva sorprendente, pretende asustar a las Omar, recuperar un poder que tuvo antaño y sobre todo disputar el territorio de otras Odish.

Valeria se detuvo y miró fijamente a Ludmila.

—El vuestro —afirmó dirigiéndose a la matriarca Ludmila, portavoz de los Cárpatos y sus valles—. Baalat ha atacado muy duramente en tierras de la condesa.

Ludmila, una cabra de familia campesina de grandes y fuertes manos, con la cara surcada por profundas arrugas y unos ojillos perspicaces y rápidos, le dio la razón.

—Cierto. La condesa Erzebeth nos diezmó hasta hace cuatro siglos. Pero los métodos de la condesa, no menos crueles, eran muy diferentes. Nosotras, las cabras, las osas y las ciervas estamos seguras de que la condesa, nuestra enemiga ancestral, no ha regresado y de que permanece en el mundo opaco esperando su momento.

—¿Qué diferencias habéis observado en estas muertes? —preguntó de nuevo Deméter.

Ludmila se sirvió un vaso de agua, quizá para suavizar la dureza de las imágenes que se veía obligada a recordar.

—En esta ocasión, como dice Valeria, las muertes se han producido de una forma para nosotras extraña. En todas las moradas había fuego y, os diré más, en la casa de Brasov, donde desangró a la pequeña Greta, se halló grabado a fuego el símbolo de la serpiente de Baalat.

—¿Y cuál es su aspecto? —preguntó la escritora noruega Lil, que en su juventud fue muy bella y aún conservaba intacto el destello de inteligencia en sus hermosos ojos azules.

Ludmila le contestó gravemente:

—La madre de una tortuga, junto al Mar Negro, pudo ver a la luz de la luna una gaviota huyendo por la ventana. La criatura tenía claras señales de haber sido picoteada en cuello y brazos, pero también fue quemada.

Lil disertó al respecto:

—Eso explicaría su facilidad para entrar en las casas. La Odish de Cartago ha adoptado la forma de una gaviota.

Deméter, mi madre, intervino:

—No creo que sea la única. Selene, mi hija, fue enviada a Urt tras la muerte de la pequeña loba Diana. Allí topó con una de las apariencias que tomó Baal y tuvo un encuentro desagradable. Ella os lo explicará y os mostrará las pruebas.

Y a pesar de la responsabilidad de participar en un consejo de matriarcas, no me sentí en absoluto nerviosa. Mi madre confiaba en mí, mi madre me concedía la palabra y se sentía orgullosa de mis descubrimientos. Me sentí útil, justo lo que necesitaba para remontar mi mal momento. Hablé alto y claro.

—El ataque a la pequeña loba Diana en Urt, un ritual de fuego y sangre, fue obra de Baal bajo la apariencia de una víbora. Yo misma la maté y cuento con el testimonio de un niño de un año.

—¿Un año? No me parece un testimonio muy fiable para una aseveración tan seria —se permitió objetar la cabra Ludmila.

La ruda matriarca me miró mal desde el primer momento. Probablemente le molestaba mi aire rutilante y cosmopolita que tanto chocaba con la sencillez de su atuendo y su casa.

—No hay ninguna duda. La serpiente, antes de morir, escribió su nombre en fenicio. Tengo aquí las fotografías.

Ante el asentimiento de mi madre, repartí las instantáneas que había sacado y las distribuí entre las curiosas Omar. Al tiempo que iban pasando de mano en mano, un murmullo de incredulidad se adueñó de la sala. Mi madre, puso orden.

—Perdona, Selene, me gustaría que Ingrid explicase lo que sabe acerca de Baalat y sus poderes.

La salamandra Ingrid se caló sus gafas, sacó una hoja amarillenta de sus papeles y comenzó a leer.

—El carburador averiado... —Ingrid calló en seco; se trataba de una factura de la reparación de su viejo coche—. Disculpadme.

Al darse cuenta de su error, tuvo que vaciar su bolso hasta dar con el documento que buscaba y que por fin encontró, pringado de caramelo y con un dibujo de una margarita pintada de colores chillones en el margen izquierdo.

—A partir de ahora os pido una sola cosa. No la nombréis más. La llamaremos la dama oscura.

Ingrid era una estudiosa algo despistada que perdía constantemente sus piedras y sus pócimas y envolvía los bocadillos de sus hijos con los apuntes de sus últimas investigaciones. A pesar de eso y del barullo constante que armaba su numerosísima prole, era respetada y oída en congresos y convenciones. Ingrid tenía una voz simpática, acostumbrada a cantar canciones infantiles y a narrar cuentos de miedo. Se dirigió a nosotras como si fuéramos las alumnas de una escuela primaria.

—Baalat no tiene cuerpo —susurró—. Su carne y sus huesos fueron destruidos hace veintiún siglos. Pero Baalat existe. Su espíritu, su energía y su fuerza se pueden apropiarse del cuerpo de un muerto, un niño o un animal. ¿Por qué? Porque carecen de voluntad o tienen su autoestima muy débil. Baalat fue una experta en las artes de la nigromancia, la que adivina el futuro a través de los muertos y se sirve de ellos para sus propósitos. Y por esa razón es la Odish más peligrosa. Otras Odish han desaparecido con la destrucción de su cuerpo, no pueden ni podrán corporeizarse más. En cambio la dama oscura profetizó su regreso antes de que su cuerpo fuera reducido a cenizas. Según los datos que poseemos sobre la fuerza de los conjuros nigrománticos, la sola mención de su nombre puede convocar energías suficientes para que posea la forma..., por ejemplo..., de una mosca.

Dicho esto, Ingrid hurgó en sus bolsillos y sacó un puñado de canicas, chicles y un martillo de juguete. Tomó el martillo y, sin mediar palabra, aplastó una mosca que se encontraba sobre la mesa. La recogió con mucho cuidado sujetándola con los dedos pulgar e índice y la mostró a todas las contertulianas.

—Fijaos en el peso y el tamaño. Una sola mención puede proporcionar la fuerza que la dama oscura necesitaría para mover este cuerpo. Para materializarse por ejemplo en un cuerpo de mujer adulta, necesitaría ser mencionada por cien mil personas.

—¿Simultáneamente? —preguntó Valeria.

—No es necesario. Pero tened en cuenta también que la proyección de su imagen o la fuerza del pensamiento de quien reflexiona sobre ella pueden ser potencialmente más peligrosas que nombrarla. Y lo peor...

Todas callamos expectantes. Ingrid se quitó las gafas.

—Lo peor sería mantener un diálogo con ella. Ésa es la forma de reconocerla y alimentarla. Una verdadera bomba de relojería que dependería también del rango y la

fuerza de la Omar con la que se comunicase.

Lil, poéticamente, fantaseó sobre su poder.

—La sangre de la primera víctima le proporcionó la fuerza para encarnarse en la criatura asesina de su siguiente crimen. De esa forma debió de causar la matanza de la noche de Imbolc. Tras cada muerte hizo acopio de más fuerzas y ahora su energía debe de ser inmensa. Si son treinta y nueve víctimas, pensemos que eso le permite vivir...

Todas se horrorizaron por el cálculo.

La vieja Lucrecia, una serpiente nonagenaria tan sabia como las rocas milenarias del volcán Etna de donde procedía, encendió con sumo cuidado una pipa y chupó lentamente mientras hablaba.

—Y yo me pregunto, ¿cómo consiguió la dama oscura materializarse por primera vez? ¿De dónde extrajo la fuerza necesaria para hacer acopio de la sangre que necesitaba?

Sentí cómo me temblaban las piernas. Ésa era la misma pregunta que yo me había hecho. ¿Era yo la culpable?

Y de pronto, solemnemente, Deméter se puso en pie.

—Bien. Debo deciros algo muy doloroso para mí.

Me miró y se señaló a sí misma.

—Pongo mi cargo de matriarca recién electo a vuestra disposición. Por eso os he convocado a todas y por eso también he hecho venir a mi hija Selene.

Yo palidecí. Creía que Deméter me había invitado con la intención de exponer los resultados de mi investigación. Pero no. Todo había sido más premeditado, más sucio.

—Mi hija Selene, de quien soy absolutamente responsable, fue quien, con su inconsciencia, convocó la fuerza de la dama oscura para corporeizarse.

Todos los ojos se posaron en mí. Sentí cómo el mundo se hundía bajo mis pies, cómo la vergüenza me inundaba, cómo los reproches arañaban mi ropa, pellizcaban mi piel y golpeaban mi conciencia. ¿Por qué mi madre me había tendido esa trampa? ¿Por qué no me advirtió de su intención?

Lil, inteligente y sensitiva, advirtió mi total desconcierto y se apiadó de mí.

—Deméter, ¿no habías avisado a tu hija de este juicio público?

Mi madre asintió.

—Selene no sabía nada.

La voz de Ludmila no sonó tan piadosa como la de Lil:

—Dinos, Selene, ¿cómo la convocaste?

Quise ponerme en pie, pero las piernas no me obedecían. Quise mirarlas a los ojos, pero el cuello no me sostenía la cabeza. Quise llorar, pero las lágrimas se empeñaban en permanecer secas.

Valeria me tomó la mano, me transmitió su fuerza y sentí un derroche de energía instantáneo.

—Selene —susurró Valeria—, la dama oscura utiliza muchos subterfugios. Una vez consiguió que una Omar egipcia celebrase un ritual de purificación para deshacerse de ella. El efecto fue el contrario. Se creció en su poder.

Fuesen las palabras de Valeria, su mano o el calor de su valentía, por fin me levanté y alcé la cabeza.

—Sentí un impulso muy grande de disfrazarme de ella la noche de Carnaval. Y lo hice. Durante unas horas fui la dama oscura y todos los que me miraron la vieron a ella.

Esta vez Deméter bajó la cabeza.

—Yo descubrí su intención y se lo prohibí, pero a pesar de mi prohibición me desobedeció. No he sabido educar a mi hija y no merezco ser vuestra matriarca.

Y entonces me eché a llorar como una tonta por la actitud de mi madre. Mi madre se avergonzaba de mí y lo decía públicamente. Yo era el gran engorro de su vida y de su carrera. Yo había ensuciado su inmaculado expediente y ahora se lavaba las manos abandonándome a un juicio público. La vi capaz de clavarme su atame si así lo decidían las matriarcas. En aquellos instantes yo era una desconocida. Y estaba más sola que nunca.

De golpe se me mezcló todo, el amor perdido de Gunnar, la pena de Meritxell y el rechazo de Deméter, un cóctel tremebundo para llorar durante semanas.

—Selene, por favor, ¿puedes esperar fuera? —pronunció con voz ronca la anciana Lucrecia, que por edad era quien había recogido el atame que Deméter había depositado sobre la mesa.

Salí de la sala temblando y aquejada de un ataque de llanto incontrolable. Deméter no levantó ni una ceja. Valeria, en cambio, me acompañó solícitamente y, una vez fuera, me abrazó y me consoló con una dulzura que yo no había conocido nunca en mi propia madre.

—Es el ritual, tontina, es el protocolo. No eres culpable de nada. Eres alocada y algo egocéntrica, éstos son tus defectos, los que Baal aprovechó para filtrarse en tu conciencia y servirse de ti.

Yo sabía que por una parte tenía razón, pero por otra eso no me eximía del todo de mi irresponsabilidad y tampoco me consolaba sobre la dureza del trato de mi madre.

—¿Te gusta mirarte al espejo? ¿A que sí?

Miré a Valeria y asentí. Éramos tan diferentes. Ella, a sus veinticinco años, se apasionaba por bucear en las profundidades marinas y observar de cerca a los calamares mutantes. Yo me moría por besar a Gunnar, bailar hasta reventar y lucir sortijas de brillantes en las manos. Yo era infinitamente más superficial y vulnerable

que Valeria.

—Me gusta que me miren —sollocé.

—Y lo consigues, preciosa, lo consigues seguro.

—Soy presumida y caprichosa.

—¿Y...? —inquirió Valeria.

—Y mala —dije deseando a la vez que me corrigiese.

Y así fue.

—No eres mala, Selene, eres impulsiva y no te avergüenzas de tu belleza; por eso tendrás problemas, con los hombres y las mujeres.

—Ya los tengo.

—¡Vaya, sí que empiezas pronto!

Dejé de llorar y me dispuse a explicarle a Valeria mi situación desesperada, cómo, sin saberlo, me había enamorado del novio de mi amiga y había provocado que tres personas fuéramos infelices, pero nos interrumpió Ludmila que, muy secamente, me indicó con un gesto que entrase de nuevo en la sala.

—Cuando quieras te vienes a pasar unas vacaciones en Taormina. A veinte metros bajo el agua los problemas desaparecen..., te lo aseguro —me susurró Valeria animándome a entrar en la lúgubre sala.

Valeria era un encanto, una chica con la que se podía contar. En cambio las matriarcas estaban serias. Deméter volvía a lucir la vara en sus manos. Así pues, no habían aceptado su dimisión.

Ludmila, por ser la anfitriona, tomó la palabra.

—Selene, no hemos considerado una falta grave tu desobediencia si tenemos en cuenta que fuiste utilizada por la dama oscura. Sin embargo, creemos que tu carácter y tu destino nos obligan a tomar precauciones sobre tu persona.

El corazón me dio un vuelco y no pude dejar de preguntar:

—¿Mi destino? ¿Cuál es mi destino?

Las matriarcas se miraron preocupadas. Ingrid intervino con un tono ligero.

—En realidad tu destino, hija mía, es bastante cafre. Dice que causarás muerte y destrucción.

—¿Muerte y destrucción? —repetí incrédula mirando a mi madre.

Deméter me aguantó la mirada y me respondió:

—Selene, las profecías y los destinos pueden ser interpretados desde diferentes puntos de vista. Como brujas Omar, estamos obligadas a conocer los destinos de nuestras hijas, aunque también estamos obligadas a ser cautas ante el fatalismo que conllevan determinadas aseveraciones. A veces los destinos se cumplen interfiriendo en otros, a veces la muerte trae consigo la esperanza.

Me sentí fatal y las miré a todas con reproche.

—Vosotras ya lo sabíais. Sabíais que yo cometería algún acto reprobable pero no

sabíais cuál, y tampoco sabíais por qué ni para qué, y por eso no me lo impedisteis ni me lo advertisteis. Soy parte de una cadena, de un experimento.

Deméter palideció repentinamente y yo me envalentoné.

—Sois tan culpables como yo.

Deméter me pidió calma y me dio la razón.

—Hemos llegado a esa misma conclusión y por eso mi dimisión no ha sido aceptada y tu castigo irá destinado a protegerte en el futuro.

—¿A protegerme?

—Junto con Ingrid, te encargarás de recopilar toda la información acerca de la dama oscura para prevenir futuras agresiones. De esa forma te protegerás de ella y nos protegerás a nosotras.

Me quedé sin habla. Eso suponía seguramente cambiar de ciudad, dejar los estudios, abandonar a Meritxell y sobre todo... alejarme de Gunnar.

—Pero... —aventuré.

Deméter me fulminó con su mirada.

—Regresa a Barcelona y ya recibirás órdenes.

—No puedo abandonarlo todo por...

—¡Selene! —gritó Deméter con una autoridad capaz de poner firme a un ejército de hunos.

Callé y me retiré tras el saludo ritual y las palabras de despedida en la lengua antigua. Lucrecia me hizo una advertencia antes de cerrar la puerta:

—Selene, tu voluntad puede dominar el lado oscuro de tu espíritu.

Unas y otras no paraban de recordarme que yo era pasto fácil de las tentaciones Odish.

Hubiera querido dormir esa noche con Valeria y charlar largamente sobre mi gran dilema entre mi amor y mi amiga, pero quien compartió habitación conmigo fue mi madre. Yo estaba muy dolida con ella.

—No me moveré de Barcelona, ¿me oyes?

—Hablares con más calma otro día.

—¿Por qué me enviaste a Urt?

—Para que hicieras el reportaje.

—¡Mentira! Me enviaste para que viera con mis propios ojos lo que había provocado con mi inconsciencia.

—Tal vez...

—Y luego me engañaste haciéndome venir hasta aquí.

—Es posible.

—¿Cómo quieres que te crea si no me dices toda la verdad?

—Tú tampoco.

—¿Y qué quieres saber?

—Lo que a toda madre le gusta saber: cómo te van tus estudios, quiénes son tus amigos, si estás enamorada, cuáles son tus sueños.

—¿Cuándo quieres que hablemos?

—Ahora, por ejemplo.

Deméter no propiciaba la confianza. Me interrogaba con un cuestionario delante. Estaba seria, rígida, no se abría a los sentidos, no transpiraba complicidad. Lo intenté, pero no pude. Mi respuesta fue tan seca como su pregunta.

—No pude presentarme a tres exámenes y me han concedido un aplazamiento.

Deméter me atravesó con la mirada.

—¿Y ése es el motivo desesperado por el que no puedes dejar la ciudad?

Dudé unos instantes. Antes muerta que hacer partícipe a Deméter de mi historia de amor.

—Una amiga mía me necesita.

—¿Qué amiga?

—Meritxell.

De pronto Deméter cambió su actitud completamente y mostró un verdadero interés.

—¿Qué le ocurre?

—Tiene problemas.

—¿De qué tipo?

—Pues, de falta de amor...

—¿Está deprimida?

—Sí.

—¿Y come?

—No mucho.

—¿Duerme?

—Mal. Tiene pesadillas.

Deméter parecía preocupada.

—Cuídala. Cuídala mucho. Esa chica es muy frágil y necesita que alguien como tú le eche una mano.

Me molestó. Deméter se preocupaba más por Meritxell que por mí. ¿La había conmovido quizá su aspecto? ¿La convenció su aire desvalido?

En algunos momentos tenía la certeza de que yo era la hija que Deméter no hubiera deseado por nada del mundo. Yo era una equivocación.

Yo estaba equivocada y me estaba equivocando.

Tenía que solucionarlo.

Capítulo 6: Otra vez el destino

Al regresar con mi maleta estaba dispuesta de una vez por todas a olvidar a Gunnar para siempre y alejar me de Meritxell. Convivir con ella era ver a Gunnar a todas horas. Era un sufrimiento innecesario, una verdadera tortura.

Sin embargo Meritxell no me lo permitió. Me recibió afectuosamente, y me besó diciéndome que me necesitaba y que sin mí el piso parecía triste y vacío.

En apenas una semana Meritxell había desmejorado mucho. Había perdido el color de las mejillas y el brillo de sus ojos dorados. Decidí quedarme hasta que mejorase.

Carla me explicó que ese fin de semana se había quedado en la cama, escuchando música, con la única compañía de Lola. No tenía anorexia, pero estaba deprimida. Presentaba todos los síntomas. No se peinaba, olvidaba ducharse, no acariciaba a su mascota, sufría insomnio y metía la ropa en su armario sucia y arrugada. Había dejado de interesarse por su aspecto, por la comida, por las clases, por la pintura, y una mañana descubrí que había dejado de alimentar a la pequeña hámster, que vagaba hambrienta y abandonada por la casa.

Comenzaba a ser preocupante y pensé en un médico, un mortal, porque yo sólo conocía a Omar, pero Meritxell —supongo que para no destapar su embarazo— se negó en redondo a dejarse visitar.

La obligué a comer y, en connivencia con Carla, le preparamos concentrados vitamínicos. Carla había suavizado el trato y daba muestras de preocupación real. Fue ella misma quien propuso ponerse en contacto con el padre de Meritxell y me pidió que, mientras tanto, no la perdiese de vista. Luego intentó animarla y la convenció para asistir a una vernissage en el Paseo de Gracia, como hacía antes. Meritxell asintió, se guardó la invitación en el bolso y salió de casa para, al cabo de unos metros, regresar sobre sus pasos y cambiar el rumbo de su ruta. La seguí con cautela y comprobé que en lugar de acudir a la sala de exposiciones se encerraba en una cafetería mirando las lámparas del techo y disolviendo eternamente un azucarillo en una taza de té mientras controlaba los segundos y los minutos que le faltaban para regresar a casa y mentir a Carla sobre esa visita que no había hecho.

Fue un descubrimiento sorprendente. La dulce Meritxell mentía. Así pues, si le mentía a Carla, bien podía haberme mentido a mí también. A lo mejor continuaba viéndose con Gunnar. Me obsesioné de tal forma que me convertí en su guardiana y en su vigilante.

Por eso no me sorprendió tanto el descubrimiento que hice aquella mañana en que entré en su habitación para alimentar a Lola y encontré la maleta escondida. Dentro del armario estaba su maleta preparada y dispuesta con ropa invernal, gruesas botas, un par de libros, un sobre con dinero y su pasaporte. Ojeé los libros. Uno era una guía

de Islandia. El otro, un compendio de sagas islandesas. Me tuve que sentar para no caerme. ¡Estaba preparando la huida con Gunnar!

Disimulé en cuanto entró en su habitación. Le dije que no encontraba a Lola por ningún lado, cosa que por otra parte era cierta. La buscamos juntas y la encontramos encogida de frío y hambre bajo una silla. Meritxell se conmovió, pero no perdió demasiado tiempo con su animalillo. Me lo confió diciendo:

—¿Cuidarás de ella mientras yo no esté?

—¿Dónde vas? —se me escapó con tono inquisitorial.

Meritxell miró su reloj, desvió su mirada hacia el perchero y se puso súbitamente nerviosa.

De hurtadillas vi que en el perchero, disimulada entre otras prendas de ropa de Meritxell, había una camisa de Gunnar.

—He quedado con mi padre en una cafetería. Carla le avisó y quiere verme.

Me acerqué al perchero con disimulo y aspiré la fragancia de Gunnar antes de coger a Meritxell por el brazo.

—Estás embarazada y enferma. Tiene que verte un médico.

Pero Meritxell se desasíó con una sorprendente agilidad y se despidió.

—Estoy bien. Estoy estupendamente.

En cuanto me quedé sola arranqué la camisa de Gunnar y me la llevé a la cara emborrachándome con su tacto y su olor, y entonces advertí que estaba agujereada. Alguien había recortado una silueta, la forma de un muñeco.

Salí corriendo tras Meritxell. Ya no podía creerla. La seguí sin que me viese. Pasó de largo de la cafetería y paró un taxi. No llegué a tiempo de parar otro e hice una cosa prohibida: estaba tan obcecada con la actitud de Meritxell y tan convencida de que había quedado con Gunnar, que proferí un conjuro de ilusión y la seguí en mi propia moto.

A medida que Meritxell iba cambiando de taxi sucesivamente, yo iba poniéndome más y más nerviosa. Finalmente, el último de los tres vehículos que tomó se detuvo ante las mismísimas puertas de la estación del Norte. La dulce Meritxell pagó al taxista y entró en los antiguos hangares, subió las escaleras y allí, en la cafetería de la estación, en la misma mesa donde me había sentado yo un mes antes, la esperaba Deméter.

Al verla llegar, la abrazó y la besó con una ternura que yo nunca había detectado en su trato conmigo. Contemplé la escena desde la puerta. Ni me atrevía a moverme. ¿Qué estaba sucediendo? ¿Por qué Meritxell se citaba con mi madre como haría cualquier Omar tras una llamada telepática? ¿Por qué mi madre la había atendido con tanta solicitud, con tanto cariño? ¿De qué hablaban? ¿Qué se traían entre manos?

Di media vuelta y regresé al piso con una certeza sobre la identidad de Meritxell.

Efectivamente, al vaciar sus cajones y su armario, encontré lo que estaba buscando: su atame, su vara de fresno, su pentáculo y el muñequito recortado de la camisa de Gunnar sobre el que había cosido un mechón de su propio cabello. Un embrujo de posesión.

Meritxell era una bruja Omar como yo, como Deméter, como Karen. No era una niña inocente. Había retenido la voluntad de Gunnar con su conjuro. Por eso Gunnar me había rechazado, por eso era prisionero de Meritxell aunque no la quisiese.

Saqué un mechero y quemé el muñeco con rabia.

¿Por qué Deméter me mintió diciéndome que compartiría el piso con dos estudiantes mortales cuando en realidad Meritxell era una bruja Omar? ¿Por qué no pude detectarlo si las brujas Omar nos reconocíamos entre nosotras a través de la mirada y los gestos? ¿Por qué Meritxell no me lo dijo nunca y me hizo creer que no tenía secretos para mí?

Desesperada, hice una última averiguación. Telefoneé a la supuesta dirección en Andorra de Meritxell. Allí no vivía ningún señor Salas ni lo conocían ni conocían a su hija. Colgué y coincidí con Carla, que contemplaba atónita el desastre que yo había provocado en la habitación de Meritxell.

—¿Qué has hecho? —me reprendió.

—¿Y tú? ¿Qué has hecho tú? —me revolví—. ¿Con qué padre de Meritxell has hablado?

Carla miró su reloj apurada.

—Ahora no me da tiempo a explicártelo, tengo una reunión.

Pero yo no la dejé marcharse.

—¿En qué pueblo de Ordino has estado con ella?

Carla echó una rápida ojeada al atame, la vara y el pentáculo y bajó los ojos.

—Pues bien, ya lo sabes. Somos Omar.

No podía creérmelo.

—¿Tú también?

—¡Pues claro! Soy la hija de Anna, matriarca del clan de la hormiga. ¿O creías que Deméter te dejaría con una mortal cualquiera?

—¿Quieres decir que Deméter me envió a vivir contigo y Meritxell para que me vigilarais?

—Más o menos.

—¿Cómo que más o menos?

Carla se puso repentinamente seria.

—Escúchame, niña mimada: has llevado las cosas demasiado lejos. Deméter decidió que convivir las tres era la mejor solución.

Caí en la cuenta de algunos sucesos que me habían parecido curiosos.

—¿Fuiste tú quien avisaste a mi madre de mi imprudencia utilizando la magia?

—Claro.

—¿Y Deméter se puso en contacto contigo para saber si estábamos bien la noche de Imbolc?

Carla asintió.

—Y también fuiste tú quien la avisaste sobre mi disfraz de la dama oscura.

—Ésa fue Meritxell. Estaba muy asustada.

—Fantástico. ¿Y ahora Meritxell está pasando el parte a Deméter sobre mí?

Carla negó.

—He sido yo quien ha pedido a Deméter que se ocupe de Meritxell. Se nos está escapando de las manos.

—No entiendo la relación. ¿Quién cuida a quién? ¿Quién vigila a quién?

Carla comenzó a recoger los objetos personales de Meritxell.

—Tú eres fuerte. Meritxell, débil. Tú eres imprudente y Meritxell temerosa. Tú eres valiente y Meritxell asustadiza. Vuestra combinación ha funcionado. Os habéis ayudado mutuamente.

Comprendí a duras penas.

—¿Deméter me envió a este piso para que yo protegiese a Meritxell?

Carla matizó mi deducción.

—O para que actuases como escudo de Meritxell. Algo así como un pararrayos.

Me pareció una comparación horrorosa.

—¿Y tú? ¿Qué pintas tú?

—Yo mando y vigilo.

Me sentí como se deben de sentir los presos que descubren una cámara en su celda. El Gran Hermano controlaba todos mis movimientos.

Carla se encogió de hombros.

—Vosotras os ayudáis y yo mantengo el escudo permanente para que nadie del exterior se interfiera en nuestras vidas.

—¿Quieres decir que estamos conjuradas las tres? ¿Por eso no os reconocí como Omar?

Carla sonrió.

—Hasta ahora ha funcionado, a pesar de tus impertinencias y tu exceso de sociabilidad. Pero con eso ya contábamos. Lo que no estaba previsto es esa tontería enamoradiza de Meritxell y su anorexia.

Me sentí como una marioneta, un objeto en manos de mi madre, que ya contaba con mis imprudencias y mis actitudes personalistas.

—Nuestra obligación es protegerla —añadió Carla.

—¿Proteger a Meritxell? ¿De qué?

—Su madre murió violentamente defendiéndola. Es evidente que las Odish la buscaban.

—Entonces, la muerte de la madre de Meritxell era cierta.

No era un gran consuelo, pero la que yo creía mi amiga no había sido una completa mentirosa.

—Está sola, quedó muy afectada, tiene una salud débil y los oráculos vaticinaron que su destino era sumamente crucial para las Omar. Tenemos que preservar su futuro.

Fui entendiendo poco a poco. Meritxell era importante. Era una Omar con un destino brillante, no como yo, que había nacido con la mancha de un destino mezquino y que bien podía servir simplemente de coraza para la gran Meritxell. Mi madre me había utilizado como cebo, como pararrayos, como... sparring.

Y exploté.

—Pues se acabó. ¿Me oyes? Se acabó. Estoy harta de que decidáis quién soy y qué debo hacer. A partir de ahora que cada cual se defienda solo. Que Meritxell se ocupe de sí misma y se apañe con su destino.

Carla se asustó.

—¿Qué vas a hacer?

Tenía muy claro lo que quería hacer desde que conocí a Gunnar y ahora nada ni nadie se interpondría.

—Desaparecer.

Metí cuatro piezas de ropa en una bolsa, recogí mis documentos y, cuando estaba introduciendo mi atame en la bolsa, un grito me interrumpió.

—¡No! ¡No lo hagas!

Era Meritxell. Tenía la cara desencajada, los ojos inyectados en sangre y la mano se aferraba como una garra al pomo de la puerta. Lo sabía. Sabía que yo era la amante de Gunnar, sabía que yo había roto definitivamente mi lealtad hacia ella e iba a reunirme con él. Lo sabía. Lo leí en su mirada y supe que me había estado engañando todo ese tiempo.

—¡No te vayas con él, no puedes hacerme eso!

Carla intervino intentando calmar a Meritxell.

—Tranquilízate, no te conviene...

Pero Meritxell, con una fuerza incomprensible para su fragilidad, se deshizo de Carla.

—¡Vete!

—Soy responsable de vosotras. No puedo irme y dejarte así.

Meritxell insistió con desespero.

—Déjanos, Carla, déjanos solas. Gunnar es cosa de Selene y mía.

Si bien la dulzura era el signo que caracterizaba a Meritxell, en ese instante su cuerpo estaba poseído por la rabia y en sus gestos percibía una violencia contenida que me asustó.

Conservé mi atame en la mano y Carla nos miró a ambas, sin acabar de decidirse. Ella también notaba la agresividad flotando en el ambiente. Pero yo misma decanté la balanza.

—Es un asunto entre Meritxell y yo.

—Es que...

—Vete a tu reunión. Preferimos estar solas.

Meritxell y yo nos quedamos cara a cara. Ella sujetaba la puerta con las manos crispadas y la mandíbula tensa. Yo, con mi atame en mi mano derecha, a la defensiva, la miraba a los ojos sin atemorizarme, procurando que la culpabilidad no me quitara arrestos. Y en el mismo instante en que se oyó el brusco golpe con el que Carla cerró la puerta del piso, Meritxell enloqueció.

Sin darme tregua, como un tornado, comenzó a lanzarme todos los objetos que encontraba a su paso por la habitación, a desgarrar las cortinas, a vaciar los cajones, a tirar los libros de las estanterías y a arrancar sus páginas. Intenté impedirselo, pero tenía la fuerza de mil brujas y me lanzó de un manotazo contra la pared. Asistí con una cierta impotencia a esa explosión contenida de odio. La comprendí hasta cierto punto, pero no podía dejarme intimidar. Durante demasiado tiempo fui víctima de su supuesta indefensión.

—Gunnar es mío —exclamó Meritxell finalmente, jadeando por el esfuerzo.

Me planté ante ella, sin acobardarme.

—Gunnar me quiere a mí y lo sabes.

Meritxell, incapaz de soportar la verdad, se arrancó un mechón de cabello y de su garganta salió un grito desgarrado.

—¡Yo te maldigo! ¡Os maldigo a ti y a Gunnar!

Nunca hubiera creído que el dolor pudiera expresarse con tanta contundencia. Pero no conseguiría hacerme cambiar de opinión, era demasiado tarde. Además, aquel encuentro no conducía a nada. Meritxell no estaba en condiciones de hablar, de razonar ni deseaba consuelo. Y si me quedaba acabaría cayendo en las redes de la compasión. Cogí mi bolsa y me dirigí hacia la puerta. Meritxell me cerró el paso.

—Déjame pasar —le pedí.

—¡No quiero!

—Pasaré lo quieras o no —le advertí.

Meritxell señaló mi arma.

—¿Me clavarás tu atame? ¿Por eso eres tan valiente?

Y entonces hice algo de lo que siempre me arrepentiría. Hay gestos heroicos prescindibles y ése lo fue. Le entregué mi puñal sagrado, el que me había sido concedido a mí y sólo a mí. Pensé que era una forma de liberarme del clan, de las Omar y del deber, y puse mi destino en sus manos. Reconozco que fue una imprudencia. Tenté a la suerte con bravuconería. Se lo entregué por la empuñadura,

con la hoja apuntando a mi pecho.

—Mátame, pero no impedirás que Gunnar me ame.

Meritxell, con los ojos desorbitados, asió la empuñadura dorada de mi atame y alzó su brazo con determinación. Yo la miré fijamente, al fondo de sus pupilas y leí miedo, indefensión, duda. Estaba sosteniendo una lucha terrible contra ella misma, temblaba como una hoja y sus dientes castañeteaban, pero yo no podía ayudarla. Finalmente el brazo cayó y Meritxell, llorando, bajó el arma y me cedió el paso.

Y salí sin mirar atrás. Sin despedirme, sin disculparme. Estaba ofuscada por todas las revelaciones que había tenido. Mi vida era una farsa. Mi madre me engañaba, mi amiga me engañaba y yo me engañaba a mí misma.

Y mientras caminaba por la calle se fue encendiendo una luz que iluminó el escenario de mis confidencias con Meritxell desde el ángulo opuesto. Siempre supuse que Meritxell era la inocencia personificada y que ignoraba mi secreto. Pero ahora ya no lo veía de esa forma. ¿Desde cuándo lo sabía? ¿Tal vez...? Me cayó la venda de los ojos al recordar la conversación que Meritxell tuvo conmigo la noche que Gunnar y yo nos enamoramos. Lo supo desde el primer instante. Meritxell jugó conmigo, con mi sentimiento de culpa y con una treta sucia como la del embarazo para alejarme de Gunnar. Yo, que me compadecía de ella ignorante de que era una Omar que había desobedecido las normas sagradas de las Omar de no usar la magia en beneficio propio y había embrujado a Gunnar con la ayuda de su ropa. ¿Por qué había sido tan ciega?

Sólo me hacía falta una confirmación. Una simple confirmación.

Llamé al timbre con el corazón desbocado. Me abrió la puerta Gunnar, pero apenas le reconocí. También estaba muy desmejorado, había adelgazado, tenía el pelo revuelto y la barba espesa, descuidada. En cuanto me vio, sin embargo, los ojos le brillaron con una intensidad que le traicionó. Estaba liberándose lentamente de las ataduras que yo había roto quemando el muñeco con el que Meritxell le tenía prisionero.

—Dime una cosa, una sola cosa —le supliqué—. ¿Meritxell sabía que yo era la otra?

Gunnar asintió.

—Se lo dije la primera noche.

Me inundó la rabia.

—No está embarazada, nos ha mentado.

La revelación también sorprendió a Gunnar. Era la palabra de Meritxell contra la mía, pero recompuso su propio esquema y me creyó a mí. Inmediatamente me asió por la muñeca y me atrajo hacia él con incredulidad, como si fuera una aparición esperada. Me tomó entre sus brazos y me fue besando con ternura, con pasión, con

desesperación. Y todo el tiempo que nos habíamos negado el uno al otro surgió de pronto arrebatándonos los sentidos.

No respondimos a las llamadas de la puerta ni del teléfono, no reparamos en que hubo una tormenta, no recuerdo ni el resplandor de los rayos ni el fragor de los truenos. Esa noche el mundo dejó de existir.

Me quedé en su casa. A lo mejor fueron dos días, a lo mejor fueron tres. ¿Para qué contar el tiempo? No nos importaban las horas, ni las estaciones, ni el curso de los días y las noches. No nos preocupaba si en la ventana lucía el molesto sol primaveral o las estrellas se enseñoreaban del firmamento. Nos era indiferente que lloviese, tronase o se hundiese el mundo. No existía nada excepto nosotros y nuestro amor.

Gunnar me arrullaba con sus canciones y me relataba hermosas sagas de su isla cubierta de glaciares y volcanes. Su voz era tan dulce que yo cerraba los ojos y me transportaba a los escarpados fiordos medio ocultos en las brumas, a las cambiantes colinas pobladas de trolls y dragones, y me bañaba junto a esos sorprendentes geiseres que surgían por ensalmo de la tierra e inundaban con sus chorros de vapor los valles helados. Y me fui enamorando poco a poco de esos paisajes inquietantes que él tanto añoraba.

—Me siento como un heinejar, en el Valhalla, muriendo cada noche en la batalla del amor y despertando al sonido de tu llamada de valquiria cada mañana.

—¿Un heinejar? ¿El Valhalla? —preguntaba yo, que ya comenzaba a acostumbrarme a las metáforas vikingas de Gunnar.

—Soy un guerrero que he llegado al paraíso y tú eres una valiente hija de Odín que me amarás eternamente.

—¿No eras Odín?

—Si lo prefieres puedes ser mi caballo.

—No, gracias, que tiene ocho patas.

—Pues sube y agárrate fuerte.

Y en nuestros sueños yo cabalgaba por los cielos a lomos del veloz Sleipper abrazada a Gunnar y él me mostraba el lago Lögurin habitado por un monstruo, el volcán Snaefellsjökull que conduce al centro de la tierra, las aguas hirvientes de las cuevas de Grjótagjá y las cascadas de Godafoss por las que los islandeses lanzaron a sus dioses paganos. Todos esos lugares ya me eran familiares de tanto oírlos nombrar y sentía la misma añoranza que Gunnar por verlos.

Luego cabalgué por los sueños de Gunnar al lugar que descubrió su antepasado Eric el Rojo. A la fría Groenlandia donde llegaron los vikingos en sus barcos mil años atrás, inscribieron sus runas y conocieron a los inuits, los esquimales que viajaban en trineos conducidos por perros y cazaban focas y osos para comer su carne, calentarse

con su grasa y abrigarse con sus pieles.

Y nuestros sueños culminaban en un territorio blanco, incólume, inhóspito y hermoso.

Un desierto helado.

Pero nuestro encierro duró poco. A pesar de que Gunnar descolgó el teléfono y no contestó al timbre de la puerta, yo comencé a recibir insistentes llamadas telepáticas de Deméter a las que en un principio me negué a responder, pero que acabaron por ser tan agudas que me causaron jaqueca. No podía bloquearlas, no podía aislarme y me vi forzada a abandonar la calidez de los brazos de Gunnar y a enfrentarme con mi madre.

Temía salir de esas cuatro paredes. Algo me decía que, en cuanto pusiera los pies fuera del refugio de madera, la tormenta se desataría. Y así fue.

Antes de marchar, le pedí a Gunnar que me esperase. Volvería.

Deméter estaba airada y abatida. Pude leer en su mirada que había pasado algo terrible. Me recibió con recelo, grandes medidas de seguridad y una frialdad exasperante. Tenía en su mano un recorte de prensa, pero antes de enseñármelo me preguntó a bocajarro.

—¿Fuiste tú? —y su pregunta contenía un deje acusatorio que no le conocía.

—¿Yo?

—¿Te peleaste con Meritxell?

No podía negarlo, pero su agresividad me puso a la defensiva.

—No te importa, yo no te importo.

—Sí que importa y tú me importas mucho.

Me sublevé.

—¿Por eso me has usado como escudo de una Omar importante que está destinada a grandes heroicidades?

—Ya no.

—¿Ah, no? ¡Qué lástima! Debe de ser que las oráculos confundieron su destino.

Mi madre estaba extrañamente rígida, hierática.

—Tal vez sí.

La miré retándola.

—¿Y puede saberse qué destino tiene reservado la tierna Meritxell que todas debemos proteger?

Deméter se tensó en su silla.

—Concebir a la elegida.

—¿Quieres decir que será la madre de la elegida de la profecía?

—Eso dijeron los oráculos, eso indicaba su carta astral.

Creo que sufrí un mareo. ¿Meritxell estaba señalada para ser la madre de la elegida de la profecía? Entonces, a lo mejor su embarazo era cierto... Me asusté. El rostro de Deméter no presagiaba nada bueno.

—¿Por qué me has llamado?

Deméter volvió a desconcertarme.

—Antes de que sea definitivo, dime la verdad, Selene. ¿Fuiste tú?

Aunque me sentía culpable por lo sucedido, mi desconcierto pudo más y fui incapaz de decir nada.

Deméter desplegó el recorte de prensa y me advirtió:

—Tienes que esconderte inmediatamente. A partir de ahora no podrás hablar con nadie ni moverte de donde yo te diga.

Le arranqué el recorte de prensa de las manos y topé con una fotografía de Meritxell bajo el titular:

Joven muerta en extrañas circunstancias

La escueta crónica que seguía la devoré en pocos segundos.

La joven Meritxell Salas, estudiante de Bellas Artes, fue hallada muerta en el piso de estudiantes que compartía con dos compañeras. Presentaba herida por arma blanca, y en la habitación y el cuerpo de la víctima había signos de violencia. Los vecinos alertaron a la policía, que, tras hallar el cadáver y precintar el recinto, tomó declaración a la estudiante Carla Rossell, que se encontraba ausente en el momento de su muerte. Si bien no se descarta el robo u otros móviles, la policía busca a Selene Tsinoulis, la otra joven que compartía el domicilio con Meritxell Salas y que, hasta el momento, se encuentra en paradero desconocido.

Creí que era una broma, una broma macabra, algo así como un montaje de mentira. La fotografía de Meritxell era antigua y estaba sonriente, llena de vida. En cambio los titulares hablaban de una joven muerta hacía tres días, de un arma blanca, de una herida mortal, y de mí como sospechosa. Se habían confundido. Rogué a Deméter en silencio que me sacase de ese error, pero Deméter asintió gravemente.

—Una vecina llamó a la policía al oír gritos y golpes, una pelea. Cuando la policía llegó a la casa encontró a Meritxell con tu atame clavado en el corazón, sobre tu cama.

—No puede ser..., es imposible —creo que musité sin poder llorar.

Mi madre continuó.

—En la habitación no quedaba títere con cabeza, todo estaba revuelto y fuera de lugar. Meritxell presentaba arañazos en la cara y en sus uñas tenía restos de mechones del pelo. Allí había habido una pelea.

—Pelemos, sí, discutimos, sí, pero... —balbuceé— yo no la toqué...

—Carla dijo que cuando os dejó tú tenías tu atame en la mano.

Me indigné.

—¿Carla cree que fui yo?

Deméter callaba. Temblé. ¿Ella también dudaba?

—¿No creerás a Carla?

—Ha sido muy duro y tú no respondías a nuestra llamada.

Yo no podía asimilarlo. Una muerte nunca es fácil de asimilar, pero aún lo es menos si la culpa te remuerde la conciencia y tu madre hurga en ella.

—¿Crees que he sido yo?

Deméter no se alteró.

—¿Dónde has estado todo este tiempo? ¿Por qué te escondiste?

—No me escondí, me olvidé de todo.

—Intenta pensar con tranquilidad, Selene, todo te inculpa.

Lo intenté, pero la cabeza me bullía y no podía razonar con claridad.

—Es imposible, Meritxell no puede estar muerta... Es horrible...

Deméter asintió.

—Yo la vi. Efectivamente, era horrible.

No podía ser que mi propia madre dudase, tendría que haber pruebas, algo que delatase al verdadero culpable.

—¿Y la autopsia?

—La doctora Bauman se presentó para realizar la autopsia haciéndose pasar por médico de la familia. El atame se clavó en su corazón. Pero Meritxell estaba acribillada a pinchazos. El primer diagnóstico de los forenses apuntaba drogadicción; apenas le quedaba sangre.

—¿Una Odish?

—Eso parece.

Eso significaba que toda su decadencia y su debilidad no eran atribuibles a su pena de amor ni a su supuesta anorexia. Estaba siendo víctima de una Odish que había ido robando lentamente la vida de sus venas.

—¿Baalat? —musité con un hilillo de voz.

—Creemos que sí —afirmó Deméter—. Pero eso ahora es lo de menos. Tenemos que cambiar tu aspecto y darte una nueva identidad.

Eran demasiadas cosas para digerirlas. Meritxell muerta, una Odish muy cerca de nosotras y yo sospechosa de asesinato.

Deméter se levantó de la mesa de la cafetería, me cogió del brazo y, con muchas precauciones, me llevó a un piso franco. Yo caminaba como una sonámbula y la dejaba hacer. La dejaba conducirme, guiarme y llevarme donde ella quería. Como siempre.

Carla estaba clasificando las pertenencias de Meritxell con los ojos enrojecidos de tanto llorar. Había amontonado sus cosas sobre una cama. Allí estaban sus pinturas, sus cómics a medio dibujar, sus libros de Islandia y su pequeña Lola, asustada y hecha un ovillo en un rincón de la jaula. Me acordé de su petición. Lo último que me pidió cuando aún estaba viva: «¿Cuidarás de Lola mientras yo no esté?»

No estaría nunca más. Saqué a Lola de su jaula y la acaricié mojándola con mis lágrimas. Por fin estaba llorando.

—¿Cómo puedes fingir pena? —me acusó Carla—. ¿Cómo puedes ser tan mezquina?

Yo palidecí y busqué la connivencia de Deméter, pero Deméter se mantuvo al margen, observando mi reacción, sin intervenir.

—¿Me estás acusando?

Carla estaba enardecida.

—Tú tenías el atame en la mano cuando os dejé. Una hora después, Meritxell aparece muerta con tu atame en su corazón.

—No fui yo.

—Ella estaba en tu habitación, en tu cama, con la cara llena de arañazos, el pelo arrancado a mechones y las mejillas húmedas de lágrimas...

Me sentí mal, muy mal, pero me revolví contra Carla y Deméter.

—Meritxell enloqueció. No quería dejarme marchar y comenzó a romperlo todo y a arrancarse el pelo desesperada.

—¿Por qué? —inquirió Deméter.

—Gunnar me quiere a mí.

Carla me señaló.

—Era su novio y ella se lo quitó, por eso discutieron y acabó clavándole el atame.

Quise morirme. No era posible que algo que yo había vivido pareciera tan falto de argumentos, tan poco sólido que hasta yo misma dudase de mis palabras. Cómo era posible que otra persona —excepto yo— odiase a la dulce Meritxell. ¿Quién discutió con día? ¿Quién se peleó? ¿Quién le quitó su amor? ¿De quién era el atame? Todo me acusaba.

Deméter recitó la versión oficial con voz cansina:

—Los vecinos alertaron a la policía por los golpes y los gritos... Dijeron que había alguien con ella cuando murió. Dijeron que pedía auxilio, que gritaba, pero no vieron a nadie.

Vi el cielo abierto. Nadie me había visto.

—¿Lo ves? Yo no estaba, yo me fui enseguida.

Sin embargo Carla me acusó con su dedo índice.

—¡Fuiste tú!

Me tapé los oídos con las manos. No quería escuchar más acusaciones. No podía resistir ese embate.

—¿Y tu atame? ¿Qué hacía tu atame en su cuerpo? —preguntó Deméter—. Una Omar nunca se desprende de su atame ni se lo deja a otra bruja.

Carla dio un paso amenazador hacia mí.

—Tú la mataste. Responderás ante las matriarcas.

Me dirigí a Deméter:

—Di que no es cierto.

Pero Deméter no lo desmintió.

—Tienes que dar tu versión. Carla está dando la suya. Tendrás un juicio justo.

—No quiero ningún juicio. Soy inocente.

Deméter me miró con dureza.

—Recuerda que la policía te está buscando y que ya me has causado muchos problemas. Demasiados.

—Los problemas son míos.

—Y yo los soluciono, pero antes lo hacía porque creía en ti.

—¿Y ahora ya no crees en mí? Soy la misma, digo la verdad, no he matado a nadie, no he usado la fuerza ni la magia. Dejé a Meritxell con vida.

—Demostraremos tu inocencia si tienes pruebas, aunque mi reputación quedará manchada para siempre.

Era eso. Deméter me involucraba en sus guerras, me usaba como peón, me metía en el ojo del huracán y me reprochaba sus fracasos. Lo único que le importaba eran el poder, la tribu y el clan.

—Prepara tus cosas, Selene, nos iremos inmediatamente de aquí.

—¿Adónde?

—A un lugar seguro hasta que seas juzgada por la tribu.

Sentí angustia. Si las Omar formaban un tribunal para llevar mi caso, tendría que permanecer incomunicada durante meses, me interrogarían y toda mi vida sería motivo de sospecha. Diseccionarían mi relación con Gunnar minuto a minuto, saldrían a la luz mi engaño, mi embrujo, mi provocación, mi culpa. No podría soportarlo.

—¡No quiero que me juzguéis!

—No me obligues a actuar por la fuerza —me advirtió Deméter—. Todo se llevará con mucha discreción.

La odié.

Yo no quería ser como ella ni quería pasar el resto de mi vida sacrificándome ante

la conveniencia de la política.

Yo quería huir lejos, amar a Gunnar y olvidar que fui una bruja.

Y eso hice.

* * *

Selene detuvo el coche bruscamente y dejó caer la cabeza sobre el volante.

—Estoy agotada.

Anaíd comprobó que su madre llevaba mucho rato conduciendo y que se había parado en el aparcamiento de un motel de carretera. Se desperezó lentamente y movió las piernas y los brazos entumecidos. La historia de Selene la había absorbido tanto que no se había percatado del paso de las horas.

La muerte trágica de Meritxell todavía la tenía conmocionada.

—No comprendo una cosa. Si Meritxell era la destinada a ser la madre de la elegida..., ¿por qué lo fuiste tú?

Selene calló y se apeó del coche. Recogió con sumo cuidado una pequeña maleta y respondió evasivamente.

—A veces los destinos se interfieren.

—Pero... ¿estaba embarazada Meritxell?

Selene arrastró la maleta y suspiró.

—Nunca lo pregunté.

—¿Por qué?

—Porque hay cosas que preferimos no saberlas. ¿No te ha pasado nunca?

Anaíd recordó todo el tiempo en el que creyó que Selene, su madre, era la elegida y que a su alrededor las sospechas sobre su traición se multiplicaban. Era cierto. No quiso preguntar, no quiso saber para no desesperarse y para no dejar de quererla.

Antes de entrar en el pequeño hotel, Selene le hizo una advertencia.

—Tenemos una nueva identidad. A partir de ahora te llamas Julia Faure y yo soy Teresa Mur.

Anaíd confesó una flaqueza.

—¿Sabes?, por un momento, por un momento, había creído que yo era la hija de Meritxell.

Esa vez Selene se quedó boquiabierta.

—¿Por qué?

—Porque tú y yo somos muy diferentes.

Selene le cogió la cara con ambas manos y la obligó a mirarla.

—Mírame bien, mírame bien y escucha: te quiero por encima de todo, hasta de mí misma.

Y la besó con fuerza, con desesperación.

—¡Mamá! —se avergonzó Anaíd separándola.

Y dio una ojeada a su alrededor para cerciorarse de que nadie las estuviera viendo. Se avergonzaba de esos arrebatos pasionales de su madre. Seguro que Selene hubiera besado a Roc en lugar de quedarse tiesa como una escoba calculando probabilidades y mirando al infinito.

La habitación era espaciosa. Dos camas, un despacho recibidor, un televisor, un ordenador y un baño con una bañera enorme.

—¿Me puedo bañar? —preguntó Anaíd completamente desvelada.

—Haz lo que quieras, yo me voy a dormir.

—¿Dónde estamos?

Anaíd oteaba por la ventana con la esperanza de descubrir un indicador.

—No te lo pienso decir. Prefiero que no sepas dónde estamos.

—¿Por qué?

—Nadie tiene que saberlo. Es para protegernos.

Anaíd se llevó la mano a la boca.

—¿Y el cetro?

Selene señaló la pequeña maleta de donde sacó sus neceseres.

—Somos inseparables. De momento está bien protegido y nosotras también.

Cuando Anaíd salió de la bañera, Selene dormía profundamente. El reloj marcaba las seis de la mañana, pero ni se le pasó por la cabeza meterse en la cama. No tenía ni pizca de sueño y la cabeza le bullía como nunca. Todo había sucedido tan deprisa que la fulminante despedida de Roc todavía le agriaba el recuerdo de la que podía haber sido la gran noche de su vida.

Al doblar sus pantalones, palpó el papel arrugado en el bolsillo. Lo sacó temblando. Era una premonición. Ahí estaba la dirección de e—mail de Roc.

Miró el ordenador, apretó fuerte el papel que Roc le había confiado y se sentó ante la pantalla. Todo era una cadena de casualidades. Era bruja y las brujas actuaban por intuiciones, se movían por cadenas de acontecimientos. El papel con el e—mail de Roc había aparecido en sus manos en el momento en que ella había sentido necesidad de verlo y teniendo delante un ordenador conectado a Internet.

Escribiría una nota a Roc.

No le diría dónde estaba, no le daría información sobre su viaje ni sobre su itinerario. Sólo hablaría de sus sentimientos y le pediría disculpas por su timidez.

Se conectó con el corazón encogido y escribió en unos segundos un escueto mensaje titulado: T debo 1 beso.

Lo siento, soy demasiado tímida, demasiado stúpida xa atreverme a decirt cara a cara ke me gustas. Si estuvieras akí y ahora, te besaría. ¡No sé km m he atrevido a dcrite sto! Xo ske xmail es más fácil, jeje.

Anaíd.

Lo envió con los ojos cerrados y aguantando la respiración.

Calculó que a esas horas Roc estaría durmiendo. Imaginó la cara que pondría al día siguiente, cuando lo leyese. Se horrorizó por su atrevimiento y comenzó a invadirla un sudor frío. ¿Qué había hecho? ¿Por qué había dado ese paso? ¿Y si Roc se reía de ella? ¿Y si el beso que le pidió se refería únicamente a un beso casto de despedida entre dos amigos? ¿Y si le dio su e—mail para que le ayudase con las clases de Matemáticas? ¿Por qué no había reprimido sus impulsos? ¿Estaba intentando imitar a su madre? ¿Es que no había aprendido a ser más cauta con la experiencia pasada?

Con las manos sudadas y ante el teclado, intentó escribir alguna disculpa que matizase su declaración de amor. Pero no se le ocurría nada. «Lo hecho, hecho está», se repetía. Y justo entonces, recibió un e—mail de Roc. El título: Beso robado.

Lo abrió con manos temblorosas.

Estás ahora y akí, conmig, en mis pensamientos, y estoy robándot ese beso que no me diste. Sabe muy, muy dulce.

P.D. ¿Me mandas otro?

Roc.

Se le desbocó el corazón. Algo así como una manada de caballos indómitos galopando salvajemente.

Releyó el mensaje una y mil veces. Lo copió en su libreta, lo memorizó, acarició las letras de la pantalla y, avergonzada, llegó a besarla. Luego apagó el ordenador y se metió en la cama sin tener la más mínima conciencia de haber desobedecido las órdenes de Selene.

Anaíd, la elegida, tenía quince años y estaba enamorada.

Capítulo 7: El norte

Selene zarandeaba cariñosamente a su hija.

—Despierta, despierta, dormilona.

Anaíd se despertó con la sensación de haberse dormido hacía un minuto. Y sin embargo, habían pasado cuatro horas. Eran las diez de la mañana y la lluvia otoñal repiqueteaba con descaro contra los ventanales, un ruido incómodo, como el que hacía Selene, que, duchada, vestida y nerviosa, taconeaba arriba y abajo de la pequeña habitación como una leona enjaulada. «¿Dónde estoy?», pensó Anaíd mirando extrañada las paredes ocres y los cuadros de paisajes neutros que las decoraban. En su sueño reciente había dejado atrás una sensación de vértigo, un beso pendiente, unos ojos negros como el carbón y unas palabras susurradas entre las luces titilantes de una fiesta.

—¡Ea, a la ducha!

Y recordó de golpe.

—Me bañé anoche.

Pero Selene era implacable.

—No hace falta que te enjabones, te echas agua para despabilarte y sacarte esas legañas.

Dejó sus ensoñaciones y puso los pies en la cruda realidad.

—¿Y no podemos dormir un poco más?

Selene se puso repentinamente seria.

—No estamos de vacaciones.

La gravedad de su tono fue más efectiva que mil gritos. Anaíd se incorporó en la cama y estiró los brazos.

—Está bien.

Selene daba vueltas frotándose las manos nerviosamente.

—Recuerdas que no tienes que hablar con nadie, ¿no?

—Sí, lo recuerdo.

Selene husmeó como una loba paredes y ventanas.

—¿Qué pasa?

—No me gusta.

—¿El qué?

—¿No lo notas?

—Yo no noto nada.

Selene se quedó pensativa.

—Bajaré yo sola a desayunar. No abras la puerta, no respondas al teléfono y no te muevas hasta que yo regrese, ¿de acuerdo?

Anaíd protestó.

—¡Es que tengo hambre!

—Te traeré yo misma el desayuno. Dúchate mientras tanto.

Anaíd obedeció, pero a pesar de que sus piernas iban en dirección al baño, en cuanto se quedó sola sus ojos se posaron en la pantalla del ordenador. «Una vez más —se dijo—. Una vez más y basta. Sólo será un momento, enviar un mensaje de buenos días a Roc, decirle que me dormí con su beso.»

Y así lo hizo. A los pocos segundos, descalza y en pijama, tecleaba furiosa y con los ojos brillantes una misiva de amor.

Wenos días.

Son wenos pq tú existes.

Serían tristes si no pudiese soñar contigo, leer ts palabras y sabr k m speras.

Gracias xexistir.

Wenos días.

Anaíd

P.D. ¿has vist lo k m has hxo? ¡M has cnvrtdo en 1 ñoña del copón! Jejeje. Aun así lo dgo d crazón, tnlo en cuenta. ©©©

Y lo envió sin apuro. Esta vez ya era experta. Había pasado el mal trago de iniciar una correspondencia de amor y había perdido el miedo. Sabía que su mensaje llegaría a Roc, que Roc lo leería y que le respondería con el mismo atrevimiento... o tal vez más.

Y sin embargo, a los pocos segundos le fue retornado el correo que acababa de enviar a Roc: Rockydarko17@ hotmail.com «Dirección desconocida».

—Imposible —exclamó Anaíd—. La dirección de correo es la misma que la de anoche. No puede ser que esa dirección rechace el mensaje.

Así pues volvió a enviarlo. Y esta vez le temblaron las manos. Algo iba mal. Y no era ninguna intuición.

Efectivamente. El e—mail de Roc le fue retornado de nuevo. «Dirección desconocida.» ¿Por qué?

Y como si fuera una respuesta a su pregunta, recibió otro e—mail en su bandeja enviado por Tuiyo15@hotmail. com. El mensaje tenía por título: *I love you, Roc.*

Lo abrió sin dudarle nada más leer el nombre de Roc. Decía así:

Anaíd, Anaíd, Anaíd.

Kería cortar cntgo y no puedo. Intenté desaparecer kambian de mail xo me exé atrás.

Tengo k cortar cntgo y toy mu rallado, me hce polvo...

No puedo dejr de pensar en ti y eso es malo. Pq stoy lejos, pq no sé dnd stás ni dnd vas, pq me tengo que akostumbrar a la mierda de la soledad. ¡Tía, dime alg! Necesito ts palabras para sakar fuerzas y pder decirte adiós y hasta nunca.

Agrégame a tu msn y hablams.

Mientras tanto piensa en mí.

Roc

Estaba patidifusa... ¿Qué mosca le había picado a Roc de repente?

Se sentía dolida y molesta. Roc no tenía palabra. El día anterior abría una puerta al romanticismo y al día siguiente, muerto de miedo, la cerraba. ¿Por qué cambiaba de dirección de correo? ¿Era incapaz de soportar un tiempo sin verse? ¿Acaso tenía lista de espera de novietas? ¿Era incapaz de esperarla ni siquiera un día?

Las pisadas inconfundibles de Selene se acercaron por el pasillo y la hicieron reaccionar con rapidez.

Selene la encontró debajo de la ducha.

—¿Llevas diez minutos en remojo?

Anaíd disimuló secándose con la toalla.

—¡Hummm! ¡Qué olorcillo!

Y aunque era una forma de salirse por la tangente, no era ninguna excusa. Un aroma delicioso impregnaba la habitación. Selene había traído una bandeja con un desayuno opíparo: huevos fritos, salchichas, tostadas, mantequilla y mermelada, bollos, zumo y leche.

—¿Puedo? —preguntó Anaíd envuelta en la toalla lanzándose sobre la bandeja.

—Ser bruja no significa tener licencia para perder las formas. Usa los cubiertos y la servilleta.

Anaíd quería evitar a toda costa que su madre se fijase en el calor que irradiaba el ordenador.

—Y tú te sientas a mi lado y continúas explicándome tu historia mientras desayuno, me seco el pelo y me visto —ordenó más que pidió.

—¡Vaya!, técnica en gestión y organización del tiempo ajeno —objetó Selene accediendo.

—Quiero saber cómo conseguiste escapar de las Omar y su juicio.

Al tiempo que Selene retomaba su historia, Anaíd se lanzó sobre un huevo armada con un enorme panecillo tierno y lo hundió sin piedad en la yema.

* * *

HUÍ con Gunnar en un tren nocturno, rumbo al Norte.

Yo sólo tenía diecisiete años, era imprudente y estaba un poco loca. Probablemente fui la primera bruja Omar que dejó el clan desobedeciendo las órdenes de la gran matriarca, pero me aferré al viaje como a un clavo ardiendo para escapar de la justicia y evitar enfrentarme a mi madre y a la tribu.

Gunnar, aunque consternado por la muerte de Meritxell, creyó en mi inocencia, coincidió en que debía burlar a la policía y me ayudó a preparar nuestra fuga. Lo que no sabía era que yo escapaba de otra amenaza más implacable que la ley, mi propia tribu.

Descartamos tomar aviones y pasar aduanas; nuestro viaje debería ser clandestino y secreto. Nadie podría seguirnos la pista a través de rutas improbables hacia Cabo Norte, el lugar donde el sol no se ponía nunca y desde donde, en los días claros, se divisaba el Fin del Mundo, el precipicio por donde caían los barcos de los incautos que se adentraban en el mar. O eso decían las leyendas laponas.

¿Llegaríamos a tiempo de celebrar el solsticio?

Confesé a Gunnar que me gustaría estar en ese Fin del Mundo el día más largo del año y pasar con él la noche blanca. No le expliqué que las Omar celebrábamos el ritual de los fuegos de Beltebre para invocar al sol y su reinado lanzando nuestros viejos atames a la hoguera. Y no le dije tampoco que quería conjurar la magia de esa noche para empezar una nueva vida y olvidarme de mi infancia, de las mujeres de mi clan, de la muerte de Meritxell y de la pregunta que me martilleaba la conciencia noche y día. ¿Quién había clavado mi atame en su pecho?

Escapé de madrugada con una bolsa improvisada, un pasaporte falso y la pequeña Lola, sin dejar siquiera una nota. Gunnar me esperaba en la estación y subimos al tren de incógnito, como dos enamorados furtivos. Nos acomodamos en un minúsculo compartimiento, cogí la mano de Gunnar y cerré los ojos hasta que el silbato del jefe de estación anunció la salida.

El traqueteo monótono de la máquina me fue liberando de la angustia que me había atenazado durante las últimas semanas. Por fin dejaba atrás la pesadilla.

En aquel diminuto universo con literas estrechas, tanto que resultaba imposible compartirlas sin caer al suelo, me sentí libre. Tenía a mi lado el amor con nombre de berseker y ojos de firmamento, y ante mí un viaje frío, blanco, lejano y hermoso.

Impulsivamente lancé mi vara por la ventanilla del tren y en un cuchicheo imperceptible me desprendí del embrujo que me ataba a mi escudo protector y que me unía telepáticamente a las Omar. Aunque intentaran ponerse en contacto conmigo, yo había roto mis ligaduras. Le pedí a Gunnar que me abrazase fuerte, muy fuerte. Y me estrujó tanto que por poco no me ahoga.

—¿Me notas diferente? ¿Quién soy?

Era una broma. Gunnar no podía saber que por primera vez estaba abrazando a una chica indefensa y no a una bruja.

—Mi diosa fenicia, mi diosa del amor que me conduce fatalmente a sus brazos.

Gunnar fue un poco inoportuno. No hay nada peor que iniciar un viaje invocando muerte o desgracia, y lo que es peor, nombrando a la nefasta Baalat. Y aunque ya no quería ser una bruja, antes de dormir pronuncié un sortilegio y eché sal por encima de mi hombro tres veces procurando que Gunnar no me viese.

A la mañana siguiente empecé una y mil veces una carta a Deméter. Quería escribirle para evitar una persecución inútil, pero no encontraba las palabras. Era una carta complicada porque tenía que ser contundente y convincente. Y cuando al fin, a fuerza de probar y probar, fui encontrando la manera de explicarme, me interrumpió el grito de Gunnar.

—¡¿Qué es esto?!

Gunnar señalaba la pequeña bolita de algodón temblorosa que se refugiaba en un bolsillo lateral de mi bolsa de viaje.

—Es Lola.

—No me gustan las ratas.

—No es una rata, es un hámster.

—Las ratas son sucias y traidoras, se comen el grano, muerden a los niños y contagian la peste.

Aprensivo. Mi vikingo era aprensivo. La cogí por el cuello, la saqué de su escondrijo y me acerqué a Gunnar.

—¡Uuuuuuh!

Era una broma, pero no surgió efecto, porque Gunnar se puso repentinamente triste.

—Era la mascota de Meritxell, ¿verdad?

Se me rompieron las palabras.

—Me pidió que me ocupara de ella.

—Pobre Meritxell... —musitó Gunnar.

Ninguno de los dos habíamos afrontado abiertamente el delicado asunto de su muerte y todo lo relacionado con ella era un secreto vergonzoso. Si bien Gunnar creía en mi inocencia, cuando algo nos la recordaba leía en sus ojos un reproche velado. ¿Eran invenciones mías? Tal vez, pero Lola podía llegar a convertirse en el fantasma de Meritxell y, por si acaso, decidí esconderla y sacarla sólo por las noches.

Yo tampoco podía borrar la imagen pálida de Meritxell, con la fina piel acribillada a pinchazos. A veces la imaginaba dejándose caer sobre mi cama, con los ojos cerrados y sin fuerzas para defenderse de la hoja mortal de mi atame que

atravesaría su corazón. ¿Quién sostenía el cuchillo? ¿Quién lo clavó? ¿Por qué? ¿Qué aspecto tenía la Odish que la había ido desangrando lentamente? ¿Era Baalat?

No obstante, sabía que si las Omar llegaran a juzgarme y yo explicaba que Meritxell enloqueció por amor —que era la pura verdad—, nadie me creería. Yo misma, minutos antes de nuestra discusión, hubiera declarado que era un ángel. Ni siquiera después de haberla visto destruir objetos y abandonarse al odio con una fuerza inaudita, embrujando a Gunnar, mintiendo, amenazándome y agredíendome..., acababa de creérmelo.

¿Cometemos barbaridades por culpa del amor?

No podía dar respuesta a esa ni a otras preguntas y por eso prefería borrar a Meritxell de mi memoria. De alguna forma yo me había interferido en su vida y, sin ser la mano que clavó el atame en su pecho, a lo mejor la había conducido a ese final trágico. Por eso me sentía tan mal.

Finalmente acabé la carta para Deméter y la envié desde Lyon, una encrucijada lo suficientemente ambigua como para engañarla dejándole suponer que me dirigía al Este.

Decía así.

Querida madre:

¿Por qué me resulta tan extraño llamarte madre?

Querida mamá.

Tampoco. Nunca te he llamado de esa forma. Siempre preferiste que me dirigiese a ti por tu nombre: Deméter. Hasta en este pequeño detalle me hacías sentir diferente de las otras niñas.

Empezaré de nuevo. Toda carta debe tener el destinatario correcto. Tú bien sabes que un nombre equivocado puede perjudicar un buen hechizo y, por supuesto, en este caso a la sinceridad del firmante. Y yo me propongo, sobre todo, ser muy sincera contigo.

Querida Deméter, pues. Cuando recibas esta carta, yo ya estaré muy lejos. No te molestes en utilizar tus poderes ni tus contactos para encontrarme. Él y yo habremos desaparecido.

No, no he hecho servir ningún embrujo. ¿Te acuerdas de cuando me retiraste mi vara de encina y creíste que sería una pataleta momentánea? Fue un primer intento para acostumbrarme a vivir en libertad. Y creo que lo he conseguido. No me hace falta recurrir más a vuestras artes y no me importa que sean buenas ni malas. Simplemente no me interesan. Todo este tiempo he vivido engañada, creyendo que mi vida me pertenecía, y he acabado por descubrir que tú lo controlabas todo. Pues bien, algo se te escapó. Él no está bajo tu control y me ha permitido comprender que puedo elegir entre el saludo a la tribu y el amor.

Él es Gunnar y lo elijo a él porque lo amo. No, no me digas que amar es doblegarse o perder la identidad, porque no tienes ni idea. Tú nunca has amado a ningún hombre.

Estoy enamorada y voy a emprender un viaje con él muy lejos, donde no puedas encontrarme.

No soy culpable de la muerte de Meritxell, pero tampoco quiero quedarme para defenderme, porque defenderme implicaría jugar a un juego peligroso y presuponer mi culpa.

No pienso acabar mis estudios, ni mantener contacto con el clan ni acatar tus órdenes como matriarca ni presentarme de nuevo ante el consejo para que me juzguen y me castiguen por la muerte de Meritxell, de la que soy inocente.

Ya no soy una bruja Omar. He lanzado mi vara y me he desprendido de mi escudo y mi receptor. No podéis comunicaros conmigo. Quiero romper con todo lo que decidiste sobre mí y dejar atrás lo que he sido durante estos diecisiete años para empezar una nueva vida con Gunnar.

Sé que Gunnar no te gusta, aunque no lo conozcas y ya sea demasiado tarde. No te lo presenté porque sabía que no habría pasado tu examen. Ningún hombre pasaría tu examen ni sería digno de mí ni querría compartir su vida conmigo si tú estabas lo bastante cerca para ahuyentarlo.

Estoy enamorada y no quiero renunciar a las caricias ni a las palabras de amor. No quiero criar sola a mis hijos como tú, ni deberme a la tribu y al clan como tú.

Te equivocas si crees que huyo por miedo o para eludir responsabilidades. Esta vez he sido valiente para emprender sin miedo mi propio viaje, el que he elegido yo misma, el viaje de una mortal.

Olvida que tuviste una hija.

Selene

La envié sin releerla y me sentí mucho mejor. Esa fuga silenciosa me había hecho sentir cobarde; con la carta exponía mis motivos y dejaba muy claras mis condiciones: no quería que me buscara ni que me llamara porque no aceptaba sus reglas del juego. Ya no era una Omar.

Fui muy dura y muy distante y la herí aposta, para que creyese que la odiaba y que no la perdonaba.

Y fui injusta. No le dije que siempre me gustaron los cuentos que me explicaba de niña ni que, cuando tenía pesadillas y cerraba los ojos, recordaba su voz para tranquilizarme. Deméter tenía una voz serena y grave que transmitía seguridad. Como Gunnar.

Fue la voz de Gunnar la que interrumpió mis reflexiones poco antes de llegar a París para hacerme una observación prosaica tras revisar mi caótica bolsa.

—Has olvidado la loción antimosquitos.

—¿Mosquitos?

—Los hay a millones.

—¿En el Norte?

—En cuanto se funden los hielos lo invaden todo.

—¡No los soporto! —lloriqueé.

No se me había ocurrido pensar que los verdaderos héroes de la tundra, los que sobrevivían a las temperaturas extremas y renacían cada primavera ávidos de sangre eran esos horrorosos mosquitos de metro y medio que había visto en fotografías y documentales y que me harían la vida imposible. Pero me juré que ni los mosquitos me harían retroceder. Mi decisión estaba tomada.

El viaje en tren fue monótono. Nunca me han apasionado los paisajes vistos por las ventanillas de los trenes. Hubiera preferido tocarlos, pisarlos y olerlos, en lugar de contemplar y contemplar atardeceres tristes, crepúsculos humeantes, cordilleras envueltas en nubes, pueblecitos de alegres colores, campos sembrados de trigo, de maíz, de vid, de patatas, de remolachas, de girasoles, de melones..., tan aburridos como los bodegones.

A lo mejor es que yo misma me condené a la inmovilidad. Durante dos días no salí apenas del compartimiento para evitar cruzarme con otros pasajeros. Me aterrorizaba la idea de exponerme a sus miradas o de coincidir con un policía o una bruja Omar. Era una fugitiva, estaba de nuevo desnuda e indefensa y sentía cerca de mí una amenaza, una presencia, unos tentáculos buscándome en la oscuridad. Posiblemente la mano de Deméter tanteando el vacío para atraparme.

Y a la paranoia de pasar inadvertida en los cambios de tren, de evitar a la policía en las aduanas y de esquivar a las mujeres con aspecto de brujas Omar que me cruzaba en autobuses y bares, a todo ello, se sumó mi obsesión por eludir las miradas ajenas y esconderme de todos y todo tras las anchas espaldas de Gunnar.

Hasta que una mañana me encontré sentada en un todoterreno alquilado viajando por una estrecha carretera que serpenteaba al borde de vertiginosos acantilados que iban a morir en un océano gris y azulado. Gunnar detuvo el coche y me obligó a contemplar el paisaje.

—Aquí comenzamos nuestro viaje.

—¿Son los fiordos noruegos? —pregunté con incredulidad contemplando las murallas tapizadas de verde que se inclinaban sobre el mar.

—Hace dos millones de años eran glaciares que bajaban de las montañas.

—¿Glaciares?

—Sus lenguas fueron avanzando y excavando profundos valles y, cuando el clima cambió y se fundió el hielo, el mar los inundó.

Me estremecí sólo de imaginar aquel territorio cubierto de hielo.

—¡Qué frío!

—Te equivocas —me corrigió Gunnar—. Los fiordos son cálidos, están bañados por la corriente del golfo.

Los imaginé acogedores como los ojos de Gunnar, acerados y fríos a primera vista, pero cálidos en las distancias cortas.

—Son como refugios.

—Eso han sido siempre. Los vikingos recalaban sus naves, las ballenas pasaban el invierno allí y los rusos escondían sus submarinos.

—Les llamaré los ojos de Gunnar, son preciosos —exclamé sin poder contenerme, extasiada por el paisaje.

—¡Vaya!, te has vuelto una escalda vikinga. Bienvenida al Norte.

Y al tiempo que de la mano de Gunnar me iba adentrando en esa hermosa tierra siguiendo las rutas de sus antepasados noruegos, no podía quitarme de la cabeza que en Barcelona mi desaparición estaría causando un gran revuelo entre las brujas Omar. ¿Me embrujarían? ¿Enviarían guerreras Omar en mi busca? ¿Me darían caza como a un conejo?

Me prometí que no pensaría en ello, que no flaquearía y que sería consecuente con mi decisión pasase lo que pasase.

Y durante unos días, a pesar del miedo que sentía y la inquietud que me hacía temblar, me esforcé en ser feliz. Estuve a punto de serlo. Reí de los chistes de Gunnar, me extasié con las vistas de los acantilados, descubrí encantadores pueblos de madera con las casas pintadas de colores como acuarelas infantiles, me puse pringada de pastel de arándanos y hasta probé los asquerosos arenques... Y después de una semana me confié, creí que estaba a salvo y que Deméter no me encontraría.

Fui una ilusa.

Recalamos en la pequeña isla de Norvoy, a esa hora incierta en que el sol debería esconderse pero no lo hacía, porque Gunnar quiso visitar un cementerio vikingo en el que había unos antepasados suyos enterrados. Llevaba un ramo de siemprevivas para depositarlo sobre una tumba y recuerdo que la atmósfera irreal de ese cementerio me impresionó. La niebla cubría las losas, la humedad empapaba mi ropa y sobre las piedras milenarias los nombres de los muertos estaban grabados en forma de runas, ese alfabeto que tantos quebraderos de cabeza había dado a los estudiosos y que Gunnar parecía comprender.

Por fin nos detuvimos ante un par de tumbas nobiliarias y Gunnar depositó su ramo de siemprevivas sobre una de ellas. Intenté leer la inscripción sin conseguirlo.

—¿Qué nombre pone aquí? ¿Quién hay enterrado?

—Helga, una antepasada mía. Esta otra tumba junto a ella pertenece a Snorri, su

marido.

—Si descendes de ella también descendes de él.

—Depende —me guiñó un ojo Gunnar—. A veces los hijos de una esposa no son necesariamente los hijos de su marido.

Lo encontré divertido. Las apariencias engañan.

—Parecen importantes.

—Eran nobles o bondis como se prefiera y eran vasallos del rey Olafr, enterrado también aquí, en esta otra tumba más fastuosa.

Efectivamente, la tumba del rey, unos metros más allá, además de ser más fastuosa incorporaba su escudo de armas, un caballo como los que gustaba de tallar Gunnar.

—Fíjate, es como un caballo tuyo de madera.

Gunnar sonrió complacido.

—Veo que te fijas en todo —y me señaló otro detalle del escudo—. Esa montaña indica que Olafr era el rey del fiordo.

—¿Es lo mismo una montaña que un fiordo? —exclamé sorprendida.

Gunnar rió.

—Parece absurdo, pero los vikingos así lo consideraban. Los matices de las lenguas sólo se pueden captar con el uso.

Evidente, pero el uso de la lengua vikinga había desaparecido hacía muchos siglos.

De pronto, algo en la tumba de Helga se movió. A lo mejor fue un pajarillo, una lombriz o un pequeño roedor, pero estoy segura de que algo vivo captó mi atención. Quizás el espíritu de Helga agradecía las flores. Me acerqué con curiosidad para estudiarla de cerca.

—Explícame la historia de Helga —le pedí contemplando el lugar donde reposaban los huesos de esa mujer.

—¿Qué quieres saber?

—¿A qué edad murió?

A Gunnar le tembló la voz. Tal vez también había visto lo mismo que yo.

—Tenía treinta y un años.

—¿Y cuántos hijos tuvo?

—Creo que nueve, pero sólo sobrevivieron dos.

—¡Nueve hijos! ¡Qué horror!

—Helga, la husfreja, era poetisa y se casó muy joven, mejor dicho la casaron con su primo Snorri, al que no conocía. Entonces sólo tenía catorce años, una voz preciosa y su pelo rubio le llegaba hasta la cintura.

La imaginé alta, fuerte y rodeada de pequeños vikingos, pero no acababa de conformarme.

—¿Y de quién descienes tú si sus hijos no eran de su marido? —pregunté.

No podía explicar qué fuerza me empujaba hacia la oscuridad de la tumba.

—Fue la amante del rey Olafr —susurró Gunnar.

—¿Cómo lo sabes? —pregunté sorprendida.

Gunnar hizo un gesto vago.

—Eso dice la saga. En una fiesta el rey se alojó en su casa y ella recitó sus poemas con tal emoción que Olafr se enamoró locamente y ella le correspondió. El divorcio no estaba permitido, por eso el rey envió a Snorri, el marido y vasallo suyo, a una expedición tras otra mientras él visitaba a su querida Helga en su ausencia. Luego pidió que lo enterrasen aquí, cerca de ella.

Me pareció injusto. El marido, Snorri, a quien imaginaba con los dedos grasientos, la barba llena de piojos y eructando en la mesa, estaba en medio de los dos. Como el jueves. Intenté imaginármela a ella, hermosa, cultivada.

Algo continuaba empujándome hacia la tumba de Helga. Era una súplica, un ruego inconcreto. Helga me quería decir algo.

Yo era bruja, a pesar de ir desprotegida, y la llamada del espíritu de Helga era insistente. Pocas Omar la habían experimentado, pero no cabía duda alguna. Tenía el don y Helga se comunicaba conmigo. Me olvidé de la presencia de Gunnar, de su estupefacción. Me sumergí en las brumas del atardecer y retrocedí muchos siglos hasta oír la voz de Helga invitándome a ayudarla. Retiré la losa con suavidad y quedé justo el espacio para introducir mis manos en el interior de la tumba obedeciendo a los huesos de Helga. Tanteé la tierra húmeda a ciegas, hasta que di con ellos y los saqué.

Gunnar dio un paso atrás, estaba asustado.

—¿¡Qué haces?! ¿Estás loca? Deja estos huesos. ¡Estás profanando una tumba!

Pero yo no era consciente de mis actos. Recuerdo que no le hice caso, simplemente me arrodillé frente a la tumba del rey Olafr y con la misma facilidad retiré la losa que la cubría. Deposité los huesos de Helga en ella y luego abrí los ojos incrédula.

Gunnar estaba horrorizado. Intenté razonar mi impulso.

—Me estaban pidiendo algo, me pedían descansar con Olafr.

Gunnar, nervioso, intentó tapar la losa, pero a pesar de su corpulencia no pudo hacerlo.

—¿Cómo demonios la has abierto?

Pero no le escuchaba. Helga aún no estaba en paz. Lloraba y de nuevo retuvo mi voluntad. Retiré un poco más la losa de la tumba de Olafr y me llevé la mano a la boca. ¡Allí no había restos humanos! Era una tumba vacía y los huesos de la pobre Helga habían topado de nuevo con la soledad.

—¿Por qué no está el rey Olafr enterrado aquí?

Gunnar no podía quitar los ojos de la cavidad.

—¿Se puede saber...?

—¿Dónde está el cuerpo de Olafr? —insistí.

Gunnar estaba confundido.

—Tal vez murió en una incursión guerrera y lanzaron su cuerpo al mar, o fue pasto de los lobos en la montaña o se calcinó con su castillo. ¿Y yo qué sé?

—Entonces, ¿por qué esa farsa de su tumba?

Gunnar se revolvió contra mí.

—¿Y tú de dónde has sacado esos trucos para mover piedras y comunicarte con los espíritus?

Había en sus palabras un deje acusatorio. Me eché atrás, acobardada. ¿Cómo era posible que me hubiese dejado llevar por ese impulso repentino? No podía explicármelo a no ser que... hubiese sido Deméter.

La duda perenne era la presencia de mi madre. Deméter deseaba alejarme de Gunnar, Deméter me empujaría a cometer errores para que Gunnar desconfiase de mí y me temiese. Deméter me quería sola y sumisa y de regreso al rebaño con la cabeza gacha. Controlaba mi voluntad en la distancia y manejaba los hilos de mi vida.

No, no lo conseguiría. Muchas brujas Omar habían urdido tretas para engañar a sus esposos.

Me eché a reír, haciendo teatro y fingiendo una hilaridad que no sentía.

—Lo he hecho bien, ¿no?

Gunnar aún no estaba convencido de mi supuesta farsa. Puse voz de falsete y gemí como un fantasma.

—¡Olaafr! ¡Me prometiste que compartirías la eternidad conmigo! Y en cambio me ha tocado de vecino el peñazo de mi marido Snorri que ronca como un cerdo.

Gunnar rió y me palmeó el culo como a una niña mala.

—Eres un trasto, no se te puede llevar a ninguna parte. Te traigo a un cementerio vikingo y me cambias los huesos de tumba.

—No lo haré más, lo prometo.

—A la próxima travesura te embarco de regreso con tu mamá.

Lo besé. Nunca fallaba. Hasta creo que conseguí hacerle olvidar la pregunta que me hizo al principio: ¿cómo demonios había conseguido mover las losas?

Nos alojamos en un diminuto hotel desde cuyas ventanas se divisaba el monte Aksla, pero a pesar de las hermosas vistas esa noche estuve intranquila y nerviosa. Me picaban los brazos; los mosquitos comenzaban a estar presentes en nuestras vidas. Además, tenía la certeza de saberme vigilada. Me despertaba bruscamente con el corazón desbocado y sintiendo el tacto de unas manos en mis entrañas.

Deméter hurgaba en mis recuerdos. Deméter me estaba poniendo cerco. No pude

ni quise dormir más. Salí a dar un paseo al amanecer. Los días eran muy largos y nos acercábamos al punto en que el crepúsculo desaparecería por completo.

Me abrigué, di de comer a la pequeña Lola y dejé a Gunnar durmiendo apaciblemente. Al salir, el recepcionista me llamó por mi nombre, lo cual me sorprendió mucho. Pero mi sorpresa no acabó aquí. Me entregó un paquete y una carta. Me temblaron las manos. Nadie sabía mi paradero y la letra que figuraba en el sobre no era la de Deméter; lo rasgué y dentro descubrí diversos sobres a su vez enviados y reenviados por brujas Omar que intentaban darme caza. Hasta conseguirlo, claro.

La carta, inconfundible su letra picuda, era de Deméter, mi madre. ¿Cómo pude ser tan ilusa? Ella lo sabía todo, y si no lo sabía formulaba un hechizo, y si no, movía sus hilos y sus contactos, pero no se le escapaba el control de nada ni nadie. Todos los clanes y tribus de la tierra debían de estar tras mi pista. Esos sobres eran la prueba de su poder.

Antes de leer la carta abrí el paquete. Lo suponía, Deméter me enviaba otra vara. Me indigné, creía que mi carta había sido contundente y que había hablado muy claro. Por qué Deméter intentaba continuar imponiéndome su voluntad. Salí fuera del hotel y lancé la nueva vara al agua, sin ningún remordimiento. Luego leí la carta de un tirón sentada en una roca junto al mar. Sola, rodeada de gaviotas y con la espuma de la olas salpicándome los pies.

Selene, hija, ¿me dejarás que te llame «hija» aunque tú no quieras llamarme «madre»?

No voy a responder a tus muchas provocaciones. No te las tomo en cuenta. Es natural que en un determinado momento de tu vida quieras escoger tu propio camino y decidir por ti misma. Pero ni ahora es el tiempo adecuado ni eso supone la solución a tus problemas.

Tu huida te ha puesto en un difícil aprieto. Si muchas Omar creían en tu inocencia o la presuponían, ahora dudan de ella.

Ninguna Omar antes que tú ha eludido sus responsabilidades con la tribu aduciendo que dejaba de ser una bruja. Estás haciendo trampa, te estás haciendo trampa a ti misma.

Reflexiona y entrégate.

Todas las fatales coincidencias de los últimos tiempos te han empujado a tomar una decisión precipitada.

Regresa al clan.

No me opongo a que te enamores ni me opongo a que dejes los estudios; eres suficientemente inteligente para retomarlos cuando desees. Lo que no puedes es renunciar a tu condición de Omar. Eso no depende de ninguna elección racional ni

emocional. Eso forma parte de tu ser. Desde el instante en que fuiste iniciada se desarrollaron en ti unos poderes que jamás, por mucho que lo desees, podrás destruir.

Tu condición no depende de la voluntad ni del libre albedrío. Está vinculada a tu sangre y a tu destino. Escucha a tu instinto, no olvides todo aquello que aprendiste. No reacciones negando precisamente lo que te sirvió para orientarte en la confusión del mundo. Te perderías y serías muy desgraciada.

La comunidad te juzgará con equidad, preservará tus derechos y oirá tu voz. Regresa a la tribu y ponte en manos de nuestra justicia.

La muerte de Meritxell es compleja y tú nos puedes ayudar a desentrañarla. Huir te señala, quien huye algo esconde. No me obligues a utilizar la fuerza contigo. Regresa por tu propia voluntad. No quiero detenerte. Eso sería muy doloroso, aunque si no me dejas otra opción deberé perseguirte y juzgarte a la fuerza.

No es necesario que huyas a los confines de la tierra para encontrarte a ti misma. Eso puedes hacerlo desde una habitación oscura.

Te buscaré porque te quiero.

Deméter

Guardé la carta en mi maleta y se lo oculté todo a Gunnar. Únicamente le pedí que nos fuéramos rápido. Me complació sin preguntar, pero me advirtió que estuviese preparada porque pronto nos atacarían los mosquitos.

Y así fue.

Y fue horrible.

Pero prefería los mosquitos a mi madre y soporté estoicamente sus ataques nocturnos a pesar de lociones y mosquiteras.

No aspiraba a deshacerme de Deméter, sino a resistir más que ella, a alejarme tanto que las dificultades se multiplicasen y acabase por abandonar su juego de perseguirme. ¿Era seria su amenaza? ¿Realmente sería capaz de detenerme a la fuerza, encerrarme y juzgarme? ¿Y si me declaraban culpable? Si pensaba en ello acabaría por volverme loca.

Pronto nos adentramos en Nordland, un nombre que por si solo provocaba escalofríos. Allí comenzaba el verdadero paisaje del Ártico. Tundra, horizontes ilimitados, lagos oscuros e inmóviles, fiordos brumosos que se perdían en extensos meandros, viento frío cargado de nubes plomizas que recorrían el cielo como una losa que impedía ver el sol. Perdimos rápidamente cualquier vestigio de civilización, dejamos atrás Europa y me olvidé del Mediterráneo y de los aromas intensos para sustituirlos por un cierto vértigo de vacío.

Aquella tierra de soledad lunar estaba casi deshabitada, justo lo que yo quería. Le pedí a Gunnar sortear los pueblos y prescindir por unos días de las comodidades para evitar los controles policiales hoteleros. Me creyó. Dormimos en la tienda de campaña, cocinamos en un hornillo de gas y viajamos como los tramperos del Canadá, sucios y con los dedos grasientos, orientando nuestra brújula al Norte mientras con nuestro todoterreno atravesábamos bosques de abedules, praderas y riscales. Nuestra única compañía fueron los rebaños de renos que esquivábamos y que nos dejaban el recuerdo de los insectos que los acompañaban. Sobre todo los mosquitos.

Yo continuaba durmiendo mal y a intervalos. Deméter me seguía, notaba la presencia inquietante de su poder muy cerca. Y los mosquitos me atacaban de noche. Mis brazos especialmente.

Al alcanzar el Círculo Polar estaba literalmente acribillada y dudo que me quedase una sola gota de sangre. Mi cansancio era tal que Gunnar me obligó a tomar un asqueroso jarabe vitamínico y hasta se ocupó él mismo de alimentar a la pequeña Lola, que temblaba de frío y siempre buscaba el calor de mi cuerpo por las noches.

A pesar de todos los percances estaba extasiada por la fuerza del Ártico, vivía con extrañeza la presencia constante del sol que no se ponía jamás y me dejaba contagiar por la magia de la luz que iluminaba permanentemente nuestro desolado camino, paradójicamente cada vez más frío.

En Finmark la mirada se pierde en espacios infinitos y yermos y la única carretera conduce al Fin del Mundo, al Cabo Norte. Deseaba tanto llegar, que quizá por eso mi desilusión fue mayor. El llamado Fin del Mundo resultó ser una roca de granito de trescientos metros de altura que caía en picado sobre las frías aguas del océano y estaba concurrida por curiosos que, como yo, cámaras al hombro, pretendían celebrar a su manera el solsticio de verano.

En cuanto comencé a notar las miradas de mujeres que bien podían ser Omar y a sentirme acosada por todos aquellos ojos desconocidos, no pude soportarlo y rogué a Gunnar que nos fuésemos a un lugar solitario y a ser posible hermoso.

Me llevó bordeando la costa norte, a través de la tierra de los sami —que es como se llaman a sí mismos los lapones—, hasta la pequeña ciudad de Vardo, y me propuso celebrar el solsticio desde lo alto de un monte que se alzaba junto a la fortaleza.

—Aquí estaremos solos.

—¿Me lo juras?

—Es un monte mágico —me susurró—. Tus deseos se verán cumplidos si los formulas esa noche. También dicen que ciertas hierbas recogidas durante el solsticio tienen el poder de curar males incurables.

Me hizo gracia. Gunnar me explicaba cómo conjurar la magia de la noche de Beltebre en la que los fuegos que desde siempre habían encendido las Omar

alimentaban los hechizos. Era un encanto mi Gunnar. Si hubiese sabido que yo era una bruja, o que lo había sido, otro gallo cantaría. Así que accedí a acompañarlo, a pesar del frío, del ascenso y del cansancio. Gunnar transportó los sacos de dormir, una exquisita cena fría de salmón y caviar y una bebida que me aseguró que no tenía nada que envidiar al néctar de los dioses.

Posiblemente, pasar la noche blanca del solsticio en lo alto de un monte mágico junto a Gunnar, bebiendo el delicioso brebaje embriagador de su cantimplora y sintiendo la soledad del Ártico mordiendo mi piel, fuese la experiencia más maravillosa que había vivido hasta ese momento. Pero no puedo asegurarlo; ni pude llegar a formular mi hechizo porque me dormí. Y por primera vez en muchos días dormí profundamente, sin despertar, sin alterarme, sin pesadillas.

A la mañana siguiente, si se podía llamar mañana a ese sol eterno, no recordaba casi ninguna de las cosas de las que Gunnar me hablaba. Por suerte no tenía jaqueca ni resaca, al contrario, me sentía maravillosamente bien: etérea, volátil y sorprendentemente optimista. Algo extraño me había sucedido aunque no podía precisar qué era. Algo nuevo, desconocido, que no tenía parangón en mi experiencia anterior.

Indagué, pero no salí de dudas.

—¿Qué ocurrió anoche?

Gunnar, por toda respuesta, sonrió enigmáticamente.

—Es imposible que no lo recuerdes. Para mí fue y será inolvidable.

—¿Dije tonterías?

—No dijiste nada. Me mirabas y suspirabas.

—¡Qué tonta!

—No me lo pareciste cuando te metiste en mi saco de dormir porque tenías frío.

Fue eso. Habíamos pasado una inolvidable noche de amor, pero a diferencia de otras yo había perdido la memoria. No le di más importancia, pero al regresar a Dorvö y permitirnos el lujo de alojarnos en un acogedor hostel junto al puerto y cenar un delicioso guisado de pescado y una sopa humeante me llevé una gran sorpresa. El camarero, curioso, nos preguntó de dónde veníamos, y al explicarle que habíamos pasado la noche en el monte, le tembló el pulso y derramó su sopa sobre el mantel.

—¿En el mon... mon... te Domen? —repitió incrédulo y con un tartamudeo que me puso nerviosa.

Me sonaba ese nombre. ¿Cuándo y dónde lo había oído?

—Sí, ¿ocurre algo?

El camarero no se atrevió a responder de buenas a primeras.

—¿Habí... bía... a al... al... guien?

Gunnar respondió por mí.

—Estuvimos solos.

—Cla... cla... ro. Nadie va por allí —dijo de un tirón, cosa que agradecí.

—¿Por qué?

—Está em... embrujado —susurró atemorizado y cerciorándose de que nadie le oía.

No supe qué cara poner. Gunnar sin embargo me guiñó un ojo mientras preguntaba al pobre camarero.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

El camarero nos sirvió y, con un gesto lleno de familiaridad, como si se sentase cada noche a cenar con los clientes y explicarles historias, nos indicó que fuésemos tomando la sopa mientras él acercaba una silla a nuestra mesa, y con una expresión parecida a la de las abuelas que narran cuentos de miedo a sus nietos, comenzó su relato. Por suerte sin tartamudeos.

—El Domen es el monte de las brujas. Ahí se reunían las brujas noruegas año tras año para celebrar sus ceremonias. Centenares de brujas horrendas. Mujeres volando por los cielos y dándose cita en lo alto del monte Domen, para bailar sus bailes, cantar sus terroríficas canciones y encender sus hogueras.

Gunnar se partía de la risa; yo no. De pronto había recordado la trágica historia del monte Domen. Qué ingenua había sido. ¿Cómo no lo había relacionado con la historia de la noche de Beltebre? Pero Gunnar azuzaba al pobre camarero fingiendo un enorme interés en el relato.

—¿Alguien las vio?

—Pues claro, toda la población de Vardo las veía invierno tras invierno y esa noche las madres escondían a sus niños para que las brujas no les contagiasen el mal de ojo, y los pastores guardaban sus rebaños para que no muriesen de peste.

Eran Omar. Hablaba de las citas anuales en el monte escandinavo de las Omar, que habían reunido a miles de ellas en los tiempos antiguos. Hasta que sucedió la tragedia.

—Una noche, hace ya más de trescientos cincuenta inviernos, un joven capitán destinado a la región reunió a los hombre más valientes de Vardo y les propuso desenmascararlas de una vez para acabar con ellas.

Yo quería irme sin escuchar aquella historia triste, pero Gunnar tomaba cucharada tras cucharada de su plato humeante y atendía socarrón y curioso a las explicaciones del atribulado camarero.

—¿Les tendieron una trampa?

—Efectivamente. Eso hicieron. Mientras estaban celebrando su horrible fiesta subieron en silencio el monte armados con brochas y pinturas. Y en medio del desconcierto se lanzaron sobre ellas pintando a todas las que pudieron. Luego hicieron correr la noticia de que todas las mujeres pintadas eran brujas y tenían que

ser quemadas en la hoguera. ¿Y saben quién fue la primera?

Yo lo sabía y me tapé los oídos. Gunnar ni se inmutaba.

—¿Cuál fue la primera bruja que quemaron?

—La mujer del capitán del ejército que comandó la expedición. Se llamaba Bridget y era muy poderosa y muy mala. Había embrujado al capitán. Él mismo encendió la pira con su antorcha, pero la bruja comenzó a cantar, él no pudo resistir su llamada maligna y se lanzó al fuego con ella.

La historia que yo conocía era diferente. Hablaba de un pobre amante desesperado y culpabilizado que dudaba entre su honor como miembro del ejército y su amor por aquella hermosa bruja Omar. Acabó lanzándose a las llamas por amor.

—Y entonces ocurrió lo peor.

—¿Lo peor? —preguntó Gunnar curioso.

—Mientras la bruja y su capitán se quemaban, ella maldijo a gritos el monte Domen.

Se me hizo un nudo en la garganta. Esa maldición no la conocía. ¿La bella y arrogante Bridget, quemada junto a su capitán, había lanzado un conjuro contra el monte Domen antes de morir?

—¿Y cuál fue la maldición?

El camarero los miró con una cierta lástima.

—No sé si decirla, parecen tan enamorados.

Yo rogué que callara.

—Prefiero no saberlo.

—Yo sí —se arriesgó Gunnar, bravucón.

—Maldijo a todos los amantes que se reunieran en el monte la noche de Beltebre. Serían tan infelices como ella y su capitán.

Me levanté corriendo de la mesa sin poder aguantar ni una cucharada de sopa más en el estómago. La historia me había removido las tripas y lo vomité todo, hasta la última gota. Regresé pálida y ojerosa y encontré a Gunnar solo, sorbiendo su última cucharada.

—Lo siento, creía que te divertía.

—No me gustan nada esas historias de brujas quemadas. ¿La conocías?

—No, pero sabía que el monte Domen estaba embrujado.

—¿Lo sabías?

—Es una leyenda.

—¿Y me llevaste a sabiendas de la maldición?

—No, te llevé porque sabía que estaríamos solos, tú y yo. Nadie pone los pies en el monte Domen por culpa de la leyenda de las brujas.

—No me gusta.

—Ahora me dirás que crees en las leyendas.

No sabía cómo decirle a Gunnar que esas mujeres existieron y murieron por culpa de irresponsables como el camarero, que hubiera jurado sin dudarlo haberlas visto degollando renos o raptando niños. Esas mujeres eran Omar que celebraban pacíficamente sus rituales de purificación año tras año. Eran comadronas, herboristas, poetisas y músicas, mujeres sensibles, inteligentes, preparadas y dispuestas a ayudar a las demás mujeres, como las pobres amigas de Helga, que vivían encerradas en sus casas, a merced del humor de su guerrero vikingo.

No podía decirle todo eso a Gunnar porque no me hubiera entendido. Pero Gunnar no era tonto y percibía que se había equivocado.

—Lo siento.

—Gracias de todas formas, ya sé que lo hiciste por mí.

Lo hizo por complacerme, pero por culpa de eso había provocado que la maldición de un amor infeliz cayese sobre nuestras cabezas. Y si eso era cierto, si Bridget había conjurado el sortilegio antes de morir, nadie excepto su espíritu podría anularlo.

A la mañana siguiente la maldición comenzó a manifestarse. El dueño del hotel devolvió su pasaporte a Gunnar, pero fingió haber extraviado el mío.

—Lo siento, no lo encuentro ahora. Si son tan amables de esperar un poco...

Yo palidecí y miré a Gunnar suplicante. Me entendió y me sacó del apuro.

—Teníamos pensado pasar a Finlandia y necesitaremos el pasaporte.

—Es que el encargado de noche no está y no sé dónde lo ha puesto —mintió el dueño.

Gunnar miró el reloj.

—Bueno, pues aprovecharemos para hacer una excursión a la isla y regresaremos para la cena. ¿Le parece que ya lo habrán encontrado?

El dueño sonrió.

—Seguro.

Salí del hotel con las piernas temblorosas. Gunnar tenía claro lo que debíamos hacer.

—Vámonos de aquí.

—¿Qué crees que ha pasado?

—Tu pasaporte lo tiene la policía y estarán contrastando tus datos con los que tiene la Interpol. Es posible que acaben por cruzar tu foto con tu auténtico nombre y que en ese caso te retengan.

—Pero... ¿por qué?

—Tu aspecto de niña no les ha convencido o han descubierto algo raro en tu pasaporte falso o... A lo mejor hay una orden de búsqueda y captura contra ti. Quién sabe.

Me quería morir.

—¿Y qué haremos? ¿Cómo saldremos del país?

—Por barco.

—Pero me pedirán la documentación.

—Donde yo te llevo no.

Confié plenamente en Gunnar y nos alejamos del fatídico monte Domen sin recoger mi documentación falsa. Atrás quedó mi nombre, Lorena Casas, y mi supuesta edad, veintidós años.

Nos detuvimos en un campamento de verano sami para comprar provisiones. Los sami eran los ancestrales pobladores de aquellas tierras yermas que habían sido arrinconados y desplazados a lo largo de los siglos. Son muy diferentes a los escandinavos de origen germánico y eslavo. Tienen un aspecto oriental, pelo negro y ojos rasgados, baja estatura y complexión robusta, y hablan una lengua que proviene de los Urales.

Nos perdimos entre el laberinto de tiendas. Los sami se trasladaban junto a sus rebaños en busca de pastos frescos y los niños corrían y jugueteaban con los perros samoyedos rodeados por nubes de mosquitos sin inmutarse. Yo, en cambio, cada día tenía nuevas picaduras y algunas de ellas hinchadas y dolorosas. Gunnar propuso proveernos de ropa de abrigo artesanal.

—Es la mejor, la que más aísla y protege.

Ellos mismos curtían pieles de reno y armiño, y cosían luego prácticos ropajes invernales: abrigos, pantalones y botas, que más tarde agradecí.

—Compraré carne de reno —murmuró Gunnar.

Y entró en una tienda donde fue hospitalariamente recibido por el que parecía ser el jefe de la comunidad.

Me dejó regateando el precio de una bonita gorra de armiño con un par de chavalines listos como el hambre. Y de pronto oí hablar en la lengua antigua. La lengua de las Omar. Me di la vuelta y me topé cara a cara con una vieja y venerable nutria. Era una bruja Omar de cabello blanco y ojos rasgados llenos de sabiduría. Se acercó a mí, susurrante, y me tomó por el brazo con una mano nervuda y acerada como una garra. Los niños dieron media vuelta y salieron corriendo. La respetaban y la temían. Posiblemente fuese conocida como la hechicera de la comunidad y eso los intimidase.

Yo me había quedado paralizada de la sorpresa. Lo último que esperaba encontrar era otra emisaria de mi madre. Y ahí estaba, reteniéndome y amenazándome.

—Selene, entrégate a la vieja Paltoö. Entrégate a la justicia Omar.

Fingí no comprenderla.

—No huyas, Selene, será peor.

Le negué el saludo que me brindaba, pero la vieja nutria me retorció el brazo con

fuerza y contempló mi muñeca.

—Ha probado tu sangre, acabará contigo.

—¿Quién? —pregunté asustada.

—Baalat.

Me estremecí. No podía creerla, no podía hacerle caso. La vieja Omar insistió.

—Igual que Meritxell.

¡¿Qué estaba diciendo aquella nutria Omar?! Intenté desasirme, pero la vieja Paltoö tenía la fuerza de cien mujeres y me hizo lanzar un grito de dolor.

—Regresa con Deméter, tu clan te busca.

—Soy inocente, yo no maté a Meritxell.

—Baalat te persigue, ha dado contigo, niña. Únete al coven y lucharemos contra ellas.

—No quiero luchar contra nadie. Soy una mortal.

—No lo eres, Selene, eres una bruja. No me obligues a utilizar mi fuerza contra ti.

Y la vieja Paltoö sacó su atame y me lo mostró amenazadoramente. Me aterró, la imagen del atame hizo que me flaquearan las piernas. El atame era el arma que mató a Meritxell y ahora la nutria me amenazaba con clavármelo.

Forcejamos, sentía los tentáculos de su fuerza presionándome e intentando imponerme de nuevo mi escudo, y me sentí prisionera e incapaz de huir. Paltoö me estaba conjurando y atándome con fuertes cuerdas. Había caído prisionera de las Omar. Deméter por fin había usado la fuerza contra mí. Apenas podía moverme, pero grité:

—¡Gunnar!

Fue lo único que atiné a decir.

Y Gunnar salió al instante de la tienda del jefe Aläk cargado de carne seca. Al verme peleando con la anciana que sostenía el cuchillo corrió hacia nosotras y, en un par de zancadas y sin atender a razones, arrebató el atame de manos de la vieja Paltoö, la separó de mí de un empujón y la contuvo.

—Quieta.

Me quedé fascinada. Estaba libre, podía mover los brazos y las piernas sin problemas. Gunnar había roto el embrujo que Paltoö estaba tejiendo, como una telaraña, alrededor de mi cuerpo.

—Vámonos de aquí —le supliqué acobardada, sin atreverme a mirar a Paltoö.

Gunnar me protegía con su brazo.

—¿Te ha hecho daño?

—No, pero vámonos.

—¿Lo quieres? —me preguntó ofreciéndome el cuchillo.

Gunnar creía erróneamente que me peleaba por el atame, pero si se lo dejaba a la vieja Paltoö, ésta podría utilizarlo en mi contra.

—Sí, quería comprarlo.

Sin dejar de abrazarme, él mismo le lanzó unas monedas a la hechicera, que, con los ojillos entornados, canturreaba entre dientes alguna letanía, seguramente para avisar a las Omar de mi presencia.

Gunnar me vio tan alterada que me dio a beber un poco de licor, me hizo respirar profundamente y luego arrancó el vehículo. Conducía con sumo cuidado y mirándome de reojo para comprobar que estuviese bien. Pero yo no respiré tranquila hasta que pasaron unas horas y nos distanciamos lo suficiente de la nutria Omar.

En mi mano aún sostenía el atame, y tentada estuve de lanzarlo por la ventanilla. Sin embargo, si lo tiraba, Gunnar no entendería nada. Así pues, lo guardé en mi bolsa y, al hacerlo, Gunnar me sonrió condescendiente.

—¿Es un cuchillo encantado?

Me quedé pasmada. ¿Cómo lo sabía?

—¿Por qué?

—Esa mujer era la hechicera. Es mejor no enemistarse con ellas, son peligrosas.

—Gracias por sacarme del apuro.

—Y tú procura no meterte en más líos. Recuerda que escapamos de la policía.

Gunnar tenía razón, pero yo también, aunque no podía decirle que esa mujer era una bruja Omar enviada por mi madre para detenerme. Me sentía impotente.

—No quiero ver a más mujeres a mi alrededor. Las odio.

—No las verás durante mucho tiempo.

—¿Por qué?

—Embarcamos en un ballenero.

—¿Un ballenero?

—Es la única manera de trasladarnos a Islandia sin documentación.

—Pero...

—¿No recuerdas que somos fugitivos?

Y en su interrogación retórica, un reproche implícito me hizo callar. ¿Acaso Gunnar dudaba de mi inocencia?

Capítulo 8: El ballenero

Nunca había estado a favor de la caza de ballenas. Es más, había participado en manifestaciones contra esa pesca que amenazaba con exterminar a los mayores mamíferos acuáticos del planeta. Pero Gunnar me convenció de que la pesca de las minke era diferente.

—Es una pesca tradicional, familiar, que se ha practicado desde siempre en la costa noruega.

—¿Y eso mata menos a las pobres ballenas?

—Claro. Se pescan menos y se aprovecha todo: la carne, la grasa, el aceite y las barbas.

—No, si al final los cazadores de ballenas van a ser buena gente y todo...

—No te confundas. Los que casi han exterminado a las ballenas son los pesqueros industriales, que encima sólo aprovechan el aceite y lanzan el resto al mar. Eso es un desperdicio.

—¿Las minke, dices? —pregunté con cautela.

—Es la ballena barbuda más pequeña de todas, menos de diez metros. Como tres vacas. Con ella se alimenta una familia todo el invierno.

En realidad no había mucha diferencia con nuestra matanza del cerdo.

—¿Sufren?

—Los fusiles de arpones actuales no tienen nada que ver con los antiguos arpones, que simplemente las herían; su agonía era muy larga. En cambio, ahora mueren casi instantáneamente.

Me convenció de la eficacia de los nuevos métodos.

—¿Y nos llevarán a Islandia?

—Ése es el trato. Se desviarán de su ruta para dejarnos en Rejkiavik, sin pasar por aduanas ni declarar a la policía, y así se aprovisionarán para el regreso.

Embarcamos esa misma tarde en Reine, un delicioso puerto, al abrigo de los vientos, conocido como la perla de las Lofoten. El encanto de sus montañas y sus costas pobladas por gnomos y pescadores se contagiaba a los balleneros.

En lugar de hombres rudos y tatuados que escupían sobre los tablones de madera del buque, me encontré con una tripulación risueña, afeitada y joven. Se presentaron por sus nombres y, como todos se parecían en las efes y en los ojos azules y eran igual de encantadores, rubios y esbeltos, me parecieron los hermanos pequeños de Gunnar, un ejército de vikingos angélicos. Acabé por bautizarlos como los bersekers del mar. Eran casi divinos, sólo les faltaban las alas blancas para echarse a volar.

Algunos eran estudiantes universitarios que trabajaban como pescadores en verano. Los demás, más curtidos, eran balleneros de siempre, mediana edad y carcajada a punto. Todos ellos miembros de una misma familia cuyo patriarca, el

orondo Karl Harstad, nos recibió con efusivos abrazos y nos mostró con orgullo su pequeña embarcación de tan sólo ochenta pies de eslora, como me tradujo Gunnar.

Las perspectivas de viajar con la acogedora familia Harstad, versión masculina, me parecieron la forma más maravillosa de soltar amarras de mi vida anterior e iniciar un nuevo periplo hasta la isla de Gunnar. Una travesía sin mosquitos, sin policía y sin brujas Omar no me pareció una huida desesperada sino algo así como unas vacaciones.

Estaba equivocada.

Minutos antes de soltar amarras se personó el último marinero, un hombre de unos setenta años, delgado como un alfiler, la piel curtida y apergaminada por el sol y el yodo. Venía de beber en la taberna. Se notaba a la legua. Iba cantando y, petate al hombro, subió por la escalerilla con una agilidad inusual para su edad, hasta que, al ver a Gunnar, se detuvo como tocado por un rayo, lo palpó con incredulidad y gritó:

—Ingar, Ingar, soy yo, Kristian Mo, ¿te acuerdas?

Gunnar dibujó una sonrisa y le palmeó la espalda cariñosamente.

—Kristian Mo —deletreó concienzudamente, recordando.

Entonces el viejo marino lo agarró con una fiereza inusual y sus dedos, como ganchos, se prendieron de la camisa de Gunnar.

—¡Viejo zorro, borrachuzo, no te ahogaste!

Y sus ojillos lagrimeaban de emoción.

O había perdido la razón, o confundía a Gunnar. Y fue Gunnar quien le avisó.

—No soy Ingar —Gunnar nos guiñó un ojo a todos los que contemplábamos la escena—. Ingar era mi abuelo.

El viejo Kristian, enfadadísimo, no aceptaba que le llevaran la contraria.

—¡Por todos los diablos! Si yo digo que eres Ingar, es que eres Ingar.

Los bersekers del mar reían de la cogorza que llevaba encima el viejo Mo y a sus espaldas se mofaban representando la charada de su ronda tabernaria. Debía de haber vaciado todas las bodegas de Reine.

Gunnar intentó hacerle razonar.

—Soy Gunnar, nací en Islandia y mi abuelo me habló de ti. Dijo que eras el marino más tramposo y follonero del mar de Noruega.

Pero Kristian Mo era un cabezota.

—Eres Ingar, mi viejo amigo, el mejor bebedor de las Lofoten, el mejor tallador de caballos de Vesteralen, el vikingo descendiente de Erik el Rojo con más mentiras que explicar.

El patrón intervino conciliador. Tomó al viejo Kristian Mo por la espalda y la palmeó cariñosamente.

—Eso que dices de tu amigo Ingar, ¿cuándo sucedió?

Kristian Mo había perdido la capacidad de contar los inviernos. Pero había un indicador que no fallaba.

—¡Maldita sea! —se rascó la cabeza a la búsqueda de una respuesta—. Tenía todos los dientes, con Ingar abríamos las latas con la boca, como los hombres de verdad.

—Pues si tenías los dientes, calcula. De eso debe de hacer treinta años... ¿Cuarenta? Gunnar no había nacido.

Kristian Mo estaba borracho perdido, pero no era tonto. Se frotó los ojos con incredulidad.

—Es verdad... Ingar sería un viejo, como yo.

Gunnar sonrió.

—Tómame un par de cafés bien cargados y vuelve a mirarme.

Kristian Mo se llevó las manos a la cabeza, dolorida, y en el mismo momento en que los bersekers del mar soltaron amarras se lanzó sobre la borda y vomitó hasta la última gota del aguardiente que había bebido de más.

No fue el único. Durante ese viaje el barco no dejó de moverse y yo estuve permanentemente indispuesta, sin poder ingerir casi nada. Y nuestra indisposición, o la tristeza que se escondía tras los ojillos verdes y vivaces del viejo marino, despertaron mi ternura y nos hicimos buenos amigos. Kristian Mo amenizó mi viaje en el ballenero y me contó tantas historias que ni siquiera hoy puedo recordarlas todas.

Divisamos a las ballenas minke después de unos días de navegación. A diferencia de otras ballenas, no tenían surtidor y se necesitaba muy buena vista para distinguirlas. Los bersekers del mar se turnaron con los prismáticos, enfocando hacia una mancha oscura que se sumergía cíclicamente en las grises aguas. Coincidieron, era una manada de minke.

Inmediatamente, el buque se detuvo y los hombres se prepararon con sus fusiles y sus arpones. Debían pasar inadvertidos y esperar que un número suficiente de ejemplares se acercase al radio de tiro para disparar sobre ellas. Gunnar empuñaba su arpón como uno más y se acercó sigilosamente hasta situarse a mi lado.

—Las atacaremos por sorpresa. Es un espectáculo grandioso —cuchicheó a mi oído.

Tenía los ojos brillantes y se le había contagiado la facilidad de la carcajada. El trato con otros hombres lo había cambiado. Practicaba la camaradería y rehuía los detalles cariñosos conmigo en público, excepto a veces, a oscuras, cuando muy de tarde en tarde nos quedábamos solos en el camarote colectivo; entonces me besaba con ternura y sus labios sabían a salitre y a mar.

Esa tarde Gunnar no se avergonzaba de su debilidad por mi. Estaba ilusionado y

quería hacerme partícipe de la emoción de la caza de las minke.

—¿Quieres que te enseñe a arponear?

No me veía con fuerzas ni de sostener el pesado arpón. Hacía una semana que no comía nada, pero no quería preocuparle. Gunnar no sabía de mi perenne mareo.

—Me da miedo.

—¿Miedo?

Y me besó con dulzura.

—¿Y ahora?

Sonreí. Ciertamente a su lado me sentía segura, cálidamente protegida, aun a pesar de mis mentiras.

—Mejor.

Gunnar tensó su brazo bajo la camisa y sus músculos se dibujaron nítidamente, empujando la tela. Era muy fuerte mi vikingo. Me hizo sentar entre sus piernas, como un cachorrillo.

—No te muevas, me traerás suerte.

—¿Yo?

—Eres mi sirena.

Y me quedé muy quieta, en el suelo, abrazada a sus piernas, procurando no mover ni las pestañas.

Pasaron las horas y descubrí que la inmovilidad cansa. Finalmente, poco a poco, las ballenas se confiaron y se fueron acercando al casco de nuestro buque. Retuve la respiración, como todos, hasta que el patrón dio la orden de disparar. Incluso hoy lo recuerdo perfectamente.

Gunnar se puso en pie, soltó un grito salvaje y lanzó su arpón con maestría. Los demás le imitaron casi al unísono, y la algarabía que se produjo fue espantosa. ¡Los gritos de dolor de las minke me taladraron los tímpanos! Morían y pedían auxilio desesperadamente, podía comprender su desconcierto y hasta notar las heridas. Lo peor fue un pequeño ballenato que había quedado solo.

Me tapé los oídos para no oírlo, pero aun así me llegaban con claridad sus llamadas desgarradoras a la madre muerta.

Gunnar me preguntó qué me sucedía. Yo gritaba, sin darme cuenta, y corría de un lado a otro de cubierta con las manos tapándome los oídos.

—¿No las oyes? —le pregunté.

—¿A quién? —me preguntó Gunnar, atónito.

—A las minke heridas —respondí.

Gunnar me miró como se mira a los locos.

—¿Quieres decir que las estás oyendo?

—¿Tú no?

—Claro que no. Es imposible. Las ballenas se comunican a través de ondas que

los humanos no percibimos.

Palidecí. Sin embargo no había ninguna duda. Eran sus sonidos, sus voces. No insistí, pero me di cuenta de que el viejo Mo había oído nuestra conversación y de que me miraba de forma diferente.

Tal vez se trataba de otra treta de Deméter para ponerme en evidencia. No tenía conciencia de que las lobas Omar pudiésemos comunicarnos con las ballenas.

No pude soportar la escena del descuartizamiento. El hedor de la grasa y la sangre me produjo arcadas. Para dar un poco de tregua a mi olfato, me encerré en el camarote de popa acariciando a la pequeña Lola, viva, caliente y cercana. Gunnar entró empapado en sangre de pies a cabeza. Estaba preocupado por mi ausencia.

—¿Selene? Selene, ¿estás bien?

—Tengo frío —le avisé temblando.

Se sentó a mi lado y me tomó la mano.

—¿Te pasa algo? ¿Estás enferma?

—No, sólo estoy helada y cansada.

Gunnar no acababa de creérselo. Me sería difícil engañarlo más.

—Te veo muy pálida. Abrígate bien e intenta dormir.

—Anda, ve a ayudarlos —le sugerí al oír que lo llamaban en cubierta.

Gunnar se tenía que marchar, pero estaba preocupado por mí.

—Le diré a Mo que te haga compañía. Ahora duerme, pequeña.

Me dormí, muchas horas, inquieta, oyendo en sueños los llantos del ballenato. Al despertar, no estaba sola. Kristian Mo, el viejo marino, hacía guardia junto a mí. Me sonrió con su boca desdentada y me ofreció una cuchara mohosa que pretendía llenar de un líquido de una cantimplora. Lo rechacé, pero no se dejó acobardar.

—Tienes que comer algo, niña. No has probado bocado.

—No tengo hambre.

—Padeces el mal de mar; si no comes, morirás antes de que llegemos a puerto.

Y tenía razón, el estómago no me permitía retener la comida y la vomitaba acodada en la barandilla, a espaldas de Gunnar, para que no se alarmase. Había adelgazado y el viejo marino se había dado cuenta.

—Toma, esto te protegerá el estómago de los humores malignos y te ayudará a vencer el mal de las aguas.

Le obedecí con respeto, dejándome llevar por el instinto, e hice bien. El jarabe que me ofreció tenía un sabor fuerte, amargo, y a pesar de que me produjo repugnancia, no pude echarlo fuera de mi estómago. Actuó inmediatamente como si fuese cola de zapatero. Aunque las náuseas me visitaban, ya no vomitaba. Luego me ofreció una ligera sopa de pescado, deliciosa, y unas migajas de bacalao. Se lo agradecí. Era un gran descanso notar cómo la comida permanecía en su lugar y me daba fuerzas.

—Gracias —musité débilmente.

Kristian me tomó el pulso y pasó su mano por mi frente. No le dejé muy tranquilo.

—Estás enferma —me confirmó.

Yo ya lo sabía y ante Mo no podía fingir. No había querido asustar a Gunnar, pero la debilidad y el mareo me iban consumiendo. Mo, atento, me había levantado las mangas de mi camisa y observaba horrorizado mis brazos acribillados de picadas infectadas.

—Mosquitos —dije.

Pero el viejo Mo negó con la cabeza.

—No son mosquitos —afirmó convencido.

Me asusté. Había pretendido olvidar las palabras de la hechicera sami, pero por segunda vez una idea horrible pasó por mi cabeza. ¿Estaba siendo víctima de una Odish? Recordé las palabras de la nutria. Creí que eran un chantaje, una amenaza para que regresara, pero la vieja Omar me había advertido de que Baalat me estaba desangrando.

No recordaba haber mirado a los ojos a ninguna mujer. No sentía el pinchazo agudo en mi corazón. Y sin embargo, la debilidad, las pesadillas, la presencia constante y amenazadora que yo había atribuido a Deméter... ¿Y si no fuese Deméter? Esos tentáculos...

¡Qué estúpida! Los signos eran evidentes. ¡Una Odish! ¡¡¡Baalat!!!

Comencé a temblar como una hoja.

Kristian Mo me acariciaba la cara con una ternura inusual.

—¿Las oíste de verdad?

No podía mentirle.

—Sí, oí gritar a las ballenas.

—Sabía que eras especial, como ella.

—¿Como quién?

—Como Camilla. Ella también las oía.

—¿A las ballenas?

—Me avisaba cuando se acercaban, nunca fallaba y lloraba cuando las arponeaba. Te parece mucho a ella.

—¿A Camilla? —pregunté con miedo.

—En tu mirada, en tu secreto.

—¿Mi secreto? —pregunté atemorizada.

El viejo marino se inclinó sobre mí murmurando:

—Camilla tenía un secreto, por eso la mataron.

—¿Quién?

—Alguien. La policía dijo que había sido un asesinato. Estaba blanca, sin sangre.

Cuando desembarco llevo flores a su tumba y hablo con ella. Y me responde. Me dice que me espera pronto.

—¿Quién era?

—Mi prometida, nos íbamos a casar.

Tuve una intuición inmediata. Tal vez su novia, Camilla, fuera... una Omar. Y decidí pedir ayuda al bueno de Mo. Era el tipo de persona que no me traicionaría, que no haría preguntas indiscretas, que aceptaría cualquier explicación por absurda que fuese.

—Kristian, tienes que ayudarme.

—Sí, bonita, Kristian te ayudará.

—Quieren acabar conmigo.

—¿Quién?

—Las brujas malvadas.

Tal y como esperaba, no se inmutó.

—No temo a las brujas.

—Esperan que yo duerma para atacarme; estas marcas me las han hecho ellas. Me están robando la sangre y la fuerza.

Mo me cogió las manos.

—El viejo Mo no te dejará como dejó a Camilla. Duerme. Yo velaré por ti.

Antes de cerrar los ojos, le hice una última pregunta:

—¿Ingar era tan guapo como Gunnar?

Mo me enseñó las encías de nuevo en una mueca que pretendía ser una sonrisa.

—Más aún. Las muchachas se arrojaban al mar por un beso suyo.

Me dormí soñando con el apuesto Ingar que no conocí y en mi sueño acabé por confundirlo con Gunnar. Me sucedía como a Kristian Mo, que equivocaba a unos y otros. El viejo marino, trastocado por la soledad, deseaba recuperar a sus muertos, a su amigo ahogado, a su novia asesinada..., y creía verlos en las pupilas de los vivos. Pero de una cosa estaba segura: de su fidelidad.

Me desperté a causa de los bandazos que daba la embarcación. O quizá no fue sólo eso. Tal vez tuve la premonición de que algo sucedía. Abrí los ojos y descubrí a Kristian Mo con una silla levantada a punto de golpear la cabeza de la pequeña Lola.

—¡No! —chillé.

Y mi grito fue providencial, puesto que Kristian Mo se desconcertó y Lola pudo escapar por milímetros.

—¡Esa rata estaba en tu cama! —gritó señalándola.

—No es una rata, es un hámster.

—Roedor repugnante. Se comen el grano, propagan la peste y muerden a los niños. Al agua con ellas.

Me sorprendió que emplease las mismas palabras que Gunnar, pero no me entretuve en reflexiones. Había acorralado a Lola contra uno de los ángulos del estrecho camarote. Yo ya había saltado de la litera y me interpuse entre ambos.

—Es mi mascota, duerme conmigo.

Y de nuevo el buque se escoró peligrosamente haciéndonos perder el equilibrio a ambos y facilitando que Lola se escabullera por debajo de nuestras piernas y se dirigiera hacia la puerta entornada.

Un fuerte trueno me paralizó. En ese instante Lola saltó hacia la cubierta, la puerta se abrió con estrépito y por ella alcanzamos a ver un intenso resplandor y una espesa cortina de agua.

—¡Lola, espera!

Y salí en pos de la asustada hámster, que prefería la tormenta a la ira del viejo Kristian Mo.

Apenas podía mantenerme en pie. La furia del viento se aliaba con la sangre y la grasa de ballena derramada que habían convertido la cubierta del buque en una peligrosa pista de patinaje. Los pies resbalaban involuntariamente y era imposible conservar el equilibrio. Lola huía derrapando y yo caí repetidas veces tras ella, incapaz de atraparla.

La tripulación ballenera había tenido que interrumpir sus tareas de despiece y se habían puesto todos a la faena de dominar la pequeña embarcación para impedir que la fuerza del oleaje la hiciera naufragar. Los marinos iban protegidos con gruesos impermeables amarillos con capucha y apenas distinguía a unos de otros. Los bersekers del mar, como rayos de sol en medio de la tormenta, achicaban el agua y destensaban cuerdas a las órdenes del patrón. Mi Gunnar trabajaba con ahínco y con mucha más habilidad que los demás. Al verme me indicó que me retirase, pero yo no le hice caso. Si no recogía a la pequeña hámster, una de las olas que barrían periódicamente el suelo de la cubierta se la llevaría con ella.

Y de pronto la vi. Estaba trepando al mástil. Mi pequeñina era una superviviente, aunque si el barco daba un bandazo brusco, caería sin remedio al mar. Así que trepé en pos de ella. Una voz intentó darme el alto, pero en vistas de que no obedecía unas manos fuertes me agarraron por la camisa y me echaron al suelo. Caí torpemente y me froté los ojos para protegerme de la cortina de lluvia que me impedía ver nada.

Una sombra borrosa trepaba por el mástil en busca de la pequeña Lola, una silueta delgada y extraordinariamente ágil que extendía sus manos como garfios para agarrarla. Ahogué un grito. Era Kristian Mo. ¿Pretendía salvarla o acabar con ella?

Nunca lo supe.

El resplandor fue repentino y el ruido ensordecedor. Mis tímpanos estuvieron a punto de reventar y tardé un buen rato en asimilar el fenómeno al que había asistido. La tripulación y yo habíamos sobrevivido al rayo que cayó sobre el mástil y acabó

con la vida del viejo Kristian Mo.

Kristian Mo estaba muerto.

El fuerte temporal fue remitiendo. Gunnar, conmovido, cerró sus ojos chamuscados y el bueno del patrón lo vistió con su mejor ropa y lo amortajó con su propia manta. Los bersekers del mar colocaron su petate al hombro y le ofrecieron una botella de aguardiente, vertieron unas gotas en sus labios entreabiertos y luego la pusieron bajo sus manos yertas.

Yo le besé en la mejilla y lloré. Nadie entendió mi pena, y era normal, casi no lo conocía. Pero fuese cual fuese su intención, me había salvado la vida. Unos minutos antes era yo quien trepaba por el mástil.

Al poco rato, la tormenta amainó; unas horas más tarde el mar se calmó completamente. En una sencilla ceremonia que ofició el capitán, echamos el cuerpo del viejo Kristian Mo por la borda y luego me invitaron a comer y a beber en su nombre. Ésa era la manera de despedirse de los lobos de mar.

Gunnar me abrazó sin saber por qué lloraba y me consoló a su manera.

—Ahora es feliz, por fin ha podido reunirse con su Camilla.

Me sorprendió.

—¿Cómo lo sabes?

—¿El qué?

—El nombre de su novia.

—¿Camilla? Mi abuelo me habló de ella. Fue su gran amor.

—Sí. Murió muy joven, asesinada.

—Eso decía Kristian.

No podía hacer partícipe a Gunnar de mis sospechas. Por un momento había pensado en la posibilidad de que su Camilla hubiese sido una Omar y hubiese muerto a manos de alguna Odish. Había coincidencias: Camilla oía a las ballenas, guardaba secretos y murió desangrada. ¿Me estaba volviendo fantasiosa?

Y me di cuenta de que en los últimos meses me habían rodeado muchas historias fantasiosas, de amores trágicos e imposibles: Helga, Bridget y Camilla me perseguían. Las brujas no creemos en las casualidades, así pues ¿querían decirme algo? Tres muertas me susurraban al oído palabras de aviso. ¿De qué me avisaban?

Pero su aviso era inútil, yo no quería escucharlas. Como tampoco quise entender a Lola, que apareció empapada y chamuscada bajo unos tablones de la cubierta. Temblaba como una hoja y buscaba mi calor y mi compañía. Había sobrevivido a la tormenta y al rayo. Como yo.

El viaje en barco duró todavía una larga semana más de lluvia, viento y marejada.

Fue un tiempo desesperante, pero no por culpa de la climatología. Las sospechas de Kristian Mo no eran infundadas. Descubrí definitivamente que mis heridas no eran picaduras de mosquito. Tenía la intuición de que las marcas en brazos y piernas, algunas infectadas, habían ido multiplicándose durante el viaje por mar, y puesto que los mosquitos no sobreviven sin tierra, decidí comprobarlo. Para cerciorarme, marqué con un bolígrafo todos los pinchazos. A la mañana siguiente dos nuevas heridas decoraban mi brazo izquierdo. Ésa fue la primera corroboración. Cada día debía añadir una o dos cruces nuevas a las muchas acumuladas.

¿Quién me atacaba? ¿Cómo? ¿Cuándo? De las tres preguntas tenía una respuesta clara para una de ellas: cuándo. Los pinchazos aparecían al despertarme, por lo tanto me atacaban mientras dormía. Y sobre QUIÉN, tenía casi una certeza: era Baalat. Cuanto más pensaba en ello, más claramente veía las coincidencias. Baalat había atacado a Meritxell durante dos largos meses desangrándola lentamente y provocándole debilidad y vómitos. Aunque, ¿por qué no acababa conmigo de una vez como hizo con tantas Omar? ¿Esperaba morbosamente el momento para carbonizarme como intentó con el rayo que acabó con Kristian Mo? Estaba segura, cada vez más segura, de que ese rayo iba destinado a mí y que lo había provocado Baalat.

Una idea empezó a visitarme con más frecuencia. ¿Y si Baalat fue quien hundió mi atame en el pecho de Meritxell? ¿Y si Baalat pretendía hacer lo mismo conmigo?

Me asusté. No tenía a nadie con quien compartir mis miedos y no quería que Gunnar se enterase de mi secreto. Ni lo comprendería ni lo aceptaría. Las Omar sabíamos por experiencia que los hombres no aceptan a sus mujeres brujas. Sienten miedo y las abandonan o las traicionan. Eso me habían dicho desde siempre y yo seguía la tradición de mis antecesoras llevando mi condición de bruja en el mayor secreto. Aunque ese secreto pudiera costarme la vida como a ellas.

En alta mar, sin mi vara, sin ninguna Omar a quien recurrir, sin nadie a quien poder confiar mi miedo, me sentía terriblemente sola. Me juraba a mí misma que la noche siguiente no me dormiría, pero a pesar de que intentaba mantenerme despierta no podía dejar de cabecear unos instantes, a intervalos. Aunque fueran segundos, bastaban para que Baalat actuara. Un día no despertaría, el día que Baalat quisiera acabar conmigo. Y eso podía pasar en cualquier momento.

Me estiraba a descansar a ratos con el atame de la vieja Paltoö bajo la almohada y mi mano derecha aferrada a su empuñadura, dispuesta a rebanar un cuello, pero ¿de quién?

Necesitaba desesperadamente ayuda y, finalmente, tras darle muchas vueltas, decidí dar marcha atrás de mis juramentos y conjurar un escudo para protegerme. Sin embargo, ante mi asombro, no lo conseguí. La angustia o la debilidad impedían que mi hechizo surgiera efecto. Sin mi vara y sin la ayuda de otras Omar, no tenía fuerzas.

Intenté lanzar una llamada telepática a mi madre que tampoco tuvo éxito. Algo lo impedía. No me había sucedido nunca antes. Me desesperaba por mi impotencia y contaba los días para llegar a Rejkiavik.

Afortunadamente tenía un atame Omar. Una vez tocase tierra, acudiría a un bosque, tallaría inmediatamente una nueva vara y pediría ayuda a un coven de Omar. El ataque de Baalat me exculpaba. Yo era una víctima, como Meritxell, y eso daba nueva luz sobre su caso.

Me convencí de que las Omar no me juzgarían duramente. Carla retiraría su acusación y Deméter me defendería... Necesitaba a las brujas Omar. No me importaba mi castigo. Si moría, nada tendría sentido.

Intenté recordar qué clan habitaba en la isla. ¡Las yeguas! Vino a mi memoria la imagen de una altísima yegua islandesa que una vez visitó a mi madre. Era de piel tan blanca que parecía muerta y tenía las pupilas de un color verde luminoso y amarillento, como los gatos, aunque lo más característico de ella era la cadencia de su voz, pura música; oírla hablar era escuchar una partitura de Schumann. Se llamaba Hólmfrídur.

Me repetí una y otra vez que yo era fuerte, que no quería morir, que buscaría la forma de defenderme, y no me permití ni un instante de desfallecimiento.

Conseguí pasar tres días sin dormir, manteniéndome despierta a fuerza de abofetearme las mejillas, beber litros de café y mojarme la cara con agua de lluvia y de mar. Hasta que no pude más y le pedí a Gunnar que me abrazase mientras me tendía en la litera. Gunnar se mostró muy extrañado y en vano le juré que no pasaba absolutamente nada y que únicamente quería descansar sin sufrir pesadillas, que eso me sucedía cada noche desde que murió Kristian Mo...

—Duerme, pequeña, duerme.

Gunnar me acunó como a una niña, con delicadeza. Al acurrucarme en sus brazos y notar la calidez de su piel, el vaivén tranquilizador de su respiración y la caricia de su mano en mi pelo, los ojos se me cerraron instantáneamente.

No sé qué soñé exactamente, pero sé que en mi sueño odiaba a alguien. A punto estuve de cometer una locura. Desperté a causa de un tirón brusco y de un dolor en la muñeca. Era Gunnar que me agarraba con fuerza gritando en una lengua extraña, en islandés supongo, hasta que consiguió que yo soltara lo que tenía en la mano. Un objeto metálico cayó al suelo con estrépito. Era el atame de Paltoö, mi cuchillo de doble filo. Me levanté, atolondrada, y de una sola ojeada me hice cargo de la situación. Había intentado clavar a Gunnar el atame en sueños. Gunnar se pasó los dedos por el cuello y me enseñó una minúscula gota de sangre.

—Un segundo más y me rebanas el cuello.

No supe qué decir.

—Lo siento, lo siento de verdad.

Aún sentía dentro de mí algo parecido al odio. En mi sueño algo había concitado la rabia y el deseo de destruir. Estaba asustada conmigo misma y Gunnar, con razón, estaba alterado.

—¿Y se puede saber por qué duermes con un cuchillo bajo la almohada?

Mentí, claro:

—Kristian Mo me dijo que en un barco lleno de hombres tenía que tener un buen cuchillo a mano.

—¿Durmiendo en mis brazos?

—Lo tenía debajo de la almohada, fue inconsciente...

Gunnar se agachó y recogió mi atame.

—Este cuchillo es el que compraste a la vieja sami.

—Sí, un cuchillo lapón supongo... —mentí de nuevo.

Gunnar lo estudió con curiosidad y palpó la hoja.

—Hechizado. Tiene doble filo y corta como un demonio.

Lo cogí inmediatamente y lo escondí. Gunnar me obligó a mirarlo a los ojos.

—Me odiabas.

—¿Yo? —musité con culpa.

—Tenías los ojos abiertos y me mirabas con odio.

Me asusté. ¿Era yo? ¿Estaba realmente dormida?

—Estás loco. No te atacaba a ti.

—¿Estás segura?

Me dolió más esa pregunta insidiosa sin respuesta que una discusión agria. Me daba cuenta de que, tras cada suceso inexplicable, Gunnar me miraba con más recelo y su confianza en mí se iba enfriando. Lo palpaba, lo sentía. Mi condición de bruja alejaba a Gunnar de mi lado. Y si algo temía más que a la propia Baalat era perderlo a él. Cada vez más secretos se interponían entre los dos.

Necesitaba ayuda urgente.

* * *

Selene se detuvo.

—Tenemos que irnos. Antes de las doce tenemos que entregar las llaves de la habitación.

Llevaba un buen rato hablando y Anaíd, que ya había desayunado, también estaba vestida, peinada y lista para partir.

—Es una porquería —refunfuñó Anaíd afectada por lo que su madre le estaba explicando.

—¿El qué, cariño? —preguntó Selene acarreado la maleta.

—Ser bruja. No puedes escapar nunca. El destino nos persigue, es horroroso. Selene la abrazó.

—Lo siento; a lo mejor he sido muy cruda, pero lo que me ocurrió a mí no significa que tenga que ocurrirte a ti. Ninguna Odish te atacará mientras yo esté contigo.

Anaíd se sentía conmovida por otros motivos. Roc había decidido cortar con ella por lo sano, sin darle explicaciones. Estaba indignada con Roc, pero se lo hizo pagar a Selene.

—Tu novio tenía motivos para desconfiar de ti. ¿No crees? El pobre no sabía ni la mitad de los líos que te traías entre manos.

—Natural. Ninguna Omar se sincera con su amor.

Anaíd sólo tenía quince años. Era radical y se indignó.

—¿Y cómo vas a poder enamorar a un mortal si tienes que mentirle y engañarle? Selene suspiró.

—Las mortales también lo hacen.

—¿Ah, sí? ¿Por qué?

—En general los hombres no quieren saberlo todo acerca de las mujeres; prefieren creer que son como ellos las imaginan. Por eso las mujeres les engañan.

—¿Cómo?

—Se maquillan y no les hablan de sus deseos, de sus anhelos y sus miedos.

Anaíd se desconcertó.

—¿Tan diferentes somos los hombres y las mujeres?

—No, bonita, no lo somos tanto, pero ellos quieren que lo seamos.

—No lo entiendo.

—Con los años lo entenderás mejor. Vivimos en un mundo de hombres, hecho por y para los hombres.

Anaíd se enfadó.

—Estás buscando excusas. Tú usaste a Gunnar para huir de las Omar.

—No es cierto. Yo huí de las Omar para estar con Gunnar.

Anaíd no podía formularlo con claridad, pero en la historia de su madre había aspectos confusos sobre Gunnar. Además, ni siquiera sabía lo que más le interesaba saber.

—¿Gunnar es mi padre o no?

Selene dudó, pero optó por aplazar la cuestión con un movimiento de la mano que indicaba a las claras que todo llegaría a su tiempo.

—Espera un poco. Continuaré la historia en el coche.

Y Selene abrió la puerta del pasillo con sigilo, echó una ojeada y luego se dirigió a Anaíd.

—Ahora escúchame: iremos juntas al coche, pero bajaremos por el montacargas.

Te sentarás en el asiento trasero y esperarás a que yo regrese. No quiero que nadie te vea ni que nadie te mire ni que nadie hable contigo. ¿De acuerdo?

Anaíd suspiró y apretó con fuerza el papel donde había apuntado la dirección del Messenger que le permitiría charlar con Roc y enfrentarse a su miedo.

—OK! Tú mandas.

Fue una huida poco heroica y hasta deshonrosa. Salieron por el montacargas de la cocina, que olía a desperdicios y tenía el suelo resbaladizo de grasa, sangre y peladuras de patatas. En el corto trayecto por el patio trasero se cruzaron con un gato y un cocinero chino, y finalmente llegaron al coche. Selene metió las maletas y le abrió la puerta.

—Enseguida vengo.

Y antes casi de que Selene acabara su frase y desapareciera, en la ventanilla trasera, junto la cara de Anaíd, unos pequeños nudillos comenzaron a repiquetear contra el cristal con insolencia infantil. En efecto, el propietario de la mano que golpeaba era un chaval descarado que la miraba con una sonrisa traviesa. Anaíd dudó un instante, pero sentía tanta rabia por lo que le había sucedido con Roc y se sentía tan desgraciada por ser una bruja, que su reacción al bajar la ventanilla y pegar cuatro gritos al mocoso fue más una cura profiláctica que un acto sensato.

—¿Te has creído que esto es una batería?

Por toda respuesta el chinito, ahora lo veía bien, le alargó un pequeño paquete.

—Feliz cumpleaños —recitó sonriéndole y mostrándole unas encías faltas de dientes.

A lo sumo tendría siete años... Anaíd se quedó sin habla.

—¿Cómo sabes que es mi cumpleaños?

—Me lo ha dicho un chico.

—¿Qué chico?

—El que me ha dado esto.

—¿Te lo ha dado un chico? ¿Para mí?

—Sí.

Anaíd no dudó, no pensó, no desconfió: abrió el paquete ansiosa. ¡Y se quedó sin habla! Dentro había unos maravillosos pendientes de rubíes.

—¿Dónde está el chi...?

No acabó la frase porque el niño había volado. En su lugar se acercaba Selene con paso ligero. Anaíd, instintivamente, escondió los pendientes tras ella.

—¿Se puede saber por qué has bajado esta ventanilla?

La respuesta fue absurda, pero coló:

—Estaba muerta de calor.

—¿Calor? —se asombró Selene con un estremecimiento, mirando el cuadro de mandos—. Estamos a nueve grados.

—Por eso será —insistió Anaíd—. En Urt estábamos a tres.

Selene sonrió.

—Naciste en el Norte, no puedes negarlo.

—¿Nací en el Norte?

Selene se arrellanó en el asiento delantero, tomó el volante y palmeó el asiento del copiloto.

—Anda, pasa aquí, a mi lado, y continuaré con la historia.

Capítulo 9: Tierra de hielo y fuego

Una noche blanca nos dejaron de incógnito en una cala cercana a Rejkiavik. Desembarcamos a una hora en la que los islandeses aún dormían. Recogimos nuestro equipaje y, tras despedirnos silenciosamente de la familia Harstad y besar a todos y cada uno de los bersekers del mar, que curiosamente olían a lavanda y sabían a pastel de manzana a pesar de haber trajinado quince días con sangre y grasa de ballena, nos dirigimos caminando hacia una parada de taxis del pueblo más cercano.

Lo único que necesitaba yo era un bosque para tallar una vara y conjurar un escudo protector. Pero en aquel pueblo no había árboles. Llovía, el cielo estaba gris y ráfagas de viento helado barrían las calles.

—Celebraremos nuestra llegada a la manera vikinga —me prometió Gunnar guiñándome un ojo al llegar ante la parada.

Nos metimos en un taxi y me arrellané cómodamente en el asiento trasero mientras Gunnar daba conversación al educado taxista, tan diferente de los taxistas vociferantes de mi país. El islandés era dulce y musical, diferente al noruego, pero vagamente emparentado.

Les escuché un rato hasta que el paisaje me fue robando la atención. Islandia, bajo la lluvia y la bruma, estaba desnuda. Atravesamos un extenso campo de lava oscura, sin árboles, sin hierba. Era lava escupida por el Snaefellsjökull, el volcán que conducía al centro de la tierra y que se escondía tras las nubes. Pero faltaba algo. ¡No había bosques!

—¿Dónde hay bosques? —pregunté con un hilo de voz.

Gunnar y el taxista rieron.

—Islandia está deforestada. No quedan bosques de ningún tipo. Y ésa es su miseria y su grandeza. Pastos y rocas, lava y hielo.

Entonces, pensé, mis posibilidades eran muy pocas. ¿Dónde demonios conseguiría tallar una vara? Tenía que encontrar a Hólmfríður, era mi única esperanza.

Aquella isla solitaria, cubierta de rocas negras y humeante de geiseres, arropada por la bruma y tenuemente iluminada por un sol engañoso, me inquietó. Gunnar me había advertido de sus fuerzas telúricas. Y ahí estaban. Percibía presencias constantes. Podía oír voces lejanas que se perdían entre la niebla y divisar luces que poco o nada tenían que ver con la electricidad. En efecto, Gunnar tenía razón: lo sobrenatural en Islandia imperaba sobre la razón. Pero no me gustaron las vibraciones de esas fuerzas. Olían a muerte, a podredumbre, como sus aguas sulfurosas.

Gunnar tuvo la gentileza de darme una explicación.

—¿Ves esa montaña de ahí?

Efectivamente la veía.

—Está habitada por elfos y no hubo manera de cavar un túnel. Los elfos lo impedían y destruían las máquinas. Al final optaron por desviar la carretera.

No me inmuté. Era sabido que algunos seres del mundo opaco utilizaban las raíces de los árboles, los resquicios de las rocas o el cono de los volcanes para visitar nuestro mundo. Todas las Omar aprendíamos de niñas que los caminos que unían los mundos podían ser muchos y diversos. El lago y el rayo de sol eran los que más habían difundido las poesías y las leyendas, pero los geiseres bien podían ser una vía apta de comunicación.

Y de pronto, el sol se oscureció. Los cambios de tiempo eran bruscos y repentinos. El taxista hizo un comentario lacónico que Gunnar tradujo.

—El lobo devoró al sol.

Era cierto. Lo parecía.

—Forma parte de nuestra mitología —me aclaró Gunnar—. Según las creencias vikingas, el fin del mundo se producirá cuando los Ases y los Vans, los dioses enfrentados, se maten unos a otros y el lobo Fenry, cruel y sanguinario como su padre Loki, devore al sol y a la luna.

Lo recordaba. Recordaba esas estremecedoras leyendas y en aquellos momentos me parecían hasta probables. Una tierra fría, inhóspita, que permanece sumida en la oscuridad por cinco largos meses tiene que tener una visión pesimista de las cosas. Y la naturaleza se defendía del acoso. Las montañas, los lagos, los geiseres y los glaciares estaban protegidos mágicamente para defenderse de la mano del empuje de la civilización.

¿Adónde nos dirigíamos?

No quise preguntar cuál era la forma vikinga de celebrar reencuentros. ¿Pescar tiburones? ¿Talar árboles? ¿Beber en una calavera? ¿O lanzarme dentro de un volcán para aplacar la ira de los dioses?

Pronto lo supe y a punto estuve de cocerme viva. Gunnar y yo acabamos metidos en una sauna caliente al aire libre que olía a huevos podridos. Gunnar estaba radiante y se llenaba los pulmones con glotonería de ese aire fétido que despedían las entrañas de la tierra. Se quitó la ropa rápidamente y se metió en el baño humeante con un gemido de placer.

El agua sulfurosa surgía de dentro de la tierra a cuarenta grados de temperatura. No me apetecía nada meterme ahí, pero ante su insistencia me desnudé, metí un pie y lo retiré inmediatamente con un chillido. Demasiado tarde, Gunnar ya se había fijado en mis brazos.

—¿Qué te ha pasado en los brazos?

Me metí en la poza ardiente; aún me duele al recordarlo.

—Nada, picaduras de mosquito —le quité importancia.

Acababa de comprender lo que sienten las pobres langostas cuando las meten en

una olla hirviendo y chillé.

Pero no pude engañarlo ni desviar su atención. Me obligó a enseñarle mis heridas y estudió mis brazos con detenimiento. Se preocupó. Miró mis ojos enfebrecidos y chasqueó la lengua.

—¿Por qué no me habías dicho nada?

—Es que no es nada.

—Te llevaré a un hospital. Tiene que verte un médico.

—Imposible, no tengo documentación. Me descubrirían —supliqué asustada.

Y tenía razón: además de consultar con la policía, probablemente ningún médico entendería el origen de esas heridas. Sólo podía ayudarme una Omar. Y entonces se me ocurrió una idea brillante.

—Pero conozco un médico que vive aquí.

—¿Un médico?

—Se llama Hólmfríður y es una amiga de mi madre. Ella me curará sin hacerme preguntas.

—¿Dónde vive?

Lo ignoraba, aunque recordaba un detalle.

—Tenía una granja.

Gunnar se echó a reír ante mi candidez.

—Todos los islandeses tenemos una granja.

—¿Tú también? —pregunté asombrada, y me di cuenta de que apenas sabía nada de Gunnar.

Ni siquiera sabía en qué pueblo había nacido, quiénes eran sus padres y si tenía o no hermanos. Pero mi curiosidad podía esperar. Mi vida, en cambio, corría peligro.

—Tomaremos algo y pensaremos —propuso Gunnar.

El baño me relajó y me dejó una agradable sensación de confortabilidad, peligrosa porque invitaba a cerrar los ojos y echar una siesta. Después de tantos días de desear una ducha caliente, los poros se abrían como naranjas maduras y el agua penetraba hasta el fondo arrastrando con ella todos los resquicios de suciedad. Gunnar y yo dejamos atrás el olor a sangre y grasa de minke que había presidido nuestro pequeño barco ballenero durante quince días.

Otro taxi nos dejó en Rejkiavik, una ciudad limpia, moderna y aséptica, pero triste. Gunnar escuchaba el silencio, olía el aire limpio, casi transparente como el cutis de los isleños, y caminaba taciturno; imposible saber qué pasaba por su cabeza, pero estaba preocupado.

Entramos en un bar que bien podía haber estado en la Quinta Avenida de Nueva York e inmediatamente me encontré con la acogedora sonrisa de una bella joven ataviada con un corto delantal. Nos saludó, nos acompañó hasta una mesa y nos

ofreció una larguísima carta con el surtido más completo que había visto jamás de todas las marcas de cerveza del planeta. Hacía tan sólo unos meses que habían acabado con una antigua ley seca y se resarcían de décadas de abstinencia. Mientras esperaba a que nos decidiéramos, nos preguntó en un correctísimo inglés si acabábamos de llegar y si ya teníamos alojamiento. Gunnar respondió amablemente que lo teníamos todo resuelto y, para disgusto de la guapísima camarera de rasgos vikingos, yo solo pedí un café bien cargado, porque se me cerraban los ojos. Me trajo un maravilloso expreso italiano. No me atreví a decirle a Gunnar que su ciudad me parecía una escenografía vanguardista más que una isla salvaje en medio del Ártico. Ciertamente era diferente de lo que yo esperaba encontrar.

—Tenemos que buscar a Hólmfrídur.

Gunnar levantó los brazos al cielo.

—¿Sabes cuántas Hólmfrídur viven en Islandia?

Y como si hubiese invocado una respuesta de los dioses, un listín cayó en sus manos. Gunnar se sorprendió, yo me sorprendí y una risa cristalina nos sorprendió. Era la camarera quien, solícita, había dejado caer la respuesta en las manos del demiurgo Gunnar.

—Aquí están la dirección y el teléfono de todos los habitantes de la isla. Doscientos mil a lo sumo. ¿Os puedo ayudar?

Me sentí confortablemente arropada.

—Busco a una amiga llamada Hólmfrídur.

Inmediatamente la encantadora camarera abrió el listín y buscó hasta dar con la hache.

—¿El nombre de pila de su padre?

Casi ninguna Omar lo sabíamos, pero me asombró la pregunta.

—¿Por qué el nombre de pila?

Gunnar intervino:

—Si su padre se llamara Gunnar, por ejemplo, ella se llamaría Hólmfrídur Gunnardottir.

Me quedé de una pieza. Esa forma de designar a las familias era muy antigua y había caído en desuso, excepto en esa isla perdida.

—¿Un hijo tuyo se llamaría Gunnardottir?

—Eso sería una hija. Un hijo sería Gunnarson.

—¿Y tu padre cómo se llamaba?

—Einar.

—Así tú eres Gunnar Einarson.

La camarera me guiñó un ojo.

—Lee los nombres, seguro que recuerdas el apellido al repasarlos —y me ofreció el listín.

Dejé resbalar mi dedo índice sobre todas las Hólmfrídur de la lista confiando en mi instinto y me concentré en la fisonomía espectral y los ojos gatunos que recordaba. Mi dedo se detuvo en un nombre y, sin dudarlo, señalé una tal Hólmfrídur Karlsdottir.

—Es ella.

Gunnar marcó el teléfono y pronunció unas amables palabras en islandés; luego me pasó el aparato.

No podía creerlo. Temblaba de emoción al reconocer la melodía de la suave voz de Hólmfrídur. Hablé en inglés, puesto que estaba ante Gunnar, pero intercalé una frase de petición de ayuda en la lengua antigua. Cambié de nuevo al inglés en cuanto detecté la arruga que había surgido en el entrecejo de Gunnar al no comprender el significado de la frase.

—Tengo que verte. Traigo un regalo de mi madre, pero me temo que no aguantará muchos días más.

Hólmfrídur fue rápida y en la lengua antigua me convocó inmediatamente. Colgué reteniendo el nombre del pueblo.

—Vive en Djúpivogur. Un pueblo de la costa este.

—Lo conozco —repuso Gunnar repentinamente serio.

—Me espera mañana, o sea esta noche, para la cena.

Gunnar pareció contrariado.

—Eso está a quinientos kilómetros de aquí por carreteras difíciles.

Hólmfrídur era mi única esperanza, la única luz en mi camino, y a Gunnar la idea parecía que le contrariaba. Iría hasta allí aunque fuese sola y así lo planteé.

—¿Estás segura de que no nos meterá en líos esa amiga de tu madre?

Gunnar desconfiaba de una desconocida como Hólmfrídur. Y tenía sus razones: al fin y al cabo éramos fugitivos. Pero para mí significaba la vida.

—Dime cómo llegar y luego regreso. Será un día y basta.

Enseguida Gunnar cambió de opinión.

—Te llevaré. Luego continuaremos hasta mi granja.

Lo abracé con tal ímpetu que sin querer tiré al suelo el vaso de cerveza de Gunnar. Se hizo añicos y me negué a mirarlos. La camarera acudió rápidamente y se llevó la mano a la boca asustada por el estrepicio, o por la superstición. Los islandeses eran muy supersticiosos. A pesar de ello nos deseó buena suerte y nos agradeció la propina que le habíamos dejado.

Alquilamos un todoterreno, el único vehículo apto para movernos por la abrupta y sorprendente isla, y salimos de Rejkiavik.

—Los puentes caen con facilidad tras las inundaciones, los glaciares invaden el pavimento de las carreteras y los terremotos y las erupciones acaban con autopistas

enteras —comentó Gunnar.

No sabía si aquello era una isla o un juego de la oca en el que cada tres jugadas podías volver al inicio por culpa de tirar el dado equivocado y topar con un desastre natural. Sentí otra vez que la naturaleza empujaba desde sus raíces y desbordaba la civilización. La fuerza de los elementos permitía que fluyeran los espíritus y las energías allí donde los humanos no conseguían enraizarse.

—Te sorprenderá el este. No es una ruta turística.

Gunnar, acodado en la ventanilla, manejaba el volante con pericia, casi con la misma delicadeza con la que acariciaba mi rostro, y condujo a través de la franja que serpenteaba entre los sorprendentes glaciares del interior y la costa atlántica. Pasamos entre imponentes cascadas que se producían con el deshielo del glaciar en primavera. El agua caía por doquier, desde alturas impresionantes, agua clara y cristalina en abundancia. Hasta que el agua dejó de ser una novedad para percibirla como una rutina, como la tez y los ojos de los islandeses a los que en solamente unas horas ya me había acostumbrado.

Tras pasar el pueblo de Vik todo cambió. Apenas alguna granja dispersa al principio y luego el paisaje se fue transformando en desiertas y amenazadoras explanadas de arena negra, sin rocas, sin nada. Tierra de fuego, de agua, de contrastes absolutos. Eran los dominios del Vatnajökull, el glaciar más grande e inhóspito de Europa. La desolación de unas tierras casi despobladas fue aumentando la desazón que sentía por la proximidad de mi cita con las Omar. ¿Cómo me recibirían? ¿Como a una traidora? ¿Como a una hija pródiga?

Estaba exhausta, al borde del agotamiento, cuando por fin, en lontananza, divisé el pequeño pueblecito que inauguraba un paisaje más amable, una larga ristra de fiordos que invitaban a los habitantes del país a construir sus casitas de madera y echar sus redes al mar. Estábamos en Djúpivogur.

Reservamos una habitación en el pequeño hotel, dejamos el equipaje y, tras preguntar, nos dirigimos hacia casa de Hólmfríður. En el pueblo todos se conocían, pero curiosamente a nadie extrañó nuestra visita.

Hólmfríður esperaba que yo me presentase sola, y de ahí su apuro al aparecer con Gunnar. Había preparado una exquisita cena, un plato tradicional de bacalao con patatas, y sólo había colocado dos cubiertos, para ella y para mí. El olor del guiso inundaba la acogedora casita de madera con grandes ventanales, alegres cuadros en las paredes y potente calefacción.

El gesto de Hólmfríður al ver a Gunnar fue de contrariedad. No me sorprendió. Las Omar no admiten interferencias y Gunnar lo era. Pensé que las aclaraciones vendrían luego. Lo importante era haber conseguido llegar hasta ella y lo secundario, la presencia de un intruso. Sin embargo no había contado con su antipatía mutua.

Gunnar la propició tomando la iniciativa sin consultarme. Interpeló a Hólmfríður:

—Selene me ha dicho que eres médico. Quiero que veas esto.

Y ante mi sorpresa me remangó las mangas del jersey y le mostró a Hólmfrídur mis brazos. Yo me sentí incómoda. Y más aún cuando Hólmfrídur se caló las gafas y fingió una tranquilidad pasmosa.

—Una erupción cutánea. Aplicaremos una pomada antihistamínica.

Gunnar me señaló.

—Ha perdido mucho peso, vomita continuamente y padece insomnio. Tócala.

Así pues, Gunnar me había estado observando. Hólmfrídur acercó su mano a mi frente. Debía de estar ardiendo, porque la retiró inmediatamente, casi molesta.

—Un resfriado.

Entonces Gunnar la increpó en islandés. Creo que la amenazó con llevarme a un hospital si no me atendía debidamente. La pálida islandesa salió de la sala y volvió al cabo de poco con un antibiótico que mostró a Gunnar antes de ofrecérmelo y una pomada que me aplicó en los brazos.

—¿Da el señor su aprobación?

Gunnar asintió con un gesto de cabeza.

La cena fue tensa y difícil. Hólmfrídur consultaba continuamente su reloj de pulsera y se mostraba seca e impertinente. A ratos Gunnar y ella hablaban en islandés, y Gunnar parecía incómodo por el tipo de preguntas con que Hólmfrídur lo bombardeaba. Yo tenía que mediar entre ambos y relataba, de la forma más amena posible, nuestra aventura en el ballenero y nuestro viaje hasta Cabo Norte. Hablé de los fiordos, de los mosquitos, de los renos y los sami. Hacia los postres, Gunnar comenzó a bostezar sospechosamente. Se levantó a duras penas y se disculpó por estar agotado. Y era absolutamente cierto. Había conducido a lo largo de más de once horas sin apenas descanso. Nos despedimos de Hólmfrídur y ella me hizo la señal convenida.

De camino al hotel, Gunnar tropezaba con todas las piedras y perdía frecuentemente el equilibrio. Temí que no llegaríamos a tiempo, pero lo conseguimos por los pelos. Gunnar cayó vestido sobre la cama. Le quité los zapatos, lo abrigué con la colcha y salí de nuevo en dirección a casa de Hólmfrídur. La poción que le había suministrado la yegua Omar, en venganza a su insolencia, debía de ser para dormir a un paquidermo.

Esta vez, cuando volví a llamar a su puerta, la mujer fría que me había despedido minutos antes se había transformado en un rostro lleno de ansiedad que me arrancó la ropa a tirones y me obligó a mostrarle de nuevo mis brazos.

—Niña loca, irresponsable, cabezota, ¿cómo te has podido dejar hacer esto?

Cubrió mi piel de cataplasmas y me hizo tomar una fuerte infusión que me quemó la lengua y abrasó las entrañas. Al momento sentí cómo alrededor de mi cintura se ceñía el escudo protector tras el conjuro de Hólmfrídur.

—Lancé mi vara, lo siento, no pude tallar ninguna.

—No hables, no digas nada. Luego te haré muchas preguntas.

Y a pesar de la tranquilidad de saberme protegida, no me gustó la expresión de Hólmfríður. Sus ojos amarillentos brillaban en la semioscuridad y sus pupilas dilatadas radiografiaban mi cuerpo mientras las palmas de sus manos calientes palpaban mi piel temblando como las varas de una zahori. ¿Había caído en una trampa?

Las mujeres a quienes esperaba Hólmfríður, y a causa de las cuales consultaba su reloj, fueron llegando silenciosamente a partir de la medianoche. Un par de ellas, una campesina robusta y una anciana vestida como la reina de Inglaterra y que atendía por el nombre de Björk, Abedul, habían viajado desde aldeas remotas; otra, con gafas y aire de intelectual trasnochada, vivía en un pueblo cercano; pero fue la última de todas la que me produjo un escalofrío. Era ni más ni menos que la joven y bella camarera vikinga que me atendió en el único bar en el que puse los pies en Rejkiavik. La misma que me ofreció un café cargado que me mantuvo despierta hasta ese momento, la que sonrió a Gunnar mientras yo lo convencía de la necesidad de visitar a Hólmfríður, la que proporcionó el listín a Gunnar y que finalmente guió mi dedo hasta el número correcto. Todo había sido demasiado fácil, demasiado sencillo. Pero nada era casual a mi alrededor. Me movía por un mundo programado, pautado, controlado. Deméter había alertado a las brujas islandesas de mi próxima llegada. De nuevo me perseguía, me vigilaba y gobernaba los hilos de mi vida. Aunque yo no hubiese tomado la decisión de acudir a las Omar, ellas me hubieran encontrado a mí y me hubieran apresado como a un ratón.

Las amigas de Hólmfríður, que habían acudido a su llamada, eran cuatro mujeres de diferente edad, profesión y clase social. Pero todas tenían un nexo en común: eran brujas Omar del clan de la yegua y, como tales, se debían a la comunidad y dejaban sus vidas privadas y públicas a un lado para salir corriendo en ayuda de cualquier otra Omar. A pesar de mi rebeldía, reconozco que se lo agradecí, aunque tal vez, unas horas más tarde se convirtieran en mis verdugos.

—¿Y bien, Selene? —inició su parlamento Hólmfríður como portavoz de la comunidad—. ¿Has decidido entregarte?

Las miré alternativamente. El único papel que podía permitirme era el de la sumisión.

—Me equivoqué escapando de la tribu —admití compungida.

Hólmfríður suspiró.

—Tendrás un juicio justo, ha habido novedades.

Björk, la anciana, me miró desde detrás de sus lentes.

—¿Ya sabes lo de Meritxell?

Sentí que el corazón me daba un vuelco.

—¿El qué?

Cualquier descubrimiento que me aligerase la conciencia o iluminase el oscuro incidente sería bien recibido.

—Estaba poseída —susurró la joven camarera con espanto.

—¿Poseída? ¿Por quién?

—Por Baalat —afirmó Hólmfrídur—. Eso es lo que han deducido las expertas. Ingrid, la erudita, había estudiado muchos casos parecidos.

Me pareció más inquietante que tranquilizador.

—¿Y eso qué aporta?

—Cambia la perspectiva de su muerte.

—El atame no estaba destinado a Meritxell.

—¿Ah, no? —me permití objetar.

—El atame se clavó en el corazón. Es el lugar donde se conjura el poder de las Odish reencarnadas.

Empezaba a entender lo que insinuaban. Me acordé de la serpiente que yo misma trocéé y cuyo corazón destruí con mi atame antes de quemarla.

—¿Queréis decir que Meritxell ya había muerto y que el cuerpo de Meritxell estaba poseído por Baalat?

—Exacto.

—Entonces...

—Entonces —me cortó Hólmfrídur— tu acción fue heroica, nos salvaste de Baalat.

Me indigné. Daban por supuesto que yo había clavado el cuchillo.

—¡No fui yo! Yo no le clavé mi atame, ni siquiera sabía que estuviese poseída.

Recordé su violencia, sus argucias impropias de una Omar, su furia, pero también recordé su gesto al bajar el brazo y no clavarme el atame a mí. No. A pesar de que ese dato me exculpara, cuando yo dejé a Meritxell en mi habitación, una hora antes de morir, la conciencia de Meritxell aún existía. Baalat no la había poseído completamente.

—Está bien —me cortó Hólmfrídur—. Dejemos eso para el tribunal. Ahora tenemos que ayudarte.

Levantó las mangas de mi jersey y mostró mis brazos a las otras brujas, que se llevaron las manos a la boca horrorizadas.

—Rápido —exclamó la robusta campesina, poco dada a las elucubraciones.

Y sin mediar ni una palabra más me cogieron en volandas y me llevaron con ellas hasta lo alto de una roca iluminada por el dorado sol de medianoche, un promontorio que dominaba el océano grisáceo. Me hicieron tenderme en el suelo y encendieron las velas en un perfecto pentágono. Permanecí inmóvil durante largo rato mientras cinco pares de manos expertas exploraban a conciencia todos los rincones de mi cuerpo y

mi mente y me proporcionaban la energía que había ido perdiendo durante ese tiempo.

Reconstituida, con nuevas fuerzas, abrí los ojos y lo que vi no me gustó nada. Conocía sus expresiones sombrías. No auguraban ninguna buena noticia, eran el preámbulo de una desgracia.

Hólmfrídur oficiaba la ceremonia con tristeza. Me ofrecieron piedra de jade y reforzaron mis debilitadas defensas con hierro. Me invitaron a beber un sorbo de su potente poción y al poco me inundó un bienestar que se extendió como un cosquilleo fluyendo a través de mi sangre. Mi mente se iluminó hasta adquirir una lucidez inusual. Me uní a su danza y bailé con ellas, con el pelo suelto, flotando al viento, sin frío, sin sueño, sin hambre, relinchando ante ese sol ceniciento que me desconcertaba y sintiéndome etérea como una pluma. A lo lejos, en las montañas, creí distinguir unas lucecillas que bien podrían ser los ojos curiosos de unos elfos que nos espiaban. Me pareció natural.

Luego, tras el canto ritual, llegó el momento del diálogo. Yo era el objeto de debate. Yo y mi enfermedad.

Ninguna se atrevía a hablar. Era como asistir a la lectura del diagnóstico de un médico que acaba de descubrirnos una enfermedad terminal. Por fin Hólmfrídur rompió el hielo.

—Estás embarazada.

Si me hubiesen pegado con una maza no me hubieran dejado más atontada. Me esperaba cualquier cosa menos eso. Era cierto que llevaba cierto retraso con mi regla, pero era normal en mí, tenía sólo diecisiete años y nunca daba importancia a un retraso de unos pocos días.

—No puede ser —balbuceé—. He tomado mis hierbas.

—¿Siempre?

Hice memoria. Siempre masticaba las hierbas que las Omar conocíamos bien para evitar embarazos. Era una costumbre que cumplía cada noche, nunca me olvidaba de hacerlo a no ser que... me durmiese antes. Como fue el caso de la noche del solsticio que pasé en el monte Domen. Esa noche se había borrado de mi mente, no recordaba nada. Era muy posible que no masticase mis hierbas.

—¿Tienes mareos y vómitos?

Palidecí. Qué estúpida. Los atribuí al viaje por mar, pero comenzaron antes. Entonces..., mi debilidad, mis vómitos, mi insomnio eran síntomas de embarazo. Hólmfrídur leyó mis pensamientos.

—No te confundas.

Claro que estaba confundida. Mucho. Me acababan de decir que tenía una nueva vida en mi interior, que mi vientre se hincharía, que un pequeño ser crecería dentro de mí y me haría madre. Era tan absurdo y extraño que simplemente no me lo podía

creer. ¡Claro que estaba confundida! Confundida era poco. Estaba mareada por la revelación.

—Estás siendo víctima de una Odish. Tu debilidad es por ese motivo. El embarazo no baja las defensas del cuerpo; al revés, las aumenta, estás más fuerte. Por eso has resistido más tiempo el embate de esa Odish.

A lo mejor era cierto. Si algo tenía claro era que no estaba dispuesta a rendirme. Quería luchar, resistir, continuar viva. ¿Y eso era a causa de esa nueva vida que llevaba en mi interior? Yo lo atribuía a mi enamoramiento.

—¿Es Baalat? —pregunté con reparo.

A diferencia de las brujas mediterráneas, las islandesas de piel clara no se estremecieron al oír nombrar a la diosa fenicia. Al revés, frunció el ceño asombradas.

—Eso creemos, pero es muy extraño.

—Baalat nunca se ha atrevido a atacar en nuestros dominios —afirmó Hólfrídur con convencimiento.

—Son los dominios de la dama de hielo —ratificó la de gafitas.

—¿La dama de hielo? —pregunté inquieta. Ese nombre me trajo a la memoria algunas leyendas que aprendí de niña.—Helaba el corazón de los hombres a los que enamoraba —recordé de pronto.

—Y quemaba las pupilas de las muchachas que se atrevían a mirarla a los ojos —susurró la viejecilla Björk.

Y las yeguas Omar, con un temblor en la voz, fueron cosiendo retazos de la misteriosa Odish.

—La mitología la asimiló con algunas diosas como la bella Freijaa o la misteriosa esposa de Odín.

—Sus dominios son los árticos.

—Ninguna otra Odish se atrevió nunca a adentrarse en su territorio.

—Baalat no pudo nunca contra ella.

—Se refugió en los hielos eternos y se adormeció.

—Como la condesa.

Yo misma planteé el dilema:

—Sin embargo, Baalat, la dama oscura, atacó duramente en territorio de la condesa la noche de Imbolc. ¿No es posible que también se haya decidido a invadir las tierras de la dama de hielo?

Callaron. No se habían planteado esa cuestión. Para mí era muy importante que dispusieran de información. Sin ella, luchar contra la nigromancia de Baalat era casi imposible.

—Conjura a los muertos —recordé.

—Pero necesita un cuerpo, un cuerpo aunque sea de un muerto —dijo Björk, la

adorable abuelita, que se había encasquetado de nuevo su horroroso sombrero.

—Puede haber utilizado una treta, un cuerpo para trasladarse —aventuró la intelectual.

—¿Cuál? —me pregunté en voz alta.

—Un animal no puede adaptarse a tantos lugares ni viajar tan lejos por sus propios medios —objetó la campesina.

—A no ser que viaje con humanos —puntualizó Hólmfrídur.

—O a no ser que se haya encarnado en un ser humano vivo como... —la joven camarera vikinga que había comenzado esa frase se llevó la mano a la boca mirándome horrorizada.

Sus compañeras siguieron la trayectoria de sus ojos, con aprensión, y respiraron hondo, como desprendiéndose de un mal pensamiento. Inconscientemente se alejaron algunos milímetros de mí. Lo sentí. Volvía a tener mis facultades en pleno rendimiento. Me estaban rechazando. Conocía el mecanismo que me enseñó mi madre para activar el rechazo ante la sospecha de la presencia de cualquier Odish. Las Omar creían que yo en persona podía ser Baalat. O que parte de Baalat se había instalado en mí. Lo notaba.

Ante esa sospecha habían bloqueado sus vivencias. Tenía que convencerlas de que era Selene. Si no lo hacía, no sólo no me ayudarían sino que me destruirían.

Yo era impulsiva, inmediata, y así como mi temperamento podía darme muchos quebraderos de cabeza y a veces meterme en líos tremendos, también era mi mejor arma. Les arrojé la verdad a la cara para cortarles la posible retirada.

—¿Qué prueba necesitáis para que os convenza?

Hólmfrídur habló en nombre de todas:

—¿Convencernos de qué? —preguntó incómoda.

—De que soy Selene, de que no soy Baalat, de que no me ha poseído.

Rieron forzadas. Leí en sus risas que la consigna que se pasaban con sus gestos isleños y endogámicos era reír.

—¡Qué tontería!

Pero no era ninguna tontería. O el embarazo había agudizado mis sentidos o yo podía leer con claridad sus pensamientos a pesar de la coraza que se esforzaban en levantar. Todas coincidían. Se decían a ellas mismas que yo tenía sangre Odish en mis venas. La habían detectado. Baalat no me estaba desangrando, Baalat me estaba poseyendo como a Meritxell.

Estaban locas de remate. Pero tuve miedo a que optaran por destruirme para librarse del peligro que una infiltrada como yo podía suponer.

—Quiero ponerme en contacto con mi madre Deméter. Ella os convencerá de que Baalat no me ha poseído. Ella me conoce —lo dije exigiendo como exige la hija de una matriarca o de una primera ministra.

—Ahora no es oportuno —comentó lacónicamente Hólmfrídur.

Y leí una dureza de pedernal en los reflejos dorados de sus ojos. Imposible insistir sin perder los papeles. Había perdido mi primera batalla y no podía continuar embistiendo de frente. Opté por una retirada.

—¿Mañana entonces? —pregunté simulando obediencia.

—Mañana, sí. Hoy será mejor que descanses.

Les dirigí una nerviosa sonrisa a todas enfatizando mi apuro.

—Lo siento. Son los nervios. Me han pasado tantas cosas y estoy tan asustada. Necesito una vara para sentirme tranquila.

Pero ya sabía la respuesta. No me darían ninguna vara porque desconfiaban de mí.

—Mañana, hoy no hay tiempo.

Hólmfrídur me ofreció su mano fría y resbaladiza. Sudaba y no ofrecía garantías ni confianza. Era una mano traidora.

—Ve a dormir, Selene. Necesitas descansar.

—Hace una semana que no duermo —confesé—. Necesito dormir en territorio Omar y necesito tomar algo potente.

Y era cierto.

Me acompañaron de nuevo hasta la casa y en la cocina Hólmfrídur me ofreció una infusión cargada de dormidera, supuse que cargadísima. Se lo agradecí con una sonrisa y, al darse la vuelta, la arrojé al tiesto que había en la ventana.

Luego me despedí y Hólmfrídur me acompañó al hotel. Naturalmente hice teatro. Cada tres pasos tropezaba y fingía trastabillar. Hólmfrídur me sujetaba con fuerza y quizá por la proximidad se permitió un comentario muy directo.

—Ha sido muy mala idea traer a tu novio hasta aquí.

—Es islandés y conoce la isla —justifiqué yo.

—Te ha mentado.

Esa vez tropecé de veras. Me había cogido desprevenida.

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que su acento es extraño y que la granja de la que me ha hablado, la de su familia, está abandonada desde mucho antes de que él naciera. La vieja Björk —se refería a la yegua del ridículo sombrero— conoce bien la zona.

No podía creer lo que me decía, pero su actitud era claramente beligerante. Sabía que pondrían problemas a Gunnar fuese quien fuese, viniese de donde viniese; siempre había Omar dispuestas a hurgar en genealogías y sagas familiares y dispuestas a realizar informes intachables para permitir uniones con mortales.

De nuevo seguí el doble juego. Bostecé fingiendo que su somnífero me estaba haciendo efecto y le pedí su opinión.

—¿Así pues qué me aconsejas respecto a Gunnar?

Fue tajante.

—Aléjate de él hasta nueva orden.

Me asombró su contundencia.

—Pero —protesté— él me cuida, me quiere y me ha protegido de la policía.

Entramos en el hotel y Hólmfríður bajó el tono de voz:

—Estarás mucho tiempo retenida durante el juicio. Cuando venga Deméter, no le gustaría nada encontrárselo a tu lado.

Era eso. Tenía miedo de la ira de Deméter. Me querían a mí sola, manipulable, sumisa, prisionera. Gunnar era un engorro y lo mejor era despedirlo con viento fresco. Abrí con la tarjeta la puerta de la habitación y ahí yacía Gunnar como una piedra, ajeno a todas las conjuras que se cernían sobre su cabeza. Bostecé otra vez con mucha más exageración.

—La cama...

Y me dirigí con caminar torpe e inseguro hasta dejarme caer ruidosamente sobre el mullido colchón, como lo había hecho Gunnar horas antes. A los pocos segundos unas manos solícitas me quitaron los zapatos y me arrojaron. Luego, los pasos se alejaron y la puerta se cerró suavemente.

Lo había conseguido. Creían que estaba profundamente dormida y hablarían de mí con la tranquilidad que da la certeza de que no podría oírlas. Esperé unos minutos. Después salí sigilosamente y me aproximé sin hacer ruido a la casa de Hólmfríður. Agudicé mis instintos y pegué la oreja a la pared hasta conseguir dar con el lugar exacto donde sus voces resonaban con claridad.

Las mujeres del clan de la yegua estaban reunidas en conciliábulo.

Sólo sabía dos de sus nombres, pero podía leer perfectamente sus recelos.

—Me di cuenta nada más verla. Está poseída —afirmaba Hólmfríður.

—Creí que era una Odish. Su descripción se correspondía con la que había recibido sobre Selene, pero su mirada y sus vibraciones me asustaron —exclamó la joven camarera de Rejkiavik.

—¿Creéis que el proceso está muy avanzado? —preguntó la granjera.

—Yo más bien creo que acaba de comenzar, que es incipiente —consideró Björk.

El viento movió las cortinas de la ventana y vi cómo la ancianita había dejado su ridículo sombrero sobre la mesilla y se estaba poniendo morada de pastitas dulces mojadas en leche.

—Tenemos que ponernos en contacto con Ingrid —propuso la yegua de las gafas.

—¿Por qué?

—Ella sabrá cómo exorcizarla.

—¿Y el embarazo? ¿Es oportuno exorcizar con un embarazo?

—No lo resistirá. Perderá el bebé.

Me estremecí. ¿Consideraban la posibilidad de someterme a un exorcismo para expulsar de mí a Baalat? ¿Lo harían a pesar de que mi bebé no resistiría el conjuro?

—Es igual, es muy joven —afirmó Hólmfrídur—. Puede tener más embarazos.

Tuve un mareo. Hólmfrídur era una mujer dura, implacable y a lo mejor celosa de las jóvenes embarazadas. No le importaba lo que le sucedería a mi bebé.

—Necesitamos el permiso de Deméter —objetó la camarera.

Hólmfrídur se negó. Se puso en pie, tan alta como era, y las exhortó a tomar una decisión.

—No hay tiempo para esperarla, tenemos que actuar. Hay algo en Selene que no me gusta. Sus poderes son mayores de lo que ella cree. Nuestra ventaja es que no tiene vara, pero el embarazo potenciará sus poderes, aunque le impedirá comunicarse.

—¿Y el novio?

—Ése es el problema, debemos deshacernos de él.

Ahora entendía por qué querían deshacerse de Gunnar. Para ellas era un engorro. Sin Gunnar, actuarían sobre mí con total impunidad. Yo era una Omar apestada y prisionera de sus embrujos.

—Me gustaría ver a ese tal Gunnar —murmuró la entrañable viejecita—. Una ojeada me bastaría para saber si es un nieto del Ingar que yo conocí.

Pude oír el nombre de Ingar y me hubiera gustado escuchar más cosas, pero el frío me iba calando los huesos y tenía ganas de estornudar. Debía de estar a dos o tres grados bajo cero, o tal vez menos, y las manos se me estaban quedando azuladas y sin tacto. Además, ya había oído suficiente para tomar una decisión rápida. Sólo necesitaba solucionar un problema.

Aterida y temblorosa me dirigí a un jardín que divisé al entrar en el pueblo. Allí se erigía un único árbol. Un fresno. Necesitaba cortar una vara para protegerme. No era mi árbol, pero en el norte no encontraría encinas. Saqué el atame de la vieja Paltoö, me arrodillé ante el fresno y practiqué el ritual con devoción. Pedí al árbol que me permitiera disponer de su savia y su fuerza para utilizarlas benéficamente. El árbol dudó hasta que me concedió su favor. Corté una rama agradeciendo su colaboración y la tallé concienzudamente hasta conseguir una vara nueva y joven. Era flexible y procedía del norte, se había alimentado con tierra volcánica y agua sulfurosa y había crecido al calor del sol de medianoche. No me rendiría sin luchar y no podía luchar sin armas.

De regreso al hotel probé mi vara nueva. Al pasar ante la casa de Hólmfrídur me detuve un instante y formulé un conjuro de sueño para que las yeguas allí reunidas durmieran largamente.

Entonces, hablé por primera vez con mi bebé, mí niña, y le dije que no se preocupara, que nadie le haría daño, que ninguna Odish la atraparía en sus garras y que ninguna bruja Omar me obligaría a perderla ni la separaría de su padre.

Y con mi vara y mi secreto me crecí. Mi bebé sería una niña y tendría los ojos azules de Gunnar y mis largas piernas. Fue concebida la noche del solsticio y heredaría lo mejor de sus progenitores, por encima de maldiciones y malos augurios.

Había llegado la mañana, si se podía llamar mañana a ese sol tímido que se escondía vergonzosamente entre los nubarrones que ensuciaban el cielo. Lo importante era conseguir tiempo y pensar con detenimiento la jugada.

Desperté a Gunnar. Estaba relajado, tranquilo y había dormido tan plácidamente que me abrazó como un oso y peleó conmigo para meterme en la cama a su lado y hacerme cosquillas.

De buena gana hubiera accedido a su juego, de buena gana me hubiese acurrucado en el hueco de sus brazos y me hubiera abandonado al sueño, pero teníamos que huir rápidamente. Y de nuevo le mentí.

—Hólmfrídur se había enterado de la muerte de Meritxell y me ha hecho muchas preguntas. No me gusta, no me gustaría que enviase a la policía tras mi pista.

No hizo falta insistir. Gunnar se puso en pie inmediatamente.

—Vámonos —propuso sin vacilar.

—¿Dónde? —pregunté esperanzada.

Gunnar miró a través de la ventana.

—Mi isla es salvaje y solitaria, pero no está lo suficientemente aislada del mundo. Si la policía te busca, acabará por encontrarte.

—¿Entonces? —me inquieté.

Gunnar me tomó la cara con sus manos, sonriendo.

—¿Te acuerdas de nuestro propósito de viajar a través de los hielos?

Me acordaba, claro. Se me desbocó el corazón.

—¿El viaje de tu antepasado Erik el Rojo?

Gunnar me besó.

—Te llevaré a un sitio tan hermoso que te dejará sin aliento. Volaremos en un trineo conducido por perros.

Y me acarició el cabello tiernamente.

—Y estaremos solos, tú y yo.

Con Gunnar no sentía ningún miedo. Suspiré.

—Y nada ni nadie nos encontrará nunca.

—Nunca —ratificó Gunnar con énfasis.

En pocos minutos habíamos desayunado y cargado el coche. Yo, confiada, me sentaba junto a Gunnar, que había tomado las riendas de la situación y el volante del coche. Era su isla y él sabría qué camino tomar. Me abofeteé las mejillas para mantenerme despierta.

—Duerme —me aconsejó Gunnar.

Se lo agradecí. Volvía a estar protegida con mi escudo, tenía una vara y estaba

llena de energía, pero necesitaba dormir. El cansancio era tan fuerte que los párpados me pesaban como losas y la boca se me desencajaba en un eterno bostezo.

Me tendí en el asiento trasero y desconecté.

Gunnar continuó sin mirar hacia atrás y sin saber si yo dormía sola o acompañada por una presencia que no me había abandonado en todo el largo viaje y que me estaba robando la vida poco a poco.

Capítulo 10: La granja

Me despertó al cabo de muchas horas un susurro en mi oído.

—No te muevas —era la voz de Gunnar; no me pedía nada, me ordenaba algo.

Repentinamente, sentí un odio intenso hacia él tan potente como poderoso. Era un odio caliente que me hizo revolverme en mi asiento. ¿Qué me ocurría? Deseaba clavar el atame en el cuerpo de Gunnar. Mi mano buscaba con desespero el cuchillo y mi brazo sentía la rabia que infiere la locura del odio. ¿De dónde provenía ese sentimiento?

No me moví, me quedé quieta, con los ojos cerrados, y entonces noté un dolor en mi brazo izquierdo, el mismo dolor que me causaría la aguja de una jeringuilla hurgando en mis venas una y otra vez.

Y de pronto lo comprendí. ¡Era Baalat! Baalat me estaba poseyendo. Mi brazo pertenecía a Baalat, pero el resto de mi cuerpo era todavía mío. Baalat había encontrado resistencia a causa de mi escudo y pugnaba por beber mi sangre como había hecho con comodidad durante semanas. Sentí miedo y repugnancia. Noté cómo se disparaban mis palpitaciones y el sudor me empapaba la frente y la palma de las manos.

Me preguntaba por qué Gunnar me había pedido que no me moviese. Lo obedecí a pesar de que el odio me iba invadiendo. Me mantuve quieta y con los ojos cerrados luchando para impedir que Baalat me poseyese del todo.

Bruscamente, el dolor de mi brazo desapareció y momentáneamente recuperé mi voluntad.

Entonces, un chillido estridente hendió el silencio del atardecer. Era agudo, desagradable y parecía provenir de una garganta que no era humana. Me levanté de un salto. Gunnar había atrapado a Baalat y me la mostraba con rabia, con mucha rabia. Reprimí un sollozo al reconocerla. Gunnar la agitó en el aire gritando:

—¡Este bicho asqueroso te estaba mordiendo!

Era Lola.

No dudé ni un momento.

—¡Mátala!

Gunnar debería haberla golpeado contra el suelo del coche, pero vaciló y fue demasiado tarde. Con una fuerza insospechada para un hámster, el roedor clavó salvajemente los dientes en la mano de Gunnar. Así consiguió que lo soltase y luego saltó por la ventanilla que Gunnar llevaba levemente abierta. Y en ese mismo instante el tiempo cambió bruscamente. Las nubes corrieron desbocadas cubriendo las montañas y el cielo se ennegreció. Gruesas gotas de lluvia comenzaron a golpear el coche y un rayo derribó una torre de la electricidad a pocos metros de donde estábamos aparcados. El estrépito fue espantoso. Gunnar no daba crédito a la furia de

esa repentina tormenta que se había desatado de la nada.

Por mi parte, yo no había permanecido impasible. Tenía mi atame en una mano y mi vara en la otra. Pronuncié un conjuro potente, el más potente que conocía, y apunté al hámster con la vara. Conseguí inmovilizarla, pero eso no era suficiente. Tenía que reaccionar con rapidez; sólo disponía de unos instantes en los que Baalat estaría paralizada por mi conjuro. Salí fuera del coche y corrí hacia el pequeño bulto marrón inmóvil sobre el suelo mojado. Baalat pugnaba por liberarse de mi hechizo, era cuestión de segundos. Quedé empapada y cubierta de fango porque resbalé en dos ocasiones, pero antes de que Baalat consiguiese deshacerse de mis ataduras y convocar un rayo mortal, la alcancé y, de un certero golpe de mi atame, seccioné su cabeza, que rodó sangrando sobre la piedra negra del volcán Askja.

Actué sin piedad, sin dudarle. No era un hámster, me repetía, no era la cariñosa mascota de Meritxell, sino su asesina. No era un pequeño roedor sino un monstruo que invocó al fuego y carbonizó al pobre Kristian Mo. No era un animalillo asustado que buscaba refugio y consuelo en mis brazos, era una sanguinaria bruja que había sobrevivido a la muerte usurpando el cuerpo de la entrañable Lola. No era un ser indefenso, era una Odish inmortal que probablemente pretendía encarnarse en mí.

Sin perder un instante la abrí, extraje su corazón y lo atravesé con mi atame. Luego trocé su cuerpo en minúsculos pedazos y les prendí fuego. Enterré sus cenizas y pronuncié un sortilegio para evitar que volviesen a reencontrarse.

Gunnar asistió a todo el proceso sin abrir boca.

Una vez hube acabado con el sangriento ritual, me eché a llorar colgada del cuello de Gunnar y aquejada de una crisis histérica.

Mi vikingo, serio y atónito por todo lo que acababa de suceder, me acunó como a una niña hasta que los sollozos remitieron. Después revisó mi brazo, destrozado a mordiscos, y lo curó con alcohol. Podía haber gritado, pero aunque me hacía daño, ya no me dolía. Nada me dolía ni me importaba, había acabado con la pesadilla de Baalat. Estaba libre. Por fin podría dormir tranquila, descansar.

Pensé en mi pequeña, en mi bebé secreto que se había visto tan amenazado como yo. Imaginé todas las noches en que Baalat, bajo la forma de Lola, había dormido en mi regazo buscando el refugio de mis brazos, y me estremecí al recordar el ronroneo de su cuerpo contra mi piel. Me vino a la cabeza la lucidez de Kristian Mo al detectar el peligro y acorralar a Baalat contra la pared. Estaba claro. El miedo de Baalat desencadenó la tormenta y acabó con la vida de Mo.

¿Había sido poseída como la pobre Meritxell?

Y de pronto lo vi claro. Comprendí lo que le ocurrió a Meritxell.

—¡Fue ella!

—¿Quién?

—¡Meritxell! ¡Ella misma se clavó el cuchillo para destruir a Baalat!

—¿Baalat? —preguntó Gunnar extrañado.

—Meritxell estaba siendo poseída y decidió acabar con ella en el momento en que supo que su cuerpo ya no le pertenecía...

Gunnar me cogió la cara con sus grandes manos y me obligó a mirarle.

—Selene, ¿qué estás diciendo? ¿Meritxell se suicidó?

—No exactamente, pero fue su propia mano quien clavó su cuchillo.

—¿Entonces fue ella?

—Sí, pero no...

—No te entiendo... ¿Estás bien? ¿Qué te ha ocurrido? Anda, explícamelo todo.

Había visto mi vara, había visto mi atame, había sido testigo de mi hechizo, de mi ritual. ¿Podía engañarlo? ¿Me creería si le decía la verdad?

—Soy una bruja.

Gunnar suspiró.

—Ya lo sabía.

Consiguió desconcertarme.

—No entiendo. ¿No té asusta? ¿No te asombra?

Gunnar señaló la desolada inmensidad que nos rodeaba. Estábamos en el epicentro de una isla poblada de brumas, fuego, hielo y seres ocultos. Bajo nuestros pies podía sentir la fuerza del magnetismo de los volcanes y a lo lejos el Askja aparecía como una inmensa caldera hirviendo.

—Esta isla es primitiva. Nuestro volcán Hekla es la puerta del infierno; en el lago Lugarin, cerca de aquí, habita un monstruo de las aguas; en este mismo valle, en invierno se oye rugir a los trolls y, si dejas un pastel en la ventana, lo más probable es que lo robe un elfo. Eso sin contar con los fantasmas familiares. ¿Quieres que me asombre de las brujas?

Me quedé sin respuesta. De acuerdo que Gunnar me había hablado con naturalidad de los seres mágicos, de las sagas de sus dioses y sus leyendas, pero aunque aceptase mi condición de bruja, había algo que no me encajaba. ¿Lo sabía? ¿Cómo?

—¿Lo sabías?

—Me lo dijo Meritxell.

¡Meritxell había vulnerado nuestro secreto sin motivo alguno! Sentí rabia.

—¿Qué te dijo?

—Que me habías embrujado, y tenía toda la razón.

No sabía si Gunnar hablaba en serio o en broma, así que desistí. Había estado a punto de cometer un sacrilegio y afortunadamente me había contenido a tiempo.

—Mi bruja preferida —musitó Gunnar abrazándome cariñosamente.

—¿De verdad no te has asustado por todo lo que he hecho con Lola?

Gunnar negó con la cabeza.

—Has destruido su espíritu y así impides que pueda reutilizar ese cuerpo. Has hecho bien. Ese bicho se interponía entre nosotros, estaba poseído.

—Y en cuanto a Meritxell...

—Sé que tú no la mataste, no insistas.

Sonrió enigmáticamente y confieso que me miró de una forma que me desconcertó. ¿Qué sabía Gunnar? ¿Qué ocultaba Gunnar? ¿Qué quería Gunnar? Y de pronto caí en la cuenta: ¿quién era Gunnar?

Descubrí que a Gunnar no le gustaba hablar de él. Prefería narrarme la saga del gran Grettir el Fuerte, que habitaba cerca de Holar, tierra de gigantes, que luchó y venció al fantasma Glamr, y murió víctima del maleficio de una bruja; o las hazañas de Odín en su viaje a los infiernos o en sus andanzas por los nueve mundos.

Apenas conseguí sonsacarle que no tenía hermanos, que su abuelo, el marinero Ingar, viajó por todo el mundo, que su padre murió hacía muchos años y que su madre era una mujer de gran personalidad con la que no se llevaba bien. En esos momentos no estaba en la isla. Así pues nadie esperaba a Gunnar ni ninguna familia prepararía un festín en su honor ni brindaría tres veces por su regreso como mandaba la tradición.

Gunnar se reservaba el derecho de sorprenderme. Y lo consiguió. Me dijo que pasaríamos por la granja de sus antepasados, que heredó al morir su padre y que nunca había visitado. Recordé lo que dijo Hólmfrídur sobre esa granja abandonada.

—¿Mentiste a Hólmfrídur?

Gunnar rió.

—Se lo merecía, por metomentodo. Quería saberlo todo sobre mí y mi ascendencia. Supongo que pretendía asegurarse de mi limpieza de sangre vikinga.

—Y la engañaste.

Gunnar soltó una carcajada.

—Le expliqué que había nacido en esa granja abandonada y conseguí desconcertarla. Todavía debe de estar recabando informes sobre mí.

—Dijo que tenías un acento extraño.

—En la familia de mi madre hablaban noruego. Soy bilingüe —y volvió a reír—. Claro que eso tampoco se lo dije. Así tendrá en qué pensar.

Gunnar tenía razón. La única forma de responder al control exhaustivo de las Omar era confundiéndolas. Tenía que aprender muchas cosas de mi chico. Los ojos le brillaban y silbaba una canción con reminiscencias celtas.

—Estoy impaciente por ver esa granja. Mi padre me habló mucho de ella.

Durante nuestro largo viaje había ido observando las granjas con las que nos cruzábamos. Algunas, las más antiguas, estaban construidas en turba con techumbres de paja y minúsculas ventanas para eludir el frío de los largos meses invernales. Las

más actuales tenían tejados a dos aguas, ventanales de vidrio y estaban pintadas de vivos colores, respiraban luz y confortabilidad. Pero la granja de Gunnar era especial.

Su aspecto de fortaleza, con sus torres y sus minúsculas almenas defensivas, recordaba más la estética de un castillo medieval que una granja destinada a la cría de caballos y ovejas. Y ante mi asombro Gunnar me confesó que provenía de la primitiva nobleza vikinga.

Me enorgullecí, pero me duró dos minutos. En cuanto aparcamos el coche y nos acercamos vi que la planta de la casa almenada imponía sólo de lejos. De cerca, la fachada estaba llena de grietas que supuse repletas de lagartijas y serpientes, el jardín había sido invadido por la maleza y al avanzar hacia la puerta los graznidos de los pájaros que habían anidado en la buhardilla me alertaron sobre lo que nos encontraríamos dentro. Peor imposible.

Los goznes de la puerta chirriaron con estrépito al empujarla, estaban oxidados y la vieja madera podrida. Tras varios intentos, Gunnar, sudando por el esfuerzo, consiguió moverla. Pero daba lo mismo, porque el interior era una auténtica ruina. Parte del tejado había caído y la lluvia, la nieve y el frío se habían hecho un magnífico hueco al abrigo de sus muros. Era una casa a medio devorar por la naturaleza, que se había enseñoreado de sus paredes y sus suelos. Era una casa viva, poblada de ruidos, de extraños olores, habitada por seres y presencias desconocidas que nos observaban y nos seguían con la mirada. Lo notaba. Me incomodaban sus ojos clavados en mí, podía oír sus respiraciones y sus pisadas sigilosas.

Gunnar sólo dijo:

—Vaya.

Y ese lacónico «vaya» era un poco ofensivo, porque era la misma expresión que uno dice cuando se olvida de cerrar la puerta o se le quema el cazo de la leche, pero no cuando se hunde una casa entera como era el caso.

¿No pretendería quedarse allí? No había ningún lugar donde sentarse. Todo estaba cubierto de agua, lodo y polvo. Por no haber, no había ni electricidad, ni agua corriente. Únicamente una vieja chimenea nos permitiría secar nuestras ropas y calentarnos. Y la cocina, o lo que había sido una cocina, era antediluviana.

La maravillosa granja de Gunnar resultaba a todas luces inhabitable y las historias que le había explicado sobre ella su padre debían de estar mitificadas. ¿Mentimos para seducir a los demás o la memoria nos juega malas pasadas? Mi casita del verano que pasé en Olimpia, con sus porches emparrados y su aroma a jazmín, ¿era inventada? Deméter me dijo que los niños inventamos paraísos y que luego les añadimos habitaciones que estaban cerradas.

En este caso, milagrosamente, un par de habitaciones de la primera planta, aisladas del resto, se habían mantenido en un estado aceptable. Una de ellas era un inmenso y tétrico dormitorio presidido por una gran cama de hierro con un dosel de

terciopelo ajado y sucio. Enfrente, la chimenea. En un rincón cerca de la ventana, a guisa de baño, se conservaba todavía un antiguo lavamanos de porcelana, una bañera de cobre y un gran espejo con marco de plata labrado con filigranas. El mobiliario era de madera noble. Un cofre, una cajonera y un secreter. Y decorando la pared que presidía la alcoba, un sorprendente fresco a tamaño natural de una hermosa dama con atuendo medieval que, estoy segura, fijó sus azules ojos en mí nada más entrar. Lo curioso era que la dama había sido pintada en esa misma sala. Tras ella, inconfundibles, estaban meticulosamente reproducidos el arcón, el secreter y el espejo. Me pareció curioso.

Gunnar me propuso dormir en ese dormitorio. No me seducía nada la idea. Por la chimenea se oía el aleteo de los pájaros, y las arañas habían hecho una laboriosa obra de pasamanería uniendo mediante complicadísimas redes todos los muebles de la sala. Prefería dormir en la tienda de campaña que profanar los dominios turbios de otros.

—No me gusta nada.

—Un par de noches, tres a lo sumo. Encenderé la chimenea y estaremos calientes. Tengo que recoger unas cosas de esta casa.

—¿Qué cosas?

Gunnar suspiró.

—¿Me guardarás el secreto?

—Me encantan los secretos —dije, obviando que yo me reservaba uno muy importante.

—Hay un tesoro escondido.

—¿Aquí?

—En esta casa.

—¡Un tesoro! —exclamé repentinamente interesada—. ¿De qué tipo?

—Joyas —susurró.

—¿Y por qué hablas tan bajo?

—Las paredes oyen —afirmó Gunnar con voz lúgubre.

Y sin previo aviso con su mano escondida me pellizó la pierna a traición. Creí que era una araña, un troll o un ser maligno. Toqué el techo del susto.

—¡No vuelvas a hacer eso! ¡Nunca más!

Gunnar rió durante un buen rato, pero a mí no se me pasaba el enfado.

—Anda, sonrío.

—Esto es una ruina —repliqué señalando la destartalada habitación.

Gunnar simuló ofenderse.

—Está bien, tú lo has querido. Si no te ríes por las buenas, ¡reirás por las malas!

Me tomó en brazos y me dejó caer sobre la cama; luego me atacó a base de cosquillas y besos hasta que a mí se me pasó el enfado. Era imposible permanecer

más de diez minutos peleada con él.

Tras nuestra cariñosa reconciliación, Gunnar se lanzó a la tarea de buscar su tesoro golpeando con los nudillos las paredes y taconeando sobre el suelo de madera. Esperaba hallar una trampilla o un hueco que escondiese su cofre. Por fin había algo emocionante y hermoso en nuestro viaje. Joyas. Y al pensar en ellas, se me aceleró el pulso. Me encantaban las joyas, suspiraba por tener unos pendientes, una pulsera o una sortija, pero Deméter, tan austera, siempre me prohibió tener ninguna.

Y no las tendría. Era improbable, por no decir imposible, encontrar un tesoro en una casa abandonada. Debía de haber sido objetivo de ladrones durante muchos años, como las cámaras mortuorias de las pirámides donde fueron enterrados los faraones con sus tesoros y que acabaron convirtiéndose en el lugar predilecto de los saqueadores de tumbas. No podría encontrar las joyas nunca.

—¿Qué le pasó a esta casa?

Gunnar revisó con cuidado los cajoncillos del secreter y la cómoda.

—Hubo un terremoto y creo recordar que un par de erupciones del Krafla fueron muy potentes y debieron de afectar la zona.

Me callé. En el Mediterráneo no había terremotos y en mi tierra tampoco había erupciones, pero esa casa parecía abandonada desde hacía cien años o más.

—Ya entiendo por qué tu madre no quiso venir aquí.

—A mi madre no le gustaba Islandia.

Me quedé asombrada.

—¿Y dónde naciste tú?

—En Noruega.

—¿No eras islandés?

—Pasé mi infancia en esta isla, junto al océano Ártico, en la costa oeste.

—¿Sin tu madre?

—Venía a verme algunas veces, pero no aguantaba más de quince días seguidos.

—¿Con quién vivías?

—Con criadas.

No era yo la persona indicada para compadecerme de la infancia de otros. Gunnar tuvo una casa, sin madre. Yo tuve madre y me faltó una casa. Me juré que mi hija tendría las dos cosas y por supuesto lo que Gunnar y yo tampoco tuvimos: un padre. No quise preguntarle nada sobre la muerte de su padre por miedo a que me preguntase él a mí. Yo no conservaba su apellido y no sabía ni siquiera su nombre. Deméter me dijo una vez que mi padre era un concertista de violín, que lo conoció en una gira por Europa y que desapareció saludando tras las cortinas de los escenarios sin saber que yo existía.

No quise ponerme dramática ni enturbiar el regreso de Gunnar a su pasado. No obstante, sin desearlo, la casa o sus efluvios me incitaban al pesimismo más negro.

Quería estar alegre y había motivos para ello: Baalat destruida, el misterio de la muerte de Meritxell resuelto, una vida incipiente dentro de mí y unas joyas esperándome. Volvía a sentirme fuerte, animosa y aunque había huido de las yeguas Omar no les tenía miedo. Y sin embargo aquella casa no me gustaba nada.

Hice lo que pude para sentirme menos incómoda en aquella habitación. Limpié el polvo y las telarañas, arranqué las cortinas y la colcha enmohecida de la cama, y cubrí el colchón con nuestros sacos de plumas esponjosas. Baldeé el suelo con agua y abrí las ventanas para que el aire fresco la librase del olor a rancio. Pero a pesar de la mejora evidente, había dos detalles inquietantes: la chimenea y el retrato. El oscuro tiro de la chimenea estaba lleno de ruidos y aleteos y la dama de la pintura no me quitaba los ojos de encima. ¿Podría dormir ahí?

Lo hice y ni siquiera sé cuántas horas o días dormí. La luz dorada y triste que iluminaba esa extraña isla me hacía dudar sobre si las horas que marcaba el reloj correspondían a la noche o al día.

El caso es que cuando desperté estaba sola en la cama. Gunnar había desaparecido y a mi lado quedaba el hueco caliente y vacío de su cuerpo.

Me levanté. Estaba descansada y tenía mucha hambre. Me abrigué y husmeé por la habitación. Abrí las bolsas y saqué un paquete de galletas. Las tragué con glotonería y llamé a Gunnar insistentemente. No respondió. ¿Habría encontrado ya las joyas? ¿Estaría tal vez cavando en el jardín? Miré por la ventana pero no vi a nadie.

Intenté pensar como si yo fuera una mujer que esconde un cofre de joyas preciadas. ¿Dónde las guardaría? ¿En la cocina dentro del tarro de la mermelada? ¿Cosidas en el refajo de mi vestido? ¿Bajo las baldosas de la sala? Todo me parecía peliculero y absurdo. Me dejé llevar por mi instinto de bruja y me concentré.

Mis ojos fueron a parar raudos sobre el secreter. Como su nombre indicaba, ese tipo de muebles guardaba un secreto y..., fuese cual fuese, lo encontraría. Siempre me habían gustado, jugaba a abrirlos en todas las casas en las que recalábamos Deméter y yo. Así pues, me puse manos a la obra y me enfrasqué en ello. Me enfadé conmigo misma un montón de veces. No era nada fácil. Y precisamente por eso me empeñé en resolverlo. Me llevó mi tiempo, el sol palideció mientras estaba absorta en la tarea, las horas fueron pasando sin contarlas hasta que di con el mecanismo. Pulsé en el lugar adecuado, empujé el fondo de un cajón y descubrí el minúsculo espacio donde las señoras guardaban sus cartas de amor y las llaves de sus cajas fuertes. Metí la mano tanteando el hueco vacío y topé con un minúsculo cofrecillo repujado de marfil. Lo abrí con manos temblorosas y me quedé sin aliento. Dentro había una minúscula llave de apenas el grosor de una aguja. La tomé con cuidado entre el pulgar y el índice. ¿Qué podía abrir esa miniatura de llave? Era evidente que alguna importancia debía de tener si la dueña la había colocado con tanto esmero en el

rincón más inaccesible de la casa.

Con la llavecita en la mano y temiendo que se me resbalase entre los dedos y se perdiese irremediabilmente en el resquicio de los tablones de abedul del suelo, inspeccioné las patas del secreter, sus cajones, sus resortes..., sin hallar ni rastro de ninguna cerradura en miniatura.

Iba a desistir cuando me sentí observada. Alcé la vista y noté los ojos azules de la dama del fresco clavados en mi mano. Fue una intuición, pero me fijé en el secreter pintado sobre la pared. Me aproximé con pasos vacilantes y a punto estuve de reprimir un grito. Efectivamente, en el secreter pintado uno de los cajones estaba cerrado con cerradura, cosa que no sucedía con el original. Entonces, era probable que esa cerradura oscura y pintada fuese real y no una reproducción. Acerqué una silla, me subí encima y quedé cara a cara con la blanca señora. Estaba tan cerca que veía perfectamente las venas translúcidas de su cuello bajo la gargantilla de perlas que lo vestían. Y sus ojos. Sus ojos brillaban y parecían estar vivos. Evité coincidir con ellos y con mucho cuidado acerqué la pequeña llave a la pequeña cerradura. La introduje y la llave se hundió con suavidad en la pintura de la pared.

El corazón me dio un brinco. Con manos temblorosas giré la llave a la derecha y la cerradura me obedeció. Al instante tiré del cajón hacia fuera, suavemente, y pareció deslizarse mágicamente. Tras el fresco se escondía una caja fuerte. Contuve la respiración. Dentro del cajón había un cofre. Lo saqué con cuidado, lo abrí y por poco no me caigo de la silla.

No daba crédito. Estaba repleto de joyas deslumbrantes. Anillos, broches, collares y pendientes. Sumergí mis manos en ellas y las acaricié extasiada. Gunnar tenía razón. Era un verdadero tesoro. Por esas piedras preciosas muchos habrían dado la vida. Cerré con cuidado el cajón de la pared y me guardé la llavecita en mi bolsillo. Bajé de la silla, me senté ante el secreter y allí, sobre la mesa de caoba, vacié el cofre. Era como un sueño. Me enloquecían las joyas y me las probé todas. Llené mis dedos de sortijas y jugué a aletear mis manos cubiertas de turquesas y esmeraldas engarzadas en oro. Me puse unos preciosos pendientes de rubíes y me colgué un broche de diamantes al cuello.

Llevaba encima una verdadera fortuna. Era un tesoro maravilloso, pero era de Gunnar y su familia. Aunque..., si me quedaba con un recuerdo, nadie se daría cuenta de ese detalle. Y me quedé con una sortija de esmeralda. No sé por qué, pero me gustó y me la coloqué en el dedo anular. Me quedaba precioso, elegante, había sido hecha para mí. Al fin y al cabo, pensé, nadie me ha visto. Pero me equivocaba.

Junto a la puerta de la habitación, de pie y sonriente, como esperando una orden mía, apareció una sonrosada muchacha vestida como una campesina medieval. Tenía el aspecto saludable de quien regresa del gallinero con la cesta llena de huevos frescos para el desayuno. Era tan rolliza y tan sana que ni por un instante se me pasó

por la cabeza su verdadera naturaleza.

Me miraba con muchísima curiosidad. Fingí naturalidad y cerré el cofre, lo metí en el cajón y cerré el secreter como habría hecho una señora.

—Hola. ¿Cómo te llamas? —le pregunté sin ningún miedo.

Del respingo creo que tocó al techo.

—¿Me está hablando?

—Claro.

—Entonces... ¿me está viendo?

—Como tú a mí.

La joven sonrosada puntualizó:

—Perdone, yo estoy muerta; a mí no me puede ver nadie, o casi nadie.

El respingo lo pegué yo. Me hice cargo enseguida de la situación. Estaba muy sorprendida. Era mi primer fantasma, mi primera visión. En realidad casi ninguna Omar tenía la facultad de visionar a los espíritus errantes, excepto alguna médium capaz de ponerse en contacto con ellos. De niña, junto con Deméter, visitamos a un par de videntes que charlaron con mi abuela Yocasta, la madre de Deméter, pero acabaron discutiendo. Mi abuela Yocasta, que era de la vieja escuela, reprendió a su hija por no maquillarse el cutis, por no teñirse el cabello y por comerse las uñas. Mi abuela Yocasta era muy coqueta y Deméter la fastidió vistiendo siempre como una pordiosera —palabras textuales de Yocasta— y negándose a pisar jamás una peluquería. El caso es que Deméter se enfadó con ella, dijo que ya había tenido bastantes reprimendas cuando estaba viva y desde entonces no volvió a comunicarse más con la abuela.

La muchacha me miraba con los ojos como platos.

—Aún no me has dicho tu nombre —la increpé.

—Arna, señorita.

—Soy Selene.

Hizo una graciosa reverencia y me presentó sus respetos.

—Lo que usted mande, señorita Selene.

Debía de estar acostumbrada a servir.

—¿De dónde sales si se puede saber?

—Viví y morí en esta casa. ¿Y usted?

—He venido con Gunnar.

—¿Gunnar?

—El dueño de esta casa.

—No se llama Gunnar.

—¿Ah, no?

—No.

—Ha dormido aquí a mi lado.

—Ése es Harald.

Estaba atónita.

—¿Harald?

Arna suspiró.

—Lo he reconocido enseguida. Es como él.

—¿Como quién?

—Como mi pequeño Harald. Era tan guapo y tan travieso. Mi pequeño Harald. Cómo ha crecido.

Me resultaba extraño que Arna llevase aquella ropa tan antigua: esa cofia, ese pañuelo, esa falda de lana hasta el suelo y el delantal bordado. Hasta el mismo peinada con el moño trenzado sobre la coronilla resultaba antiquísimo. Era un atuendo vikingo.

—No estamos hablando del mismo niño —objeté—. Tu Harald fue un antepasado de Gunnar.

—Mi Harald —me confesó con nostalgia— tallaba caballitos de madera y se disfrazaba de Odín.

Me reí. Gunnar también había heredado esa afición por el disfraz y la artesanía. Entonces estaba en lo cierto. Esa muchacha limpió los mocos al tatarabuelo de Gunnar, le lavó las rodillas y le dio sus primeras cucharadas de sopa.

—Háblame de Harald —le pedí.

Arna no deseaba hablar de otra cosa.

—Un verdadero terremoto. Le picaron las abejas por disputarle la miel a un oso y, aunque llegó a casa hinchado y cubierto de heridas, trajo el panal consigo.

—¿Era bueno en la escuela?

—¿La escuela? —se sorprendió Arna—. Harald tenía maestro de armas y un instructor.

—Como un rey.

—Claro, un rey necesita su instrucción. La señora lo dispuso así.

—¿Qué señora?

Arna se puso nerviosa repentinamente. Con un gesto me indicó la pintura de la pared. La mirada profunda de los ojos azules me traspasó como una daga.

—¿Ella era la madre de Harald?

—La señora.

Me levanté intrigada y contemplé el retrato desde otra perspectiva nueva, procurando esquivar su mirada. ¡Claro que me recordaba a alguien! Gunnar se parecía mucho a ella: esos pómulos angulosos, esa frente despejada, los ojos de un azul acerado, el cuello esbelto.

—¿No te gustaba?

Arna se sintió incómoda.

—Prefiero no hablar en su presencia.

—Sólo es un fresco, una pintura.

—Ella lo oye todo.

—¿Le tienes miedo?

Y Arna, la alegre muchacha que enseñó a caminar a Harald, se echó a llorar.

—Me hizo caer al río.

—¿La madre de Harald?

—Me ahogué en el agua helada.

No dije nada. Tenía que ser horroroso morir de frío, con la ropa empapada aprisionándote las piernas e impidiéndote moverte, con el agua transformándose en hielo y el hielo atenazándote la vida.

—Debió de ser un accidente.

—No lo fue. Harald no estaba en su cama y la señora me obligó a ir a buscarlo al río y de noche. Era invierno, no había luz. No veía nada.

—¿Y resbalaste?

—No. Me empujó el troll.

Vaya. Una muchacha embrollada.

—¿Qué motivos tenía el troll para empujarte?

—Odiaba al pequeño Harald y quería estropear su juguete.

—¿Qué juguete?

Arna se enfadó.

—Yo era el juguete de Harald, mi rey; yo era su juguete preferido. Conmigo reía, chapoteaba, cantaba, era lo que más le gustaba. Y el troll me tiró al río para fastidiar a mi rey.

No sabía si reír o llorar por aquella patética y absurda historia.

—¿Y te maldijo el troll?

—La cocinera. Mi pequeño Harald estuvo veintiséis días llorando y pataleando sin parar y no la dejó dormir.

Un graznido de pájaro nos interrumpió. Arna, a pesar de ser un fantasma, no parecía tenerlas todas consigo y miró con prevención la chimenea. A pesar de estar encendida, dijo:

—Tenga cuidado, tenga mucho cuidado. Se cuelan por todas partes y, si se confía, le picotearán los ojos.

—¿Quiénes?

—Los pájaros: cuervos, avefrías, frailecillos... Todos viven aquí. ¿No los oye?

Efectivamente, oía sus aleteos y sus pasos apresurados resonando en las maltrechas vigas de la buhardilla.

—La vigilan. A mí también me vigilaban. Luego se lo explicaban a ella. Y me reñía.

Un escalofrío me recorrió el espinazo.

—¿Ella?

—La señora.

Palidecí mirando el retrato. Aquellos ojos azules estaban clavados en mí, acusándome de intrusa y ladrona. Señalaban mi indiscreción al guardarme la sortija de esmeraldas y querer saber demasiadas cosas. Me invitaban a marcharme. Gunnar no había tenido una buena idea llevándome a esa granja.

Oí pasos en la casa. El ruido inequívoco de un arma al cargarse y la voz ronca de un hombre gritando por el hueco de la escalera o lo que quedaba de ella.

—¿Hay alguien ahí?

Salté de la cama y me vestí decentemente a la carrera mientras gritaba:

—¡Un momento!

Al abrir la puerta, la sonrosada Arna ya había desaparecido como por ensalmo. En la planta baja me encontré encañonada por un arma.

—¿Qué pasa?

—Yo hago las preguntas, señorita. ¿Quién es usted y qué hace aquí?

Era un granjero calvo, con barriga y papada, al que los años le habían añadido kilos y mala baba. Olía a colonia fresca y tenía el pelo salpicado de paja, pero empuñaba el arma con mucha determinación.

—He venido con Gunnar, el dueño de esta granja.

—¿Gunnar? Aquí no vive ningún Gunnar.

—Esta casa es de su familia. Llegamos ayer.

—No es cierto, su coche entró en la finca hace una semana. Lo he estado controlando.

No podía creerlo. ¿Había estado durmiendo una semana? ¿Era acaso la Bella Durmiente? ¿Y qué había comido y bebido durante todo ese tiempo?

—No puede ser —repetí.

—Desde luego. Gunnar o como se llame su marido la ha engañado. Esta casa está abandonada desde hace mucho tiempo y nadie ha pasado por aquí desde que yo tengo uso de razón. Y de eso hace más de cincuenta años.

—Su abuelo era un tal Ingar. ¿No ha oído hablar de él?

El vecino bajó el arma.

—¿Ingar? Sí, lo conocí cuando yo era un niño, pero dicen que desapareció en el mar.

—¿Y a su hijo Einar? El padre de Gunnar.

El hombre dudó, y definitivamente se puso el arma a la espalda y no me respondió. Sólo me amenazó con el dedo.

—Si no se van, tendré que llamar a la policía.

Y se fue tan expeditivamente como había llegado, dejándome sola y confusa.

¿Dónde estaba Gunnar? ¿El fantasma de Ama era real o había sido una alucinación? Miré en torno a la casa. Ni me enteré de que había oscurecido y comenzaba a llover. Lo noté al mojarme y oír el silbido del viento. Corrí a buscar refugio para guarecerme y fue entonces cuando oí un ruido de pasos en la planta superior.

—¿Quién anda ahí? —grité.

No obtuve respuesta. Simplemente el ruido aumentó de intensidad.

—¿Gunnar? —aventuré sin tenerlas todas conmigo.

Si estaba acompañada en aquella casa, quería conocer por quién: subí a tientas la vieja escalera de madera y, al alcanzar la última planta, me quedé horrorizada. Centenares de estorninos, frailecillos, cuervos y avefrías se amontonaban y se confundían en una mancha borrosa y palpitante de la que sólo se distinguían los ojos. Todos clavados en mí.

Era una buhardilla apestosa y cubierta de guano y plumas, con el techo hundido y la madera podrida. Yo estaba literalmente rodeada de ojos, ojos feroces que me escrutaban, que me estudiaban con frialdad mientras el monótono sonido de la lluvia al caer amortiguaba un sordo rumor de alas. Me estremecí. Me recordó el sonido de los cargadores que precede a la infantería. No llevaba conmigo ni mi vara ni mi atame. Estaba indefensa, así que poco a poco fui retrocediendo. Los pájaros tomaban posiciones, me acorralaban, iban a por mí.

Instintivamente intenté proteger mi espalda contra la pared, pero al apoyarme contra una viga carcomida noté claramente cómo algo sinuoso reptaba por mi cuello y se escondía entre mi pelo. Muerta de asco, hurgué entre mis rizos y atrapé al repugnante bicho. Era una serpiente de tacto viscoso y, con auténtica histeria, la lancé lejos, de un manotazo, y grité.

Y como si mi grito hubiera sido la señal que esperaban para atacar, un cuervo bajó en picado desde el cielo oscuro y, graznando, se echó sobre la serpiente, la apresó limpiamente y la lanzó sobre la marabunta, que dio buena cuenta de ella en pocos segundos. Luego sobrevoló mi cabeza en círculos concéntricos, mareantes, intimidadores, hasta que, sin previo aviso, también se lanzó contra mí y clavó su pico en mi cara. Por suerte bajé la cabeza y me hirió en la frente en lugar de en el ojo contra el que había dirigido el ataque. Golpeé al cuervo con la mano, pero al levantar la vista para ahuyentarlo contemplé cómo en el tejado herido de la casa cientos de pájaros afilaban sus picos dispuestos a echarse sobre mí.

Arna me había advertido. Las Omar me habían advertido.

En los ojos de ese cuervo reconocí la mirada fría de Baalat.

Baalat se había reencarnado de nuevo y, puesto que como cuervo no podía arrebatarme la vida, había conseguido embrujar a todos los pacíficos habitantes de la buhardilla. Estaba rodeada de enemigos y la Odish acabaría conmigo y mi niña.

Quise huir pero no atinaba a dar con la salida. Las paredes, los pájaros, el suelo,

los peldaños de las escaleras se me venían encima. Completamente aturdida, me agaché haciéndome un ovillo y los pájaros se echaron sobre mí. Primero uno, luego otro y otro. Me picotearon las manos con las que yo me cubría la cara para protegerme los ojos. Sentía la sangre caliente correr por mis brazos y los graznidos enloquecidos de las aves. En mi cabeza comenzaron a bailar imágenes y palabras, confundía años, cifras, edades y nombres y comprendí que, si me quedaba allí, moriría.

—¡Selene! —oí como en un sueño—. ¡Selene! —reconocí la voz de Gunnar llamándome.

Y aunque no podía contestarle porque los chillidos de las aves tapaban mi voz, repté desesperadamente hacia el lugar de donde surgía su llamada, arrastrándome sobre la montaña de guano y tanteando a ciegas el hueco de la escalera.

—¡Selene! —volvió a gritar Gunnar, esta vez más cerca.

El hueco de la escalera estaba ahí, no conseguí ponerme en pie y me dejé caer rodando sobre los peldaños de madera, sin calcular el impacto de la caída. Fue más o menos como tirarse a una piscina sin agua. Rodé protegiéndome el vientre, más preocupada por mi pequeña que por mi cabeza, hasta que algo duro me golpeó la sien y me desmayé en los brazos de Gunnar, que a pesar de su rapidez no pudo evitar el golpe.

No llegué a oír los disparos del granjero que, con el alboroto, había dado media vuelta y que llegó poco después que Gunnar. A pesar de ser un malcarado y un metomentodo, gracias a su coche me salvó la vida.

Desperté dolorida en un hospital y en lo primero que me fijé fue en un tubo de plástico sujeto a una bolsa que se introducía en una vena de mi brazo. Me habían hecho analíticas de sangre y me alimentaban por suero. Aún estaba bajo el impacto del susto y una idea me martirizaba. Baalat podría reencarnarse en cualquier animal. Baalat podría ser un simpático frailecillo, un bonito gato o un leal perrillo faldero. No se me había ocurrido pensar que deshaciéndome de Lola no me deshacía de Baalat. Ingrid, la gran experta en la Odish nigromante, apuntó que también podía usurpar los cuerpos de muertos o niños. No estaría segura en ningún sitio, excepto en un lugar tan desolado en el que no hubiese vida. Ni siquiera cementerios.

Tenía que huir, tenía que irme lejos para salvar a mi hijita.

La puerta se abrió y entró por ella Hólmfríður. Clavó sus ojos gatunos y amarillentos en mí.

—Estupendo, ya te has recuperado.

Desesperada, miré hacia todos lados. Imposible salir corriendo. Estaba encadenada a un poste y Hólmfríður me cortaba la retirada. ¿Cómo me había encontrado? ¿Y Gunnar? ¿Dónde estaba Gunnar?

Me acarició la frente y me tomó la mano.

—Mi querida niña, qué susto nos has dado. Suerte que ya pasó todo.

Björk, la encantadora abuelita, asomó la cabeza detrás de ella. Al verme despierta me dedicó una sonrisa fingida. En lugar de una anciana pacífica, me pareció una carnicera sedienta de sangre.

—Bienvenida de nuevo, Selene. Lo tenemos todo dispuesto ya.

Me invadió un sudor frío. Habían dispuesto mi fin. Habían preparado el exorcismo contra Baalat. Mi cuerpo, en esa ceremonia, sería un simple pelele sin importancia, porque la batalla que librarían las brujas Omar contra Baalat tendría a mi cuerpo como adversario y yo sufriría las heridas que infringirían a Baalat: yo lloraría, yo suplicaría tregua, yo caería desmayada y mi pequeña no lo resistiría. Y tal vez yo tampoco. Siempre les quedaba el último recurso, que era acabar con mi cuerpo y clavar un cuchillo en mi corazón como hizo Meritxell. Pero todo eso no tenía ningún sentido porque yo ya no estaba poseída.

—¡Maté a Baalat, se escondía bajo la forma de un hámster! —dije intentando hacerles comprender que no estaba poseída.

Pero en lugar de la sorpresa de Hólmfríður, me encontré con su actitud arrogante. Estaba tan convencida de mi posesión que mis palabras le sonaban a desvaríos de loca. No me escuchaba.

—Tranquilízate, Selene, tienes que estar tranquila.

Lo último que podía estar era tranquila.

—Baalat intentaba poseerme pero no lo consiguió.

Hólmfríður notó mi agitación y me tomó las manos.

—No te asustes, Selene, estás a salvo con nosotras. Te llevaremos a un lugar seguro y te libraremos de la Odish fenicia que te posee.

—¡¡¡No me posee!!!

Hólmfríður y Björk intercambiaron una mirada cómplice, una mirada de inteligencia que disfrazaba su convencimiento de que yo no sabía lo que me decía.

—Claro que sí, bonita. Baalat ya no te posee. Estás libre de la posesión.

Intenté razonar con ellas.

—Meritxell se clavó el atame a sí misma porque estaba a punto de perder su voluntad. Baalat la había poseído casi por completo.

—Eso lo dirás ante el tribunal.

—¡No quiero ningún tribunal! ¡Explicádselo a mi madre, ella lo entenderá!

—Llamaremos a Deméter, no te preocupes.

—No quiero que me exorcicéis.

—No lo haremos —mintieron.

Cada vez me sentía más acorralada. Necesitaba a Gunnar. Pálida y muy asustada, formulé mi pregunta con un hilillo de voz.

—¿Y Gunnar?

Hólmfríður sonrió.

—Gunnar se ha portado estupendamente. No sólo cuidó de ti sino que fue él quien nos avisó.

Se me partió el alma.

—¿Gunnar os avisó?

Hólmfríður me guiñó el ojo.

—Está muy enamorado. Has tenido suerte.

Gunnar era mi última oportunidad. No podía dejarme en manos de esas brujas. Apuré mi último cartucho.

—Por favor, quiero ver a Gunnar, a solas.

Hólmfríður se retiró y me dejó temblando de miedo. Tenía que actuar deprisa. Por la puerta, en cualquier momento, podía volver a aparecer Hólmfríður o cualquier bruja Omar. Me mirarían como a una apestada y me acusarían de ser Baalat, de estar poseída por ella y de representar un peligro para la comunidad por haber clavado mi atame en el pecho de Meritxell. Pero si me quedaba sola, Baalat, la sanguinaria, transformada en pájaro, serpiente o roedor me daría caza y acabaría poseyéndome de verdad. ¿Qué podía hacer? Y la angustia de la búsqueda inconcreta tomó nombre. Gunnar era mi único refugio.

Pero estaba en una camilla y, cuando quise incorporarme, una mano me lo impidió.

—No te muevas.

Era Gunnar. Quise gritar de alegría pero tenía la garganta seca. Mi vikingo vertió unas gotas de agua en una gasa y me humedeció los labios. Sentí alivio y poco a poco me fui acordando de todo. Así pues estaba viva aunque magullada.

—Gunnar, por favor, vámonos ya, llévame a Groenlandia.

—Tranquilízate.

—¿Por qué las llamaste?

—No hables.

Lo intenté. Intenté respirar con normalidad.

—¿Me he roto algo?

—Eres de goma.

A pesar del reproche cariñoso, tenía una mirada sombría. ¿Qué había hecho mal? ¿No tendría que haber subido a la buhardilla?

—¿Qué me pasó?

—Era una colonia de pájaros y los incomodaste. Nunca atacan pero se sintieron invadidos.

—Eran muy agresivos —me defendí.

—En cuanto te saqué de su territorio te dejaron en paz.

Y me respondió con otra pregunta:

—¿No tienes nada que decirme?

—¿Sobre qué?

—Algo que yo tenga que saber.

Todo había sido un sueño. No podía ser cierto todo lo que me había sucedido. No podía hablarle de Arna, aunque...

—Encontré las joyas.

Gunnar se sorprendió.

—¿Dónde estaban?

Me enorgullecí de mi descubrimiento.

—En la pintura de la pared, dentro de un cajón. Las dejé en el secreter.

Gunnar no asimilaba mis noticias.

—Vaya, guardas más de un secreto.

—¿Yo?

—No me dijiste que estabas embarazada.

¡Era eso! Gunnar se había enterado por los análisis.

—Te lo quería decir.

—¿Cuándo?

—Aún no estaba segura.

Gunnar parecía triste.

—Podría haber sido una magnífica noticia, pero ahora lo has echado todo a perder.

Se me encogió el corazón.

—¿El qué?

—El viaje, Selene. Lo tengo todo dispuesto y no puedo volverme atrás.

—¿Qué quieres decir con eso?

Gunnar estaba sufriendo. Lo notaba. Pugnaba por abrazarme, pero mantenía la distancia para conservar la cordura.

—No puedes venir conmigo.

Estaba horrorizada. ¿Cómo podía decir eso? El que hablaba no era Gunnar. Le había salido una arruga en medio de la frente. Los hombres pacientes cuando se enfadan lo hacen sin paliativos. Se les endurecen las facciones.

—¡No puedes hacerme eso! —grité.

Y Gunnar se enfureció.

—Tú tampoco y ya es la segunda vez, Selene. ¡La segunda vez que tuerces mi vida a tu antojo!

Yo callé avergonzada. Sabía a lo que se refería y me di cuenta de que no lo había olvidado. Ni yo. Meritxell y su triste recuerdo eran como un iceberg a la deriva que acabaría por hundir nuestro barco. Habíamos empezado mal, lo admitía, pero yo era

tozuda y por encima de todo quería a Gunnar.

—¿No quieres saber nada de nuestro bebé? Será una niña.

Gunnar tembló levemente.

—Será hermosa y valiente, como tú. La estoy viendo.

Vislumbré una esperanza. Gunnar estaba emocionado por la perspectiva de ser padre.

—Tendrá tus ojos.

Gunnar sonrió y añadió:

—Y tus piernas.

—Se llamará Diana.

—Bonito nombre.

Me quería. Quería a mi niña. No podía dejarme.

—¿Entonces por qué no quieres que te acompañe?

—¿No comprendes que las cosas han cambiado? Tendrás un bebé, necesitarás cuidados, el lugar adonde vamos es inhóspito, despoblado...

Yo estaba dispuesta a entenderlo todo. Gunnar estaba pálido y miraba lejos.

—Llévame contigo, por favor.

Gunnar apretó los nudillos y esperé a que continuara.

—Hólmfrídur te cuidará y procurará que vuelvas con tu madre.

Hablaba lentamente, casi empujando las palabras, como si fueran niñas miedosas que se negaban a bajar por el tobogán.

Yo sentí el gusto de las lágrimas, pero no lloré.

—No quiero. Quiero estar contigo.

Gunnar lo intentó de nuevo, sin convencimiento.

—Es peligroso para ti.

Masticaba las palabras como si las escupiera, como si no le saliesen del estómago sino de un dictado telefónico. Repliqué con rabia:

—¡No puedes decirme eso de verdad! ¡Dime que no quieres decírmelo!

Gunnar no me miraba. Retiró la cara y suspiró.

—Selene, por última vez: coge tus cosas y vete lejos, ahora, sin mirarme. Después será demasiado tarde.

Y lo dijo con tal falta de convicción que supe que tenía la partida ganada. Hice lo contrario.

—Dime que me quieres.

Y le cogí la mano. Temblaba como una hoja.

—Te quiero —musitó—, con locura.

Era justo lo que quería oír.

—Me quedaré contigo.

Gunnar me apretó tan fuerte que me hizo daño.

—Selene, te arrepentirás.

Me importaba un pimiento. Sin hacer caso del suero ni de mis heridas, me incorporé y lo besé. Gunnar me besó arrebatadoramente, como si fuera a echarme a volar como un pájaro y quisiera retenerme, pero también vi cómo caía una lágrima por su mejilla. Yo era muy joven y muy tonta. Creí que lloraba de emoción y que la pasión era la brújula de nuestras vidas.

Gunnar me acarició el cabello tiernamente, como sólo sabía hacerlo él.

—Prométeme que no me harás preguntas.

Acepté sus condiciones sin rechistar.

—Lo prometo —dije mordiéndome la lengua de curiosidad por todo aquello que no me había dicho.

—Y que pase lo que pase, no me odiarás.

—Lo prometo —dije estúpidamente.

Y tampoco sabía que nunca podemos comprometer nuestros sentimientos futuros.

—Conmigo estarás a salvo —susurró Gunnar.

Y me tranquilizó. Eso era lo que yo quería. La certeza de que alguien me protegiera. A mí y a mi hija.

—Nos refugiaremos en los hielos eternos, en un lugar deshabitado.

—¿Sin nadie?

—Solos tú y yo. Los dos solos.

Ni siquiera pregunté dónde. Yo creía ingenuamente que el único lugar seguro del mundo era junto a Gunnar y mi pequeña Diana.

Y ahí empezó mi verdadera pesadilla.

* * *

Selene frenó el coche en una callejuela sombría. Estaban en una pequeña ciudad de provincias y Anaíd ni siquiera se había fijado en el nombre, de tan absorta como estaba con las explicaciones de Selene. Su madre se dispuso a aparcar.

—Descansaremos aquí. Tengo que hacer un trámite.

—¿Y me dejas así colgada? —protestó Anaíd.

—¿Colgada?

—Aún no he nacido.

Selene carraspeó.

—Ya lo sé.

—Quiero saber quién soy. Dónde nació. Si Gunnar es mi padre. Porque ahora estoy hecha un lío. Creía que yo... Pero... ¿quién es Diana?

Selene no respondió directamente a la pregunta de Anaíd. En lugar de eso metió

la marcha atrás, aparcó impecablemente y señaló con la cabeza hacia un restaurante.

—Comeremos algo primero.

Anaíd se revolvió contra ella.

—Antes de comer me gustaría saber quién soy.

Selene fue dura.

—Te dije que no te gustaría saberlo.

—Vale, supongamos que no soy hija tuya. ¿Por qué esperas tanto para decírmelo?
¿Tan difícil es?

Selene cerró las llaves del contacto y bajó la cabeza avergonzada.

—Es difícil decirte de buenas a primeras quién eres y de dónde vienes. Por eso voy a ser muy meticulosa y a explicártelo todo por orden. ¿Me oyes? Aunque me chinces o te enfades, no conseguirás que me salte ningún episodio. Si lo hiciese, te confundirías.

Anaíd palideció.

—¿No lo soportaré?

—¿El qué?

—Saber quién soy.

Selene suspiró y salió del coche invitando a Anaíd a acompañarla.

—Es importante que entiendas tu misión y te responsabilices tú misma de lo que te toca hacer. Y para eso necesitas conocer tu historia y los peligros que te acechan.

—Y cuando los conozca y asuma quién soy..., ¿qué haremos?

—Te adiestraré y te mostraré el camino que debes seguir.

—¿Adiestrarme?

—En la lucha contra las Odish.

—Ya sé luchar contra las Odish. Aprendí con Aurelia, una serpiente luchadora.

—Lo sé, pero no es suficiente.

—¿Por qué? ¿Tú qué sabes de luchar contra las Odish? Sólo huías de ellas y de las Omar.

—Te equivocas. A mí me adiestró una Odish.

Anaíd se quedó inmóvil mirando a Selene y tras ella vio un rótulo luminoso que la fascinó. Un café—Internet. Se quedó embobada hasta que Selene le dio un empujón cariñoso.

—¿Has visto un fantasma?

Anaíd reaccionó y volvió a la realidad.

—Entonces... ¿tenían razón?

—¿Quiénes?

—Gaya, Elena y otras. Dijeron que habías pactado con las Odish, que habías sido una de ellas.

Entraron en el restaurante y Selene escogió una mesa de un rincón y obligó a

Anaíd a sentarse en la esquina más sombría. Casi pasaba inadvertida.

—Anda, pide.

—No tengo hambre.

—Pediré por ti.

Anaíd dejó la carta sobre la mesa. Le quemaba la dirección del chat donde podría encontrar a Roc. Estaba rabiosa con Roc.

—No te molestes.

—No es molestia, tendrás que aprender muchas cosas además de aprender a luchar. Tendrás que aprender a sobrevivir, a quererte, a ser valiente y a aceptar las derrotas.

Anaíd se revolvió.

—¿Valiente como tú, que escapaste de la justicia? ¿Responsable como tú, que quedaste embarazada con diecisiete años? ¿Honrada como tú que hiciste trampas a tu mejor amiga y embrujaste a su novio para enamorarlo?

Selene dio un fuerte golpe sobre la mesa.

—¡Basta!

—¿No te gusta? ¿Y por qué me lo has explicado?

Selene se encaró.

—Porque tenías que saberlo y, aunque me perdieras el respeto, tenías que aprender de mis errores y mis equivocaciones. No quiero que los repitas.

—¿Por qué tú podías equivocarte y yo no?

—Porque tú eres la elegida.

Comieron en silencio. Anaíd masticó la carne una y mil veces hasta conseguir una bola imposible de tragar, pero Selene, con los ojos echando chispas, le obligó a tragarla.

Salieron juntas del restaurante. Selene la agarró por el brazo y caminaron pegadas contra el muro y resguardándose en la sombra. Se detuvieron ante la puerta de un cine y Selene se dirigió a la taquilla. Regresó con una entrada y se la ofreció a Anaíd.

—Siéntate en un lugar apartado. Quédate quieta en tu asiento y no hables con nadie. ¿De acuerdo?

—¿Qué película ponen?

—Ni lo sé ni me importa.

Anaíd miró la cartelera de reojo. A ella también le daba lo mismo porque se le acababa de ocurrir una gran idea. Era peligroso, pero en ese momento le daba todo igual.

—¿Y si me duermo?

—Duerme, mejor para ti.

Entró en el cine sin besar a Selene. Le hubiera sabido a beso traidor. No llegó ni a sentarse en la butaca. Simplemente esperó unos segundos tras la cortina y, en cuanto

su madre desapareció, Anaíd se escabulló de la sala de proyecciones donde apenas unas cuantas parejas aprovechaban para besarse a oscuras.

Evitó hablar con nadie y comprobó la hora de finalización de la sesión. A las seis y media. Se prometió que a las seis y veinte estaría en la puerta del cine.

No le hacía falta ninguna averiguación especial, ni siquiera preguntar a nadie. Lo había visto de camino hacia el restaurante. Era un café de internautas.

Se sentó ante un ordenador con un refresco delante, entró en el Messenger y se agregó a Tuiyo15@hotmail.com.

Su nick «¡Bailemos astal amanecer!, lokamente, absurdamente tuyo» consiguió hacerla sonreír y hacerle olvidar momentáneamente su enfado. Roc era genial.

—Hola, Anaíd —se adelantó Roc— Bailemos astal amanecer... raudo a saludarla.

—¿Tiens prisa x deirme adiós? —tecleó coqueta Anaíd.

—Staba sperándote.

—¿M as sperado tol día? !!

—Hace mxo tmpo k t spero.

—¿No m as dxo hoy k kerías cortar? ©

—Lo e dixo xk soy egoísta.

—¿Egoísta?

—T kiero enterika, kiero vrte y kiero k m kieras. ©

—¿Sabías k m stoy arriesgndo x hablar contgo?

—M gusta. M enknta. ¿Soy importnte para ti entonces?

—Pos klaro.

—Dme dnde stás y vnngo a verte.

—No pde ser. ¡Impsible!

—Humo.

—¿Eign? ¿¿Humo??

—¡No t arriesgas! Tiens miedo. ¿Has pensado en mí?

—¡Pos klaro, tonto! ©

—Hazlo ahora. Pnsa en mí ahora mismo. Kncentrate.

—T stoy viendo. Ts ojos ngros, tu pío rizado. ¡¡Siempre lo hago!!

—No... Mira dntro d mí. Cierra ls ojos. ¿K ves?

Anaíd dudó unos instantes.

—¡Eo!! ¿K tas??? Dime: ¿k ves?

—Oscuridad.

—¿k+?

—Niebla.

—Pídemelo.

—¿Pedírtelo?

—Sí, pídemelo. Pídmeme verme. Dime ven...

—¡Kiero verte! ¡¡Ven!!

—Lo haré, muy prnto apareceré.

—¿Kmo? ¿Stas loko? ¡¡Ni skiera te dixo dnd stoy!!

Y en ese mismo instante Anaíd sintió un calambre en su mano y su pantalla se oscureció. Menuda porquería de aparatos. Se había interrumpido la conexión. ¿Qué pretendía Roc con ese juego tan atrevido? ¿Pensaba realmente aparecer en cualquier momento y sorprenderla? No sabía cómo tomárselo. Si bien su ímpetu la complacía, le daba un pelín de miedo su carácter lunático. Hoy blanco, mañana negro. Te machaco porque te quiero. ¿Y si Roc no era como ella creía que era? Le daba igual. Estaba muy, pero que muy colgada.

Y aunque lo intentó, le fue imposible volver a conectarse. Demasiado tarde. Su reloj indicaba las seis y diez.

Salió zumbando del café—Internet y entró en el cine a tiempo de confundirse con la salida de los espectadores. Dio media vuelta y se dirigió hacia la puerta desperezándose y frotándose los ojos como si se acabase de levantar de una butaca en una sala oscura.

Selene la esperaba con una sonrisa picara.

—Tengo un par de sorpresas.

Anaíd le siguió el juego.

—¿Cuáles?

Selene le mostró unas llaves.

—Ahora tenemos una autocaravana. Seremos independientes.

Y la acompañó hasta el aparcamiento donde las esperaba un magnífico vehículo con cocina, baño, dormitorio y salón. Todo en uno. Ideal para vivir, para viajar, para esconderse.

—Venga, sube.

Anaíd subió a su nueva vivienda. Sabía que durante mucho tiempo constituiría su refugio y su casa.

—Nadie te verá, nadie hablará contigo innecesariamente.

Anaíd asintió.

—¿Qué tal la película?

Pero Anaíd contraatacó con otra pregunta:

—¿Cuál es la otra sorpresa?

—Esta noche, cuando acampemos, te haré tu regalo de cumpleaños. Pero antes tienes que saber más cosas de tu historia.

Capítulo 11: El desierto helado

Todo sucedió muy rápido. La huida de Islandia, mi cumpleaños, los primeros movimientos de mi bebé y la llegada del invierno. A lo mejor hubo un mes de diferencia entre cada suceso, pero en mis recuerdos casi todo está entremezclado. Y el motivo de la confusión fue ese color blanco que lo impregnaba todo.

Desde que pusimos los pies en el continente helado que Erik el Rojo, tramposo como él solo, bautizó como tierra verde, Groenlandia, o sea Greenland, los colores dejaron de existir. Sólo reinaba el blanco. La tierra era blanca, la costa era blanca, los valles eran blancos, el mar blanco, las montañas blancas y hasta el horizonte destellaba de blanco. Yo había puesto mi vida en manos de Gunnar y confiaba plenamente en él. Había sido leal a mi promesa y no sólo no le hice preguntas, sino que desestimé hacérmelas yo. La supervivencia me obligaba a creer en alguien y Gunnar era mi única garantía para protegerme de Baalat y las Omar. Escondí el anillo de esmeraldas, mi vara y mi atame, y me escondí de los cuervos. Burlé al clan de las yeguas, que hasta el último momento intentaron retenerme y devolverme al redil, acepté la mano de Gunnar y navegué con él a través del océano Polar antes de que el invierno cerrase los puertos y cortase definitivamente cualquier tentación de regreso.

—¿Estás dispuesta a viajar muy lejos?

—Sí —respondí sin dudarlo.

—¿Te ves con fuerzas de llegar al fin del mundo?

Si la felicidad tenía una línea que marcaba la plenitud, en ese momento la rebasé y sonó mi campanilla. Por fin Gunnar había comprendido que mi deseo era llegar, de su mano, a los confines de la civilización.

—¿No te importarán el frío, las privaciones ni los peligros?

No me importaban. En ese momento no.

Y tras vender parte de las joyas que le pertenecían para financiar la expedición, comenzamos nuestro último viaje. El definitivo.

Los inuits de la aldea cercana a Ittoqortoomlít, junto al mar helado, nos alojaron en la escuela, como era tradición hacer con los viajeros.

—Siempre que vengo siento lo mismo. Me apabulla —afirmó Gunnar mostrándome con orgullo la inmensidad blanca.

Me pareció mágico. Habíamos dejado atrás la turbulencia volcánica de Islandia y la blancura que cubría la nueva tierra me pareció una promesa de paz, de tranquilidad.

—Es un blanco distinto de nuestro propio blanco.

—Cada estación, cada relieve y cada hora del día permite que el blanco sea diferente.

Señalé hacia la imponente cima de Gunnbjorn Fjeld, casi un cuatro mil que

coronaba emblemáticamente la costa este y le quise explicar que tenía otra tonalidad, pero me faltaban adjetivos.

—Necesito palabras para distinguir los matices del blanco.

—Los inuits los tienen. Tienen hasta mil distintivos del color blanco.

Me pareció hermoso. Quise ser una esquimal, sonreír siempre con esa sonrisa tan abierta que los caracterizaba y distinguir las mil tonalidades de ese blanco immaculado que me aseguraba la bondad de esa tierra.

Ahí, en esos hielos eternos era imposible que Baalat apareciese. Por fuerza el color blanco, que en nuestra tradición se asociaba al nacimiento y a la pureza, no podía contener en sí mismo nada amenazador. Una vez más me equivocaba. No tenía en cuenta que el blanco, en otras culturas, era sinónimo de tristeza, luto y muerte.

Los inuits se rieron de Gunnar cuando les dijo que queríamos comprar un trineo, provisiones y perros para realizar un largo viaje hacia el Norte. Dos extranjeros incautos que pretendían recorrer las desiertas llanuras heladas durante el invierno estaban, por fuerza, locos de remate. Y eso que yo esperaba un bebé para principios de primavera. Sin embargo dejaron de reír cuando Gunnar examinó los arreos, la dentadura de los animales, arrancó puñados de pelo enmarañado y devolvió tres samoyedos por encontrarse en mal estado.

Muchos inuits acudieron en tropel a contemplar cómo Gunnar probaba un tiro de perros después de haber hecho algunos ajustes en el trineo. A sus órdenes tajantes, pronunciadas en un perfecto esquimal, los perros respondían con prontitud. Gunnar detectó problemas con el estilo del líder del grupo, el malcarado Narvik, que mordía a diestro y siniestro y en sólo una hora había herido a dos machos desobedientes. Lo sustituyó por una joven hembra animosa, Lea, que aportó a los perros la ilusión y la determinación que les haría falta para la dura prueba que les esperaba.

Tras la exhibición de Gunnar, los inuits dejaron de considerarnos turistas excéntricos y ya no nos llamaron más despectivamente qallunaat, que significa algo así como «extranjero» y que en su forma de pronunciarse lleva consigo la connotación de torpe e inútil. La amabilidad de los esquimales me abrumó. Nos ofrecieron sus casas y pelearon para que compartiésemos su pobre cena y su agradable compañía. Los niños me hicieron jugar con ellos al qimuseq y las mujeres me enseñaron a coser kamiks, las únicas botas que conservaban el calor del cuerpo sin quedar rígidas a causa de la humedad del hielo. El problema —me explicaron— era que estaban hechas con piel de foca, para conservar la flexibilidad, y que a los perros les encantaban. ¡Qué horror! Si me descuidaba, me arrancarían los pies a dentelladas para tragarse mis botas.

Mientras Gunnar regateaba el precio del pescado y el queroseno y llenaba el trineo hasta los topes, yo intentaba ganarme la confianza de los perros ayudada por

los niños, que me enseñaban palabras en esquimal. La idea de viajar acompañada por aquellas bestias que se abalanzaban aullando sobre la carne fresca, dormían abrigadas bajo la nieve y mojaban sus hocicos en sangre, me puso la piel de gallina, pero al confesarle mi miedo a Gunnar me sugirió que aprendiese a conocerlos y a quererlos. ¿Quererlos? ¿Y si Baalat se encarnaba en alguno de ellos y una noche se abalanzaba sobre mí? Lo descarté para no desanimarme, pero se me hacía difícil la tarea de intimar con los perros. Los alimenté, los acaricié uno a uno, memoricé sus nombres y observé sus comportamientos para detectar en ellos cualquier anomalía y descubrir en sus ojos a Baalat. Y me gustaron. En su ladrido hallé el eco del aullido del lobo. Habían sido domesticados hacía un tiempo relativamente corto y en muchos de sus rasgos samoyedos planeaba la sombra salvaje de las montañas y la libertad perdida.

Fue emocionante descubrir sus relaciones. En el reducido tiro había amistades, rencores, amoríos y odios. Ayudada por los pequeños inuits y dejándome llevar por mi instinto, fui descodificando sus gestos y sus ladridos y conseguí casi comprender sus estados de ánimo. Los pequeños inuits, además, me deleitaron con un montón de historias. Me gustó especialmente la leyenda de una osa blanca que, tras salvar a un bebé de la muerte, lo amamantó junto con su cría y lo protegió con su calor.

La noche antes de nuestra partida nos sorprendieron con una fiesta. Nos reunimos con todos los habitantes del poblado y se sumaron algunos cazadores en ruta de regreso hacia el sur. Venían cargados de su travesía veraniega y traían los trineos repletos de pieles. Era natural que no todos se conociesen y que yo, con tanta gente, no me fijase en los extraños. Por ello no reparé en la mujer de los ojos blancos, la inuit ciega que llegó en un trineo con su marido y su hija. Fue una fiesta entrañable que, lamentablemente, finalizó de una forma triste.

Estábamos bebiendo y riendo cuando vimos caer a la mujer al suelo retorciéndose y echando espuma por la boca. Estaba aquejada de convulsiones, como si sufriese epilepsia. A pesar de haber visto trances parecidos, me impresionó. Gunnar se acercó para ayudarla, pero lo retuvieron. Poco a poco las convulsiones fueron espaciándose hasta desaparecer. Luego la mujer, tendida todavía en el suelo, levantó sus ojos ciegos a la noche estrellada y musitó unas palabras que sólo yo pude entender.

—Veo la blancura de las nieves engulléndola.

Hablaba la lengua antigua de las Omar. Era una Omar del clan de la foca que me había pasado inadvertida hasta que fue presa de la clarividencia, un estado que vincula el presente con el futuro sin necesidad de realizar sacrificios ni ayudarse de brebajes ni pociones.

Todos los presentes hicieron corro a su alrededor. Esperaban que la vidente eligiera a uno de ellos para augurar su futuro. Excepto yo, que intenté escabullirme porque sabía que la Omar iría a por mí. Y efectivamente, así fue. Tanteando la oscuridad de su ceguera y orientándose por algo parecido al olfato, se puso en pie y

fue directa hasta donde yo me encontraba. Una vez delante de mí hizo algo insólito, inesperado. No intentó aprisionarme ni retenerme, no me amenazó, no me recordó que debía declarar en el juicio por la muerte de Meritxell.

La Omar vidente se arrodilló a mis pies, reverenciándome, y con la cabeza inclinada sobre mis pies alzó sus manos temblorosas y acarició mi vientre. Por suerte nadie la entendía y creían que farfullaba incoherencias.

—¡Oh, Selene, joven incauta que llevas en tu vientre el fruto de la elegida del cabello de fuego!

Me quedé muda. Aquella vidente Omar estaba vaticinando que mi bebé era la elegida de la profecía. Me acometió un sudor frío y un temblor. Sabía mi nombre, mi estado, se había dirigido a mí y tenía la facultad de VER. ¿Era cierto lo que decía? ¿Yo era la madre de la elegida? ¿Mi hija sería la Omar del cabello de fuego que pondría fin a la guerra de las brujas? No podía ser. Mi destino era otro. Ése era el destino de Meritxell, no el mío.

—Las damas te persiguen por su causa. La dama oscura desea robar tu cuerpo; la dama blanca robará tu alma.

Intenté descodificar la visión. La dama oscura era Baalat, que deseaba robar mi cuerpo. Así pues... Baalat no había intentado matarme, había intentado poseer mi cuerpo para concebir a la elegida y ser su madre. Entonces comprendí el porqué de esa lenta agonía en la que poco a poco Baalat iba penetrando en mí a través de mi sangre. Y de ahí el rechazo de las yeguas Omar al detectar sangre Odish en mis venas.

La revelación fue espantosa. Baalat pretendía hacer conmigo lo que hizo con Lola, tomar mi cuerpo y confundirlos a todos. Arrebatar me mi vida usurpando mi carné, mi piel y mi apariencia. Hablando con mi voz, caminando con mis piernas, besando a Gunnar con mis labios y amamantando a mi hija con mi leche. Y ahora sabía por qué. El motivo era claro... Baalat juró concebir a la elegida.

Mis piernas temblaron e instintivamente me llevé la mano al vientre, para proteger a mi niña, tan pequeña y tan codiciada. Mi hija no nata, y no yo, era el objeto del deseo de Baalat.

Fui comprendiendo más cosas. Todo empezaba a encajar en ese puzle que había sido mi vida durante los últimos meses.

Meritxell, según las profecías, estaba destinada a convertirse en la madre de la elegida. Baalat me utilizó a mí, con mi disfraz y mi provocación, para acumular la energía necesaria para su regreso. La carnicería de la noche de Imbolc y la fuerza que consiguió con la sangre de sus víctimas no fue gratuita; usurpó el pequeño cuerpo de Lola y vampirizó a la dulce Meritxell, la futura madre de la profecía. Baalat perseguía un objetivo: encarnarse en el cuerpo de Meritxell y concebir a la elegida. Y así lo hizo. Fue poseyéndola poco a poco, bebiendo su sangre e inoculando su veneno, fue

penetrando en sus células y apropiándose de su cuerpo. Hasta que... Meritxell, en un instante de lucidez, acabó con Baalat clavándose ella misma mi atame. Y al morir Meritxell, yo fui marcada por el destino y Baalat vino tras de mí. Baalat quería quedarse con mi niña, la elegida, modelarla a su gusto y así conseguir el poder del cetro y la vida eterna.

Comprendía muchas cosas. Empezaba a comprender demasiadas cosas. La reaparición de Baalat tras su largo silencio. La muerte de Meritxell. Mi persecución. Pero ¿quién era la dama blanca? ¿La dama de hielo quizá?

—Teme la blancura de sus manos y el hielo de su corazón o serás devorada por ella.

La vidente ciega continuaba hablando de mi futuro, aunque yo apenas podía retener sus advertencias. La revelación que me había sido dada era excesiva.

—¡Oh, Selene, que descenderás a las profundidades por el camino sin regreso de los muertos!

Me estremecí. El Camino de Om era una leyenda y ninguna Omar lo había recorrido. ¿Tendría que hacerlo?

—¡Oh, Selene, no dudes en manchar de sangre tu mano para proteger a tu cachorro de loba!

Me horroricé.

—¡Oh, Selene, permite que la gran reina de las nieves la amamante y le dé la fuerza de los árticos!

Traté de retener sus auspicios, temía olvidarlos, porque no los entendía. ¿A quién se refería? ¿Quién amamantaría a mi hija?

De pronto la vidente, con sus pupilas translúcidas fijas en el firmamento, lanzó un grito desgarrador. Había visto algo, estaba viendo algo terrible.

—¡Oh, Selene, detente, no continúes! Aún estás a tiempo, Selene, de regresar a la manada. ¡Aún estás a tiempo de renunciar a tu destino!

Me abrazó y me retuvo histéricamente hasta que Gunnar intervino y apartó a la mujer de mí. La foca ciega se dirigió a Gunnar.

—Tu amor no será suficiente para evitar su dolor...

Di un paso atrás, instintivamente, y me abracé a Gunnar, el padre de mi hija, de la elegida de la profecía si la vidente estaba en lo cierto. ¿Por qué las Omar intentaban apartarme del amor? ¿Por qué no podía ser feliz junto a Gunnar?

De pronto, la mujer puso en mi mano un cuchillo curvo, un ulú. Me obligó a tomarlo por la empuñadura y, ayudándome a levantarlo en el aire, acompañó mi mano para mostrarme su uso.

—La dama de hielo procura su presa, pero no espera el arma.

Y, sin pretenderlo, mi mano se aferró con fuerza al cuchillo. Quizá por miedo, quizá por un instinto natural de defensa. Eso era. La dama blanca era la dama de

hielo, el nombre que las Omar del clan de la yegua habían empleado para referirse a la Odish que reinaba en el Gran Norte. La dama de hielo, dijeron, no permitiría nunca que Baalat disputase sus dominios.

Me quedé con el cuchillo en la mano, temblando y hecha un lío, y la mujer cayó al suelo exhausta. La foca Omar ciega fue atendida por las mujeres del poblado. Tras una visión tan prolongada había quedado muy débil y necesitaba descansar. La llevaron a una casa y la fiesta se disolvió. Nadie tuvo risas después de la revelación. Y a pesar de que no habían comprendido las palabras de la vidente, todos habían captado que sobre mí se cernía un gran peligro y que me aventuraba a enfrentarme con alguien más poderoso que un simple oso blanco.

Busqué a los niños para que me ayudasen a burlarme de mi miedo, pero me esquivaron como si estuviese apestada y salieron corriendo hacia sus casas.

Quedamos Gunnar y yo solos, con nuestros regalos y con un amargo sabor de despedida trágica.

—¿Qué te ha dicho? —me preguntó Gunnar dando por sentado que yo la había comprendido.

—No sé —mentí.

—Claro que sabes —suspiró—, pero no le hagas caso.

No quise pensar. Si pensaba más me volvería loca. Sin embargo, a medida que me tranquilizaba y recuperaba el control, más me iba convenciendo de que lo que la vidente había dicho sobre mi hija era verdad. Algo me estaba sucediendo desde mi embarazo. Tenía una sensibilidad diferente. Podía oír y ver cosas que antes no existían para mí. Los espíritus, por ejemplo. Arna no había sido la única. Poco a poco los fantasmas invisibles se manifestaban silenciosos a mi alrededor. Y la voz de los animales era cada vez más nítida y comprensible, cada vez más clara. ¿Debía hacer caso a los auspicios? ¿Debía regresar con el clan y obedecer a mi madre? ¿Estaba cometiendo una imprudencia? Si así fuera, ya la había cometido al enamorarme de Gunnar y cruzarme en el destino de Meritxell.

Como decía Deméter cuando de niña me lamentaba por haber suspendido un examen o haberme roto los pantalones, a lo hecho pecho. Y así actué. Confié en mi instinto y continué mi camino.

Capítulo 12: El último viaje

Marchamos de madrugada, antes de que el tiempo se estropease definitivamente. Yo creía que nos iríamos en soledad, pero los niños vinieron a congregarse a la puerta de la escuela y, antes de agitar sus manitas y convertirse en pequeñas manchas en la lejanía, nos ofrecieron pescado para los perros y unas maravillosas manoplas para mí.

Me despedí con pena y viajé en silencio digiriendo las revelaciones de la vidente y mi condición de madre de la elegida.

Gunnar azuzaba a los perros con energía y a veces me miraba de hurtadillas de una forma que yo no sabía interpretar. ¿Estaba preocupado por mí? ¿Sentía algún recelo? ¿Intuía que yo era especial? A pesar de todo no preguntó. Los dos respetábamos tácitamente nuestra intimidad y ése era uno de los rasgos que más agradecía de él.

Durante todo ese día y los siguientes nos fuimos cruzando con los cazadores que regresaban de sus cacerías para pasar el duro invierno en sus poblados. Nos miraban extrañados y algunos se detenían para advertirnos de que íbamos en la dirección equivocada. Nosotros les respondíamos que nos dirigíamos, esa vez sí, al fin del mundo. Y todos teníamos razón.

Cumplí dieciocho años sobre un trineo. Fue en otoño, mientras la ventisca me obligaba a cubrirme la cara y el frío iba calando mis estupendas manoplas hasta adormecerme los dedos de las manos. Pero no me importaba. Era muy joven y estaba ansiosa por llegar a un lugar remoto donde sólo estuviésemos Gunnar, yo y nuestra pequeña. Gunnar velaría por ella, nada malo nos podría suceder en la soledad de las llanuras blancas. Y esa noche, lo recuerdo muy bien, Gunnar me había reservado una sorpresa maravillosa. Me regaló unos pendientes de rubíes, rojos como fresas salvajes, rojos como la sangre, brillantes y luminosos. Los había retirado del tesoro y no sabía que yo, enamorada de su color, ya me los había probado. Eran las primeras joyas que alguien me regalaba. Luego me hizo apagar unas velas insistiendo en que formulase mi deseo. Y lo hice. Deseé liberarme definitivamente de mi infancia. Y por fin, me tomó de la mano y me vendó los ojos.

—Es una sorpresa. Yo te guiaré.

Él mismo me abrigó, abrió la puerta de la cabaña en la que nos habíamos guarecido y salimos al exterior. Esperamos un rato, comencé a impacientarme, pero Gunnar iba cantando una melodía en mi oído para apaciguar mis nervios y me iba frotando los brazos para que el frío no me calase. De pronto, contuvo la respiración un instante, me arrancó la venda de los ojos y gritó:

—¡Feliz cumpleaños!

El espectáculo era maravilloso, el cielo estaba jaspeado de luces verdes, incandescentes que titilaban suspendidas en la noche.

—¿La aurora boreal?

—La primera del largo invierno.

Nos extasiamos juntos contemplándola. No me importó el frío de la noche ni la soledad de la tundra. Fue mi último gran momento de felicidad.

Poco a poco me di cuenta de que Gunnar, ocupado en guiar el trineo hacia el Norte, se iba dejando engullir por el silencio de la blanca inmensidad. Estaba más serio y algo le preocupaba y le hacía girar la cabeza constantemente mientras viajábamos. Llevaba el rifle cargado junto a él y todas las noches salía a inspeccionar el terreno para luego regresar a dormir junto a mí en esas minúsculas cabañas que jalonaban nuestra ruta y que compartíamos a veces con otros cazadores: apenas cuatro metros cuadrados de madera, con una balda donde dormíamos y comíamos. Gunnar se echaba a mi lado, acariciaba mi pelo y me explicaba una leyenda vikinga con su voz tranquilizadora. Gunnar conocía todos los recodos del camino y llegaba a los refugios aunque los bloques de hielo de las bahías o la nieve profunda nos desviarán de las trazas de los trineos y nos obligaran a ralentizar nuestra marcha.

Una mañana, una fuerte ventisca nos impidió salir y quedamos encerrados en una cabaña junto con un padre y un hijo, cazadores los dos, que acarreaban una buena provisión de focas para el invierno. Gunnar y yo les invitamos a tomar té caliente y pescado seco. Era una experta en preparar tazas de té y café con el hornillo, y en hervir pescado en cualquier circunstancia. Y mientras bebíamos el té, los perros ladraron y Gunnar, rauda, cogió su rifle, se abrigó y salió a la intemperie. Tardaba y yo me impacienté. El muchacho me tranquilizó.

—Es el oso.

—¿Qué oso?

—El oso blanco que sigue vuestras huellas.

Me quedé pasmada. Así pues esa presencia que inquietaba a Gunnar y por culpa de la cual iba torciendo la cabeza era un oso blanco. Y debía de serlo, porque Gunnar llegó malhumorado y maldijo a los osos que importunaban a los perros.

Luego sacó pescado seco e invitó a los cazadores inuits. Y más tarde, los cazadores inuits correspondieron a nuestra amabilidad invitándonos a un plato exquisito: hígado de foca crudo. Lo rechacé amablemente, pero Gunnar me obligó a aceptarlo y me aconsejó que me gustase. La dieta de pescado y carne crudos aportaba el doble de calorías y en esas latitudes la energía era fundamental. La carne cruda me parecía lo más asqueroso del mundo, pero las vísceras eran aún peor. El inuit insistió argumentando que era un hígado reciente, casi acabado de matar. Quise vomitar, pero

Gunnar fue implacable y me riñó por mi descortesía. Rechazarlo era un insulto y tuve que aceptar el bocado caliente. Mi único consuelo fue que tras esa experiencia ya nunca podría morirme de asco, puesto que acababa de ingerir el producto más viscoso, amargo y repugnante del mundo.

Al marchar de la cabaña con su simple rifle al hombro y su viejo transistor, los inuits dejaron pescado seco, harina y grasa para los viajeros que llegaran después de ellos. Aprendí de su ejemplo que un refugio, un plato y una lumbre en el Ártico podían significar la fina línea que separa la vida de la muerte.

El viaje fue haciéndose más duro. Las cabañas fueron distanciándose, el tiempo empeoró y la inquietud de Gunnar estaba presente cada noche. A pesar de que le pregunté por sus frecuentes paseos y sus obsesivos rastreos alrededor del campamento, Gunnar negó que ningún oso nos siguiese y justificó que actuaba así por precaución.

Nos habíamos repartido las tareas. Viajar en el Ártico era una labor de equipo y necesitaba compenetración y eficacia. Cuando Gunnar me indicaba que esa noche montaríamos campamento, ya sabía que eso significaba una hora más de trabajo antes de la cena. Teníamos que desembalar la tienda y montarla con relativa rapidez. Y dentro, en un espacio ridículo, nos desenvolvíamos para cocinar, quitarnos la ropa mojada, secar botas y guantes, limpiar cacharros, ordenar el material y asearnos lo mínimo. Pero mentiría si dijera que añoraba las comodidades de la civilización. No era cierto. Había algo primitivo en esa huida disparatada hacia la nada que me hacía olvidar los lujos de la civilización.

Estaba enamorada, escapaba de Baalat y las Omar y protegía a mi pequeña. Por esas tres razones no me importaban las estrecheces y dormía, sin pesadillas, abrazada a Gunnar. Y cuando empezó el frío, Gunnar optó por encender el hornillo dentro de la tienda. Era lo que hacían los esquimales, aunque los occidentales se echaran las manos a la cabeza. En aquellos momentos, en pleno mes de octubre, las temperaturas ya rondaban los diez grados bajo cero y de noche caían en picado hasta los veinte o treinta. Si no encendíamos el hornillo se aliaban fatalmente la inmovilidad y el frío de la noche y corríamos el riesgo de congelarnos. Mis pies empezaban a estar casi siempre adormecidos y doloridos y comencé a preguntarme si el viaje duraría mucho más.

Lo cierto es que el trineo cargado de provisiones con el que salimos fue aligerando el peso a medida que los perros devoraban el pescado. Ya no los temía cuando los veía pelear entre ellos, morder los arneses o lanzarse a la desbandada sobre el pescado que yo misma les daba cada noche antes de que se enterrasen bajo la nieve y desapareciesen completamente a veces varios metros bajo tierra. Mi sospecha se confirmaba: cada día comprendía mejor sus ladridos, entendía sus llamadas y los

significados de sus gemidos. Y eso me impidió obsesionarme con la idea de que uno de ellos fuera Baalat y acabase conmigo. Pero aunque yo interpretaba sus rencillas y sus necesidades, era Gunnar quien daba las órdenes, los guiaba buscando trazas de otros trineos y les ayudaba a sortear las muchas trampas que iba presentando el hielo. Porque era Gunnar quien mandaba y quien dirigía la expedición.

El viaje era intenso, duro y a veces hermoso, pero en absoluto monótono, y pronto se cobró su primera víctima. Un perro llamado Iouq tuvo que ser sacrificado tras quebrársele dos patas en un salto espectacular. Atravesábamos una zona de hielo difícil y en movimiento y nuestros perros, haciendo alarde de su buena disciplina, saltaban de un bloque a otro sin descanso. Hasta que Iouq aterrizó con tan mala fortuna que oímos con claridad el crujido de los huesos. El dolor era insoportable para el pobre animal y no podía moverse. Fue lo menos grave dentro de la desgracia que podría haber ocurrido y Gunnar le pegó un tiro con su rifle porque era lo más piadoso, aunque a los dos se nos encogió el corazón. Me consolé pensando que, afortunadamente, el trineo había salido intacto.

El hielo había acabado con el pobre Iouq, y es que la blancura aparentemente idéntica de una primera ojeada era una gran mentira. Bajo ese hielo blanco se escondían corrientes de agua, lagos, bloques de hielo flotantes y hasta icebergs. Era de muchos grosores, calidades y texturas y, aunque iba afianzando su grosor a medida que el frío iba en aumento, en algunos tramos todavía entrañaba el peligro de resquebrajarse a nuestro paso. Así, un día el Ártico nos enseñó sus afilados colmillos y vino a silabearnos al oído que un traspies o una equivocación podían ser fatales y que podíamos acabar nuestros días engullidos por las frías aguas.

Esa mañana, al poco de comenzar la ruta, cayó sobre nosotros una niebla espesa y compacta que volvió locos a los perros y ralentizó la marcha. Pero Gunnar no quiso rectificar sus planes. Como otras veces, lo noté inquieto y más preocupado por esa presencia que seguía las trazas de nuestro trineo que por lo que teníamos delante. Apenas había visibilidad y el calor hacía sudar a los animales, que tropezaban constantemente porque ni siquiera distinguían el relieve del suelo. Llegué a odiar esa niebla pegajosa que reblandecía el hielo, nos aprisionaba en sus garras húmedas y hería las retinas con una luminosidad tan agresiva. Prefería la ventisca que batía los caminos y borraba las huellas de otros trineos. La niebla agazapada y engañosa me pareció una mala jugada, y así fue.

La oscuridad cayó sobre nosotros mucho antes de alcanzar la cabaña donde teníamos previsto pasar la noche, y nos perdimos. Por primera vez estábamos absolutamente perdidos; sobre nuestras cabezas, ni una sola estrella con la que guiarnos, y bajo las patas de nuestros perros ni una simple traza de trineo que seguir.

Me atenazó la angustia y rogué a Gunnar que montáramos el campamento allí mismo y esperásemos a que la niebla despejase. Gunnar se negó. Algo o alguien le

daba miedo y no quería arriesgarse a montar la tienda. Pero en lugar de reconocerlo, argumentó que teníamos que llegar a la cabaña y se mostró tozudo con su idea.

Discutimos.

Por primera vez desde que viajábamos juntos no estuve de acuerdo con él. Ni él conmigo. Yo intuía que si continuábamos adelante algo podía sucedernos y que debía preservarme a mí y a mi hija del peligro.

—Por favor, Gunnar, montemos la tienda aquí.

—La cabaña está cerca.

—No es verdad, reconoce que no sabes dónde estamos.

—Estamos a pocos kilómetros.

—A pocos kilómetros de ninguna parte. Sé que nos hemos perdido aunque no quieras admitirlo.

Gunnar no daba su brazo a torcer. Yo estaba en sus manos, porque para bien o para mal, en un lugar tan inhóspito como el Ártico, dos no pueden disentir y uno siempre manda sobre el otro. Gunnar era el jefe aunque se equivocase. Y Gunnar se equivocó y nos llevó a través de la oscuridad.

Cerré los ojos para no pensar en lo que podíamos encontrarnos. Ante nosotros la negra boca de un túnel sin fin nos tragaba y nos llevaba irremediamente hacia el peligro, en línea recta. Podía olerlo, podía palparlo y casi grité unos segundos antes de que sucediera. Gunnar, de pie con su látigo azuzando a los perros también gritó, pero demasiado tarde.

Habíamos entrado en un lago helado de hielo fino. El hielo se estaba resquebrajando a nuestro paso y en cualquier momento se abriría ante nosotros para tragarnos junto a nuestros perros. El sonido del hielo crujiendo era aterrador y los perros olían como yo la muerte y ladraban al agua fría. Gunnar los azotaba para que no se detuvieran. Detenerse era sinónimo de hundirse. Me agarré al trineo con una mano mientras con la otra asía mi vara, un reflejo que tenía desde niña cuando sentía un peligro inminente. Y de pronto sentí una culebrilla alocada dentro de mí que zigzagueaba por mi vientre pugnando por escapar de mi miedo. ¡Era mi niña! La notaba. Sentía sus movimientos. Era tan pequeña como mi dedo meñique, pero se movía dentro de mí y estaba tan asustada como yo. O era mi susto que multiplicaba por cien mis pulsaciones y alteraba su descanso. Fuese como fuese, ella me dio fuerzas y puse en juego todo mi instinto. A pesar de la oscuridad veía la salvación.

—¡A la derecha, gira a la derecha!

El hielo se abrió, negro y frío, bajo las patas de los primeros perros y fue demasiado tarde para dar media vuelta. Lea, Siatq y Qeqertag caían al agua y su empuje fatal nos llevaría a todos hasta el fondo oscuro del lago. En pocos segundos nos precipitaríamos al abismo. El trineo se estaba inclinando y el agua ya había cubierto completamente a la primera línea del tiro, alcanzaba el cuello de Narvik y

empapaba mi bota.

Rauda, saqué mi vara y formulé el conjuro para compactar el hielo. Pude detener la caída, pero sabía que por poco tiempo. No podía mantener durante demasiado rato la ilusión de la materia. Era un conjuro difícil, como los que retan al tiempo y al espacio, y delicado para usarlo por esnobismo, pero fundamental en un caso de vida o muerte como era el que en aquel momento me ocupaba.

Gunnar y yo, los dos a la vez, saltamos del trineo y con todas nuestras fuerzas y las del resto de los perros tiramos de los arneses hasta conseguir sacar a nuestros tres cabecillas del agua.

Es increíble la resistencia de esas bestias que, ateridas y chorreantes, no dudaron en continuar liderando la marcha hasta salir, esta vez sí por la derecha, del lago traicionero.

La lucha contra los elementos y el miedo me impidieron advertir lo que me sucedía. Me di cuenta al cabo de un rato cuando, ya a salvo, quise bajar del trineo: me caí de bruces y reparé en que tenía un pie congelado. Se me había mojado la bota completamente y el agua se había convertido en hielo. Carecía de tacto, de sensibilidad, mi pie estaba muerto y ni siquiera podía sacarme la bota. Gunnar la rajó con un cuchillo y me pegué un buen susto. El pie estaba blanco, sin sangre, y en las puntas arrugadas de los dedos las tonalidades azulonas no presagiaban nada bueno. Gunnar lo cubrió con pieles, encendió el hornillo, me hizo masajes para retornar la circulación, puso agua a hervir y me obligó a sumergirlo en una solución salina que me hizo ver las estrellas. Lloré de rabia, pero recuperé mi pie.

Y entonces Gunnar reaccionó de una forma sorprendente. Se cogió la cabeza con ambas manos y se echó a llorar. Nunca lo había visto llorar así. Ver llorar a un hombre como Gunnar era algo tan extraño que me puso la piel de gallina.

—Gunnar, Gunnar, cálmate —fue lo único que atiné a decirle.

Él me abrazó y me besó con las mejillas cubiertas de lágrimas.

—¡Perdóname, Selene, perdóname!

Su reacción tan desesperada por ese incidente me dejó sin palabras.

—Ya está, ya pasó.

—He sido un irresponsable. Te he puesto en peligro a ti y a la niña. Si os llega a pasar algo, no me lo hubiese perdonado nunca.

—No ha pasado nada —insistí.

Pero yo también sabía que algo estaba pasando y que la confianza en que habíamos basado nuestro amor era tan frágil como el hielo que se resquebrajó a nuestro paso. ¿Se podía amar con una muerte a nuestras espaldas? ¿Con una traición? ¿Se podía amar con mentiras de por medio? ¿Con secretos? ¿Con silencios? Gunnar se estaba alejando de mí y yo lo iba perdiendo a él a la vez que mi alegría; y en lugar del amor surgía el miedo. Ese miedo difuso se instaló en mi vida y llegó con una

nueva cara desconocida para mí hasta ese momento. La tristeza.

Día a día el sol iba perdiendo fuerza y la noche iba ganando el pulso.

Día a día notaba cómo mis pechos y mi vientre crecían y me sentía extraña porque había algo vivo en mi interior que se movía como un yoyó jugueteón produciéndome unas extrañas cosquillas.

Día a día me iba haciendo mayor y eso provocaba que estuviese más asustada que el día anterior por todo lo que se avecinaba y que no había previsto.

Día a día me iba alejando de mi madre y las Omar y notaba cómo el lazo que me había unido a ellas era más y más quebradizo.

Día a día iba sintiendo el frío agudo como la hoja afilada de un cuchillo penetrando en mi ánimo y helándome las ilusiones.

Día a día fui descubriendo que la determinación de Gunnar en continuar adelante con el viaje poco o nada tenía que ver con el deseo de complacerme.

Y yo, que había comenzado sin tener ni idea de lo que podía significar la noche polar ni el frío ártico, empezaba a sufrir sus efectos devastadores. El invierno se iba manifestando sin tapujos y las tormentas y ventiscas, cada vez más frecuentes, me avisaban de que lo peor aún estaba por llegar.

Y me preguntaba adónde íbamos. ¿Era necesario llegar tan lejos para estar solos? Hacía semanas que no nos cruzábamos con nadie. Nadie vivía en esas latitudes.

A medida que avanzábamos por el inhóspito territorio helado, la noche fue tiñendo la nieve de sombras. Cada noche que pasaba sentía más frío dentro y fuera de mi cuerpo, y cada mañana que levantábamos el campamento para seguir viajando, las horas de luz disminuían y con ellas escapaba la alegría, la esperanza en algo, y se iba haciendo más patente que la noche y la oscuridad se adueñaban de mi ánimo y que la soledad del desierto helado invernal era un virus contagioso.

Estaba cayendo en una profunda depresión, pero Gunnar no se detenía. Incansable, azuzaba a los perros y el trineo volaba hacia ese Norte que nos iba engullendo.

En pleno mes de noviembre me sentí desfallecer. Y en esas circunstancias sucedió algo que confirmó que el miedo de Gunnar no era infundado. Nuestro silencioso perseguidor se cobró una víctima. Una hembra experta y tranquila, Zoe, la última del tiro, desapareció una noche sin dejar rastro. Su arnés estaba raído y a su alrededor hallamos algunas gotas de sangre. Los perros habían ladrado durante la noche y Gunnar, lo recuerdo bien, se había revuelto inquieto. En dos ocasiones salió al exterior de la tienda armado con su rifle y alumbrando con su linterna. Regresó farfullando algo que no entendí y al día siguiente se enfureció muchísimo al descubrir la desaparición de Zoe.

—La osa blanca. La maldita osa blanca ha vuelto a hacer de las suyas.

Me pareció que hablaba con conocimiento de causa.

—¿La conoces?

Gunnar se justificó:

—No hay duda. Mira las huellas.

Las huellas no me decían absolutamente nada.

—¿Cómo sabes que es una osa y no un oso?

Gunnar introdujo un dedo en el lugar donde supuestamente había pisado la osa.

—Fíjate en su peso. Como balancea su vientre, sus huellas son más profundas aquí, es una osa.

—¿Por qué?

—Está embarazada y hambrienta, tiene que comer mucho para hibernar y luego dar a luz al oseño.

Algo me hizo sentir solidaria con la osa. A pesar de que se hubiese zampado uno de nuestros perros, se encontraba en mi misma situación y yo me sentía derrotada y exhausta. Fue una tontería, lo admito, pero me eché a llorar. A lo mejor hacía días que no manifestaba ninguna emoción, a lo mejor era la pena por el triste final de Zoe o esa absurda sensación de que la osa blanca y yo acarreamos la misma carga. Pero sobre todo lloraba por mí y por mi niña. En aquellos precisos momentos me sentía incapaz de continuar con mi embarazo, cada vez más aparatoso, incapaz de dar a luz y sobre todo incapaz de arrastrar mi vida. Gunnar no podía entenderlo.

—No podré parir, no podré... —sollocé.

—Claro que sí, yo te ayudaré.

—Saldrá mal, me faltarán las fuerzas...

—Es algo natural.

—No es natural, aquí no hay vida, todo está muerto.

Era la apariencia, la apariencia nada más. Sentía que bajo la despiadada blancura del hielo no podía existir nada más que la muerte. Y aunque sabía que bajo los hielos la vida en las aguas árticas existía ralentizada, yo hubiera querido congelarme con el invierno y despertar en primavera. Estaba hecha un témpano.

—Lea también espera cachorros —me dijo Gunnar.

Me quedé a cuadros. Nuestra valiente líder, que arrastraba y dirigía el tiro y defendía su puesto a dentelladas, también se encontraba embarazada. Pero si bien la admiré, su valor no me dio fuerzas, porque no me quedaban.

Gunnar cargó su riñe y me lo mostró.

—No tengas miedo por la osa. Si volvemos a encontrarla, le arrancaré la piel. Siempre he querido tenerla.

Si pretendía tranquilizarme, no lo consiguió. Sólo obtuvo un nuevo episodio de llanto inconsolable.

—No, por favor, déjala tranquila.

Por algún motivo que yo desconocía, Gunnar odiaba a la osa blanca. Sin embargo, yo en esos momentos no podía soportar la idea de que Gunnar matara a una futura madre. La osa, Lea y yo estábamos en las mismas circunstancias. Y para confirmármelo, mi niña se movió. Cogí la mano de Gunnar y la puse sobre mi vientre para que notara sus movimientos. Gunnar hizo el amago de retirar la mano, pero al poco sonrió y palpó con curiosidad los vaivenes de olas que provocaba.

—¿Tienes miedo al parto?

—Mi madre es comadrona y desde niña la ayudaba en su trabajo.

—¿Entonces?

—No sé si tendré fuerzas.

Gunnar me abrazó.

—Claro que sí, este viaje no durará siempre.

—¿Seguro? A mí me lo parece.

—Llegaremos en una semana a lo sumo. Ya veo que estás agotada, pero en cuanto descanses te recuperarás.

Si bien mi madre Deméter me enseñó que dar a luz era algo natural y relativamente sencillo, también sabía que podía haber imprevistos y complicaciones. Y por desgracia, dramas como el de mi prima Leto. Y aunque había querido olvidarme de esa historia, a partir del episodio de la osa no pude quitármela de la cabeza y volvió a surgir una vez y otra, y acabó convirtiéndose en una pesadilla recurrente. Supongo que, como todas las pesadillas, llegó con la fiebre y la enfermedad.

Mi prima Leto parió un niño con dos cabezas que murió al nacer. Yo lo vi, suspiré aliviada cuando murió y preferí no haberlo visto. Ella no lo vio, pero lo llevó en su vientre, lloró por su muerte y lo quiso a pesar de su deformidad. Después de enterrar a su bebé, Leto dejó de hablar y se puso a caminar sin rumbo, sola, para pensar en la vida y la muerte y lo difícil que resulta a veces continuar viviendo. Y para recordarlo por siempre jamás escribía sus memorias y seguía caminando.

Y yo había sido tan irresponsable y tan loca que no había hecho cuentas sobre la fecha de mi parto. A lo bruto había dicho que Diana nacería hacia la primavera, pero la primavera en la latitud ochenta no existía. El mes de marzo era todavía el crudo invierno y no se me había ocurrido que no podría desandar ese camino con un vientre de nueve meses.

Mi hija nacería en el fin del mundo. Era una certeza. Y lo que en un raptó de locura me había hecho ilusión, me iba atemorizando a medida que se aproximaba.

Una semana después del ataque de la osa, las provisiones comenzaron a escasear y los termómetros bajaron hasta los treinta grados bajo cero. Gunnar me vio tan decaída que intentó animarme asegurándome que pronto llegaríamos a nuestro destino. Y yo, que le había prometido no hacer preguntas, ni siquiera tuve curiosidad

por saber a qué destino se refería. Se me había helado el alma y sobrevivía casi por obligación. Atribuí mis temblores y el castañeteo de mis dientes al frío, y mis alucinaciones a la blancura de la nieve, pero la realidad es que estaba ardiendo de fiebre. La enfermedad había acabado por atraparme.

Por fin llegamos a un sitio que Gunnar con orgullo nombró el fin del viaje, y tomamos posesión de lo que sería nuestra casa durante los próximos meses. Era una pequeña cabaña sin comodidades, sin lujos, sin baño, sin agua corriente, pero que me pareció un palacio. Un palacio de hielo, puesto que su exterior estaba congelado, blanco, y refulgía bajo el pálido sol que amablemente nos orientó hasta ella, y luego se ocultó tras las nubes.

Gunnar me obligó a entrar para guarecerme de la tormenta que se había desatado y que levantaba vientos de hasta cien kilómetros por hora y hacía bajar las temperaturas por debajo de los cincuenta grados. Con mucho esfuerzo consiguió calentarla y al abrigo de la calidez de la lumbre me fueron retornando los sentidos y pude darme cuenta de lo que Gunnar estaba haciendo. Tras atar fuertemente a los perros, acarreaba hasta la cabaña grandes cantidades de pescado y carne congelados que sacaba de un pozo cercano a la casa. Así era como los inuits sobrevivían, conservaban su caza y su pesca a gran profundidad bajo el hielo durante años. Era su frigorífico particular y lo tenían repleto de carne y grasa de foca que les abastecía en su ruta y en caso de problemas. Pero eso no era todo. Me fijé en que la cabaña era una gran despensa. En sus baldas se almacenaba un gran surtido de latas de conserva, sopas y purés concentrados, galletas y frutos secos y otros alimentos que, sin ser exquisiteces, nos aseguraban la alimentación básica para los próximos meses.

Esa cabaña estaba preparada y esperándonos. Era una cabaña destinada a nosotros, a los dos, y Gunnar la conocía como la palma de su mano. En un día la dotó de todas las comodidades posibles. Las pieles, los sacos, los utensilios de cocina, de aseo, los hornillos. Todo fue descargado, recolocado y admirablemente ubicado. No dudaba. Sabía dónde colocar la caja de cerillas, los zapatos o la linterna. Conocía cada clavo, cada rincón y cada agujero. Era como el pirata que regresa a la isla del tesoro y sabe exactamente a cuántos pasos del cocotero hace falta cavar y a cuántos metros de profundidad se halla el cofre.

Por fuerza tenía que haber estado ahí antes. Pero aunque sabía que había algo extraño en su comportamiento, no hice preguntas. Estaba demasiado débil.

La cabaña me salvó la vida. A punto estuve de morir y sobreviví porque era joven. Había aguantado el largo viaje, pero las temperaturas de los últimos días habían sido excesivamente bajas y probablemente agarré una pulmonía con fiebres altísimas.

Pasé días y días sin conciencia de dónde estaba ni quién era. En mis delirios

gritaba y pedía ayuda. Cualquier sombra, sonido o movimiento me recordaba a Baalat. Sonaba que Baalat me atacaba convertida en una gaviota ártica y me arrancaba los ojos. Gunnar me alimentaba con paciencia y me administraba antibióticos y paracetamol. Sólo lo tenía a él.

Pasaron semanas hasta que salí de mi letargo. Era, lo recuerdo, como estar en el fondo de un pozo con los ojos entornados y desear salir sin conseguirlo. Era como sentir el cuerpo dormido e intentar mover un brazo inerte. Me faltaban las fuerzas y los motivos. La pena del invierno sin sol y el frío habían calado tan hondo que me habían quitado las ganas de vivir. Pero mi cuerpo joven actuó por su cuenta y venció a la fiebre. Por fin, una noche, exhausta, recuperé la conciencia.

Y lo sorprendente era que Gunnar estaba hablando con alguien.

¿Estábamos solos o no?

Con un gran esfuerzo abrí lentamente los ojos.

El camastro que yo ocupaba se encontraba en el rincón más alejado de la puerta de la cabaña y desde mi situación abarcaba con la vista el banco donde se sentaba Gunnar. Iba en mangas de camisa, le había crecido el pelo y me daba la espalda. Y frente a él se sentaba un explorador polar con su enmarañada barba congelada por el frío. Gunnar bebía un té caliente, pero el explorador no tenía nada en las manos. Qué raro. Lo primero que pesaba en el Ártico era la hospitalidad. Me extrañó también que el invitado estuviese vestido con sus pieles y armado con su rifle y que, a pesar del calor que reinaba en la cabaña, la escarcha no desapareciera de su barba ni de su gorro de piel de foca. Su aspecto, realmente, era curioso; emanaba un aire color sepia de foto de daguerrotipo.

Sin moverme ni dar muestras de haberme despertado, me dejé arrullar por su conversación. Era un murmullo agradable; siempre resulta agradable la compañía para los enfermos. Sin embargo, cuando comencé a comprender de qué estaban hablando, dejó de parecerme agradable.

—No puedes negarte a la petición de tu madre —decía el explorador de voz ronca.

Y eso me dejó asombradísima porque además de encontrarnos en el fin del mundo, conocía a la madre de Gunnar.

—Mi madre sabe cuáles son mis condiciones.

El explorador carraspeó.

—Pero no le gustaron nada. Preferiría ocuparse ella misma de esa loba y ayudarla a parir.

No entendía nada. ¿Estaban hablando de la perra Lea?

—Estamos incomunicados, no puedo llevársela —se negaba Gunnar.

El explorador no estaba de acuerdo.

—Sabes que sí puedes. Has llegado hasta aquí, tendrías que acabar el trabajo.

Gunnar estaba nervioso.

—No será fácil quitarle un hijo. Es orgullosa, testaruda y valiente. Es mejor que no sepa nada hasta el final. Olfatea algo en el ambiente.

Pretendían privar a Lea de sus cachorros y me apené por ella. Pero de pronto sonaron todas mis alarmas.

—Y además está muy enferma —añadió Gunnar.

Al decirlo noté el calor de su mirada sobre mi persona y supe que se refería a mí. Me quedé inmóvil, disimulando. Intenté recordar cuántos días había estado enferma.

—Tiene el mal de la noche polar —diagnosticó el explorador.

—Está deprimida, sí —ratificó Gunnar—. Pero la fiebre es por causa de una pulmonía.

El explorador volvió a la carga.

—Su mal le impide defenderse, es inofensiva.

¡Hablaban de mí! Era yo pues el objeto de su charla. No me cuadraban sus palabras, no sabía cómo interpretarlas, cómo encajar las piezas del rompecabezas. ¿Cómo sabían que yo era una loba? ¿La madre de Gunnar estaba cerca de nosotros? ¿Quería ayudarme a parir? ¿Querían quitarme a mi hija?

Gunnar se sirvió más té y no le ofreció al visitante.

—Si la llevo con ella el mal se agravará y no podrá acabar con su embarazo. Morirá de tristeza.

—Le prometiste a la niña.

—Se la prometí y la tendrá, pero no a la madre.

Hablaban de mí, hablaban de mi hija y hablaban sin lugar a dudas de quitármela. Gunnar pretendía separarme de ella y dársela a su madre. ¿Para qué? ¿Por qué? ¿Quién era su madre? ¿Dónde estaba? ¿Qué significaba todo aquello? ¿Era acaso otra pesadilla?

Sí, debía de ser eso. Aún estaba enferma y deliraba. Me pellizqué para despertar, pero continué oyendo la conversación de Gunnar con el extraño visitante que, de pronto, se puso en pie y me señaló.

—Está retornando en sí. Será mejor que desaparezca.

Gunnar no le dio la razón.

—No puede verte.

Y comprendí que el misterioso explorador era un fantasma, muerto desde hacía años, un fantasma a quien Gunnar podía ver y oír, un fantasma que le traía noticias de su madre, un fantasma que era el esbirro de la madre de Gunnar, que por otra parte no estaba lejos de donde nos encontrábamos. Y eso era lo que no me encajaba. No podía ser. Estábamos más allá de cualquier tipo de vida civilizada. La madre de Gunnar no podía residir por casualidad cerca de nuestra cabaña.

Entonces me acordé de la dama de los ojos azules que me observaba

inquisitivamente desde su retrato encumbrado. La antepasada de Gunnar no era una inuit que viajaba con su trineo y sus pieles de foca a cuestas. Era una señora principesca, altiva y hermosa. La madre de Gunnar debía de parecerse a la dueña del cofre de joyas, la propietaria del secreter, la orgullosa señora de Arna que no soportaba estar con su hijo pequeño en una vulgar granja. Y de pronto tuve una intuición de bruja: la dama del retrato era la madre de Gunnar. Y no era humana.

Era una Odish inmortal. Y la única Odish inmortal que podía habitar esos confines de hielo era la que las yeguas Omar habían nombrado y contra la que la oráculo inuit me había puesto sobre aviso. ¡La dama de hielo!

Y grité. Grité como una posesa, como una loca a la que estuviesen torturando, grité y me revolví en el camastro llorando, tirándome del pelo y aquejada de un horroroso ataque de nervios.

No podía creer lo que acababa de comprender de pronto, como un bofetón tremendo. No podía asumir de golpe la naturaleza de Gunnar. ¿Gunnar era hijo de una Odish? Gunnar, mi Gunnar. ¿Era un brujo inmortal que me había utilizado a las órdenes de su madre? ¿Gunnar quería arrebatarme a mi niña, la elegida de la profecía, y entregársela a la dama de hielo para que la sacrificase?

No podía admitir que mi viaje hacia la libertad hubiese sido un viaje hacia la traición.

Mi destino, entonces, era mucho más pavoroso de lo que todas las oráculos habían vaticinado.

Yo era como una araña atrapada en mi propia red.

Había caído en una trampa mortal y era prisionera de mi amor. Él era mi único carcelero y el desierto helado que me rodeaba eran las alambradas de esa cárcel de donde nunca conseguiría huir.

Gunnar me abrazó y golpeó mis mejillas para que recuperara el habla.

—¡Selene, Selene, despierta! Tienes una pesadilla, tranquilízate. Estoy aquí, contigo, nadie puede hacerte daño, no puede pasarte nada.

Y sus palabras mentirosas me hicieron llorar ríos de lágrimas y me deshice de llanto en sus brazos. Y cuanto más me abrazaba y me besaba intentando consolar mi desespero, más pena sentía por mí, por él y por nuestra pobre niña víctima, antes de nacer, de un amor maldito. El que nos pronosticó la bruja Bridget en el monte Domen.

* * *

La caravana se detuvo en medio del campo. Selene apagó los faros y a su alrededor se cernió la oscuridad más absoluta y la noche reinó en toda su plenitud.

Luego encendió las luces del minúsculo apartamento y se dio cuenta de que Anaíd lloraba en silencio.

—Venga, ea, ¿qué te pasa ahora?

Anaíd sollozó.

—¿Soy una Odish?

—¡No eres una Odish! —gritó Selene con contundencia—. Y no vuelvas a decir eso.

Anaíd reprimió un gemido, no quería importunar a Selene, pero sentía pena por Gunnar, por su madre, por ella misma.

—Pero... si tengo sangre Odish en mis venas.

Selene se levantó tensa y se puso a hacer estiramientos.

—Me duele todo.

—¿Por qué no contestas a mis preguntas?

—Estoy contestando a muchas de ellas, por orden, explicándote una historia complicada en la que intervienen muchas personas y el destino, el azar, la voluntad. No quieras que simplifique. La vida no es matemática, dos y dos no son cuatro.

Anaíd calló. Selene continuaba destensando los músculos; tantas horas de conducción la tenían agarrotada.

—¿Salimos a dar un paseo?

—Está muy oscuro.

—Lo necesito.

Selene era así, impetuosa. Si le apetecía salir, aunque fuese a cien grados bajo cero y en plena ventisca, lo hacía, como lo había hecho quince años antes yendo hasta el Polo Norte. Funcionaba a ráfagas, a impulsos. Saldría de la caravana lo quisiese Anaíd o no. Y esa vez no quiso quedarse sola. Se sentía frágil y asustada. Los descubrimientos sobre su posible origen la habían afectado más de lo que creía y todo se mezclaba: el rechazo de Roc, la desobediencia a su madre, el miedo a haber hecho algo terrible, su falta de entereza para afrontar su futuro y esa niebla que se iba disipando de su pasado y que le mostraba unas fotografías que no deseaba ver.

—Dame la mano —pidió inusualmente a su madre.

Selene la abrazó.

—¿Te pasa algo?

Anaíd moqueó.

—No me quiere esperar.

—¿Quién?

—Roc.

—¿Estás enamorada de Roc?

—Pero él no lo está de mí. Me dijo que soñaba con besarme, pero no me quiere esperar.

—Hay muchos chicos en el mundo.

Y decidió sincerarse con Selene mientras caminaban juntas en la oscuridad. Era como hablar consigo misma.

—No sé, estoy confusa. Me hizo un regalo esta tarde. Un niño me dio un regalo suyo.

—¿Suyo? —palideció Selene.

—Lo siento, lo siento mucho, te desobedecí. Acepté el regalo de la mano de un niño. Me pareció inofensivo.

Selene palideció aún más.

—Anaíd, nadie sabe dónde estamos. Nadie, ¿me oyes?, nadie.

Anaíd se estremeció.

—Pero nos están siguiendo.

Selene la abrazó.

—¿Tú también te has dado cuenta?

Y de pronto Anaíd ahogó un grito. Sintió una mano, una mano que le oprimía la garganta con fuerza. Boqueó desesperadamente y se desasíó. Fue Selene quien, con una determinación sorprendente, sacó su atame y hendió el vacío alrededor de Anaíd. Luego se dirigieron a buen paso hacia la caravana.

—No te detengas, no mires atrás.

Una vez dentro Selene formuló un potente conjuro de protección y luego se lanzó sobre su tesoro máspreciado. El cetro de poder estaba en el lugar donde lo dejaron.

Selene se dirigió a Anaíd.

—Enséñame ese regalo.

Anaíd le mostró los pendientes. Selene los reconoció.

—¡No puede ser!

—¿El qué?

—Él no puede estar aquí.

—¿Quién?

Selene miró a través de la ventana de la caravana escrutando la noche. No vio nada.

—Ahora lo sabrás. Escúchame con atención...

Capítulo 13: La osa blanca

Desde el momento en el que supe que Gunnar era hijo de la dama de hielo, mi amor por él se enfrió como la nieve que cubría nuestra cabaña. Fingí una larga convalecencia y, durante las interminables veladas en las que Gunnar leía a la luz de la lamparilla de gas creyendo que yo dormía, le observaba atentamente, con una mirada nueva, y descubría su impostura, su estudiado desenfado, su falsa apariencia de juventud.

De pronto comprendía muchas de las cosas que había ido pasando por alto: su dilatada experiencia, su sabiduría, su cosmopolitismo y su infinita paciencia. Para alguien que había vivido cien vidas como él y conservaba intactas su belleza y su fuerza, las virtudes que otorgan los años lo impregnaban de un halo de seductor misterioso, aunque supuse que en realidad para él ya nada podía tener importancia o trascendencia.

Gunnar hablaba en primera persona de los vikingos y lo hacía con conocimiento de causa puesto que él mismo fue rey, comerciante, berseker y navegante. Gunnar fue el rey Olafr que enamoró y sedujo a la bella escalda Helga, cuyos huesos se revolvían en su tumba buscando a su amado. La tumba del rey Olafr estaba vacía, puesto que Olafr no murió, simplemente se transformó en Karl, Franz o Ingar. Ingar, el navegante y ballenero que Kristian me recordaba. Ingar no era el abuelo de Gunnar, era Gunnar. Y Gunnar fue el pequeño Harald, a quien atendió Arna en la granja islandesa, cuando los primeros colonos fundaron sus casas y llevaron consigo a sus animales y sus familias. Pero eso debió de ocurrir hacía centenares de años.

Desde entonces Gunnar había recorrido el planeta cientos de veces, hablado infinidad de lenguas, leído miles de libros, amado a millares de mujeres.

¿Qué era yo en medio de esa dilatada experiencia? ¿Qué podía significar un amorío más, un hijo más, un viaje más para alguien que ha recorrido todos los mares y los rincones infinitos de la geografía terrestre y humana?

Me sentí mal, muy mal.

Me hizo creer en el amor. Me hizo sentir la locura, el deseo, la entrega y... todo era mentira. En sus brazos me convenció de que los dos éramos un solo ser..., pero era mentira.

Gunnar sólo quería concebir a la elegida para entregársela a su madre. Gunnar, como el espíritu del explorador, probablemente carecía de voluntad. Era un soldado de la dama de hielo. Actuaba por imperativos maternos y nunca se enamoró de mí ni de la dulce Meritxell.

Era un monstruo.

Estaba claro cómo habían ocurrido los hechos. Se trataba de cambiar la causa y el efecto. No fue Meritxell quien se enamoró de Gunnar, sino que Gunnar engañó a

Meritxell y luego me engañó a mí.

Mi sentido de la culpa se diluyó completamente y pasé a considerarme víctima de Gunnar. No podía entender su doble juego de enamorarnos simultáneamente a Meritxell y a mí, pero una cosa me resultaba evidente: Gunnar era mi enemigo y me quería quitar a mi pequeña. Y atando cabos caí en otra obviedad. Mi hija, la pequeña loba que según la vidente ciega Omar era la elegida de la profecía, tenía sangre Odish. Yo misma llevaba sangre Odish en mi cuerpo y daría a luz a una pequeña Odish. Y ésa era la sangre Odish que habían detectado las brujas Omar del clan de la yegua y contra la que pretendían exorcizarme aun a costa de sacrificar a mi bebé. Así pues, huyendo con Gunnar, yo había salvado a mi pequeña y había velado para que la profecía se cumpliera.

¿Y mi niña? ¿Cómo sería? Aunque me había educado en el rechazo a las Odish y había sido aleccionada para temerlas y odiarlas, no pude trasladar ese sentimiento a mi hija. Mi maternidad era mucho más ancestral, antigua y primitiva que todos los convencionalismos entre tribus y facciones. Pasase lo que pasase, la querría.

El tiempo fue avanzando inexorable y yo no me sentía con fuerzas para luchar contra el miedo y la tristeza. La debilidad de mi cuerpo era un lastre. Pasaba las horas tendida en el camastro, dormitando, hibernando, sufriendo en silencio y preguntándome una y otra vez por qué Gunnar me había hecho creer que me amaba.

Su traición era lo que más me dolía y me sentía sola y abandonada en medio de la nada. Nunca había sentido tanta desolación. Nunca había estado tan sola. Nunca había sido tan desgraciada.

Gunnar se tumbaba a mi lado y me acariciaba con dulzura, y una parte de mí quería abandonarse y la otra lo rechazaba con todas sus fuerzas aunque sin poder manifestarlo. Y yo, en medio de ambas, presa de la angustia y el desespero, con ganas de llorar y hasta de morir, sentía que sin la luz del sol me iba apagando y que necesitaba creer en algo para que mi llama no se consumiese de pena.

Gunnar se preocupó. Lo oí discutir una noche con el explorador. Por supuesto, su preocupación poco o nada tenía que ver con el amor. Era una preocupación egoísta. Yo era algo así como una vaca y él tenía comprometido el ternero. Quería alimentarme y lustrar mi piel hasta el final para obtener un buen precio por la mercancía.

Me partía el alma.

—La dama se impacienta —avisó el explorador de voz ronca.

Inmediatamente Gunnar, con voz mucho más susurrante, se incorporó de su asiento.

—Ha esperado miles de años, bien puede esperar unos meses.

El explorador señaló mi vientre.

—Puede haber problemas.

Gunnar le indicó silencio y abrió la puerta de la cabaña invitándolo a salir.

Y yo me di cuenta de que estaba sola, de que por primera vez en mucho tiempo nadie me controlaba. Moví un brazo, el otro, una pierna, la otra. Luego me incorporé con mucho cuidado, me levanté de la cama, mareada, y me arrodillé junto a mi bolsa para recuperar mi atame y mi vara. Hacía días que quería hacerlo. Pero al meter mi mano en el doble fondo de la bolsa me quedé lívida. Imposible. La puse boca abajo y la agité frenéticamente. No cayó nada. Me puse a cuatro patas para buscar debajo de las baldas, y tampoco encontré nada. Volví a hurgar en todos los rincones de mi bolsa de viaje. Nada. Entonces regresó Gunnar.

—¡Selene! ¡Estás bien!

Su voz sonaba sincera. Cualquiera hubiera dicho que su alegría por mi recuperación era auténtica. Decidí que, si él era capaz de mentir con tanto aplomo, yo también. Me llevé la mano al vientre, fingiendo un espasmo.

—Tengo dolores.

Gunnar se sorprendió. Puso su mano sobre mi tripa. Calló y esperó.

—No tienes contracciones.

Un mes antes hubiera pensado que la sabiduría de Gunnar era infinita. Ahora sabía que Gunnar habría puesto esa misma mano sobre montones de vientres y que posiblemente había asistido a multitud de partos. Por eso sabía con tanta precisión cómo tratarme y estaba tan sereno. Pero no podía acusarlo de eso, ni de nada. Entre nosotros sólo reinaba la mentira y la falsedad. Ni siquiera podía darle a entender que buscaba mi vara y mi atame. Si él los había escondido, yo los encontraría, pero para ello tenía que alejarlo de la cabaña.

A Gunnar enseguida le llamó la atención ver mi bolsa vacía en el suelo.

—¿Buscabas algo?

Improvisé con acierto:

—Mis pastillas para la tensión. ¿No las has visto? Estaban en mi bolsa. Son para evitar una subida de tensión; si se me dispara, sufriré un parto prematuro.

Gunnar arrugó el entrecejo.

—¿Tienes problemas de tensión?

Necesitaba algo contundente, definitivo.

—Antes de conocerte estuve a punto de morir una vez. Mi tensión se disparó hasta veintidós, y el médico me dijo que llegado el momento tendría que vigilar el final de mis embarazos si no quería perder a la criatura. Creo que tengo dolores.

Gunnar palideció.

—¿Y por qué no me lo dijiste?

Touché. Había dado en el clavo. Me estaba doctorando en mentir.

—Para no preocuparte.

Gunnar se alteró.

—¿Dónde crees que están tus pastillas?

Me cogí la cabeza con ambas manos.

—La última vez que las vi fue en el campamento que hicimos antes de llegar a esta cabaña. Esa noche me tomé una, sentí los mismos síntomas que ahora. Debí de perder el frasco.

El último campamento debía de estar a unas horas de distancia, las suficientes para ganar tiempo.

Gunnar me creyó. Me obligó a sentarme y me tomó el pulso. Gracias al conjuro que pronuncié y a mi nerviosismo, conseguí disparármelo. Se alarmó y volvió a colocar las manos sobre mi vientre; logré una magnífica contracción que lo hizo reaccionar con rapidez. Acto seguido se levantó, tomó una llave de su bolsillo y abrió un viejo arcón de madera que hacía las veces de banco. De dentro extrajo un maletín. Sin que Gunnar se percatase, incliné la cabeza fingiendo un espasmo y eché una ojeada al arcón. Ahí dentro, entre otras cosas, pude ver escondidos mi atame y mi vara. O sea que Gunnar me había privado de ellos a sabiendas de que los buscaría.

Gunnar revisó los fármacos que llevaba en el maletín. No había ningún medicamento adecuado para mi dolencia.

Gunnar me creía.

—¿Te encuentras muy mal?

—Bastante.

Gunnar dudó.

—¿Te da miedo quedarte sola?

Si hubiera sido muy expeditiva hubiera sospechado.

—¿No hay más remedio? —suspiré con lástima fingida.

—Me temo que no, a no ser que quieras acompañarme, pero con la meteorología actual se necesitarán, como mínimo, cuatro días para ir y volver. No estás en condiciones.

No lo estaba, pero aunque lo hubiera estado, lo que quería era quedarme sola.

Gunnar aún tardó un par de semanas en marchar. Antes celebramos el solsticio invernal. Los dos solos encendimos velas, bebimos un licor, nos besamos y nos deseamos un feliz año. Era diciembre, yo estaba embarazada de seis meses y, aunque Gunnar temía que se me adelantara el parto, las continuas borrascas no le permitían moverse. Pospuso su marcha un día y otro hasta que mejorase el tiempo, y yo, mientras tanto, procuré comer para estar fuerte y aprovechar esos días en que estaría sola. Tenía que urdir un plan de fuga.

Fingir y mentir no era tan difícil. Hasta podía ser un juego, un juego peligroso, pero un juego a fin de cuentas. Mentir a Gunnar consolaba mi tristeza. Era un

remedio casero contra la angustia y una pequeña venganza para resarcirme del sinsabor de su traición.

Por fin se apaciguaron las tormentas y se despejó la noche eterna. Gunnar aparejó el trineo, preparó el tiro de los perros, ató a Narvik en el puesto de líder y dejó a la embarazada Lea a la puerta de la cabaña.

—Ella te avisará si hay algún peligro.

Luego me indicó un pequeño revólver que sacó del arcón. Me lo entregó sin recelo, lo cargó y me enseñó cómo disparar.

—Apuntas y aprietas el gatillo. Es muy sencillo.

Le apunté en broma a la cabeza.

—¿Así?

Gunnar se rió.

—Eres tan mala que seguro que fallas.

—Pero así no —y le encañoné la sien con pulso firme.

Gunnar lanzó una carcajada.

—Venga, adelante, seguro que se te encasquilla.

Podría haberlo hecho, pero no tuve valor para disparar. A veces, como en aquel mismo momento, todo lo que estaba viviendo me parecía una broma de mal gusto, una farsa que se representaba sobre la tarima apolillada del viejo teatro de mi escuela. Pero era cierto.

Fuera el termómetro marcaba una temperatura de menos cuarenta y seis grados centígrados y Gunnar consideró que era buen tiempo. Se abrigó tanto que a duras penas se le reconocía y lo despedí como si fuera el protagonista de un documental de esquimales.

—Cuídate —le dije al marchar, representando el papel de novia sufridora—. Cuídate mucho —insistí.

—Y tú vigila, y sobre todo no salgas; esa osa puede rondar por ahí fuera —me advirtió Gunnar con aparente cariño.

Nos despedimos como dos enamorados, como una pareja feliz que espera su primer hijo. Agité mi mano en el umbral de la puerta, un par de segundos a lo sumo, y entré rápidamente antes de que el viento helado azotara mis lagrimales y me reventara los ojos.

Gunnar se alejó en el horizonte. Ilusa de mí, creí que por fin me había quedado sola.

Tardé un par de horas en abrir el viejo arcón. Lo conseguí con una horquilla del pelo. Saqué mi atame y mi vara y los acaricié largamente. Lo primero que hice fue conjurar un fuerte anillo protector para mi hija y proteger la cabaña con un sortilegio. Después concentré todas mis fuerzas en la llamada a Deméter. Pero ya sabía que no

resultaría. El embarazo impide realizar o recibir llamadas; por eso, desde el ballenero, no había podido establecer comunicación alguna. Aunque si conjuraba un objeto, un solo objeto suyo, tal vez por magia simpática recibiese mi señal. Hurgué entre mis pocas pertenencias de valor recordando que me regaló un billetero de piel y, sin querer, cayó al suelo la sortija de esmeraldas que hurté de la granja de Gunnar. Cayó o bien se lanzó al suelo. Porque la sortija saltó, con vida propia, ágil, juguetona, rodando sobre sí misma como una peonza. Me estaba hablando, me quería decir algo. Y la entendí. Me pedía que me la pusiese.

En el mismo instante en que hice resbalar mi dedo anular dentro, apareció el espíritu que había estado molestando a Gunnar esos últimos días. Pero esta vez iba acompañado por un inuit joven y fuerte.

Creían que yo no podía verlos ni oírlos, con lo cual comenzaron a discutir ante mis propias narices.

—¿Has visto qué desfachatez? Lleva la sortija de esmeraldas de la señora. No pretenderá que la sirvamos —comentó el explorador de la barba escarchada.

El inuit no dudaba de ello.

—Pues claro que sí. Para eso hemos sido llamados.

Contemplé la sortija y, anonadada, relacioné el hecho de que al colocármela aparecían ante mí los espíritus. En la otra ocasión en que la lucí apareció Arna.

—Se la ha robado a la señora, no es suya —objetó el explorador, que además de tener la voz ronca no paraba de toser.

—Nuestra obligación es servirla. La sortija está en su mano y ella es nuestra dueña.

No me lo podía creer. Tenía el poder de convocar a los espíritus y mandar sobre ellos.

—¡Y un cuerno! —se rebeló el explorador físico que no hacía otra cosa que poner pegas a todo.

—En ese caso desaparece —sugirió el buen inuit, que además de estar dispuesto a complacerme era guapísimo.

—Pierdes el tiempo —farfulló el explorador—. No puede vernos ni oírnos.

El inuit se encogió de hombros y me miró.

—Da lo mismo, tenemos toda la eternidad por delante y es hermosa.

Me conmovió. Lástima que el malcarado explorador quisiese estropear el momento.

—¡Aruk, vámonos! Te ordeno que desaparezcas conmigo.

Aruk, que así se llamaba el inuit, no le hizo el menor caso.

—Es una orden.

—Lo siento, Shaeldder, pero no mandas.

El explorador de nombre germánico se puso como una moto.

—¿Cómo que no mando?

—Ahora es obvio, pero si te soy franco no has mandado nunca, ni siquiera cuando estabas vivo.

—¡Yo era el jefe de la expedición! Os pagaba y os mandaba.

—Una cosa es pagar y otra mandar. Tú pagabas, pero no nos mandabas.

Shaeldder pasó del lila al violeta y del violeta al púrpura.

—¡Yo dirigía la expedición!

—No distinguías entre el Norte y el Sur y no sabías la diferencia entre un oso y una foca. Los perros y yo fuimos donde quisimos y te hicimos creer lo que tú querías creer. Así nos continuabas pagando.

—¡Yo descubrí y conquisté la posición de la latitud 81° y clavé mi bandera!

—Sí, claro, yo te llevé hasta allí.

—¿Fui o no fui el ser vivo que llegó antes a la latitud 81o?

El inuit rió con ganas.

—Mi bisabuelo nació en la latitud 81°.

Shaeldder se salió de madre.

—Tu bisabuelo no cuenta.

—¿No? ¿Acaso no era un ser vivo?

El inuit cada vez me caía mejor.

—Quería decir un ser vivo blanco occidental.

—Estupendo, Shaeldder, pero ahora eres el ser muerto blanco occidental que llegó primero a la latitud 81° Norte y tienes que esperar eternamente a que esta joven nos formule sus deseos. Le pertenecemos.

—¡Maldito esquimal! Te vengaste de mí maldiciéndome, pero te fastidiarás porque continuaré mandándote por siempre jamás.

Vistas las disensiones en el equipo, opté por meter baza y aprovechar sus diferencias para sacar tajada.

—Si me permitís...

Los dos se quedaron boquiabiertos, por decir algo. Ninguno se atrevió a chistar.

—Os he estado escuchando y veo que disentís sobre quién manda, pero yo tengo muy claro que, como portadora de la sortija, quien manda soy yo.

Me quedé sin aliento y a la expectativa. Me había echado un gran farol. Si había arriesgado demasiado, perdería la baza. Dependía de mi convicción y mi intuición.

Acerté. El inuit me interpeló amablemente:

—En efecto, bella occidental. Nos debemos a tus deseos. ¿Verdad, Shaeldder?

Shaeldder refunfuñó y yo opté por prescindir de él. No tenía tiempo para domesticar a espíritus racistas.

—¿Sabes qué, Shaeldder? —le dije con parsimonia—. Te ordeno que desaparezcas. En cuanto diga tres, te habrás ido de aquí y guardarás silencio sobre

todo lo que has visto y oído. Ni una palabra a la dama de hielo o te conjuraré con la sortija a carecer de cuerpo espiritual.

Shaeldder se horrorizó.

—¡No, por favor, no lo hagas!

—Pues ya sabes el trato. A la de una, a la de dos y a la de tres. ¡Viento!

Me quedé sola cara a cara con el simpático inuit que parecía encantado con mi decisión.

—¡Oh, qué placer me has dado, bella occidental, eliminando a ese fatuo estúpido Kartoffen! Por culpa suya y por dar gusto a su ego insufrible perecimos toda la expedición y no pude llegar a conocer a mi hijo Aruk 25, de la saga de los Aruk, orgullosos herederos de Thule.

—Lo siento mucho, Aruk. Tienes que ayudarme a escapar de aquí.

Aruk se entristeció.

—Es imposible. Hasta la primavera estás incomunicada.

Me decepcioné.

—¿Y tú no tienes poderes para transportarme a otro lugar?

Aruk negó, disculpándose.

—Puedo ponerme en contacto con otros espíritus. Puedo leer aspectos de tu vida que ignoras y hablar con los muertos.

—¿Y hablar con mi madre?

—Está viva y es una Omar. Sólo puedo comunicarme con las Odish.

¿Y yo? ¿Acaso yo no era una Omar? Entonces caí en la cuenta. Era una Odish mientras llevase a mi niña en mi vientre. Su sangre me proporcionaba el embrujo de ver y oír más allá de las fronteras que las Omar, mortales, nos habíamos impuesto.

—Habla entonces con otros espíritus y pídeles consejo y ayuda. Espero tu respuesta pronto. No tengo tiempo, solamente mientras Gunnar esté fuera. Quieren a mi hija.

Aruk frunció el ceño.

—Puedo ser también tu espíritu protector, puedo acompañarte siempre e impedir que sufras ningún daño.

Me encantó la idea de tener mi propio espíritu guardián.

—Que así sea, amable Aruk, quiero que me protejas.

—Para eso tendrás que llevar el anillo y frotar su piedra cada vez que creas que estás en peligro.

Era un consuelo. Era un verdadero consuelo disponer de algo o alguien que acudiría en mi ayuda si me encontraba en un gran apuro.

—Desaparece pues e infórmate de mis posibilidades de huida.

Y al quedarme de nuevo sola, mi niña se removió inquieta. Decidí que a partir de ese momento la llamaría por su nombre, Diana, y hablaría con ella para mitigar mi

soledad y mi miedo.

Esa noche oí ladrar a la fiel Lea una y otra vez. Era un ladrido que advertía que la casa estaba vigilada y aconsejaba mantener la distancia. Lo comprendí como si hubiese sido pronunciado en un perfecto castellano. Salí de la cabaña y le lancé un buen pedazo de pescado. Desenterró su hocico cubierto de nieve y lamió mi mano de agradecimiento. Puesto que la comprendía, me atreví a preguntarle la causa de su inquietud, y cuál no sería mi sorpresa cuando de mi garganta surgió un ladrido claro y preciso.

—¿Qué peligro detectas?

Lea se puso en pie, aguzó las orejas y me miró sorprendida.

—La osa blanca está rondando la cabaña —ladró.

Aunque Aruk me había prometido protegerme, no las tenía todas conmigo. Y Lea, la fiel Lea, era una perra valiente, pero ante un oso polar hambriento poco podía hacer. Dormí con la vara bajo la almohada y me fui despertando a intervalos. Cada vez los intervalos eran más y más cortos. Por fin desistí de dormir ante los ladridos insistentes y cada vez más alterados de Lea.

—No te acerques, no te acerques más o atacaré —ladraba como una loca.

Me levanté con mi vara de un salto. Tanteé el mechero y encendí la lamparilla de gas. Me abrigué y me dispuse a salir para proteger a Lea. Entonces recordé la pistola que Gunnar me había dejado. La cogí con la otra mano y me coloqué las manoplas, pero descubrí que era imposible disparar con las manoplas puestas.

Los ladridos de Lea eran cada vez más acuciantes. Ya no amenazaba. Ahora pedía ayuda. ¿A quién?

Abrí la portezuela sin calibrar mi impulso. Me quedé paralizada por el frío, agudo, implacable, y por la terrorífica visión. Una inmensa osa polar, una hembra en toda su plenitud, con el vientre grueso y los colmillos afilados se alzaba sobre sus patas traseras para atacar a la buena de Lea. Estúpido detenerla con un grito. Absurdo abalanzarme yo sobre ella. Imposible disparar con las manoplas. Así pues la paralicé con mi vara. Un sortilegio sencillo que congeló sus movimientos. La sangre circulaba dolorosamente por mi cuerpo. Enseguida tomé una decisión. Saqué mi atame y con dificultad corté el arnés que sujetaba a Lea. Luego la invité a entrar en la cabaña conmigo.

Lea entró como un perrillo faldero y lamió mi mano con devoción. Sabía que le había salvado la vida. Sabía que le estaba ofreciendo mi protección. Su agradecimiento y sus muestras de afecto no tenían freno y tuve que obligarla a sentarse con un buen ladrido. Luego cerré la frágil puerta y la apuntalé con el arcón. La osa era tan grande que de un simple zarpazo podría hacerla saltar por los aires si se lo proponía, pero dentro de la cabaña yo podía usar mi pistola y encañonarla a

poca distancia.

Me saqué las manoplas con los dientes y tomé la pistola. Tenía las manos tan entumecidas que los dedos no me respondían y el conjuro no duraría mucho más. Y mientras me caían lágrimas de dolor al intentar mover los dedos, noté que la cabaña, toda ella, temblaba como si estuviese en el epicentro de un terremoto. Las paredes se bambolearon y parecía que fuesen a partirse en dos. La cabaña era tan frágil como una caja de cartón y se tambaleaba bajo el empuje continuado del cuerpo de la osa. Aterrorizada, me encogí, y Lea, valiente a pesar de todo, ladró con coraje y advirtió a la enorme bestia que ése no era su territorio.

La osa hacía caso omiso y continuaba, con su fuerza gigantesca, abalanzándose contra la puerta. ¿Y si lo conseguía? Calculé la posibilidad de que derrumbara la cabaña o hiciese un gran boquete. A juzgar por los chirridos de la madera, la estructura no aguantaría mucho más. Si lo conseguía, yo quedaría a la intemperie y moriría. Era preferible pues abrir la puerta y enfrentarme a ella, desde dentro.

Pero antes de hacerlo recordé la advertencia de Aruk. Sin darme un respiro froté mi anillo y abrí la puerta. Sorprendí a la osa que, extrañada por mi actitud, se quedó inmóvil. Simultáneamente, a la vez casi, Aruk se corporeizó ante mis ojos. Aproveché mi ventaja y, con toda la sangre fría de que fui capaz, levanté lentamente la pistola y apunté entre los ojos de la enorme y aterradora osa. Sin embargo, no pude disparar.

Aruk y los ojos de la osa me lo impidieron. Y Lea se interpuso.

—No, no lo hagas —gritó Aruk.

—¡Atrás, atrás, no la toques! —le ladró Lea a la osa, enseñándole los caninos con ferocidad, dispuesta a dejar que la despedazaran antes de que la intrusa me pusiese una sola zarpa encima.

Aruk volvió a intervenir y dijo algo sorprendente:

—No dispaes, es tu amiga; quiere protegerte.

Se me paralizó el dedo índice. La osa me miraba y en sus ojos leía lo que Aruk me estaba diciendo. Para Lea, por el contrario, era un animal peligroso y aprovechó el desconcierto general para lanzarse a sus patas y morderla.

La osa gruñó de dolor y de un manotazo lanzó a la perra lejos.

—No quiero hacerte daño —gruñó la osa.

Inmediatamente detuve el siguiente ataque de la perra enfurecida por la sangre y el dolor de la herida que le había causado la osa.

—¡Lea, quieta, Lea!

Y, temerariamente, me abracé a la osa para salvarla de los dientes de Lea. Si lo hubiese pensado por un instante no lo hubiese hecho, pero como siempre, mis impulsos me salvaban. La osa no me aplastó con su abrazo mortal; al revés, me calentó con su piel y me miró a los ojos con inteligencia.

—Te protegeré —gruñó.

Aruk me hizo salir de mi estado de perplejidad.

—Deméter pidió ayuda al clan de la osa y ellas enviaron a su gran madre para protegerte.

Mi corazón fundió el hielo que se había formado a su alrededor en los últimos tiempos. Mi madre no había desistido. Afortunadamente, aún se acordaba de mí.

Aruk señaló a la osa.

—Ella es tu única esperanza para huir de aquí. Te puede alimentar, guiar y proteger.

—Huiré con ella entonces —decidí en un raptó de locura buscando mis manoplas.

Por suerte Aruk era un experto expedicionario.

—¿Estás loca? Morirías inmediatamente. Tienes que esperar a que pase lo más crudo del invierno. Tienes que esperar a la primavera.

—Es que en primavera será demasiado tarde. Nacerá mi hija.

Aruk era sensato.

—Tendrás que esperar a que nazca.

—Será demasiado tarde —repetí—. Gunnar se ha comprometido a llevar a Diana a la dama de hielo. Tú la conoces. Debe de ser cruel y caprichosa.

Aruk se rascó la cabeza.

—Convencerás a Gunnar de que te encuentras mal, muy mal, y que sin tu leche la niña moriría. Gunnar esperará y hará esperar a su madre.

Callé expectante.

—¿Y después qué?

Aruk era un hombre de acción y un experto conocedor del Polo.

—En cuanto empiece el deshielo y tú y la niña tengáis fuerzas para el viaje de regreso, la osa atacará a Gunnar y te guiará hasta Sarmik, la matriarca del clan de la osa. Una vez allí no estarás segura, pero sí más protegida.

Me sentí abrumada por el favor que me había hecho Aruk. Por poco no mato a la osa y cometo una gran equivocación.

—¿Cómo sabrá la osa que es el momento?

Aruk no se amedrentó.

—Frotas tu anillo y me pides ayuda. Yo te la enviaré.

Recordé otro peligro que durante las últimas semanas había obviado.

—¿Y Baalat? ¿Por qué la dama oscura ya no me persigue?

Aruk rió.

—Estás bajo la protección de la dama de hielo. Éste es su territorio y no permite que se acerque. Naturalmente en cuanto te alejes volverá a intentarlo.

Así pues, me encontraba prisionera entre las dos Odish y mi hija era el cebo de ambas.

Apacigüé el ronco gruñido de Lea palmeando cariñosamente su cuello. No aceptaba que yo simpatizase con su vieja enemiga, la osa; pero así era, y la invité a olfatearla para que no ladrase en su presencia. Luego, pasé mi mano por la suave piel de la osa, esa piel oscura y cubierta de pelo blanco, casi albino, que además de ser muy aislante, le permitía absorber todo el calor de los rayos solares.

—Te llamaré Camilla —le dije—, como el amor imposible de Kristian Mo.

La osa aceptó el nombre. Estaba ya a punto de cavar su madriguera para preparar el refugio donde daría a luz. Su parto sería dos meses antes que el mío y durante ese tiempo permanecería en ayunas y amamantando a su cachorro. La despedí y, mientras se alejaba saltando con agilidad a pesar de los ciento veinte kilos añadidos de su embarazo, le deseé suerte. Ella lo tendría infinitamente más fácil que yo. Con sus casi cuatrocientos kilos y su inmensa pelvis, pariría unos ridículos oseznos de medio kilo. En cambio yo, con mis cincuenta kilos y mi estrecha cadera, pariría un bebé de tres kilos y enorme cabeza. Las hembras de la especie humana éramos las que siempre nos habíamos llevado la peor parte en la historia de la evolución. La próxima vez que nos viéramos, iríamos acompañadas por nuestras crías, pero la osa tenía cien veces más posibilidades que yo de sobrevivir a un parto.

Cuando desapareció en el horizonte hice un ruego a Aruk:

—No te manifiestes mientras esté aquí Gunnar.

—No lo haré —me aseguró Aruk.

—¿Seguro que el explorador Shaeldder no hablará de mí a Gunnar ni a su madre?
—pregunté inquieta.

—Sabe que tienes poder sobre él y puedes destruir su apariencia.

Respiré más tranquila. Lo tenía todo controlado. Pero estaba en un gran error.

Gunnar regresó antes de lo previsto y yo, que había urdido un plan para el plazo de tres meses, había sido tan ingenua que no había contemplado la posibilidad de que Gunnar se adelantase a mi jugada.

Cuando desperté me dolía mucho la cabeza y no me acordaba de nada. ¿Cuándo me había dormido? Abrí los ojos y ahí estaba Gunnar sentado junto a mí, con una taza de un brebaje caliente en sus manos y con los ojos acerados, de un azul intenso, taladrándome la conciencia, hurgando en mis pensamientos recónditos. Eran exactamente iguales que los ojos de la dama del retrato cuando me vigilaban inquisitivos. No logré penetrar en lo más hondo de mi conciencia, puesto que yo había formulado un conjuro de protección y me había preservado, pero no hacía falta. Sin hacer ninguna pregunta, supe que él conocía mi plan.

—Bebe —me dijo.

—No, gracias.

—Bebe, te aliviará el dolor. No me ha quedado otro remedio que anular tu

voluntad desde la distancia.

Me quedé anonadada. Gunnar me estaba diciendo que había hecho magia, que había formulado un conjuro para bloquearme. Y no supe reaccionar. Tenía que controlar mi carácter impulsivo y no mostrar mis cartas demasiado pronto. ¿Hasta qué punto Gunnar conocía mis intenciones?

—Fuiste muy ingenua si pensaste que Shaeldder no hablaría conmigo —añadió para clarificar las cosas.

Así que fue Shaeldder.

Callé y apreté los dientes muy fuerte. Estaba asustada y a pesar de ello era incapaz de llorar porque sentía mucha rabia. Y la rabia me hizo despertar de mi letargo y me dio fuerzas para enfrentarme a él.

No le contesté, no le miré a los ojos. Me senté en el camastro, palpé con mi mano bajo la almohada y noté el hueco vacío allí donde antes dejaba mi vara y mi atame.

—No busques tu vara ni tu atame —me aconsejó Gunnar sin que su voz delatase ningún nerviosismo.

—¿Los has escondido otra vez?

—Los he destruido. Es lo mejor para todos; así evitaré malos entendidos y no tendré que vigilarte a todas horas.

La dureza de su voz fue como un bofetón.

—Entonces soy tu prisionera —le escupí.

—No, no lo eres.

Su cinismo me ofendía más aún.

—¿Puedo salir y entrar a mi aire? ¿Puedo regresar con mi madre acaso?

—No puedes porque estás en el Ártico a cincuenta grados bajo cero, no porque yo te lo impida.

Gunnar se puso en pie con parsimonia y abrió unos centímetros la puerta.

—Anda, sal, ya puedes irte si es lo que quieres.

Yo rechacé su ofrecimiento y Gunnar cerró la puerta y señaló la cerradura.

—Estará siempre abierta. No quiero retenerte contra tu voluntad.

No sabía a qué atenerme. Era mucho peor ese trato ambiguo de camaradería paternalista que unas cadenas en mis pies.

—¿Y qué pasará cuando nazca mi hija?

—Nuestra hija.

Me quedé de piedra. Evidentemente su rectificación no era casual. ¿Reivindicaba sus derechos paternos?

—De acuerdo, nuestra hija.

Gunnar no escondió sus propósitos lo más mínimo.

—Se la mostraremos a mi madre.

Un escalofrío me recorrió el espinazo.

—¿Para qué?

—Quiere conocerla.

—¿Por qué?

Gunnar suspiró, pero respondió a mi pregunta:

—Ya lo sabes, Selene, te lo profetizó la oráculo ciega. Hay muchas certezas de que nuestra hija sea la del cabello de fuego, la elegida de la que hablan las profecías.

No pude contenerme:

—¿Y qué hará con ella?

—No le hará daño.

¿Cómo podía decirme que no le haría daño? Las Odish persiguen a las Omar recién nacidas para alimentarse de su sangre. ¿Cómo iba yo a dejar que una Odish pusiera sus zarpas sobre mi niña?

—¿Cuántas hijas Omar elegidas de la profecía has llevado a tu madre? ¿Cómo sabes lo que hará con ella? ¿Y si la mata?

Gunnar negó con contundencia.

—Ten en cuenta que la niña será de su propia carne.

No pude soportarlo.

—¡Tu madre es una bruja!

—Como tú.

Era demagógico, Gunnar pretendía equiparar Omar y Odish y meternos en un mismo saco.

—¿Y tú qué eres? ¿Acaso no eres un brujo inmortal?

Gunnar me contempló con sus ojos acerados que parecían ser adalides de la verdad.

—¿Me has visto alguna vez utilizar mi magia?

Ciertamente no, pero eso no significaba nada.

—¡Vosotros sois Odish!

—Y nuestra hija también llevará sangre Odish.

Me dominó la indignación y me lancé sobre él airada, rabiosa, impotente.

—Me utilizaste, te has servido de mí...

Pero Gunnar me asió por las muñecas fuertemente y me respondió con fuego:

—¡No digas eso nunca más! ¿Me oyes? Nunca más. ¡Fuiste tú quien te interferiste en mi destino!

Estaba dolido y me hacía daño. Bajé la cabeza fingiendo arrepentimiento para que me soltara. Pero ya conocía su juego, el juego de engatusarme y enamorarme para conseguir su propósito. Mi tozudez sería mi atame, mi rabia sería mi vara y mi astucia debería ser mi escudo protector.

Simulé arrepentimiento y fingí sollozar, así di la oportunidad a Gunnar de representar su propio papel.

—¿Por qué no me lo dijiste? ¿Por qué? —sollocé abrazada a mi enemigo.

Gunnar me acarició el pelo y me consoló como lo había hecho otras veces. Parecía tierno, cariñoso y hasta le temblaba la voz al soltar sus mentiras.

—No podía decirte nada, Selene, no sabía que te interferirías. Creía que tú no tenías nada que ver con la profecía, que simplemente eras un accidente. Pero resultaste ser mucho más que eso.

—Entonces, ¿me quieres? —pregunté con voz templada y adolescente, procurando acompañar mi ingenua y adorable pregunta con un temblor.

Gunnar me tomó por idiota.

—Te quiero con locura.

Y me besó largamente y con tanta pasión mentirosa, que mi único recurso para detenerlo fue simular un sollozo de alegría. Y cuando me llevé la mano a la mejilla para recoger mi lágrima inexistente, me di cuenta de que no llevaba el anillo de esmeralda. Gunnar también me lo había quitado. ¿Lo había destruido o simplemente lo había escondido?

Tenía tres meses, antes de que naciera Diana, para hacer mis averiguaciones. Hasta entonces la rabia me ayudaría a sobrevivir y gracias a mi astucia de loba conviviría con mi carcelero en una aparente concordia de amor dolido. Le haría creer que lo amaba y que confiaba en él. Le haría confiarse tanto que, cuando se diese cuenta de su error, sería demasiado tarde.

Sin embargo, tengo que reconocer que a veces, cuando me besaba, aún conseguía que me temblasen las rodillas.

Capítulo 14: La huida

Durante el tiempo que estuve esperando a que naciese Diana, me entretuve dibujando. Aprendí a coger el lápiz y a soñar con él en la mano. Ese carboncillo, al principio rebelde, se fue amoldando poco a poco a mis deseos y complaciendo mi ansia de libertad. Dibujar mundos vividos, mundos imposibles, mundos fantásticos compensaba mi largo enclaustramiento, la agotadora vigilancia a la que me sometía Gunnar y el miedo por lo que ocurriría con mi hijita. Necesitaba escapar de esas cuatro paredes y de mi mano surgieron paisajes estremecedores poblados de volcanes, elfos y glaciares. Balleneros rojos de sangre hundidos por el coletazo de una minke encolerizada. Trineos conducidos por osas blancas volando hacia la luna en cuarto menguante. Yeguas relinchando a la luz pálida del sol de medianoche con las crines al viento.

Y poco a poco fui transformando las imágenes en situaciones, y fui inventando y dibujando una historia protagonizada por una joven colegiala con poderes, llamada Luna, que se encaprichaba de un corzo escurridizo con una marca peculiar en su pata y lo seguía hasta los confines de la tierra. Luna era una niña que comía caramelos y dormía abrazada a su oso de peluche, y con ella viajé por otros mundos y viví otras vidas, hasta que las aventuras de Luna acabaron convirtiéndose en un cómic.

Dediqué mi primera obra a la memoria de Meritxell y lo guardé en mi bolsa. Si alguna vez regresaba a la civilización, ésa sería mi profesión. Intentaría ganarme la vida escribiendo, dibujando viñetas de cómic y creando personajes que, como Luna, se inspirasen en mi propia vida y me permitiesen escapar de mis problemas.

Gunnar se hacía el bueno conmigo y a mí eso me fastidiaba un montón. Cuando mi vientre abultaba tanto que no podía tocarme los pies, se arrodillaba solícito y él mismo se ocupaba de ponerme los calcetines y atar los cordones de mis botas. Tenía que agradecerle su gesto con un gracias y una sonrisa, igual que cuando me servía la sopa y me regañaba para que me la acabase toda, o al auscultar con atención los latidos de Diana. Gunnar intentaba crear la convención de que aún éramos una pareja bien avenida y no sabía que yo lo odiaba con toda mi alma.

Temía y ansiaba el momento del nacimiento de la niña. Diana marcaría un antes y un después.

Nunca creí que un embarazo pudiera hacerse tan largo. Nunca conté con tanta obsesión las horas, los minutos y los segundos que faltaban para que se cumpliera mi plazo. Yo había ido fortaleciendo mis músculos con la gimnasia que Deméter enseñaba a sus pacientes. Había ensayado una y mil veces la expulsión y sabía cómo respirar durante las contracciones. Me sentía, por fin, físicamente fuerte, pero

mentiría si dijera que estaba tranquila. A medida que el momento se acercaba, pensaba con más frecuencia en Deméter. Hubiera querido tenerla cerca, notar su mano segura palpando la posición de mi niña, su veredicto al medir mi pelvis, sus consejos sobre la alimentación que me convenía.

Por fin, mi vientre bajó y las patadas se hicieron más dolorosas y contundentes. Eso indicaba que el bebé se había encajado y que estaba dispuesto a emprender su viaje en cualquier momento. No quería que ningún mal pensamiento se cruzase por mi cabeza y procuré relajar mi mente y mi cuerpo para poder enfrentarme al gran momento con todas mis energías intactas.

Estábamos a finales de marzo y fuera de la cabaña comenzaba a hacerse evidente que el mundo renacía bajo los hielos. El silencio y la oscuridad habían sido lentamente sustituidos por el sordo y lejano rumor del hielo al resquebrajarse, por la luz del sol, que calentaba tibiamente las yermas llanuras, y por los primeros vuelos de aves sobre el horizonte. Y un día que contemplaba a través de la puerta el movimiento de una bandada de gaviotas árticas me sorprendió la silueta de mi osa recortada contra el horizonte. Diríase que vigilaba atenta lo que sucedía en la cabaña. Diríase que velaba por mí. Y su presencia protectora y los indicios de vida me llenaron de esperanza. Pero la esperanza se vio truncada enseguida, porque poco antes de salir de cuentas sucedió algo terrible.

Una noche, los perros, normalmente tranquilos, exceptuando la hora de la comida en la que se disputaban salvajemente su ración, se alborotaron más de lo acostumbrado y nos despertaron.

Yo podía distinguir los ladridos de Lea por encima de los otros ladridos; marcaba su territorio a los demás perros y exigía distancia. Pero Gunnar no los entendió. Él cogió su rifle, se calzó las botas y se puso su abrigo.

—¿Adónde vas?

—A acabar con esa osa.

Palidecí. Durante ese tiempo no había nombrado en absoluto a la osa y yo creía que se había olvidado de ella.

—¿Qué te hace suponer que es la osa?

—Ha salido de caza para alimentarse. Está amamantando, tiene hambre y le resulta más fácil cazar a mis perros que a las focas en sus agujeros.

¡Oh, no! Si Gunnar mataba a la osa, yo nunca podría volver al clan y ponerme a salvo con Diana.

—Pero —protesté— ¿la has visto?

Y la respuesta de Gunnar me heló el corazón:

—La vi hace una semana. Rondaba por esa montaña y no debe de estar lejos. Llevaré conmigo a Glock para que la olfatee.

Glok era el husky más salvaje y con mejor olfato de todo el tiro. Me asusté.

—Te puede hacer daño. Es peligrosa y tiene un cachorro.

—No te apures, tengo el rifle y he matado a osos más grandes.

—¿Y si me pongo de parto? Estoy a punto.

Gunnar se detuvo un instante. Pensó en alguna alternativa y la encontró:

—Si tienes dolores, suelta a la perra Lucy, que está en celo. Glok la olfateará y me avisará.

Si tuviese la sortija al menos... Necesitaba desesperadamente mi sortija. Durante semanas había ido revolviendo con cuidado en la ropa de Gunnar, en las medicinas, en los arcones, en todos los lugares donde hubiera podido esconderla y no la había hallado. Sin la esmeralda, no podía pedir la ayuda de Aruk.

Tan pronto Gunnar desapareció con Glok, los ladridos de los perros, en lugar de cesar, se intensificaron. Volví a salir con mi linterna y lo que apareció ante mis ojos fue un espectáculo dantesco y terrible. Lea luchaba desesperadamente por proteger a los pequeños cachorrillos que acababa de parir y que Narvik, ayudado por dos machos jóvenes, le arrebatava para devorarlos. Sólo le quedaban dos pequeños, uno de ellos malherido. Con decisión, avancé hacia ella para alejar a la jauría de ese festín caníbal. ¿Cómo podían destruir a su propia especie? ¿Cómo podían devorar a esos perrillos indefensos? Según Gunnar, Narvik era su padre. ¿Y el instinto? Tuve que amenazarlos con un bastón y, tras apalear a Narvik, que era el cabecilla del acoso, rescaté a los cachorrillos con vida y solté la correa de Lea de un certero golpe de mi cuchillo curvo, el ulú que me ofrendó la foca ciega, el único que encontré en la cabaña. Lea gemía, pero no se arredraba y mostraba sus colmillos con ferocidad desafiando a Narvik para proteger mi retirada. Me encerré en la cabaña con la perra y sus crías y enseguida me percaté de que uno de ellos ya había muerto. En cambio el otro sólo tenía un rasguño en su patita. Limpié como pude las heridas de Lea. Luego sequé cuidadosamente al cachorrillo vivo, apenas una bolita de carne rosada con los ojos cerrados y la boca ávida en busca del pezón de su madre. Lo abrigué con una manta y, cuando sentí que su pulso vital se restauraba, lo acurruqué contra el vientre de Lea, que se había tendido, exhausta por la pelea y el parto, junto a la lumbre. En pocos segundos, el pequeño superviviente encontró el pezón de su madre y succionó con desesperación. Los dejé a los dos recuperándose y conociéndose. Lea se repondría, el cachorrillo victorioso también. Decidí bautizarlo como Víctor, en honor a su victoria contra la muerte en el difícil trance de nacer. Envolví cuidadosamente el cuerpecillo de su hermano muerto y me senté masajeando mi vientre. Había notado un súbito tirón. Como si los músculos se tensaran. Y aunque ya sabía que era una contracción de prueba y que mi cuerpo se estaba preparando para el parto, me angustié.

La imagen de Narvik con el hocico ensangrentado y devorando a los cachorrillos

me asaltaba constantemente. Mi instinto de bruja me advertía de que ésa era una señal, un indicio muy claro de que, si no actuaba, algo similar podría ocurrirme a mí, pero me sentía tan afectada por la brutalidad de la carnicería que no pude reaccionar hasta pasadas unas cuantas horas.

Lea lamió mis manos con devoción. En el suelo, sobre la manta, dormía su cachorrillo saciado y la perra, tras olisquear entristecida el bulto de su otro perrillo muerto, se enroscó a mis pies, agradecida. La consolé palmeando su lomo. No llegué a contar cuántos cachorrillos parió, a lo mejor fueron cinco o seis, o más. Pensé que Lea era afortunada porque la decepción y la tristeza por no ver colmada una expectativa son sentimientos que los animales no comparten con los humanos. Lea no soñaba con su parto ni había puesto nombre a sus hijitos, ni calculaba cuándo nacerían ni siquiera sabía que estaba embarazada. Su sufrimiento fue menor, mucho menor que el que hubiera sentido ninguna mujer, pero la compadecí. Lea sufrió cuando la muerte se interfirió en su camino y su instinto maternal se vio truncado por la violencia.

—Muy bien, bonita, ya pasó todo.

La consolé con cariño, le puse comida para que repusiera fuerzas y la perra ladró de agradecimiento.

Lea se repondría enseguida y concentraría su apego a la vida en ese único perrito gordezuelo que se vería compensado por un exceso de leche y una atención privilegiada. Como el cachorro de la osa. Como mi Diana.

Pero yo había aprendido una lección. Gunnar quería devorar a mi niña y yo tenía que huir lejos de él antes de que naciera Diana. Era descabellado, pero era mi única posibilidad: escaparía con la osa antes del nacimiento de Diana.

Si Gunnar cazaba a la osa, ni yo ni Diana saldríamos nunca del territorio del hielo. Lea podría encontrarla. Era la única que conocía su olor y de la que la osa no se escondería. Era una petición delicada, pero confiaba en la fidelidad de la perra. El tiempo ya no era tan crudo; las ventiscas, las nevadas y las tormentas eran infrecuentes; las temperaturas habían subido y, si me aprovisionaba bien, podría sobrevivir.

Una vez tomada la difícil decisión, me sentí fuerte. Acaricié a Lea y le susurré al oído:

—Busca a la osa y tráela aquí. Ten cuidado con Glok y Gunnar. Yo cuidaré de tu cachorro.

Lea amamantó una vez más a su perrito y, cuando Víctor quedó frito y con la leche saliéndole por las orejas, abandonó la cabaña y salió en pos de mi última esperanza. La vi alejarse y confié en su instinto y su fidelidad.

Me sorprendió otra contracción, esta vez un poco más tensa y dolorosa. Me detuve, respiré, esperé a que mi vientre volviese a destensarse y me apresuré a

preparar un equipaje que contuviese todo aquello que necesitaría para abrigar a mi bebé y alimentarme a mí durante un tiempo.

Estaba nerviosa y excitada. Después de una larga espera, después de una vigilancia exhaustiva, después de un encierro opresivo, vislumbraba mi libertad lejos de Gunnar y su cerco.

Salí al exterior bien abrigada y solté a Narvik, el asesino. No lo quería en mi trineo, no quería llevármelo conmigo y lo azucé para que escapase. Luego, con mucha paciencia y dejando muy claro que yo era la autoridad, trajiné para preparar el trineo y colocar a los perros en el tiro. No era fácil. Intentaban agredirme, pero les enseñaba el látigo y les increpaba con ladridos autoritarios que los dejaban tan sorprendidos que acabaron por obedecerme. Cargué el trineo con provisiones, ropa y medicinas, y reservé el liderazgo del tiro para Lea.

Por último me encerré en la cabaña con el perrillo y aguardé pacientemente el regreso de Lea. Sabía que volvería. Lo sabía.

Y esperé una hora, dos, tres. Me adormecí hasta que me despertaron los ladridos de los perros. Alguien se acercaba. Escuché con atención. No reconocía a Lea, ni oía el gruñido de la osa. Me angustié. Tuve una contracción súbita, un palpito de que las cosas podían empeorar, y mientras contenía el incipiente dolor respirando pausadamente y con las manos en mi enorme vientre, se abrió la puerta con brusquedad.

Era Gunnar.

Su semblante era sombrío. En su mano llevaba el rifle, estaba humeante y caliente. Sudé de miedo. ¿Había matado a la osa? Gunnar dio un paso en mi dirección y me señaló con su dedo.

—¿Adónde te crees que vas?

No contesté porque me quedé embobada contemplando su dedo índice, el que me señalaba y me acusaba. Estaba ornamentado con la sortija de esmeraldas. Lo lucía él y, en cambio, no había ningún espíritu solícito sirviéndolo. Eso significaba que su poder era limitado, que su capacidad de convocar a Aruk no era la misma que tenía yo o su propia madre.

Me envalentoné a pesar de mi situación desesperada. Probaría algún recurso.

—Iba a buscarte, Gunnar. ¡Estoy de parto, necesito ayuda!

Lo desconcerté.

—¿Y la perra Lucy? ¿Por qué no la soltaste?

—Solté a Narvik. Lucy no se movía del campamento, estaba asustada por lo que había pasado...

—¿Qué ha pasado?

—Narvik devoró a los cachorros de Lea. Éste es el único superviviente.

Y Gunnar reparó en el pequeñín que daba muestras de inquietud. Hacía más de

tres horas que su madre había desaparecido y necesitaba su ración de leche.

—¿Y Lea?

—Quedó malherida, huyó.

Gunnar no tragó.

—¿Y dejó aquí a su cachorro?

Ya era demasiado tarde para rectificar. Podría haber dicho que había muerto, pero asentí, y Gunnar no me creyó. ¡Tonta de mí! Sabía como Gunnar que Lea no abandonaría a su cachorro vivo.

—¡Me engañas! ¿Dónde ibas? —y me sujetó una muñeca.

Tragué saliva. Gunnar era fuerte, poderoso, tenía músculos de acero y, si quería, podía retorcerme los brazos y hacerme crujir los huesos con un simple gesto.

—A buscarte —dije sin convencimiento.

—¡Mentira! —gruñó Gunnar rabioso.

—Me haces daño —musité.

—Tú también me haces daño, Selene, mucho daño.

Su tono de voz y el dramatismo que imprimía a su dureza me asustaron más que su fuerza.

—Por favor, déjame —supliqué.

Y el miedo empezó a invadirme como un cosquilleo. El miedo a su falta de compasión, el miedo a su maldad, el miedo a sus turbias maquinaciones y a su supuesta afición por la sangre, como el sangriento hocico de Narvik.

Gunnar movió su cabeza con aflicción.

—No puedo dejarte, Selene, ya no, no te dejaré. Si te escapas, lo estropearás todo.

—Soy tu prisionera —exploté, y como siempre me arrepentí enseguida de haberlo dicho.

Se encolerizó.

—¡Estúpida! No eres mi prisionera. Mientras estés conmigo, estarás segura, soy tu única baza, Selene. ¿No te das cuenta?

Quise llorar, pero me di cuenta de que el miedo también impedía las lágrimas. Estaba paralizada.

—Déjame marchar.

Gunnar me retorció un poco más la muñeca.

—Me he portado bien contigo, Selene, te he cuidado, te he protegido, ¿y me lo pagas así? Eres una desagradecida.

Había algo extraño en su voz, un lamento, un sufrimiento que yo no podía ni quería asumir.

—Yo te quiero, Selene, más de lo que imaginas.

Intenté no contribuir a su violencia, intenté tranquilizarlo.

—Yo también te quiero, Gunnar, te quiero.

Pero no soltó mi muñeca.

—No es verdad, me mientes, no sabes lo que es querer. No tienes ni idea. Eres egoísta, inmediata y caprichosa. Sólo piensas en ti.

—Lo siento.

—Yo también, porque a lo mejor ya no tengo tiempo de enseñártelo.

El miedo me surgió a borbotones, me atenazó las piernas y agudizó mi vista. Clavé mis ojos en su anillo. Si pudiese alcanzarlo. Todo era tan sencillo y complicado a la vez... Tenía el anillo allí, a la vista, a Lea buscando a la osa, a Gunnar, amenazante ante mí. Tenía que conseguir el anillo. Y extendí mi mano para atrapar la suya, la que sujetaba mi muñeca. Toqué el anillo, lo froté con fuerza y determinación, y Gunnar me soltó..., porque en ese mismo instante la puerta se abrió violentamente.

La enorme osa se alzó sobre sus patas traseras mostrando todo su poderío y, sin mediar palabra, se abalanzó sobre el sorprendido Gunnar.

Reaccioné antes de que acabara con él. Le pedí que se detuviera cuando estaba a punto de partirle la espalda. Gunnar, inconsciente, estaba malherido por los zarpazos y tenía fracturados los brazos y algunas costillas. Pero no podía curarlo, no podía compadecerme, no podía hacer más de lo que hice: salvarle la vida.

Hurté la sortija de su dedo y la dejé resbalar en mi índice mientras ataba a Lea al trineo, envolvía al cachorrillo en una manta y azuzaba al tiro para que se pusiera en marcha tras la osa que guiaba la extraña expedición. Aruk, el leal inuit, viajaba junto a mí.

—¿Me protegerás, Aruk?

El espíritu estaba confundido.

—Me dejas admirado, tienes mucho coraje.

—El coraje no me servirá de nada si la dama de hielo me caza. No tengo mi vara ni mi atame y el parto debilitará mis fuerzas.

Aruk sonrió.

—Me tienes a mí.

—¿Qué puedes hacer?

Aruk miró atrás y comprobó las huellas que nuestro trineo dejaba tras de sí.

—Necesitas invisibilidad para tener a tu hija y protegerla. Velaré por vuestra invisibilidad.

Y tras nuestras huellas la niebla espesa cubrió la nieve y fundió nuestro rastro. El trineo, los perros y yo penetramos en un territorio mágico y viajamos durante días y noches tras la incansable osa. Nos deteníamos a comer y a reponer fuerzas y yo llegué a olvidar hasta mi embarazo.

Diana se encargó de recordármelo.

* * *

Selene se detuvo y se llevó la mano al pecho sin quitar los ojos de Anaíd. Durante el tiempo que duró su relato, la inquietud la había ido atenazando. La corazonada que acababa de sentir le confirmaba que el peligro se había ido aproximando. Estaban rodeadas.

—Tenemos que hacer algo. ¿Lo sientes, verdad?

Anaíd apenas podía hablar. Sentía, lo mismo que su madre, una amenaza incierta. Selene abrió con cuidado su bolso y entregó una cajita a Anaíd.

—Esperaba regalártela al final de esta historia, pero será mejor que la estrenes ya. Anaíd, asombrada, sacó la sortija de esmeraldas.

—¡Es la sortija mágica! —exclamó.

Selene miró hacia la puerta. Suspiró y confió en su intuición.

—Tienes que pedir ayuda a los espíritus. Son los únicos que pueden ayudarnos.

—¿Por qué yo?

—Es tuya. Es tu sortija. Eres la única que puede usarla.

—¿Tú no?

—Ya no. Enseguida lo comprenderás.

—¿Y qué quieres que haga?

—En cuanto te pongas la sortija, aparecerá un espíritu protector dispuesto a servirte. Tal vez crea que eres una Odish. No le desmientas. Actúa con arrogancia y ordena que nos proteja.

—¿Protegernos de quién?

—Anda, pónstela.

Anaíd no hizo más preguntas y obedeció a su madre. Efectivamente, al ponérsela apareció ante ella un altivo guerrero almorávide de nobles rasgos bereberes. Selene no podía verlo y Anaíd le interpeló:

—Bienvenido. Has respondido rápido a mi llamada.

Se sorprendió de hallarse en aquel lugar.

—Mis respetos, señora. ¿En qué siglo estamos?

—El veintiuno.

—¿He sido convocado tras un milenio de inactividad guerrera?

—Te necesito.

—A su servicio, mi señora. Ardo en deseos de conquistar una taifa en estas fértiles tierras de Levante.

Anaíd se asustó de su impetuosidad y, tal como le había indicado Selene, se propuso impresionarlo.

—Soy Anaíd, tu reina. ¿Cuál es tu nombre?

El curtido guerrero la estudió con desenfado.

—Yusuf Ben Tashfin, victorioso jefe de las batallas de Sagrajes y Zalkaqa, de la

tribu guerrera Sahanga que puebla los territorios del Sahara, emir de Al—Andalus y vencedor de Aledo.

Anaíd se vio obligada a situarlo en la realidad.

—Han sucedido muchas cosas desde la conquista de Al—Andalus.

—Lo supongo.

—Estoy en peligro. Ha sido una suerte topar con un guerrero como tú.

Ben Tashfin se creció como un pavo real.

—¿Debo suponer también que me deseáis como estratega y jefe de vuestra tropa?

Anaíd suspiró y meditó. No había considerado esa posibilidad, pero no le pareció descabellado. Intentó imprimir un tono duro a su voz. El que utilizaban en las películas de soldados.

—¿Con qué fuerzas contamos, Ben Tashfin?

—¿Curtidos almorávides?

Anaíd asintió. Por probar no perdía nada.

—Reorganizando a mis hombres conseguiré reunir a un millar de bravos espíritus guerreros.

Anaíd se llevó las manos a la boca. Los fantasmas también podían constituir una fuerza contra las Odish. No había contemplado esa posibilidad.

—Y llevando la sortija me obedeceréis ciegamente...

Yusuf Ben Tashfin bajó respetuosamente la cabeza y se inclinó ante Anaíd.

—Sí, mi reina.

Selene interrumpió la conversación.

—Anaíd, el espíritu puede protegernos, pero tienes que saber contra quién. Pregúntale.

—¿El qué?

Selene adelantó los pendientes y los mostró a Anaíd.

—No fue Roc quien te regaló estos pendientes.

Anaíd estaba inquieta.

—¿Entonces?

Selene se mostró implacable.

—El que te los ha regalado es quien nos persigue. Tu espíritu nos defenderá.

Anaíd sabía pero no quería saber. Se dirigió al fantasma.

—¿Quién me ha regalado estos pendientes?

Ben Tashfín no dudó ni un instante.

—Gunnar, mi reina. ¿Le atacamos?

Anaíd los dejó caer, anonadada. No había reparado en la coincidencia. Eran los mismos pendientes de rubíes que Gunnar regaló a Selene al cumplir dieciocho años. Formaban parte del tesoro de la granja de Islandia. Se revolvió contra su madre.

—¿Quieres que destruya a Gunnar?

—Escúchame, Anaíd, tienes que saberlo todo, todo.

—¿Por qué?

—Ahora no callaré hasta acabar con nuestra historia.

Anaíd se acurrucó temblando junto a su madre. Frente a la puerta, etéreo pero poderoso, Ben Tashfin montaba guardia y defendía la pequeña fortaleza.

Capítulo 15: La llegada de la elegida

El parto comenzó con suficiente tiempo para buscar un refugio. Las contracciones eran cada vez más fuertes, cada vez más dolorosas. Detuve el trineo y avisé a la osa. Inmediatamente se puso a cavar en la nieve y comprendí que construía una madriguera como la que ella hizo para esconder a su cachorro. La ayudé en lo posible. Di de comer a los perros, solté a Lea para que amamantara a Víctor y recogí lo imprescindible para mi parto. No quise pensar. No quise imaginar lo que podría sucederme si había complicaciones. Nadie podría ayudarme a recolocar la cabecita de mi niña o a empujar o coserme en caso de desgarro. Daba lo mismo; las contracciones eran tan potentes y frecuentes que mi dilatación debía de estar avanzada. Y lo estaba, porque sentía unas tremendas ganas de empujar. Me contuve hasta que pude arrastrarme dentro del túnel que había cavado la osa, lo rellené de pieles, me armé de toallas y me acuclillé con las piernas temblorosas empujando con ahínco. El dolor era espantoso, sentía miles de cuchillos afilados clavándose en mi vientre y hundiéndose en mi carne. Respiraba entrecortadamente, superficialmente; el tiempo entre contracción y contracción era tan breve que no me daba tiempo a reponerme. Echaba de menos una mano a la que sujetarme, una voz acariciante que me animase, una palmada en mi espalda que me felicitase por mi valor. Me rompía, noté cómo me rompía a pedazos y mi cuerpo se desgarraba.

Yo misma, con mis manos, recogí al bebé que salía de mi cuerpo. Y por fin lo conseguí.

Diana nació perfectamente. Bajo su capa de grasa blanca, que no limpié porque la protegía del frío y las infecciones, era una niña preciosa. La envolví en las pieles y la apreté junto a mi pecho. Diana existía, Diana no era una invención. La abracé con fuerza. Conté sus deditos, contemplé sus pupilas asombradas y me extasié por la perfección de sus orejitas, su naricilla y sus ojos de un azul intenso. Golpeé sus nalgas para que rompiese el llanto. Movié sus pequeños brazos, agitó sus manos y golpeó mi nariz.

Diana estaba viva y lloró con voz potente. Al acercarla a mí golpeó su cabecita una vez y otra contra mi pecho con la boca entreabierta hasta que se agarró a mi pezón y chupó ávidamente. Yo misma corté el cordón umbilical con mi ulú y lo enrosqué en su ombligo. Luego, expulsé la placenta y caí en un profundo sopor que nada ni nadie interrumpió.

La cueva era cálida, pero necesitaba comida y agua. Salí al cabo de un día arrastrándome y llevando a mi hija conmigo y, al sacar la cabeza fuera de la madriguera, asistí a un espectáculo bellissimo. Un brillante cometa con la cola más

larga y esbelta que había visto jamás surcó los cielos y dio la bienvenida a Diana a este mundo.

Diana pareció agradecer la ofrenda de la estrella con una sonrisa, aunque probablemente sólo me lo pareció; un bebé de un día no sabe sonreír y sus ojillos son ciegos. ¿Era casual? ¿O se trataba del cometa del que hablaba la profecía? No había pensado en ello. No me había preguntado por la naturaleza de Diana ni observé ninguna diferencia en ella. Me tranquilizó comprobar que era un bebé sano y precioso, nada más.

Subí al trineo muy debilitada y sentada en el pescante comí pescado seco y derretí nieve, pero no era suficiente. Tenía fiebre, estaba enfebrecida otra vez y casi no pude alcanzar el botiquín de las medicinas. No podía enfermar en esos momentos. No podía. Diana me necesitaba. Tomé un antibiótico y me tendí sobre el trineo, sin fuerzas para dirigirlo. Lea lamió mi mano y me recordó que tenía que atarla para dirigir el tiro. Lo hice a duras penas. Y cuando el trineo se puso en marcha, me desvanecí.

Desperté horas más tarde. Aruk estaba a mi lado contemplándome, pero parecía evanescente, a punto de desaparecer. Hasta su voz flaqueaba.

—Selene, Selene, escucha: tienes que hacer un esfuerzo.

Yo no podía. Estaba al límite de mi resistencia.

—Selene, coge las pieles y a la niña y entra en la cueva. La osa te cuidará.

—¿Y los perros? —musité.

—Suéltalos —me indicó Aruk.

Creo que así lo hice. Con mi pequeña asida al pecho y llevando conmigo lo que pude, penetré en la cavidad, esta vez más grande y más cómoda, del refugio de la osa. Allí nos recibió con grandes muestras de alegría la pequeña osezna. Se restregó contra mí con su cálida piel y lamió mis manos. Su calor y su afecto me tranquilizaron, pero no me ayudaron a vencer la fiebre.

Perdí el conocimiento y creí que ni yo ni la pequeña Diana sobreviviríamos a esa última aventura.

Días después tenía la cabeza dolorida y la boca seca. Tenía hambre, mucha hambre y sentía el cuerpo entumecido, pero había desaparecido la fiebre.

¿Dónde estaba? Parecía un lugar seguro y caliente y notaba un cosquilleo extraño en mi cara. Me acordé de Diana. ¡Mi hija! ¿Dónde estaba mi niña?

Palpé con las manos y noté un bulto de carne caliente junto a mí, pero al abrir los

ojos me asusté. Inclínada sobre ambas, la niña y yo, pero sin tocarnos, con una delicadeza impropia de su tamaño, Camilla, la gran osa, aproximaba su pezón hasta la boca de la pequeña Diana. No podía creerlo: mi niña estaba mamando la leche de la gran osa. Diana había sobrevivido a mi enfermedad gracias a la leche de Camilla. Reí de alegría mientras contemplaba la escena, conmovida, esperando que mi niña saciase su apetito. Recordé la leyenda que en su momento me pareció improbable de la criatura salvada por una osa. Recordé las palabras de la pitonisa ciega: «¡Oh, Selene, permite que la gran reina de las nieves la amamante y le dé la fuerza de los árticos!».

Y de los recovecos de la memoria, recuperé las dos primeras estrofas de los viejos versos de la profecía de Om sobre la elegida.

*Verá la luz en el infierno helado,
donde los mares se confunden con el firmamento,
y crecerá en el espinazo de la tierra,
donde las cumbres rozan los astros.*

*Se alimentará de la fuerza de la osa,
crecerá bajo el manto cálido de la foca
impregnándose de la sabiduría de la loba
y al fin se deberá a la astucia de la zorra.*

Tuve un escalofrío al reconocer en mi propia experiencia los designios de la profecía.

Diana había visto la luz en el infierno helado, se había alimentado de la leche de una osa y sobrevivía bajo el calor de las pieles de foca.

Tantas veces como la repetí de niña hasta memorizarla, sin saber que yo misma la protagonizaría.

Los designios del destino eran azarosos, pero nunca absurdos.

Estaba hambrienta y busqué algo para alimentarme. A mi lado, como un regalo de los dioses, encontré un hígado caliente de foca y, curiosamente, no me repugnó. Me pareció un bocado exquisito y reconstituyente. Estaba necesitada de alimento y el hierro y las proteínas me apetecían. Tenía que recuperar fuerzas y alimentarme para tener leche. Comí hígado crudo, comí foca cruda, comí vísceras de ballena y carne de narval.

Durante el tiempo que permanecí en la cueva de la osa, abrazada a su piel cálida y comiendo su caza, perdí la cuenta de los días y las noches, pero Diana, mi pequeñina

llorona, me recordaba cada dos o tres horas que existía y que me necesitaba para crecer. El cachorro de oso nos lamía frecuentemente y reconocía en Diana a una compañera de juegos, todavía demasiado pequeña, demasiado frágil. Camilla gruñía de satisfacción al ver cómo nos recuperábamos. Regularmente abastecía la despensa de la cueva y nos calentaba con su enorme cuerpo. Y yo viví pendiente de la pequeña vida que latía contra mi pecho. Pero en cuanto cayó su ombligo, sus bracitos se volvieron gordezuelos y me dirigió su primera sonrisa, tuve la certeza de que saldría adelante y dejé que las preocupaciones volvieran a acuciarme.

¿Qué había ocurrido con Gunnar? ¿Y la fiel Lea y su cachorrillo? ¿Y Aruk? Desde que desperté en la cueva de la osa, a pesar de reclamar la presencia del espíritu inuit frotando el anillo, no se había vuelto a presentar ante mí. ¿Había perdido mis poderes?

Por más que lo intentaba, no conseguía hacerme comprender por Camilla y su cachorro. Tampoco entendía sus gruñidos. Y en cambio, recordaba la naturalidad con la que antes me comunicaba con ella. ¿Qué me había pasado? ¿El nacimiento de mi hija me había privado de mis poderes?

Afortunadamente, no de todos. Un día oí nítidamente la llamada de Deméter. Creí morir de alegría. Escondida en una madriguera bajo el hielo, en el fin del mundo, Deméter conseguía dar conmigo. Era su llamada.

Comprendí que, al finalizar el embarazo, había finalizado también mi incomunicación. Ahora yo también estaba capacitada para responderle. ¡Qué tonta! No había pedido ayuda telepática desde el parto y podía haberlo hecho.

Concentré pues todas mis energías en la fisonomía de mi madre y me puse en contacto con ella. Sentí su mente receptiva, cálida. Le transmití vida para hacerla sabedora del nacimiento de su nieta y le pedí ayuda.

Estaba esperanzada. Ya no me sentía sola. Volvía a formar parte de la comunidad. Una vez acabado el embarazo, acababa mi larga incomunicación.

Deméter volvió a lanzar una nueva llamada con insistencia, transmitiéndome un mensaje repetido. Movimiento, Me inquieté, Deméter me avisaba desde miles de kilómetros de que tenía que ponerme en marcha de nuevo. Eso significaba que había alguna razón poderosa para salir de mi escondrijo. Y la obedecí.

Como hizo Om con su hija Orna en los inicios de los tiempos, salí a la luz tras una larga ausencia en las profundidades de la tierra.

Y la tierra, durante ese tiempo, había cambiado su aspecto.

Los hielos se fundían junto al mar y los tallos de vida brotaban con fuerza hundiendo sus raíces en la tierra y abriendo sus hojas reverdecidas y sus flores pálidas al sol primaveral que calentaría su savia. Me llené los pulmones de aire limpio y de dicha. La luz del sol era esperanzadora y atrás quedaban la larga noche y

el largo invierno polar. Si había sobrevivido a esa gran tristeza, estaba preparada para cualquier avatar. O eso creía, aunque ni mucho menos podía imaginarme lo que me esperaba.

Habían pasado dos largos meses desde el nacimiento de Diana. Durante ese tiempo los perros que dejé en libertad desaparecieron en busca de comida y se fueron alejando irremediabilmente de la guarida de la osa. Todos, excepto la fiel Lea. Lea me aguardaba con su cachorrillo Víctor, juguetón y regordete, que hizo buenas migas con la osezna, a quien yo había bautizado como Helga, en honor a la dulce escalda vikinga.

Lea me recibió con grandes muestras de alegría —ladridos que yo ya no pude interpretar— y me acompañó hasta el trineo abandonado. Imposible moverlo únicamente con Lea; aun viajando con un equipaje muy ligero, hubiera necesitado como mínimo un tiro de cuatro perros. ¿Dónde conseguiría encontrar a los tres que me faltaban? Y caminar a través del hielo con Diana en mis brazos y la carga a mi espalda era prácticamente imposible.

Pero estaba equivocada. Sí que disponía de otro animal para arrastrar el trineo. Mi osa.

Camilla se avino con parsimonia a mi petición. Muy respetuosamente le pedí permiso para colocarle los arreos. Senté a la osezna Helga junto a mí, y al cachorrillo Víctor entre ambas, y viajé en un trineo tirado por una perra y una osa.

Formábamos una extraña familia, pero estaba muy orgullosa de la compañía.

Yo no guiaba el trineo. Me dejaba conducir confiada en que Camilla, la osa madre, me conduciría hasta el clan Omar de la osa.

Y así lo hizo.

En el campamento inuit de cazadores me recibieron con grandes muestras de asombro y no sin que antes yo los convenciera de que la osa era inofensiva. No daban crédito a la mansedumbre de Camilla y a la buena relación que mantenía con la perra Lea. Nunca habían visto a una osa tirando de un trineo. Y menos aún un trineo conducido por una joven blanca y su bebé acompañada por un osezno y un cachorro de perro.

Para vencer las reticencias de la comunidad, se adelantó a recibirme a solas la hechicera, Sarmik. Me trató con la cortesía inuit habitual. Me ofreció pescado y cerveza como muestra de hospitalidad y, cuando comprobó que nadie nos oía, me habló en la lengua antigua de las Omar.

—Selene, hija de Deméter, sé bienvenida entre nosotros. Como matriarca del clan de la osa, te doy la bienvenida a ti y a tu hija.

Y tendió los brazos para que depositara en ellos a Diana.

La anciana retiró la capucha que cubría la cabeza de la niña y sonrió con una sonrisa desdentada y hermosa. Al contacto con la luz, la pelusa incipiente que asomaba en la cabecita de Diana tenía la tonalidad rojiza de las puestas de sol.

Abrí los ojos asombrada. No había comprobado por mí misma la certeza del color de su pelo. Era rojo, como el fuego, como la sangre, como los crepúsculos mediterráneos.

Sarmik, emocionada, levantó a la pequeña en alto, besó sus pies en señal de reverencia y exclamó henchida de felicidad:

—Madre O, lo prometiste y así ha sido. El cometa anunció su nacimiento y desde entonces esperábamos con ansia a nuestra elegida. Moriré colmada, puesto que me ha sido concedido el honor de acogerla en mi familia y tenerla en mis brazos.

Dicho esto, recitó los versos de la profecía de O:

Y un día llegará la elegida, descendiente de Om.

*Tendrá fuego en el cabello,
alas y escamas en la piel,
un aullido en la garganta
y la muerte en la retina.*

*Cabalgará el sol
y blandirá la luna.*

Mentiría si dijera que no me emocioné. La devoción y el cariño con que la vieja Sarmik acogió a mi hija me conmovieron. Y me dejé cuidar por sus manos arrugadas y amorosas que lavaron mi cuerpo y mi pelo, cortaron mis uñas, untaron mi piel con aceite, me pusieron ropas limpias y me dieron de comer sopas calientes, guisados deliciosos y tazas de té.

Descansé un tiempo entre los apacibles inuits. Habían instalado sus tiendas cerca del mar y se abastecían de focas y belugas. Aprendí con ellos a pescar con múltiples anzuelos en sus líneas de pesca, a descuartizar focas y a curtir pieles. Eran seis familias con sus pequeños y por las noches nos reuníamos con una taza de té en la mano y charlábamos largas horas. Los inuits tenían la risa fácil y la mirada leal de los niños. Junto a ellos era difícil concebir la maldad o sentirse angustiado por el peligro. Por eso me encontraba tan a gusto y no me preocupaba posponer mi regreso al coven que Sarmik había convocado.

Sarmik me había pedido tiempo para reunir a las osas. La distancia que separaba

un campamento de otro hacía muy difíciles sus reuniones y debíamos esperar a la próxima luna llena, para la que faltaban todavía dos semanas. En el coven se presentaría a Diana como la elegida y se nombraría una guardia fiel de osas que asegurarían nuestra protección hasta depositarme en manos del clan de la foca, más al sur, más cercano a la civilización.

Todos estábamos encantados. Diana miraba el mundo con unos ojos grandes y azules llenos de inteligencia. No tenía la mirada transparente de un bebé; la suya era una mirada adulta, sabia y esponjosa. Absorbía con la misma glotonería y avidez con la que mamaba todo cuanto veía u oía, y comenzaba muy precozmente, a sus tres meses, a emitir gorjeos. Quería comunicarse, parecía comprender las palabras humanas y permanecía atenta, muy atenta a los sonidos de los animales. Una tarde la sorprendí gruñendo con la osezna Helga. Atónita, contemplé cómo mi Diana gruñía con la misma ferocidad que la pequeña osa y recibía con júbilo las respuestas del animal.

Recordé las palabras de la profecía: «Un aullido en la garganta y la muerte en la retina». Siempre se había interpretado que la elegida pertenecería al clan de la loba y aullaría comunicándose con su tótem, el lobo, pero nunca nadie había imaginado que la elegida tuviera el poder de comunicarse y hacerse comprender por todos los animales.

Y súbitamente lo vi claro. Yo misma había poseído ese poder de Diana mientras compartí su sangre. Había podido ladrar como los perros, gruñir como los osos y hasta oír los ultrasonidos de las ballenas. Por eso cuando nació mi hija perdí esa facultad y perdí también mi comunicación con los fantasmas. ¡Claro! ¡Ya lo entendía!

Yo ya no veía a Aruk porque ahora, posiblemente, sólo lo podía ver la pequeña Diana. Yo vi a Aruk porque llevaba a Diana conmigo. El poder de comunicarse con los animales y los muertos incumbía tan sólo a la elegida. Y para corroborar esa sospecha, coloqué mi anillo de esmeraldas en el dedito de mi niña y froté la piedra.

Diana giró su cabecita a mi derecha, ahí donde no había nada, y sonrió. Estaba viendo a Aruk. Diana podía convocar a Aruk y, aunque yo no podría hablar con él, Aruk la protegería.

Me tranquilizó esa certeza. Guardé mi anillo y acuné a mi niña. Tan pequeña y tan poderosa al mismo tiempo. Deseé con todas mis fuerzas que la suya no fuese una infancia adulta. Deseé que disfrutase de la vida a cada instante y que aprendiera a reír, a correr, a nadar, a jugar y a crecer arropada por una familia y una casa. Allí mismo, en la tundra helada, se respiraba el afecto de seis familias, y la calidez de ese sentimiento suavizaba la dureza del frío aire primaveral. Eran sentimientos que sugerían el verano en ciernes. La vida resurgía y a mi alrededor todos disfrutaban del sol y la camaradería de los inuit.

Helga, curiosa y zalamera, hacía las delicias de los pequeños y junto con el cachorrillo Víctor, cada día más fuerte y travieso, se ganaron a pequeños y mayores y acabaron comiendo de todas las manos. Hasta la perra Lea hizo buenas migas con un macho cariñoso y los dos anduvieron muy atareados encargando una nueva carnada de cachorrillos para el invierno siguiente.

Camilla, la osa, vagaba cerca del campamento sin llegar a fraternizar con los humanos. Algunas noches oía su rugido llamando a su osezna Helga, que acudía presurosa a la llamada de su madre.

Y yo comía, descansaba, daba paseos bajo ese sol que me retornaba las fuerzas, y me iba enamorando, cada día más, de mi hija Diana.

Todo era plácido y demasiado hermoso para ser verdad. Un espejismo que acabó la noche del sueño.

Soñé que el trineo en el que viajábamos Diana y yo volaba entre el hielo sorteando inmensos icebergs e inclinándose peligrosamente ora a un lado ora al otro. A cada brusco viraje estaba a punto de perder el equilibrio y caer sobre el hielo resbaladizo. Escapábamos de un hombre armado con un rifle, y yo, sobre el trineo, sabía que si caíamos moriríamos.

Desperté asustada. Era una visión. Mi instinto de Omar me advertía de un peligro cercano. Me froté los ojos y lo vi todo más claro.

La vieja Sarmik entró en mi tienda y no se sorprendió al encontrarme despierta.

—Tienes que irte. Él se está acercando —musitó la vieja hechicera.

—¿Tú también lo has visto en tu sueño? —pregunté ya definitivamente levantada.

—Está a pocas horas de aquí. No tardará en llegar.

Me asusté, tenía una premonición.

—¿Quién es?

—El cazador blanco, rubio, alto y poderoso.

—¡Gunnar!

Sarmik afirmó con movimientos de cabeza.

—Ése es su nombre.

Gunnar se había recuperado de sus heridas y había salido en mi búsqueda.

—¿Me persigue?

—Persigue a la osa.

—¿Por qué?

—Cree que ella te mató, quiere su piel blanca y la conseguirá. No cejará en su empeño hasta morir.

Entonces... Gunnar creía que la osa blanca me había llevado con ella y me había devorado, como a un perro cualquiera.

—Pero desaparecí con el trineo —objeté a la vieja Sarmik.

—Gunnar piensa que los perros huyeron con el trineo y se hundieron bajo el hielo.

Aruk me había protegido con mucha eficacia.

Intenté reconstruir los hechos. Gunnar sufrió un tremendo golpe al ser atacado por la osa. La osa se abalanzó sobre él y le hirió. Quedó inconsciente y, al despertar, la puerta había sido arrancada, algunos muebles destrozados, había rastros de sangre en el suelo de la cabaña y en la nieve las huellas de la osa. Y yo no estaba.

Para Aruk, un espíritu que puede sugerir ideas en el oído de los vivos y comunicarse con los muertos, fue fácil hacer creer a Gunnar que la osa me había devorado en su guarida, junto con su cachorro. Ésa había sido su treta ingeniosa. Y ahora Gunnar perseguía a Camilla, a la gran osa madre.

¿Para vengar mi muerte? En absoluto. Lo hacía por amor propio y para no reconocer su fracaso. Él se había propuesto velar por la niña y por mí hasta que su madre se apropiara de nuestras vidas. Y había fallado. No, Gunnar no quería la piel de la osa para hacerle pagar mi muerte. Él odiaba a la osa blanca de mucho antes. Los dos se odiaban y yo no había nacido todavía cuando tuvieron su último encuentro.

Sarmik, rauda, estaba empaquetando mis cosas. Los inuits cazadores eran ligeros y silenciosos. Levantaban su campamento en un abrir y cerrar de ojos y recorrían grandes distancias en pos de sus fresas. Si quería huir de Gunnar, tenía que comportarme como una cazadora inuit.

Recogí a Diana, pero Sarmik la retuvo.

—No, déjala con nosotros, la cuidaremos. Aquí estará protegida.

—La reconocerá.

—Teñiré su pelo de negro.

—Necesita mi leche.

—Mi hija Kaalat tiene leche, está amamantando a su niña.

Reconocía que la idea de la vieja Sarmik era razonable. Diana era muy pequeña y con ella la huida se ralentizaba, pero si la dejaba atrás nada tendría sentido. Y temía que, a pesar de la treta, Gunnar intuyese su presencia y que sus ojos azules la delatasen. Era su padre, era un brujo.

—No puedo dejarla.

Y la vieja Sarmik me comprendió. Puso a la pequeña Diana en mis brazos y me señaló el Norte.

—La dama de hielo acecha. Vio el cometa y sabe que Diana ha nacido. Te espera para arrebatártela.

—¿Cómo lo sabes?

La vieja Sarmik sonrió con una sonrisa desdentada.

—Lo sé porque he detenido su llamada. Te he protegido. Has estado bajo mi

protección y la de la osa.

Me sentí como un ratón atrapado por dos gatos.

—¿Hacia dónde voy entonces? ¿Dónde puedo ir?

—Hacia el sur. No esperaremos al coven. Kaalat te acompañará.

Me negué. No quería poner la vida de nadie en peligro y mucho menos la de una joven Omar con un bebé.

—No puedo aceptar. No quiero que Kaalat se arriesgue.

Pero Sarmik se irguió como una leona herida.

—Kaalat daría su vida y la de su hija por la elegida de la profecía. Ella es lo más importante, ella nos salvará por siempre jamás de la dama de hielo. Kaalat se siente orgullosa de entrar en la profecía y proteger a la elegida.

Callé. Rechazar una ayuda tan sincera era tan ofensivo como rechazar su hospitalidad, algo incomprensible para un occidental, pero una cuestión de principios para una inuit.

Cargamos mi trineo y Sarmik ató tres perros en el tiro y colocó a Lea de líder. Kaalat, una joven inuit que llevaba en sus brazos a la pequeña Sarmik, se presentó sonriente y dispuesta a partir. Como equipaje, solamente un pequeño hatillo.

—Deméter ha alertado al clan de la foca. Yo te acercaré hasta ellas, que te llevarán a un lugar seguro.

Sólo pude abrazar a la vieja Sarmik y agradecerle que me regalase lo mejor que tenía: su hija y su nieta.

—Yo no puedo acompañarte en este viaje, estoy vieja y quiero dejarme morir, porque ya he tenido a la elegida en mis manos. Mientras escapáis, yo guiaré a la madre osa para engañar al cazador blanco.

Comprendí que a lo mejor no veía nunca más a la gran madre osa, la generosa Camilla, a quien debía la vida. Y al instante oí su inconfundible rugido. Alcé los ojos y alcancé a ver por última vez la silueta de la osa blanca recortada contra la inmensidad del desierto helado.

Me despedí silenciosamente y Kaalat, mucho más ducha que yo en estas tareas, tomó las riendas del trineo y dio la orden de partir a los perros. No me volví para decir adiós a la anciana Sarmik. Daba mala suerte mirar atrás. Únicamente dirigiría mi mirada hacia delante, siempre adelante.

Los perros estaban descansados y bien alimentados. El tiempo era claro y el hielo estaba en buenas condiciones y, sin embargo, no avanzábamos.

Kaalat y yo nos dimos cuenta el tercer día al pasar por segunda vez junto a la misma grieta que se abría a la vera de un inmenso lago.

Habíamos dado una vuelta completa y regresábamos al mismo lugar.

Kaalat detuvo el trineo y se pasó ambas manos por la cara. No hacía falta que

dijese nada. Hacía mucho rato que yo ya sabía que ELLA nos había atrapado. Había sentido su presencia desde el momento en que abandonamos la protección del campamento. Nos apresó con su garra fría tan pronto como el trineo se puso en marcha, y se hizo más y más potente después de saber que Gunnar había matado a la osa blanca.

Eso ocurrió la segunda noche. Aún no dormíamos y, de pronto, Kaalat y yo notamos el dolor intenso de la bala hundiéndose en nuestra propia carne, pero callamos abrumadas por la revelación. Fue la pequeña Diana, aquejada de la misma certeza, quien comenzó a llorar con desconsuelo y nos unió a las tres en un abrazo triste.

A partir de ese momento no vislumbré muchas esperanzas para escapar al poder de la Odish. Gunnar había matado a la madre osa y la vieja Sarmik, tal como anunció, no querría sobreviviría. Nadie nos protegía y estábamos a merced de la dama de hielo.

Kaalat aguantó como pudo su sonrisa hasta que confirmó lo que sospechaba. No íbamos al Sur.

—No puedo continuar. A pesar de que conduzco el trineo al Sur, vuelve a regresar al Norte.

—Lo sé —respondí.

—No me había ocurrido nunca —la joven inuit estaba consternada.

—No es culpa tuya, es la dama de hielo —corroboré.

Kaalat palideció. Aunque lo sospechaba, el mismo nombre de la Odish la paralizaba de miedo. Desde niña había oído las historias terroríficas sobre la dama de hielo que había reinado en ese territorio durante milenios. Se aferró a su pequeña.

—Hace mucho, mucho tiempo los inuits le ofrecían a sus hijas mayores al nacer —me explicó con lágrimas en los ojos—. Dejaban a sus pequeñas recién nacidas, desnudas, fuera de sus iglús y así aplacaban la ira de la dama.

—De eso hace mucho —repliqué sin tenerlas todas conmigo.

Pero Kaalat abrazó a su hijita.

—Quiere a nuestras niñas.

Me dio pena. Me dio mucha pena. La tranquilicé diciéndole la verdad, aunque la verdad fuese muy difícil, para mí.

—Sólo quiere a la elegida, a mi hija Diana. Déjame aquí y vuelve a tu casa.

—No puedo.

—Claro que puedes.

Kaalat me escuchaba y al mismo tiempo no quería escucharme.

—No puedo dejarte sola. Me comprometí a acompañarte y lo haré.

Detrás de nosotras, en el trineo, las pequeñas Diana y Sarmik reían indiferentes a su suerte y al dilema de sus madres.

Tenía que tomar una decisión. Ofrecí mi Diana a Kaalat y tomé a su hijita Sarmik y comencé a amamantarla. Kaalat entendió e hizo lo mismo. Sonreímos a las pequeñas que habían intercambiado a sus madres y que, sin saberlo, serían para siempre hermanas de leche. Ése era un pacto de hermandad que practicábamos las Omar. Sarmik y Diana serían fuertes y valientes, puesto que sus vidas quedaban vinculadas y su voluntad duplicada. La loba y la osa unidas eran mucho más poderosas que en solitario.

Una vez saciadas y goteando leche de sus boquitas, nos devolvimos a nuestras hijas y yo, con Diana en mis brazos, descendí del trineo y acaricié el pelaje de Lea. A su oído, muy quedamente, susurré:

—Llévalas a casa.

Lea lamió la cara de Diana, mordisqueó mi mano y arrastró el trineo bruscamente a pesar de las protestas de Kaalat.

El trineo se alejó mágicamente y desapareció en lontananza. Regresaba al campamento inuit, donde Kaalat debería sustituir a Sarmik como hechicera. Pero no era Lea quien lo dirigía. La mano fría de la Odish lo alejaba de su morada y su boca soplaba el viento que impelía a los esquís a deslizarse presurosos al Este. Y esa misma mano me asía con fuerza y me guiaba hasta su cueva.

Decidida a enfrentarme de una vez por todas con la maldita Odish, tomé aire, me metí en la hendidura de la grieta con mi niña en brazos y grité:

—¡Aquí estamos!

Capítulo 16: La dama de hielo

Las paredes de la inmensa gruta estaban cubiertas de runas, runas poderosas destinadas a defenderse de enemigos y a detener visitantes molestos. Runas que paralizaban las piernas, helaban la voluntad y protegían mágicamente a la dueña de la cueva.

La fuerza de las runas, conjuradas para expulsarme del recinto sagrado, me impedía caminar y me sujetaba los pies clavándolos en el hielo, pero mi voluntad y la mano fría de la dama me permitían ir avanzando paso a paso. La gruta descendía por un camino blanco y helado que se transformaba en angostos pasadizos faltos de oxígeno que obligaban a caminar con la espalda contra la pared tanteando con las manos el frente, o en opresivos túneles sin luz, en los que el techo descendía tanto que debía avanzar reptando.

Tras una marcha agotadora, el largo y tortuoso camino, el único camino que podíamos seguir, fue a desembocar sorprendentemente en una amplia galería subterránea iluminada levemente por los reflejos de la luz que se colaba a través de los resquicios de las grietas. Y en medio de la majestuosa sala, inundándolo todo, un gran lago subterráneo. Oscuro, amenazador, profundo.

Diana se inquietó y yo sentí el peligro cerca. Y me dispuse a defenderme. No caería en la trampa, porque sabía que ahí había algo esperándome.

Efectivamente, a los pocos instantes, el agua se movió agitada por un extraño oleaje y, sin previo aviso, una beluga gigantesca surgió del fondo del lago con su inmensa boca abierta dispuesta a tragarme junto con mi niña. El lugar era tan estrecho y mi retirada tan improbable que mi única reacción fue lanzar a Diana al túnel que acabábamos de abandonar y desenvainar mi ulú para defenderme del monstruo. El salto fue espectacular y en su descenso la bestia dirigió su boca hacia mí. A los pocos segundos tuve sobre mi cabeza cinco toneladas de grasa y carne que me arrastrarían con ella al fondo del lago. No podía hacer nada, excepto esperar mi muerte. El tiempo en esos segundos, en esas fracciones de tiempo tan pequeñas que hasta eran ridículas, me pareció eterno. Cerré los ojos, horrorizada, y esperé su aparatosa caída y el crujido de sus dientes al cerrarse sobre mi cuerpo, e imaginé ese instante en el que desaparecería de este mundo, pero no sucedió nada.

Esperé un tiempo prudencial y, al levantar la vista, no pude dar crédito a lo que veía. La ballena había quedado suspendida en el aire, atrapada en un gran bloque de hielo, congelada. El lago, antes agua, era ahora una compacta masa de hielo que sostenía en su cima a la grotesca beluga con la enorme boca desencajada y los ojillos abiertos, unos ojos inyectados en sangre, crueles.

Parecía magia. Era magia. Pero yo no la había conjurado. No tenía vara. Sólo me había enfrentado a la beluga armada con mi ulú.

¡El ulú! Era eso. El ulú que me entregó la pitonisa ciega era mi arma y con él podría defenderme y atacar.

Oí el llanto de Diana. Al lanzarla lejos se había golpeado contra el suelo, pero a pesar de todo estaba a salvo e, incluso en el caso de que la beluga me hubiese tragado a mí, le habría sido imposible llegar hasta ella. Aunque ¿qué sería de ella sin mí?

La recogí del suelo, la consolé, acaricié su cabecita y la besé. Nuestra vida, la suya y la mía, pendía de un hilo.

Y de nuevo la mano fría me agarró y me obligó a continuar avanzando. Até a Diana a mi espalda para tener las manos libres.

Esta vez estaba sobre aviso y no me sorprendió la horrorosa figura que me flanqueó el paso en la siguiente galería. Su cara descompuesta y sanguinolenta estaba medio destrozada. Algún animal le había arrancado un carrillo y un ojo de un mordisco. Era una inuit con el cuerpo medio devorado; de su boca surgía un murmullo desesperado que me heló la sangre en las venas.

—Dámela. Dame a la niña.

Era una muerta. Estaba muerta, pero no era un fantasma condenado. Estaba poseída y no hablaba con su voz. La voz que surgía de su garganta muerta era estridente, anómala, como el chillido de Lola al ser descubierta.

¡Baalat!

Me llevé la mano a la boca para no gritar del susto. Estaba ante Baalat y posiblemente la beluga también lo fuera.

Saqué mi ulú y, sin mirarla al único ojo que le quedaba, me acerqué a ella. De un tajo certero intenté cortar su cabeza muerta, pero choqué con un bloque de hielo.

Me retiré unos pasos y comprobé estupefacta que el cadáver putrefacto de la inuit había sido congelado súbitamente.

¿Había vuelto a formular ese encantamiento? ¿Yo? ¿Podía desencadenar ese efecto mágico sin proponérmelo? ¿Tan poderoso era mi ulú?

Me detuve y pasé mi mano por la cabeza de la pequeña Diana para infundirle tranquilidad, si bien vi que estaba sonriendo y no parecía sentirse amenazada ni asustada. Al contrario, gorjeaba a algo o a alguien. Seguí la dirección de su mirada y me quedé extasiada. En las paredes de cristales de hielo se reflejaba un rostro bellissimo que sonreía y nos contemplaba con unos ojos azules, transparentes y límpidos como un lago alpino. Su tez era blanca y sus formas delicadas. Era la dama del retrato, era la dama de hielo.

De pronto la cara se multiplicó y se reflejó en todas las superficies heladas de la gruta. Mil sonrisas rebotando en mil espejos y, finalmente, una carcajada fresca y cristalina que fue contestada por un grito de alegría de mi pequeña Diana.

Estábamos en los dominios de la dama de hielo, estábamos en su casa, éramos sus prisioneras.

—Bienvenidas —pronunció con claridad—. Acompañadme.

Y ante nosotras apareció un hermoso trineo de hielo. Era absurdo rechazar la invitación, así pues subí en su pescante y se puso en movimiento.

Fue un viaje maravilloso. Nos deslizamos a través de túneles vertiginosos, remontamos ríos subterráneos y atravesamos delicadas grutas de estalactitas y estalagmitas. Fue un paseo blanco, hermoso y frío que parecía no tener fin. Diana y yo, con el viento golpeándonos de frente, teníamos las mejillas arreboladas y el corazón palpitante saliéndonos por la boca. A cada nuevo giro, a cada nuevo salto, me sujetaba con fuerza al pescante y ahogaba un grito o una carcajada nerviosa. Sabía que no caería a pesar de desafiar las leyes de la gravedad. La emoción de ese viaje fantástico hizo renacer la alegría infantil de las atracciones de feria que había vivido en los veranos de mi niñez y me hizo olvidar por unos instantes que mi hija y yo éramos prisioneras de una de las Odish más poderosas de la tierra.

Por fin el trineo se detuvo y llegamos al final de nuestro trayecto.

Allí, en pie ante nosotras, blanca, translúcida y hermosa como el Ártico, nos recibió la dama de hielo. Sonreía y parecía inofensiva. Era una mujer madura pero espléndida, una Odish que había suavizado su dureza y perdido parte de su juventud gracias a su maternidad, aunque conservaba incólumes sus cabellos rubios, sus ojos azules, su largo y esbelto cuello y sus maneras exquisitas.

La proximidad de su energía adormeció mi voluntad, pero los sonidos de Diana, colgada a mi espalda, me retornaron la capacidad de resistirme. Saqué mi ulú y le planté cara sin mirarla a los ojos.

—No te acerques más, no te entregaré a mi hija.

La dama se quedó sorprendida por mi reacción. Y rió.

—Eres más salvaje de lo que creía, Selene.

No quise dejarme seducir por su voz melodiosa ni por sus palabras halagadoras. Las Odish eran unas embaucadoras. Seducían a sus víctimas y luego las devoraban.

—Mientras me quede una gota de sangre defenderé a mi hija.

—Ya lo has hecho, igual que yo.

—¿Tú?

—Sí. Yo os he defendido a las dos de los múltiples ataques de Baalat. Tú misma lo acabas de comprobar.

—¿La beluga? ¿La inuit muerta?

La dama asintió.

—Efectivamente. Baalat deseaba poseerte y no lo consiguió. Desde que pusiste los pies en mis dominios te he salvaguardado. ¿Acaso te ha molestado Baalat? Dime, ¿no te extrañó que dejase de perseguirte?

—¿Pretendes decir que Baalat continuó con su empeño aquí en el Ártico?

—Naturalmente. Para eso renació. Por eso conjuró su inmenso poder que le

permitió reencarnarse en diversos seres sin voluntad. Pero tú se lo impediste.

Me quedé anonadada.

—¿Yo?

La dama de hielo me palpó desde la distancia con sus frías manos. Noté su caricia helada.

—Sí, tú, Selene. Tu fuerza es inmensa, tu voluntad de sobrevivir también. Por eso interferiste en mis planes y torciste la profecía a tu antojo.

Me indignó su acusación.

—¡Eso no! Tú nos utilizaste, a Meritxell y a mí. Tú usaste a tu hijo para enamorarnos y conseguir tu propósito de concebir a la elegida.

La carcajada de la dama de hielo resonó por todas las cavidades huecas de la gruta llevando el eco de su risa hasta las profundidades del lago.

—¿De verdad crees eso? ¿Gunnar no te dijo la verdad?

No quise escucharla. Para las Odish la verdad es un supuesto remoto. Confunden, mienten, embaucan a sus víctimas, me repetía. Fingí atender a sus explicaciones, pero no me permití creerla.

Sin embargo, la dulce voz de la dama blanca me envolvió.

—Gunnar, en efecto, cumplía mis órdenes. Sus órdenes eran enamorar en secreto a Meritxell, la madre de la elegida de la profecía, según todos los indicios, y traerla hasta aquí embarazada. Pero apareciste tú. Y Gunnar, mi hijo, me desobedeció. A pesar de mis órdenes, se negó a continuar adelante con lo previsto y cedió a tu fuerza, a tu pasión. Y Meritxell murió.

—¡Eso no es cierto! —grité.

Pero ella continuó hablando.

—Enhorabuena, Selene. Puede más el amor de una mujer que el poder de una madre. Gunnar ignoraba tu estado y por eso era feliz contigo. Su desgracia comenzó en el momento en que le informé de tu embarazo y de que tu hija, su hija, era la elegida. Ya en Islandia, intentó disuadirte de venir hasta mí. Y en Groenlandia, a pesar de que mi presión fue constante, se negó a entregarte y comenzó a regatearme las condiciones para acceder a mi nieta una vez nacida.

Por un momento, sólo por un momento de ese discurso disparatado, me emocioné. Fue cuando recordé que Gunnar insistió para que yo no lo acompañase. Pero enseguida desestimé la sinceridad de su acción. Era una argucia, una treta para que yo confiase en él ciegamente y me dejase conducir hasta esta gruta fría, ante la mirada acerada y sin sentimientos de la poderosa dama blanca.

—¿Gunnar cree que hemos muerto?

La dama suspiró.

—Pobre Gunnar, pobre hijo mío. Cuando se recuperó de sus heridas, sólo tenía una obsesión: matar a esa osa y vengar vuestra muerte.

—¿Por qué no le sacaste de su error? Tú sabías la verdad.

—Prefiero que esté confundido. Su apasionamiento por ti me ha desbordado.

Me asombró su frialdad y su cálculo. Y sin embargo, la señora sonreía a Diana con dulzura y Diana le correspondía alargando sus bracitos hacia ella.

Me negué a consentir su abrazo.

—¡No la toques!

Eso la ofendió y respondió con dureza.

—¡No me niegues a mi nieta, Selene! Tengo derecho a ella. Sin mí moriría inmediatamente.

Pero yo estaba rabiosa e indignada.

—Aléjate.

—¿No me crees?

La gran hechicera intentaba convencerme de su bondad, pero cambió de opinión y frunció el ceño.

—Está bien. Desapareceré. Veremos el tiempo que consigues mantener con vida a tu pequeña.

Un simple parpadeo y la figura se desvaneció. Y con ella se fueron la luz y la calidez.

Tras unos instantes de silencio comencé a notar la presencia de un animal amenazador. Sobre el hielo resbalaban pisadas sigilosas y sentía aproximarse una respiración, cada vez más cercana. Diana pateaba mis flancos acusando el nerviosismo y yo, sin dejar de fijar la vista a mi alrededor, blandí mi ulú en el aire girando bruscamente para ahuyentar el peligro que me rondaba, cada vez en un círculo más próximo, más asfixiante. Era víctima del acoso de un depredador que iba estrechando su cerco en torno a mí, de eso estaba segura. Sentía su presencia y notaba cómo se preparaba para el salto. De pronto un movimiento rápido y dos ojillos rojizos brillando en la oscuridad se clavaron en mis retinas y me apresaron la voluntad unos instantes.

Alcé mi ulú dispuesta a desgarrar a mi atacante y creyendo, estúpidamente, que transformaría a mi oponente en un bloque de hielo como antes. Sin embargo, ante mi sorpresa la bestia, que no era otra que un lobo ártico, aulló de dolor por la herida, pero se revolvió con saña evitando atacarme a mí y buscando mi espalda, de donde pendía Diana.

Baalat era miserable. Me obligaba a luchar contra mi propia especie, los lobos, a sentir odio contra mi tótem, a romper un tabú que había respetado desde niña. Los lobos eran mis amigos y ahora Baalat, la monstruosa Baalat, se había convertido en uno de ellos.

El llanto de Diana me puso en alerta y salté, pero ante mi desesperación sentí

cómo la bestia había saltado segundos antes y había agarrado a mi hija. La tenía sujeta por los dientes y, si me movía con brusquedad, podía arrancarle la carne... Sentí tal impotencia... Moví la mano hacía atrás, atacué a ciegas, volví a dar en el blanco y esa vez hundí mi ulú en el hocico del animal. El dolor debió de ser espantoso, como lo fue su aullido, sus convulsiones y su rabia, pues soltó a su presa, que es lo que yo quería y se revolvió contra mí.

En el momento en que abrió su boca para cercenar la mano con que yo sujetaba el ulú y engullirla como una golosina se produjo el milagro. El enorme lobo ártico quedó convertido en un bloque de hielo inmóvil. Y ahora sí fui consciente de que la dama de hielo, y no mi ulú, acababa de salvar mi vida y la de Diana. Ella era la artífice de la magia que me protegía.

Me dejé caer sudando y temblando por el esfuerzo mientras, con desesperación, arrancaba la ropa de las piernas de mi niña y buscaba la posible herida que le había causado la bestia; por suerte no la encontré. Fue un alivio comprobar que los dientes se habían hundido en la piel de foca que la protegía y no habían llegado siquiera a rozar su carncita rosada.

De nuevo se hizo la luz y la presencia tranquilizadora y serena de la dama cambió mi perspectiva de hacía unos minutos.

—¿Y bien, Selene? ¿Ahora me crees?

—Gracias —musité.

—Ésa es Baalat. Está desesperada y es capaz de probarlo todo con tal de destruir a la elegida.

—¿Destruirla? —repetí, horrorizada.

—Naturalmente. Tú ya no le interesas. Ahora que ha nacido la elegida, desea destruirla porque no es su hija. Ésa es su única obsesión.

Abracé con más fuerza a Diana. El peligro era mayor del que yo creía.

—¿Y tú? ¿Qué pretendes?

La dama de hielo rió satisfecha.

—Es mi nieta. Deseo conocerla y quererla. Lleva mi sangre.

Hubiera querido negarlo, pero sentí que era cierto, tan cierto como que los ojos de Diana eran los de su abuela. Ojos de cielo acerado.

—¿Y luego?

La dama me miró con curiosidad.

—Eres impaciente, Selene. Luego..., ya se verá.

—¿Qué se verá?

—Se verá quién la cría, quién la educa y cómo, bajo qué preceptos aprende a asumir su importante papel.

Por una parte me tranquilicé, la dama de hielo estaba en lo cierto y ella había

salido triunfante de su propósito: Diana era sangre de su sangre y era la garantía para perpetuar su vida, su ascendente y su poder. Le convenía mantener con vida a Diana. Hasta aquí nuestros intereses eran los mismos. Coyunturalmente era mi aliada.

Ahora bien, yo era una Omar y ella era una Odish y ése era un abismo insalvable.

—Pero tengo un problema, Selene. Lo tenemos las dos.

Me sorprendió que reconociese alguna flaqueza. ¿Otra treta para conmovirme?

—¿Cuál?

—Baalat me debilita. Uso mi magia constantemente para defender a Diana, pero eso no puede perpetuarse eternamente.

Sentí un escalofrío. La comprendía. Yo no podría soportar el ataque continuo y destructivo de Baalat.

—¿Hay alguna forma de destruir definitivamente a Baalat? —pregunté.

La dama de hielo suspiró.

—Sí, pero en las circunstancias actuales no puedo asumirla.

Me picó la curiosidad.

—¿Cuál es?

—Descender al territorio de los muertos y suplicar a los espíritus que intercedan para impedir su nigromancia.

—¿Los espíritus?

—Los espíritus están indignados, o deberían estarlo. Baalat ha traicionado su principio según el cual los muertos no retornan al mundo de los vivos.

Me temblaron las piernas tan sólo de imaginar el mundo de los muertos.

—¿Y por qué no lo has hecho? Tú puedes recorrer el camino de los muertos.

—Eso supone abandonar momentáneamente la protección de Diana.

Comprendí vagamente su insinuación.

—¿Me estás diciendo que, si desapareces aunque sea un minuto, Baalat aprovechará esa ocasión para destruir a Diana?

La dama de hielo sonrió.

—Efectivamente. Me has comprendido. En tres ocasiones he bajado la guardia y ya has visto cuál ha sido su rapidez.

Me estremecí. Las exhibiciones de fuerza de que había hecho gala la dama de hielo no eran ninguna bravuconería. Eran ejemplos de lo que sucedía si dejaba de velar por mí. Baalat detectaba su ausencia y asumía la primera forma material que sirviese a su propósito destructor. Ya no estaba preocupada por su sutileza. Era simple y le interesaba su eficacia. Quería matar a Diana.

—¿Puedo yo luchar contra Baalat?

—Ya lo he probado.

Me sentí utilizada vilmente. Había sido un pelele en sus manos, una vez más.

—¿Así que has permitido su transformación en beluga, en inuit muerta y en lobo

para probar mis reflejos y mis aptitudes para la lucha?

—Sí.

Su respuesta firme, clara y sucinta me dejó sin argumentos.

—¿Y...?

—Te queda mucho por aprender.

Se trataba de defender la vida de mi hija. No podía depender siempre del poder de otra Odish, necesitaba ser yo misma quien la protegiese.

—Aprenderé.

—Me gusta eso. Eres tozuda y valiente. Lo probaremos.

Y así fue cómo una Odish me enseñó a luchar contra otra Odish. Y sus enseñanzas me fueron tan útiles que más tarde me permitirían resistir la dura prueba de mi encierro entre las Odish. Aprendí a salvaguardarme de la inspección de sus garras hurgando en mi interior. Aprendí a resistir su mirada. Aprendí a blandir el ulú con más rapidez y a herir en sus partes vulnerables, y aprendí a conjurar hechizos de lucha que ralentizaban los movimientos de la contraria y activaban mi eficacia.

Sin embargo, a pesar de mi juventud, mi fuerza y mi dureza, perdí el combate que libré contra Baalat convertida en osa y a punto estuve de perder la vida, que salvé gracias a la oportuna intervención de la dama de hielo.

—Lo siento.

Fue lo único que pude pronunciar cuando, exhausta y con la pierna herida por un zarpazo, reconocí que no había sido suficientemente rápida para paralizar a la osa. Y una vez más sobrevivía gracias a la dama blanca que la había aprisionado en un bloque de hielo conjurado por su poder.

La dama estaba más pálida que habitualmente.

—Yo no puedo defenderla eternamente. Siento mi debilidad. He permanecido recluida en los hielos muchos siglos. Sólo rompí mi aislamiento con el nacimiento de Gunnar y durante su infancia.

—¿Qué propones?

—La única alternativa es descender al mundo de los muertos, convocar su poder y prohibir a Baalat su resurrección.

Una idea comenzó a rondarme.

—¿Los muertos son realmente los únicos que tienen la potestad de impedirle regresar?

—Sí, su fuerza es inmensa. Los vivos la subestimamos. Cualquiera que haya descendido a las profundidades lo sabe.

Las piernas me flaqueaban. La dama de hielo hablaba del Camino de Om, el camino que conduce a las sombras de los que ya no están, el camino que lleva a las

oquedades del tiempo y el espacio, allí donde la materia no existe, los cuerpos se han diluido en la nada y reinan las sombras. El mundo de la oscuridad.

—Yo iré.

La dama de hielo no esperaba mi ofrecimiento, probablemente ni siquiera había barajado esa posibilidad.

—¿Tú?

—Sí, yo. Voy a defender a mi hija. Soy su madre y eso me dará fuerzas.

—No, Selene, ninguna Omar ha descendido nunca hasta las profundidades.

—Pues yo seré la primera.

Y aunque lo decía, no quería pensar en ello. Simplemente era la única posibilidad de salvar a Diana.

La dama estaba atónita.

—¿Me confiarás a tu hija mientras tanto?

No dudé. Era la única persona que tenía el poder de protegerla. Cogí a la pequeña Diana dormida y la deposité en los brazos de su abuela.

La contempló con arrobo, dulcificó su mirada y en su rostro se perfiló un gesto de piedad. La meció suavemente y entonó una cancioncilla en sus oídos.

¿Qué estaba haciendo? ¿Había entregado mi hija a las Odish? ¿Me había vuelto loca?

No. La locura existía, pero pululaba fuera de esa sala. La locura vivía en la oscuridad desde la que Baalat acechaba a su tierna presa.

Hasta que yo no conjurase el poder de los muertos contra la dama oscura, mi niña, mi pequeña, estaría amenazada de muerte.

Amamanté a Diana antes de marchar. Acepté los manjares que la dama de hielo me ofreció, bebí del néctar de su copa y escuché sus consejos para sobrevivir al horror de la muerte y regresar con los vivos.

Si fracasaba, si no regresaba, mi hija sería una Odish que destruiría a las Omar.

Por ese motivo tenía que volver sana y salva del Camino de Om.

Antes de penetrar en la oquedad de los mundos, pregunté a la dama de hielo.

—¿Cuál es tu nombre?

Me sonrió.

—Cristine, llámame Cristine.

Y con la voz rota por el llanto, sólo pude decir:

—Cuídala, Cristine, cuídala mucho.

Y me hundí en las profundidades del horror sin más ayuda que mi ulú.

Capítulo 17: La guerra de las abuelas

Sobre el Camino de Om y las turbias experiencias que allí viví hasta llegar al mundo de los muertos no me quedan casi recuerdos. Los borré para poder sobrevivir. Y si me queda alguno, prefiero no hablar de él. Es probable que mi memoria lo haya transformado y sería mentiroso. Y seguramente, en mi deseo por olvidarlo, lo haya confundido con sagas, leyendas y mitos que relatan más poéticamente el viaje que recorrí.

Porque hasta para las brujas Omar, mortales al fin y al cabo, nuestra capacidad de comprensión de determinados fenómenos se acaba allá donde termina nuestro mundo, el mundo de los vivos. Una vez que se inicia el camino hacia el mundo de los muertos, todo resulta absurdo e inaprensible.

Si no podemos aceptar que el fuego y su poder para quemar nazca de las aguas, no podremos abrir nuestros sentidos para ver y comprender a los que ya no existen.

¡Qué ilusos somos los vivos creyéndonos poderosos! Si supiésemos dónde reside el verdadero poder, relativizaríamos nuestras pasiones.

Por eso olvidé. Por eso quise borrar esos sombríos pensamientos de mi recuerdo, porque en mi ánimo estaba presente el regreso.

Cristine fue clara y me advirtió de que nunca podría volver del mundo de los muertos si en mi descenso por el Camino de Om perdía las ganas de vivir y me dejaba morir.

Admito que en muchos momentos mi ánimo flaqueó. Era tanto el miedo que me atenazaba mientras descendía hacia lo desconocido... que no tenía fuerzas para empujar las puertas que franqueaban el camino. La incertidumbre que me esperaba tras cada puerta, y la siguiente, y la siguiente... me fueron agotando y el agotamiento fue haciendo mella en mis ilusiones, y las fue borrando. Sé que más de una vez quise quedarme plácidamente junto al camino, descansando para toda la eternidad.

Pero siempre que dije «no puedo más y aquí me quedo», recordaba el llanto de mi niña esperando mi leche y veía su boquita abierta. Esa imagen era la única que me infundía ánimos y me daba fuerzas para continuar adelante.

Y por fin, tras el paso de la laguna oscura y el pavoroso recibimiento del cancerbero, pude superar las duras pruebas que me fueron impuestas gracias a los dictados de la dama de hielo.

Y por fin se me abrieron las puertas del mundo de los muertos.

Y por primera vez, una Omar viva franqueó la verja, penetró en las profundidades y fue recibida por los espíritus de los muertos.

Llegué con las manos vacías, pero tenía los pechos rebosantes de leche y los ojos llenos de lágrimas.

Hice lo que Cristine me había indicado. Me arrodillé y lloré ante ellos pidiendo clemencia para la vida de mi hija, la elegida de la profecía, a quien Baalat pretendía destruir con su nigromancia. Fui escueta y clara. Quería justicia.

Me escucharon.

La devoción con que los muertos escucharon mis palabras fue ejemplar. Luego me hicieron esperar.

Y esperé y esperé durante un tiempo sin tiempo, hasta que por fin me comunicaron que habían tomado una decisión.

Los muertos fueron piadosos. Los muertos a los que rogué compasión para con mi hija y ante los cuales acusé a Baalat de transgredir los principios de la vida fueron justos.

En conciliábulo, juzgaron a Baalat, consideraron que su actuación era inadecuada y que su acoso a una niña sin posibilidades de defenderse miserable.

Luego pronunciaron su veredicto. Delante de mí condenaron a Baalat a ser atada con los cordajes de los deseos incumplidos en los confines de las aristas de la venganza. Y aunque Baalat se resistió y gritó, la redujeron a la fuerza, y con cordajes amargos y rencorosos contuvieron su espíritu rebelde y lo dominaron a su pesar.

Baalat quedó condenada a permanecer en la oscuridad sin posibilidad de regresar al mundo de los vivos.

Sin embargo, las generosas leyes de los muertos le concedieron la palabra momentos antes de mi regreso, cuando yo ya había llenado de alegría mi corazón y soñaba con volver a abrazar el cuerpo caliente de mi hija para siempre.

Entonces Baalat, prisionera de la ley de los muertos, pronunció estas terribles palabras:

—Regresaré por voluntad de Diana. Cuando ella cumpla quince años el poder del cetro de O y el amor de Diana me concederán la potestad de romper mis ataduras y volver al mundo de los vivos.

Inmediatamente los muertos hicieron callar a Baalat, pero no pudieron anular su profecía; estaba embrujada.

Eso fue lo que dijo Baalat, ésa fue su promesa, y su amenaza.

Ésa fue su profecía, que, si bien nunca creí, siempre me incomodó. Y en lugar de deshacer el camino de vuelta con alegría, lo hice arrastrando la preocupación de ese futuro incierto quince años después.

Ignoraba cuánto tiempo habría transcurrido en el mundo de los vivos durante mi ausencia. No sabía qué pasaría a partir de ese momento. No sabía si Cristine, mi

aliada, se convertiría en mi enemiga. Ni si tendría que luchar para defenderme del ataque de la dama de hielo que pretendería quedarse con la elegida.

Iba haciendo cábalas de todo ello mientras ascendía hacia la luz y me llenaba los pulmones de oxígeno y las retinas de color. La vida, poco a poco, volvía a mi sangre y los sentimientos humanos que había dejado morir durante el descenso fueron tomando cuerpo. Me temblaron las piernas al recordar los besos de Gunnar; sentí un hormigueo en los dedos al desear el tacto de la piel de Diana; la boca seca me pidió agua y mi estómago rugió hambriento. Volvía a estar viva. Volvía a renacer.

Y como hiciera Om en tiempos inmemoriales, regresé de nuevo al lugar de donde había partido, con mi condición humana intacta y mi piel curtida. Aunque nunca más sería la misma, nunca más compartiría con el resto de los humanos su ignorancia sobre el más allá. Y si bien esa experiencia me hacía más vulnerable y más humilde, también me hacía infinitamente más sabia y más vieja.

No obstante, la sorpresa de mi regreso estaba fuera de cualquiera de mis previsiones. Al poner los pies en la misma sala de hielo de donde partí, me esperaba, tal y como la dejé en mis recuerdos, mi niña, mi dulce niña, dormida en sus pieles de foca con la placidez del sueño en sus párpados cerrados y su dedito entre los labios. Pero no estaba sola, ni mucho menos. Junto a Cristine, su abuela paterna, estaba Deméter, su abuela materna. Mi madre.

Poderosa, sabia, imponente. Mi madre me había buscado y me había encontrado en los confines de la tierra.

La emoción no me impidió perder la razón.

¿Qué estaba pasando allí? ¿Una reunión familiar?

En absoluto.

Las expresiones de ambas eran serias, concentradas, tensas. Se miraban mutuamente, no dejaban de mirarse, y sus manos sostenían sus varas.

De golpe comprendí que estaban luchando y que habían llegado a un punto muerto en el que dominaban a su oponente, pero no podían dar el salto de vencer a su contraria porque estaban prisioneras de la magia de la otra bruja. Inmóviles, condenadas a la parálisis. Estaban en tablas y así podrían permanecer durante mucho tiempo si alguien no decantaba la balanza.

Me detectaron por el rabillo del ojo. Ninguna de las dos cometió la imprudencia de levantar la vista y descuidar su guardia. Y en ambas expresiones vislumbré una esperanza...

Sin cejar en su control, Deméter habló con determinación:

—Selene, te esperaba, sabía que lo conseguirías. Ayúdame.

Yo no me moví de donde estaba.

En el rostro de Cristine se dibujó una sonrisa de agradecimiento.

—Selene, gracias por acabar con Baalat. Ayúdame.

Deméter intervino con rotundidad:

—Selene, no dudes; la duda te inclinará hacia el mal. Sigue tu instinto, Selene. Para salvar a tu hija.

Y Cristine, con su voz dulce, la desmintió:

—Selene, sabes que Diana lleva sangre Odish y sabes bien que por ello las Omar no la admitirán como la elegida. No escuches a Deméter. Quiere arrebatarte a la niña porque no la puede aceptar.

Yo continuaba paralizada escuchando a una y a otra, aunque poco a poco iba tomando una decisión.

Deméter susurró con voz convincente:

—Selene, hija, nunca te he abandonado, siempre he velado por ti y velaré por tu niña también. No hagas caso de la Odish. Las Odish mienten.

Y en ese mismo instante me enfrenté a mi madre:

—¿Y tú acaso no mientes? ¿No me mentiste cuando me hiciste creer que vivía con dos mortales que en realidad eran dos Omar?

Adelanté mi cuerpo interponiéndome entre ambas y dándoles un respiro para que tomasen fuerzas. Contemplé la blanca mano de Cristine y me repetí la profecía de la vidente ciega: «Teme la blancura de sus manos y el hielo de su corazón o serás devorada por ella».

Aferré mi ulú por la empuñadura y lo blandí por sorpresa.

—Me engañaste, Deméter —y balbuceando para mí misma las palabras de la vidente, grité—: Pero soy una Omar y lo seré siempre.

Con lágrimas en los ojos herí con mi ulú la blanca mano de Cristine, confiada como su razón; le hice soltar la vara y capté la tristeza que causa el desengaño. Le había hecho creer que la creía. Jugué con sus armas de Odish, jugué como Gunnar había jugado conmigo fingiendo su amor por mí. Pero no pude llegar hasta el final. Me negué a participar en el conjuro contra Cristine. Le debía mi vida y la vida de Diana.

—Es tuya, Deméter.

Me había costado mucho entregar a Cristine, pero nunca había olvidado las palabras de la pitonisa ciega: «La dama de hielo procura su presa pero no espera el arma».

Me arrodillé junto a la cuna de Diana y me tapé los ojos para no asistir al fin de Cristine.

Deméter debió de darse cuenta y fue piadosa: escuché así su voz reduciéndola a la inmovilidad.

—Yo te conjuro, Cristine, a permanecer inmóvil mientras mi aliento no me abandone. Mi vida velará por el cumplimiento de tu encierro.

Cristine, la bella Cristine, quedó atrapada dentro de un esbelto bloque de hielo y con ella el hielo atrapó su pena por haber sido víctima de un engaño.

No quise mirarla y me lancé a los brazos de Deméter.

—¡Mamá! —exclamé, y lo hice con verdadera alegría.

Deméter me acogió con calidez. Sus brazos eran robustos, su pecho mullido, y en su regazo me sentí por fin a salvo de todos los peligros de este mundo. Deméter me hizo levantar la cabeza y con una dulzura que no le conocía pasó su mano áspera pero tierna por mi mejilla.

—Mi niña... ¡Cuánto he sufrido por ti!

Y por primera vez la comprendí. Había dejado de ser hija para convertirme en madre y pude entender que, más allá de las diferencias y los equívocos, Deméter me quería por encima de todo, como yo siempre, siempre querría a mi hija.

Con Diana en mis brazos me despedí silenciosamente de la bella dama de hielo, prisionera del frío mientras Deméter viviera, y a bordo de un trineo conducido por dos amables inuit del clan de la foca, me alejé con mi madre y mi hija del lugar más bello y desolado de la tierra. Del desierto de hielo.

Atrás quedó el recuerdo de Gunnar, y su rostro se fue enfriando como el hielo que cubría a su madre.

Atrás quedó Lea, con su cachorro Víctor y su lealtad.

Atrás quedó la piel de la generosa Camilla, la osa hospitalaria, y atrás quedó la osezna Helga, hermana de leche de mi hija junto con la pequeña inuit Sarmik.

Atrás quedaron también la tristeza, el miedo, la soledad y el temor a no poseer nunca un hogar.

Atrás quedaron mis sueños y mi rebeldía intentando ser simplemente una humana.

Y atrás quedó definitivamente el color rojo del pelo de mi niña, así como su nombre, Diana. Su pelo lo teñimos de negro y a su nombre le dimos la vuelta, simbólicamente, para marcar el nuevo tiempo del olvido en el que Anaíd, y no Diana, permanecería oculta. Nadie sabría de su condición de elegida, hasta que tuviese la fuerza, el equilibrio y la sabiduría que dan la experiencia y la vida.

Hasta que cumpliera los quince años.

Y Deméter hizo contigo, Anaíd, lo que no había hecho por mí. Permaneció por espacio de quince años en el mismo lugar, abandonó al clan y a la tribu, y se volcó con obcecación en un solo propósito: quererte.

* * *

Anaíd no daba crédito a su historia.

Entonces, Deméter había muerto defendiéndola después de quince años de devoción absoluta. Y Cristine Olav, la dulce dama que la protegió y veló por ella mientras su madre permanecía secuestrada por las Odish, era su abuela.

Deméter la quería.

Cristine la quería.

Y Gunnar era su padre y había vivido creyendo que estaba muerta.

Y ella, Anaíd Tsinoulis, o mejor, Anaíd Gunnardottir, era medio Omar, medio Odish. De ahí su ambigüedad continua, de ahí sus poderes, de ahí su comprometida misión.

Le temblaron las piernas.

Se había abrazado a Selene, a su madre, que con sólo dieciocho años la dio a luz, sola, en medio de los hielos, protegida por una osa, y luego descendió a los infiernos por el Camino de Om y la libró de la terrible Baalat.

—¿Lo comprendes ahora? ¿Comprendes por qué no debes hablar con nadie?

Anaíd comprendió demasiadas cosas.

—¿Por la profecía que pronunció Baalat?

—Exactamente. Baalat juró que, cuando cumplieses quince años, tú misma le pedirías regresar. Y contra su profecía nada pueden hacer los espíritus.

Anaíd palideció.

—Y Baalat regresaría para destruirme.

—A ti, a la elegida.

—¿Y qué tenemos que hacer para que eso no ocurra?

Selene suspiró.

—No hay otro remedio que desandar el Camino de Om y pedir de nuevo justicia a los espíritus. Aunque esta vez será diferente.

—¿Por qué?

—Porque deberás ser tú quien lo haga.

—¿Yo?

—Yo ya intercedí una vez por ti. Ellos únicamente escucharán a la elegida.

Anaíd sintió un sudor frío en las manos y esa vez comprendió a qué se debía el miedo de esa presencia vaga que rodeaba la caravana donde estaban alojados. Fuera, en la oscuridad, pululaba Baalat. ¿Bajo qué forma?

Y entonces lo vio claro. Esa nueva dirección de correo, ese nick, esa extraña insistencia de Roc en exigir su atención...

—Demasiado tarde —musitó Anaíd.

Selene comprendió rápidamente y la cogió por los hombros, nerviosa, alterada.

—Repítelo.

—Lo siento, creo que le he pedido que venga.

Selene no podía creerlo.

—¡No puede ser! ¿Cómo? ¿Cuándo?

Anaíd fue valiente y se mordió los labios hasta hacerlos sangrar. Luego habló:

—Lo siento, lo siento mucho, perdona... No lo sabía.

—¿Cómo ha sido?

—Se comunicó conmigo haciéndose pasar por Roc. Yo creía que era Roc y me extrañó, porque me pedía continuamente que le dijera mis pensamientos y que deseara con fuerza que viniese.

—¿Y lo hiciste?

Anaíd lo admitió.

—Roc me gusta, estoy loca por él. Creía que hablaba con Roc.

—¿Le pediste que viniese?

—Sí. Me dijo que vendría a verme pronto...

—¿Y estás segura de que era ella?

Anaíd bajó los ojos avergonzada.

—Estuve ciega. No sé cómo no me di cuenta. Su nick era... Bailemos Astal Amanecer, Lokamente, Absurdamente Tuyo.

—¡BAALAT! —gritó horrorizada Selene.

—Ha sido ella —admitió Anaíd.

—Quién.

—Esa mano que intentó ahogarme ahí fuera. Ya existe, ya la he convocado, ya se ha liberado de sus ataduras.

Y en ese mismo instante golpearon la puerta.

Selene y Anaíd, las dos al unísono, actuaron con rapidez: apagaron las luces y blandieron sus atames. Sus hojas brillaron a la luz titilante de la luna.

Yusuf Ben Tashfin miró a Anaíd con devoción.

—No abráis, mi reina.

Anaíd se llevó la mano al pecho. Ahora sabía que Selene no podía ver ni oír al guerrero almorávide. Así pues hizo la pregunta:

—¿Quién es?

—Gunnar.

Y Anaíd, ansiosa, se precipitó hacia la puerta sin que Selene pudiera impedirselo.

Efectivamente. Allí estaba ante ella. Alto, rubio, con los ojos tan azules y límpidos como los suyos, la sonrisa más acogedora del mundo y los brazos abiertos, esperándola. Allí estaba Gunnar, su padre.

Y Anaíd, a pesar del grito de Selene, dio un paso hacia él y los dos se fundieron en un abrazo.